



23729

P121  
074

DC-23729







**INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES**



Oscar Uribe Villegas

Situaciones  
de multilingüismo  
en el mundo



Universidad Nacional Autónoma de México. *México* 1972



INVESTIGACIONES  
SOCIALES

Primera edición: 1972

DR © 1972, Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria. México 20, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

*A la memoria de  
Don Pedro González de la Calle  
Maestro Inolvidable*

DS. 23729





## PROLOGO

*Las páginas siguientes constituyen el segundo de los marcos en que hemos decidido encuadrar el estudio de la situación sociolingüística en México y —más particularmente— el que hacemos de la condición indígena, dentro de la situación mexicana. El primer marco de este proyecto sociolingüístico, iniciado a partir del momento en que el doctor Pablo González Casanova se hizo cargo de la Dirección del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, cubre los aspectos teóricos y —bajo el título de Sociolingüística: una introducción a su estudio— está a punto de salir de las prensas universitarias mexicanas. Este segundo marco cubre algunos de los aspectos empíricos sobresalientes: lo hace mediante una revisión rápida de algunas manifestaciones de multilingüismo tanto en el mundo, en general, como en algunos países, en particular.*

*Como en el caso del marco ya elaborado y de los dos —el metodológico y el aplicado— en proceso de elaboración, en él no tratamos de agotar el material disponible, pues eso hubiera conducido a una hipertrofia incompatible con nuestra referencia central. Hemos presentado sólo algunas situaciones sobresalientes de multilingüismo: aquellas que se consideraron más aleccionadoras para el estudioso de la situación sociolingüística mexicana; aquellas de las que se pudo conseguir información inmediata, de preferencia de una de las partes interesadas.*

*En la elaboración de este marco, ni fue posible ni se consideró aconsejable adoptar exclusivamente una de dos orientaciones: la analítica y la sintética. Una presentación sintética de las situaciones sociolingüísticas de todos y cada uno de los países del mundo hubiera producido un utilísimo repertorio internacional, pero hubiera sido inasequible para nuestras fuerzas y capacidades y hubiera resultado poco útil para la investigación mexicana a cuyo servicio se pone, fundamentalmente. Una presentación analítica hubiese sido resultado estupendo, envidiable, pero de un orden tal que quizás, en este momento, no haya en el mundo quien pueda obtenerlo adecuadamente.*

*De ahí que la exposición gravite, unas veces, en torno de la situación lingüística total de un país (por ejemplo, sobre la de India, que es tan compleja y resulta tan estimulante para la reflexión) y que, en otras, gire en derredor de un aspecto particular de la problemática sociolingüística de varios países, como ocurre en el caso de los problemas de las minorías lingüísticas. Esto explica —también— que la división en capítulos responda más a incitaciones tipológicas que clasificatorias, y que un mismo país aparezca en dos o más capítulos para satisfacer un propósito diverso.*

*Como puede observarse, estas páginas no tratan de la realidad sociolingüística mexicana y sólo aluden, de paso, a alguna situación latinoamericana. Se excluyó de ellas la situación sociolingüística mexicana porque es ésta, precisamente, la que ellas deben enmarcar; porque una realidad no puede ser, simultáneamente, pintura y marco. Las situaciones latinoamericanas casi no se exploraron porque —por su cercanía y similitud con la mexicana— deben ser las que permitan hacer, en su momento, una serie de referencias que fijarán la pintura al marco.*

*En esta ocasión, como en la anterior, agradecemos al doctor Pablo González Casanova —nuestro director— la generosa apertura que mostró ante nuestro proyecto de investigación. En particular, ponderamos su actitud en cuanto la realización cabal de éste implica una serie de etapas que no pueden cubrirse en el término —caro a los simples administradores— de un año académico. Pero reconocemos aquí —también— el cuidado que puso en que el calendario de nuestro programa se cumpliera y no se pospusiera ad calendas graecas: al asegurarse de que cada marco (de los dos terminados) saliese oportunamente; de que los otros dos se continuaban elaborando y de que —entretanto— se allegaban datos para constituir —en su momento— el centro de la investigación.*

*Agradecemos también la información, la documentación, las publicaciones que nos enviaron varias embajadas acreditadas ante el Gobierno de México (a las que mencionamos en el orden en que se trata de sus países en estas páginas): la de la India, la de Israel, la de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, la de Yugoslavia, la de Indonesia, la de Australia; las que se sirvieron remitirnos diversas instituciones como la Universidad Lomonosov, de Moscú, la Universidad de Bucarest, la Biblioteca Nacional de Pekín, la Academia Libre de Ucrania (con sede en Canadá), el Centro de Estudios sobre el Bilingüismo, de Quebec; las que nos proporcionaron estudiosos como los doctores Haim Blanc, de Jerusalem, A. Tabouret Keller, de Estrasburgo, William Mackey, de Canadá, Heinz Kloss, de Marburgo, Ricardo del Valle, de Buenos Aires, Alfredo Poviña, de Córdoba (Argenti-*



na), Ceiwen H. Thomas, de Gales y Malta, así como las observaciones que varios de ellos y algunos colegas mexicanos nos hicieron sobre nuestro borrador.

Este original no hubiera llegado a la imprenta en buenas condiciones sin el cuidado y la paciencia con los que Margarita Sánchez Vélez puso en limpio unos borradores nuestros llenos de modificaciones, correcciones e interpolaciones, y a la ayuda que —en un momento de apremio— quiso brindarnos la licenciada Ma. Luisa Rodríguez Sala de Gomezgil, colega y amiga, al pedirle a su secretaria (para quien también va nuestro agradecimiento) que copiara una parte de nuestro original.

El autor desea agradecer al licenciado Jorge Gurriá Lacroix, director de Publicaciones, el esmero con que ha editado estos modestos informes de investigación; al maestro Jesús Arellano, el interés que ha puesto para salvar las incorrecciones del original; al señor Gustavo González Guerrero, su empeño para dar a la bibliografía una presentación adecuada; a la señora Irene Casas, la paciencia con la que corrigió nombres de lenguas, lugares y autores, y buscó la uniformidad general de la presentación.

De acuerdo con la buena costumbre académica y editorial, reconocemos que las opiniones y faltas de este estudio se nos deben imputar en exclusiva; que quienes nos dieron generoso apoyo y colaboración no comparten necesariamente las primeras y que, naturalmente, no son en forma alguna responsables de las últimas.

México, D. F., mayo 19 de 1970

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

En este trabajo se inserta, al final, una lista, numerada, de obras consultadas. En el cuerpo del trabajo, cada cita textual se identifica mediante un número colocado entre paréntesis. El número correspondiente a esta llamada tiene una parte entera y una decimal. La parte entera indica cual es el número de orden que le corresponde al libro citado, dentro de la lista de obras consultadas. La parte decimal identifica el número de la página de ese libro, de la que sacó la cita textual. Como para este trabajo no se consultaron más de cien obras, la parte entera de la llamada está constituida por una o por dos cifras. Como ninguno de los libros consultados tuvo más de 9999 páginas, la parte decimal de la llamada está constituida, siempre, por cuatro cifras. Así, si el libro es de los primeros de la lista, la parte entera tiene una de las cifras 1, 2. . . 9. En forma parecida: 1) si la cita procede de las primeras páginas, en la parte decimal las tres primeras cifras son ceros, y sólo la cuarta es cifra significativa; 2) si la cita es de las páginas comprendidas entre la 10 y la 99, los dos primeros lugares decimales están ocupados por ceros; 3) si procede de las páginas entre la 100 y la 999, el primer lugar estará ocupado por un cero, y 4) si la cita proviene de las páginas entre la 1000 y la 9999 no habrá ceros después del punto decimal. Así, una llamada 23.1020 indica que la cita procede del vigesimotercer libro de la bibliografía y de su página 1020; otra llamada 5.0302 —por ejemplo— indica que procede del quinto libro de la bibliografía y de su página 302.

1. En el cuerpo de la bibliografía se respetó el deletreo de los nombres de acuerdo con la publicación respectiva (por ejemplo, Djounoussov, transcrito a la francesa), en tanto que en el texto, para facilitar la lectura, se buscó una aproximación de esos nombres a la forma en que los pronunciaría un hispanoparlante (Dyunosov).

2. En materia de nombres geográficos y de lenguas, se aceptó como autoridad la de la Enciclopedia UTEHA.

## INTRODUCCION

El lenguaje es un vehículo socializador y un molde de la personalidad, que sirve para estructurar la vida social a través de la comunicación. Comienza por ser producto fisiológico individual, en cuanto el niño emite gritos que no se dirigen a nadie; pero acaba por ser acto social, en cuanto esos gritos se convierten en formas lingüísticas; en cuanto, a través de la interpretación que de ellos hace el grupo social, se inserta en ellos un significado. Cuando la correspondencia entre la sensación y el grito del individuo —por un lado— y el grito y el sentido que le da el grupo —por otro— convergen, se establece la comunicación.

Al niño, el lenguaje le permite autoafirmarse y comunicarse con los demás; al grupo lo capacita para manejar a sus miembros. De ahí la importancia del lenguaje, en general, y de las lenguas, en particular. Lenguaje y lenguas (gracias a su unidad profunda y a su diversidad histórico-social, y gracias a su coexistencia, conflicto, complementación) hacen que o disminuya o aumente esa autoafirmación, y provocan el que ese ámbito de comunicación o aumente o disminuya.

El lenguaje se adquiere: primero, en forma inconsciente o difusa, en el hogar; después, de un modo formalizado, en la escuela. Más tarde, su adquisición se prolonga indefinidamente durante toda la vida de cada individuo dentro de la sociedad, y esa creciente adquisición de medios comunicativos se manifiesta en muchas formas: a través del aprendizaje de la escritura y de su uso pasivo; mediante el dominio de un número creciente de registros diversos dentro del mismo idioma; por el conocimiento de diversos dialectos —geográficos y sociales— de la misma lengua; por el aprendizaje de diferentes lenguas. De ahí la importancia que tiene de mantener interconectados —al menos mediante una lengua— todos esos ambientes sociales (hogar, escuela, comunidad, sociedad global, comunidad internacional) pero, muy principalmente, los primarios (hogar, escuela, comunidad), que son como los vasos comunicantes de una sociedad. Esto es particularmente importante dentro de las situaciones multilingües, en



las que hay que asegurar la estructuración y el funcionamiento sociales al través de la comunicación y de la posesión de un sentido histórico retrospectivo y prospectivo por parte de los cosocietarios.

Los gritos más o menos innatos aumentan conforme crece el individuo; pero, después, se mantienen y refuerzan por imitación. Más tarde, el grupo se aproxima al balbucear del niño y éste trata de acercarse —cada vez más— a la norma lingüística grupal: bajo presión social, el niño acaba por aceptar las convenciones sociales que rigen en materia lingüística pues —de no aceptarlas— sería sancionado; pues no obtendría aquello que quiere.

Inicialmente, el lenguaje es inseparable de la acción: es más afectivo que cognitivo. Al niño le sirve para manipular al ambiente a través del grupo social en cuya vida participa más y más, gracias a la misma lengua. Como una de las funciones de ésta es establecer una comunidad de pensamiento y de sentimiento, a mucha de la conversación diaria se la puede considerar —en realidad— como pura actividad lúdica que propicia la comunicación a nivel emotivo. De ahí que, dentro del multilingüismo, independientemente del valor que tenga o del que carezca para la obtención y trasmisión de informes técnico-científicos, una lengua vernácula siga siendo valiosa porque establece la comunicación y aun determina la comunión interna esencial para la subsistencia del grupo.

La lengua condiciona el pensamiento y, a su vez, es influida por la acción. Con esto, cada lengua llega a reflejar las cosas que maneja y las actividades que realiza el grupo. Las cosas que éste no maneja y las actividades que éste no realiza se quedan, en su lengua, sin forma que las exprese. Cuando un grupo adquiere de otros —por comercio o por transculturación— nuevas cosas, formas de conducta, conceptos, acaba por verse en la necesidad de tomar en préstamo los nombres respectivos; pero, más tarde, tiene que modificar y adaptar éstos a su propio idioma, pues si mantiene esos nombres extraños —si no los modifica en el mínimo que los haga parecerse a las formas de su propio idioma— seguirá sintiendo que no sólo el nombre sino también la cosa le son ajenos.

Como el lenguaje les da a los societarios conciencia de sí, la introducción de términos y giros extraños a su idioma les parece una amenaza que pone en peligro la unidad social y que aumenta el trabajo para comunicarse. En este caso —como en el de otras técnicas— ellos tienden a emplear al máximo los instrumentos lingüísticos de los que ya disponen. Dentro del multilingüismo mundial, esto se liga con el problema delicado de la terminología científica y técnica, ya que ni ésta puede prescindir de los préstamos y neologismos ni puede convertirse en un caballo de Troya por el que penetren en la

fortaleza de cada idioma elementos que puedan contribuir a su destrucción.

De ahí que la mayoría de las sociedades haya colocado en el centro de la instrucción al lenguaje. En el pasado —movida de admiración por las viejas culturas mediterráneas— lo hizo bajo la forma de la enseñanza de las lenguas clásicas, porque consideró que ellas franqueaban la entrada a una comunidad más amplia y más humana. Hoy —a impulsos del nacionalismo y de la ciencia— lo hace bajo la de las lenguas vernáculas, porque piensa que ellas son instrumento socializador por excelencia (en un mundo de relaciones humanas ampliadas) y vehículo excelente de aprendizaje. Junto a ellas considera, ahora, el simbolismo matemático que, al fin de cuentas, es otro lenguaje básico.

Pero, por una parte, la enseñanza lingüística ha cambiado y cambia a través de los tiempos, bajo el influjo de diversos cambios sociales y, por otra, ha propiciado y propicia —o acompaña, al menos— otras transformaciones de la sociedad. En el siglo XIX, se extendió el alfabetismo, pero se introdujo una estratificación social de base lingüística, en cuanto se capacitó a las masas para los usos puramente manipulativos de la lectura y de la escritura y —en cambio— se cultivó, entre los selectos, la expresión y la creatividad literarias. En el XX, se está buscando —en contraste— la integración social de todos —y particularmente la de las masas— a un medio técnico y culturalmente complejo: el de las sociedades de civilización moderna y de diversificadas relaciones económicas, políticas, sociales y culturales internacionales.

El individuo hace cosas, habla de ellas y piensa en ellas; el grupo busca socializar tanto su pensamiento como su orexis, para lo cual, mediante la verbalización o falta de verbalización, saca de la sombra o deja en ella los aspectos que quiere prescindir, aceptar o proscribir. Dentro de la situación multilingüe, al prescribir, aceptar o proscribir ciertas lenguas, impone, tolera o elimina todo un conjunto de realidades síquicas, sociales y culturales propias de quienes hablan sólo o principalmente esas lenguas. Eso explica el que la prohibición de una lengua llegue a ser considerada como equivalente a la comisión del genocidio psicológico de su comunidad hablante.

Con el transcurso del tiempo, se diversifican: el lenguaje, en general; todas y cada una de las lenguas, en particular. Cada lengua lo hace hasta tal grado que quienes la hablan llegan a creerla cada vez menos capaz de asegurar la comunicación. Sin embargo, la aparición de los grandes difusores sociales puede llegar a producir una compensación unificadora —cognitiva y orética—, ya que éstos buscan (como buscaron otros medios entre los primitivos) tanto la participación

social como el éxito del trabajo conjunto. Esta meta no se alcanza (a despecho de la irradiación de esos medios) porque interfieren en la acción positiva de esos difusores muchas otras fuerzas sociales: poderosas y frecuentemente negativas.

Como el comportamiento se vuelve consciente en el grado en que es mediatizado por las imágenes verbales, la expresión es el principio de una técnica psicológica —en nivel individual— y, en el grupal la proveedora de símbolos para la mentalidad social: a ésta le permite hacerse consciente y a la sociedad le da la oportunidad de reflexionar sobre su comportamiento para modificarlo. Eso explica —también— el que, dentro de las situaciones de multilingüismo de los nuevos Estados emergentes, la toma de conciencia político-social suela iniciarse entre unos pocos selectos y gracias a las verbalizaciones de un idioma extraño; pero que —más tarde— su profundización y difusión imponga un uso cada vez mayor y cada vez más eficaz de una lengua vernácula. Esta —por su parte— dentro de esta gimnasia político-expresiva, se desarrolla gracias al uso que de ella se hace.

En el comportamiento grupal y en relación con la comunicación, se pueden reconocer tres grados que se relacionan con otros tantos grados de conciencia: 1) un actuar sin símbolos, 2) un actuar con símbolos que no son verbales, y 3) un actuar con un idioma, del que —además— se hace uso creciente. El lenguaje va emergiendo —así— cada vez más, como producto de diversas crisis socioexpresivas que llevan del pensar consigo al pensar con los demás: del pensar interno al pensar externo: al diálogo, a la discusión, al consenso y al disenso sociales expresos.

Entre los primitivos, el lenguaje es puro instrumento: transmite información y suscita la orexis grupal. Entre ellos, los motivos de la acción casi no se formulan, porque cada individuo sabe lo que de él se espera y raras veces pregunta por qué se espera eso de él. En cambio, como en las sociedades modernas se escudriñan más los motivos de la acción, el lenguaje adquiere creciente importancia. En ellas, el lenguaje es elemento estructurador; es una subestructura que sirve de cimiento a la actual —y muy compleja— división del trabajo, y es —también— la técnica que está por debajo de todas las otras técnicas y que se encarga de presentar las conductas en términos de motivos aceptables.

Esto significa —particularmente en las situaciones multilingües de muchas naciones nuevas— una creciente necesidad sociolingüística de hablar de sí. Al hablar de sí, ellas buscan su ubicación histórica, cultural, económica y política. Esa necesidad de hablar de sí surge, también, de la urgencia que hay de organizar el cada vez más complejo aparato estatal (político, administrativo, productivo, distributivo,

social, cultural) mediante el uso del lenguaje; mediante el empleo de una lengua —común, de preferencia— a través o de la transmisión totalitaria de directrices y órdenes por acatar o, más aún, de la discusión y el consenso democráticos.

Ese aumento de la conversación de una sociedad sobre sí misma es revelador de su creciente autoconciencia. Es ése, en el fondo, el mejor índice de su desarrollo, pues, al través de ese conversar sobre sí, discutir sobre sí, reflexionar sobre sí, descubre (o puede descubrir) su realidad esencial, aquella que puede encaminarla en el sentido de su evolución (o sea, de la realización de sus propias potencialidades) y la que —así— apunta hacia su progreso. De ahí que haya quienes consideren ésta como una auténtica “revolución lingüística”.

Los grandes difusores propician esa toma de conciencia por la vía lingüística; pero no la consiguen plenamente porque ni todos los individuos ni todos los grupos tienen acceso a ellos: porque la libertad de expresión y la de información están mediatizadas por la posesión de esos canales a través de los cuales se actualizan, y porque hay grupos e individuos que se empeñan en ocultar ciertos aspectos sociales, en cuanto la revelación de los mismos podría perjudicar sus intereses. Y si ellos no logran una ocultación plena es porque los propios difusores sociales (voraces de información que transmitir) hacen que a muchos les resulte redituable romper un secreto que —en otras condiciones— les hubiera convenido guardar.

De ahí la importancia que tiene el que, en las situaciones del multilingüismo se determine: 1) si un grupo lingüístico dispone o no de publicaciones literarias, científicas, técnicas (periódicas o no); 2) si la radio, la televisión (y, en su caso, el cine) transmiten o no programas en los idiomas de esos grupos, y 3) en qué cantidad y proporción respecto de los de otros.

Y es que, frente a los conflictos, la sociedad tiende una cortina: los deja sin simbolizar; los relega al inconsciente grupal o los deforma (cuando no puede dejar de simbolizarlos). Con ello, pierde o deja de ganar conciencia de sí misma, pero evita en cierta medida el riesgo de escindirse. Como en todo, cada sociedad es la que tiene que determinar en qué grado está dispuesta a pagar lo uno al precio de lo otro.

En lingüística ha habido una oposición entre idealistas y realistas; para unos, el lenguaje es voluntario; de acuerdo con los otros, el lenguaje es algo involuntario que estaría sujeto, según ellos mismos, a su pura determinación. Pero, frente a estas dos posturas extremas, los estudios matemáticos referidos al lenguaje muestran que en él hay un elemento electivo y uno aleatorio, que se conjugan en proporciones variables.

El elemento aleatorio del lenguaje depende del hecho de que aun-

que la lengua sea estructura sujeta a patrones predecibles, el uso de esa estructura depende del individuo que debe optar entre ciertas alternativas, ya que no puede usar todas simultáneamente, pues, como el lenguaje no es sistema perfecto, en el fenómeno lingüístico no domina la certeza sino la probabilidad.

Hay en el lenguaje algo que está por debajo y otro algo que queda por encima del control del individuo. Para darse a entender, él tiene que sujetarse a ciertas prescripciones; pero, superada esa etapa, ya que conoce las reglas, ejerce su libertad de elección lingüística.

De ahí que haya que determinar en qué grado el individuo está sujeto al código lingüístico y desde qué punto puede librarse de él para construir su propio idiolecto. De ahí que, en las situaciones de multilingüismo, haya que determinar hasta qué punto cada individuo está sujeto a uno entre varios códigos lingüísticos (primer nivel de libertad) y, dentro de él, a una entre varias determinaciones sociales propias de la lengua (segundo nivel de libertad) como el uso de determinado registro, de determinado nivel de formalidad, etcétera.

El individuo juega papel importante en el cambio lingüístico; pero, su influencia depende: 1) de caracteres sico-sociales; 2) de su ubicación social en las estructuras de poder y prestigio, y 3) de la resistencia que presenten los diversos aspectos lingüísticos que tienda a modificar voluntaria o involuntariamente.

Así, por ejemplo, el cambio de sonidos es, frecuentemente, el resultado de una mera convergencia de acciones individuales: se inicia en varios individuos aislados, debido a dificultades articulatorias; procede cuando es descubierta y es aceptada por la sociedad sobre la base de consideraciones racionales o irracionales y llega a establecerse permanentemente a través de la imitación. La aceptación o rechazo del cambio es —a su vez— el resultado de actitudes conservadoras o innovadoras, ya específicas frente al lenguaje o ya genéricas frente a la cultura y la sociedad.

El cambio espontáneo fonético parece tener mucho mayor oportunidad de producirse que el cambio léxico debido a que la conexión entre las unidades fonéticas y el significado (que contribuye al establecimiento de los fonemas) es más lejana que la que liga a las unidades léxicas y al significado. La primera, por lo general, sólo la descubre el análisis fonémico practicado por el lingüista profesional; la segunda puede llegar a ser descubierta hasta por el lego en materia lingüística.

El adulto, aunque capacitado para cambiarlo, está interesado en conservar intacto el patrimonio lingüístico tanto como se pueda; el niño, por su parte, es poco capaz de modificarlo, pero, los análisis, los tropiezos, las críticas lingüísticas del niño tienden a materializar

en forma de cambios, cuando crece, y algunas de las que actualiza individualmente, llegan a prosperar socialmente. En otras ocasiones —sin embargo— no son los individuos sino los grupos prestigiosos los que introducen los cambios lingüísticos y los que les proporcionan medios de arraigar.

Los agrupamientos intermedios influyen mucho en el cambio lingüístico: la escuela, la iglesia, el servicio militar, las representaciones teatrales propician así —muchas veces— la unificación lingüística de un país.

Entre las instituciones y ambientes que propician la unificación lingüística, se encuentran las ciudades. En ellas —con todo— polarmente, se diferencia el habla de sus diferentes barrios, hasta tal punto que la lengua parece más unificada en la gran extensión del país que en la relativamente pequeña de su capital. Además, mientras que las grandes ciudades ejercen un tipo de influencia, las pequeñas ejercen otro.

Las aldeas ejercen una influencia lingüística más parecida cuando realizan las mismas actividades que cuando distan poco unas de otras. La variación lingüística dentro de la misma clase de ambiente socio-cultural resulta menor que la variación lingüística entre diferentes clases de ambiente antropogeográfico.

La unificación de una lengua y la conciencia de esa unidad, junto con la voluntad de mantenerla, contribuyen al establecimiento de una “norma de bien hablar” impuesta —sobre todo— por las clases educadas, las cuales —simultáneamente— suelen ser las más prestigiosas y poderosas.

· Pero —también en esto— hay disyunciones, y una nación suele preferir la norma fonética de una clase o de una región y las normas sintácticas y léxicas de otras clases o regiones.

Esas normas de corrección son muy diversas: las hay democráticas, aristocráticas, autoritarias; geográficas, lógicas, estéticas. Sociológicamente, la aristocrática y la democrática son importantes, pues establecen: unas, que ciertas formas lingüísticas son preferibles a otras en cuanto acompañan —en unas mismas personas— a los buenos modales y los buenos vestidos, mientras que las otras, señalan como preferibles aquellas que han sido consagradas por el uso, en cuanto autoridad suprema en materia de lenguaje.

La norma, con todo, no puede responder a una sola determinación.

Ha de ser algo más que la suma de usos individuales; debe ser una resultante dinámica de los usos constitutivos del habla, gracias a la cual se configura como norma social (o sea, como lengua).

El lenguaje desempeña una función que, inicialmente, es instru-

mental y, por ello, tiene que aceptar aquel mínimo de corrección que permite la inteligibilidad (condición necesaria, pero no suficiente; insuficiente, pero indispensable, desde el ángulo sociolingüístico).

Dentro de un mismo estado o en un mismo territorio, se suele revelar la potencia sociolingüística de cada una de las lenguas convivientes y la intervención del poder estatal en el equilibrio sociolingüístico; particularmente, en las situaciones de multilingüismo.

En una situación puramente natural, cuando los hablantes de dos lenguas distintas se encuentran y desean comunicarse entre sí, usan uno de varios procedimientos de aproximación que no hay por qué detallar. Pero, fuera de esas situaciones en las que el lenguaje es puro y simple expediente para la comunicación, se suele hacer del lenguaje un símbolo del poder de un grupo o de unas sociedades formados por hablantes de idiomas, de dialectos o de modalidades lingüísticas diferentes.

Esto explica el que haya grupos que traten de imponerles a los otros su idioma, tanto dentro de las situaciones internas como en las internacionales, y que el multilingüismo de un país revele el delicado equilibrio político de los diversos grupos que en él conviven, así como el multilingüismo mundial revela el equilibrio político presente y la pasada historia política de las diversas sociedades en el ámbito internacional.

El predominio lingüístico depende, a veces, de que, en la comunicación, hay un idioma que se utiliza por más individuos en más situaciones; pero, en otras, es el peso del gobierno el que consigue ese predominio. En otras situaciones interlingüísticas, es el prestigio el que hace que se conserve un idioma o que se propague en cuanto símbolo del abolengo de sus hablantes.

Esto no impide que ciertos grupos carentes de poder y de prestigio sean capaces de retener su propia lengua y que, en otras ocasiones, se les obligue a retenerla contra su voluntad, con objeto de simbolizar a través de ella, el repudio que de ellos hace la sociedad global.

El predominio lingüístico no se busca siempre en forma directa: en ocasiones se le trata de conseguir de un modo solapado, al través de la instrucción.

La retención de una lengua en condiciones políticas y sociales desfavorables, así como su enorme capacidad de adaptación a situaciones nuevas, revelan que el problema político-social que se plantea cuando se apresura su evolución y adaptación depende de que al hacerlo no se le da tiempo para reaccionar, y adaptarse. Esto muestra —también— que por ese camino, se suelen obtener resultados reprochables tanto en lo sociológico como en lo lingüístico.

Las relaciones de civilización repercuten en la situación y en las

características de las lenguas, y éstas reaccionan sobre aquéllas. Hay, en esto, un escalonamiento que va desde los clanes hasta las confederaciones multinacionales, y sus efectos se diversifican en la expansión, conservación, contracción o desaparición de una lengua; en la aparición de plurilingüismos, bilingüismos, coalescencias de lenguas, y en la formación de píchines, de creoles y de koinés o lenguas comunes.

Las relaciones entre las lenguas se establecen por la conquista, la colonización, la migración; pero, los resultados de las mismas no son previsibles con certeza. La lengua del conquistador se impone unas veces y otras no, de acuerdo con la situación relativa de las poblaciones hablantes. La probabilidad que tiene de imponerse es mayor si tiene hablantes numerosos y poderosos, y si éstos se mezclan libremente con los hablantes de otras lenguas; si es portadora de una cultura rica y de una tecnología avanzada o si sirve de instrumento de administración: es menor, y aun resulta nula, cuando el grupo al que se le quiere imponer se puede aislar en zonas de difícil acceso, o cuando considera que es vital la conexión entre su lengua y una cultura a la que tiene en alto aprecio. Las oportunidades de imposición de una lengua sobre un grupo distinto del originario, o su preservación por el grupo del que es propia aumentan cuando el idioma se estandariza y, más aún, cuando se escribe.

La mezcla de dos colectividades humanas conduce frecuentemente a una fusión demográfica y a una situación de bilingüismo, a una asimilación sociocultural y a sincretismos lingüísticos o a desplazamientos de unas lenguas por otras. Los primeros asimilados y los primeros bilingües son de particular interés en este proceso. Las formas de iniciación, los progresos de la asimilación cultural, el aprendizaje de la segunda lengua, y la pérdida de la primera también deben estudiarse.

La expansión lingüística se logra —muchas veces— gracias al parentesco lingüístico que hay entre una lengua y sus comarcas; pero esa posibilidad sólo se aprovecha si hay, en forma concomitante, la necesidad de una comunicación más amplia. Esa necesidad es, también, la que hace que algunas se conviertan en segundas lenguas de relación.

La migración también suele propiciar los bilingüismos. Unas veces, los migrantes tienen que aprender la lengua oficial del país al que emigran, pero logran mantener los vínculos con su comunidad hablante de origen; otras veces, llegan incluso a propagar su lengua en el nuevo medio; pero, hay otras más —colocadas en el extremo opuesto— en que se enquistan: en estos casos, ni transmiten su lengua propia ni adquieren (o adquieren en el mínimo indispensable) la ajena. Tam-



bién suele haber adquisiciones y pérdidas lingüísticas que no afectan a todas las capas sociales o que —si las abarcan— lo hacen en grados y con modalidades diferentes.

Las transformaciones lingüísticas —a su vez— o propician el establecimiento de nuevos contactos intersocietarios y la producción de nuevas manifestaciones culturales, o los impiden.

Los factores que hacen que una lengua domine a otra son, principalmente: su utilidad, su importancia para el avance social, su valor cultural, pero, cada uno de ellos se relaciona con las diversas funciones que cumple cada lengua dentro de la situación bilingüe: con la existencia o inexistencia de divisiones paralelas, convergentes o divergentes, entre la sociedad, la cultura y la lengua, y —muy especialmente— con la intensidad de las lealtades lingüísticas.

Entre las funciones, hay que considerar las que desempeñan las lenguas en los niveles sub-societario, e inter-societario, con sus variantes formales e informales. Cada función y cada variante tiene efectos diferentes en la situación sociolingüística; pero el principal efecto resultante es conservador. Así, la función familiar tiende a conservar la lengua que la desempeña; la escolar ejerce influencia conservadora sobre la lengua que se emplea para realizarla, y la literaria aumenta el potencial conservador de la misma. La sociedad —como un todo— ejerce una acción parecida que, en veces, es difusa, y que en otras está focalizada en instituciones destinadas a velar por la pureza del idioma y la admisión, adopción, adaptación o rechazo de los préstamos y de las calcas.

Según que las divisiones lingüísticas coincidan o no con las sociales, las lenguas o se mantienen o son desplazadas. Así, el aislamiento de una lengua respecto de su tierra sociocultural la hace vulnerable, y la desconexión entre los emigrados que la emplean y la comunidad hablante de origen la debilita.

La lealtad lingüística es un factor de importancia particular para el mantenimiento o el desplazamiento lingüísticos. Se trata de un fenómeno que es a lo lingüístico lo que el nacionalismo es a lo nacional, al que algunos llaman “lingüismo”. Pero —como en otros sectores socioculturales y lingüísticos— entre el lingüismo y el nacionalismo las relaciones no son biunívocas. En cada situación concreta, hay que especificar si la lealtad lingüística se conecta con la lealtad nacional, si son indiferentes entre sí o si marchan en sentidos diferentes y aun opuestos.

Se trata de fenómenos que no caben en la lingüística en sentido estricto y que —en cambio— corresponden plenamente a la sociolingüística.

Ya en nivel estatal, hay que reconocer que existen pueblos más o

menos coherentes, con lenguas más o menos homogéneas (aunque ya divididas en dialectos) que aún no cristalizan en Estados. Cuando esos pueblos se consolidan como naciones y tienden a cristalizar en Estados, lo hacen en torno de una lengua o un dialecto que comienza a predominar sobre los restantes. Pero, aun cuando llegan a convertirse en Estados poderosos y centralizados, la unificación no es total, pues siempre subsisten lenguas regionales y locales.

La formación de una lengua nacional común depende de la aparición de centros de poder y de prestigio que ella contribuye —a su vez— a consolidar. Después, el idioma se puede extender, si lo permiten las circunstancias (entre ellas, la competencia que le hagan las otras lenguas). La subsistencia de un idioma dentro de una situación sociolingüística equipotencial impone, en veces, soluciones de tipo federativo. Por caminos como éstos, se logra cierta unificación; pero, a partir del momento en que la lengua se expande, hay una tendencia —igual— a la diversificación.

En general, en todo Estado, a ciertos idiomas se les estimula, a otros se les tolera y a otros más se les proscriben, y es por este camino por el que llegan a aparecer minorías lingüísticas o llegan a surgir nuevas lenguas literarias.

El respeto a los derechos lingüísticos de los grupos ha conducido a la aceptación de principios como el que busca la coincidencia entre las fronteras estatales y las lingüísticas (plausible en teoría, pero de difícil aplicación práctica) o como el que ha hecho que ciertos Estados se estructuren como federaciones en las que cada unidad federal tiene su propia lengua, en tanto la federación adopta, por necesidad, una lengua común.

La anterior es una de las causas del bilingüismo, ya que, en tales federaciones, los individuos deben aprender por lo menos dos lenguas: la federal y la estatal. Pero, en general, casi todos los Estados de la Tierra se plantean actualmente problemas de bilingüismo.

Entre los factores que contribuyen a esa amplia extensión del bilingüismo en el mundo, están: el que hay más lenguas que Estados; el que mientras los idiomas oficiales no cubren todas las necesidades socioculturales, las internacionales —en cambio— cubren muchas de las que aquéllos dejan insatisfechas, y el que hay importantes movimientos de población y grandes medios de difusión.

En la actualidad, hay tendencias hacia una unidad lingüística, propiciada por la gran difusión, que no deja de alcanzar a región alguna de la Tierra, y que se realiza en unas pocas lenguas internacionales. Pero, la tendencia a usar un número cada vez menor de lenguas queda contrarrestada por el nacionalismo político y por el regionalismo cultural, que multiplica el número de lenguas en uso, al ver en el

idioma un símbolo de independencia. Son ellos los que elevan sus propias lenguas no literarias (y, a veces no estandarizadas) a niveles oficiales. La tendencia a consagrar —por este extremo— una o varias lenguas indígenas queda compensada por la necesidad que sienten los nuevos Estados, de obtener información tecnológica moderna, incorporada en una o unas pocas grandes lenguas internacionales vinculadas a los avances de la ciencia.

Aun así, tanto el uso de las lenguas internacionales ajenas como la consagración de una lengua propia como oficial —en detrimento de las otras lenguas vernáculos— tienden a producir problemas sociolingüísticos importantes.

La necesidad de aceptar una de las lenguas vinculadas al avance civilizatorio como medio de modernizarse, se manifiesta en el hecho de que la tercera parte de los volúmenes producidos en el mundo, lo son por seis países y están redactados en una de ocho lenguas en las que se difunde el saber. Sin embargo, esa necesidad se ubica adecuadamente si se considera que el conocimiento tiene varios niveles y que no es en todos en los que resulta indispensable contar con una “gran” lengua. Para muchos menesteres, y para amplias capas de población, bastan las lenguas regionales, las nacionales y —a veces— incluso sólo las locales.

El bilingüismo puede ser o no síntoma de inferioridad social y cultural. Lo es si quien aprende una segunda lengua se ve forzado a ello por necesidad apremiante e ineludible; no lo es si lo hace por deseo de abrirse a mundo más amplio de expresión y comunicación humanas. En el pasado, fueron muchas las situaciones en las que, para ser instruido, se necesitaba ser bilingüe.

Por lo general, los pueblos que han tenido que hablar o que han querido hablar una segunda lengua, no la han elegido por considerarla intrínsecamente más valiosa que otra u otras sino porque era empleada por un pueblo o por un grupo que tenía poder, prestigio, o poder y prestigio.

Los desplazamientos de quienes van de un lugar a otro para trabajar, pasear o establecerse en él permanentemente, han contribuido también a la extensión creciente del bilingüismo. Los trabajadores extranjeros (estacionales o no), los turistas y los inmigrantes les han proporcionado así, a varios países, lo que ahora se suele considerar un “recurso cultural” adicional.

Los bilingües —por otra parte— pueden vivir en zonas fronterizas, en regiones centrales o en enclaves territoriales; pueden estar concentrados o dispersos; aislados o en contacto; agrupados en poblados o esparcidos por el campo, y su bilingüismo puede ser estable o inesta-

ble (y sujeto a desplazamientos en diferentes sentidos y con diferentes tasas de cambio).

Los bilingües pueden emplear la segunda lengua de acuerdo con varias modalidades. Pueden utilizarla sólo para varias, o para una sola cosa, y para otras no; para unas y otras, indiferentemente, o para casi todas.

Aunque la conquista suele ser una de las raíces del bilingüismo, es la colonización la que produce —en esto— efectos más duraderos, particularmente cuando hay matrimonios mixtos. Aun sin ellos, el tráfico, el comercio, el movimiento rural-urbano, son otros tantos factores que le son favorables.

Cuando en una colectividad humana coexisten varias lenguas, generalmente coinciden las divisiones lingüísticas con las no lingüísticas de la sociedad global (indígenas-aliénigenas, rurícolas-urbanícolas, división entre diferentes ocupaciones o entre diferentes posiciones sociales). En todo caso, es la necesidad de emplear más de una lengua la que acelera o retarda el paso del monolingüismo al bilingüismo; este último, por su parte, representa —siempre— un equilibrio inestable, que tiende a resolverse en un nuevo unilingüismo.

Hay que distinguir, en esto, por lo menos dos situaciones, pues, según que la lengua diferente se implante en un grupo que vive en el área en que se habla su lengua materna o en otro que vive en área distinta de aquélla, los resultados serán distintos.

En algunas regiones del mundo, el bilingüismo se establece entre los dialectos o *patois* y la emergente lengua nacional, cuya extensión se asegura con la enseñanza obligatoria. Este bilingüismo se convierte en un nuevo monolingüismo —más amplio que el original— en favor de la lengua nacional y en detrimento de los dialectos que tienden a desaparecer. En la actualidad, si bien se producen procesos parecidos a éstos, que ocurrieron sobre todo en el pasado, actúan otras fuerzas que impiden una culminación parecida. Así, en muchas regiones (particularmente en Africa) no coinciden “lengua nacional” y “lengua oficial” y, en ellas, la motivación favorable a una de las “grandes” lenguas se debilita por ser cultural en forma inmediata, y nacional sólo en forma mediata y atenuada.

En general, en la evolución de las relaciones lingüísticas que conducen al bilingüismo, influye la necesidad social de usar una segunda lengua; pero, esa necesidad se satisface en forma distinta según los ambientes. Así, por ejemplo, se puede distinguir el de una frontera lingüística en la que hay simultáneamente una división económica, frente a aquel otro en el que no existe esa coincidencia. En un caso, se produce el equilibrio sociolingüístico; en el otro, una de las lenguas desplaza a la otra.

El movimiento hacia las ciudades es y ha sido importante para el bilingüismo. Pero, las situaciones suelen ser distintas, y distintos los resultados, ya que ciertas zonas rurales evolucionan hacia el bilingüismo gracias a su riqueza, mientras que otras quedan intactas —homogéneas lingüísticamente— debido a su pobreza. Así, en algunos lugares, hoy, grandes contingentes humanos salen de los bosques y llegan a los pueblos en forma parecida a como en el pasado —en otras regiones— los emigrantes rurales se desplazaban hacia las ciudades, y esos movimientos han favorecido la aparición de un idioma común; pero éste, en unos casos, ha sido una lengua nacional; en otros, un idioma local que se ha expandido, y en otros una lengua extraña, de gran irradiación, adoptada en los centros respectivos.

En materia de migraciones, también hay que distinguir entre las antiguas y las modernas: las antiguas no dejaron traza, porque los inmigrantes acabaron por ser absorbidos lingüísticamente en las ciudades; las nuevas tienden a producir bilingüismo, porque, al confinarse a los inmigrados en ciertos distritos, se les impide usar el idioma del país y se favorece su enquistamiento.

La dispersión de los hablantes de una lengua produce uno de tres resultados, pues: o 1) la lengua se fragmenta, o 2) retiene su unidad, o 3) se convierte en una *koiné*. Cuando se mantiene la unidad en sentido longitudinal, eso se logra a costa de la aparición de divisiones lingüísticas transversales (de una distinción entre usos coloquiales y literarios) o de aparición de una verdadera estratificación sociolingüística o dialectología social.

Tanto como la divergencia y la fragmentación, importan la convergencia y la unificación lingüísticas: la coalescencia, la formación de híbridos, la aparición de *koinés*. En ellas intervienen: la mejora de los medios de transporte y comunicación, el aprecio por la literatura clásica o sagrada, la centralización en torno de un centro religioso o de poder, la tolerancia o intolerancia hacia las variantes lingüísticas, y el sentimiento nacionalista asociado a la lengua.

La importancia que tienen los adelantos técnicos en los transportes y comunicaciones queda ejemplificada cuando se piensa en las embarcaciones que, al posibilitar el cruce del Mediterráneo, propiciaron la aparición de la *koiné* por antonomasia —de la lengua común griega— o cuando se recuerda que ese mismo Mediterráneo parece haber ofrecido las condiciones favorables para que, más tarde, se formara la *koiné* árabe.

La alta estimación por una literatura clásica o sagrada parece ser factor menos importante de unificación lingüística, pues si bien ésta se produce en el nivel escrito, la diversificación aparece y progresa

por debajo, en el de la lengua hablada y, particularmente, en el estilo coloquial. Esto produce una verdadera diglosia y, en el caso griego, por ejemplo, los conflictos entre los partidarios de la *katharevusa* y de la *demotiki*.

Cuando la cultura gira en torno de un centro prestigioso (como París, en el caso de la cultura francesa) suelen afluir a ese centro hablantes de otros sitios, cuya habla tiene características propias. Y si bien ninguno de los recién llegados logra imponer las características de su habla propia, entre todos producen un desgaste generalizado de la lengua del centro de prestigio, que pierde sus características más salientes, más peculiares, más chocantes para la mayoría y que así, tiende a constituirse en una *koiné*.

La intolerancia hacia las variaciones (que se manifiesta particularmente en la ridiculización del extraño que habla mal la lengua) puede ser un factor de mantenimiento de la unidad, particularmente cuando las lealtades lingüísticas se vinculan con los sentimientos nacionalistas. El resultado —con todo— no es enteramente previsible, ya que aunque los británicos —en algunos casos— sean intolerantes hacia el uso incorrecto del inglés por los extraños, y aunque consideren como una catástrofe la previsible difusión y escisión de su idioma entre pueblos distintos del suyo (incapaces de mantener su pureza original), no parece que sean capaces de impedir, en último término, su extensión y su eventual fragmentación dialectal o su conversión en una *koiné* que sólo umbilicalmente mantendrá su conexión con el inglés de Inglaterra.

En todas estas situaciones, el grado de estandarización de las lenguas en contacto (particularmente cuando una de ellas está estandarizada y la otra no) es importante, porque cuando los hablantes perciben que su lengua no está estandarizada y no se aplica a todos los tipos de comunicación, muestran mayor indiferencia frente a las interferencias que provienen de otras lenguas y de otros grupos.

Los problemas sociolingüísticos cobran particular interés cuando se vinculan con los problemas de la independización, la descolonización, la emergencia nacional, la construcción de naciones, la formación de nuevos Estados o sea, particularmente, cuando se les estudia en relación con las situaciones que se presentan en las llamadas “naciones nuevas”.

Las “naciones nuevas” son un conjunto de sociedades diversas (entre las que se encuentran: estados nuevos con vocación nacional; estados nacionales de vocación unitaria; naciones y estados nacionales de origen europeo superpuestos a un fondo extraño, y naciones renacientes) cada una de las cuales tiene sus problemas sociolingüísticos peculiares para el desarrollo. Pero, por otro lado —en relación con

el proceso de modernización— entre los Estados de hoy se distinguen: los postimperiales, los postdinásticos de Occidente, los de Europa Central y Oriental y de Mesoorienté, los de migración ultramarina y los postcoloniales de Asia, Africa y América, cada uno de los cuales presenta —también— una faceta distinta de la problemática sociolingüística (vide 1).

Los Estados postimperiales han logrado (o están por lograr) una centralización política, y han obtenido (o están en vías de obtener) una unificación lingüística; los postdinásticos europeos acompañaron su centralización administrativa con la imposición de uno de sus dialectos en todo su territorio; los de Europa Central se unificaron lingüísticamente (antes de hacerlo políticamente) por acción de sus escritores, y los de Europa suroriental lo lograron por la de sus filólogos y folkloristas; los de migración ultramarina —finalmente— tienen unidad lingüística gracias a que la población nativa o era escasa, o fue sometida, o fue exterminada (vide 63).

Pero, si los restantes países (los postcoloniales de Asia, de Africa y de América) son aparentemente iguales, en realidad difieren entre sí. Mientras en Latinoamérica millones de personas hablan un solo idioma en cerca de veinte países, en Africa, veintenas de lenguas son habladas por unos cuantos (y sólo tres o cuatro son habladas por millones de seres), y en la India (un solo Estado asiático) hay una lengua oficial de la Unión, mientras que, por debajo de ella, subsiste la diversidad lingüística.

En sentido político, la modernización es una reorganización territorial impuesta por la necesidad que hay de que cada Estado tenga un tamaño intermedio, que lo haga internacionalmente viable. Desde el ángulo lingüístico, esto es importante, porque la modernización se logra más fácilmente donde los habitantes tienen el mismo idioma, ya que esto, si bien no acorta las distancias físicas, sí reduce las sociales (véase 63).

En unos pocos casos —debido a ciertas condiciones políticas y lingüísticas— los Estados han podido pasar a la época moderna sin romper su continuidad histórica; en otros, debido a su tamaño, o su estructura social y a su diversidad lingüística, hubieron de desquebrarse.

En la época de los imperios, hubo diversidad de actitudes frente al problema lingüístico: algunas metrópolis vieron un peligro en la atomización lingüística de sus súbditos y trataron de unificarlos; otras lo vieron en la formación de un solo frente sociolingüístico, y los dividieron; pero también hubo casos en los que la continuidad territorial de metrópoli y colonia no determinó la unificación, mientras que en otros la discontinuidad territorial no llegó a impedirla.

En muchas de las colonias, a las antiguas divisiones tribales se vinieron a sumar otras, socioeconómicas. Quienes durante la colonia habían introducido nuevas formas de trabajo y de producción y —con ellas— nuevas lenguas, en el momento de la descolonización se convirtieron en colectividades irredentas y suscitaron, —así— problemas sociolingüísticos internos y de política internacional.

Los países que fueron colonias se han encontrado, tras su descolonización, en una de dos situaciones, pues: o comparten con otros Estados su lengua oficial, o incluyen en su territorio varias comunidades hablantes y —así— enfrentan las dificultades propias y tienen las posibilidades peculiares de cada una de estas situaciones.

Los problemas sociolingüísticos se agudizan cuando el lingüismo y el nacionalismo —de por sí complejos— entran en relaciones dialécticas y se refuerzan mutuamente. Esto depende de una larga evolución histórica de las ideologías correspondientes.

En el pasado no se pensaba que de la posesión de un idioma propio dependieran el prestigio o el poder de un grupo, y aunque la valoración del propio idioma se insinuó desde la época en que los pueblos se volvieron sedentarios, el interés por el idioma vernáculo despertó gracias a las traducciones de la *Biblia*; aumentó cuando la imprenta uniformó los idiomas, relegó los dialectos y dio conciencia de sí a los grupos hablantes, y produjo, finalmente, la aparición de esas actitudes complejas que ligan a la lengua con el nacionalismo (ver 35).

Por contraste con ciertas situaciones actuales, hubo un tiempo en que algunos pueblos conquistadores establecieron que quien pertenecía a una religión o a una cultura no debía aprender el idioma de otra religión y otra cultura. Con ello, el idioma se convirtió en un medio por el que se fortaleció la identificación de los miembros dentro de los grupos y se perpetuó la separación entre éstos.

En muchas ocasiones, pueblos y agrupamientos (como las aristocracias) al adoptar una civilización, tomaron también el idioma en el que esa civilización se expresaba comúnmente; pero hubo quienes vieron que —por el contrario— el uso de varias lenguas favorecía la plenitud de la vida de una sociedad y de un Estado.

Tanto dentro de la Iglesia como dentro de las universidades, hubo —en un tiempo— luchas entre diversas naciones. El idioma fue, en ellas, algo que se consideró como un síntoma de la existencia de una nación, y la amenaza —real o supuesta— de exterminio del propio idioma por el enemigo sirvió para avivar el patriotismo de muchas naciones.

La Ilustración consideró que la lengua formaba parte de la personalidad nacional. De ahí, se pasó a considerarla como símbolo de la



soberanía, de la independencia y del prestigio nacionales. Sin embargo, eran esas épocas en las que se consideraba que sólo ciertas capas ilustradas formaban parte de la nación real. Al emerger las masas, el idioma popular entró en conflicto con el literario (aun dentro de una misma comunidad hablante) y el problema sociolingüístico se planteó en nuevos términos.

Los idiomas nacionales se empezaron a emplear en la instrucción ya muy tarde en la historia, y más que como sustitutos, como complemento de otros idiomas (los clásicos); pero, pronto, gracias al prestigio de sus grandes escritores, su influencia rebasó las fronteras del país de origen.

El idioma propio fue promovido por las clases medias, y se extendió gracias a la aparición y uso creciente de los periódicos y otros medios de difusión, en sentido convergente con el de la instrucción general obligatoria. Esto habría de propiciar unas reivindicaciones populares en materia lingüística que se opondrían al puro uso erudito y literario del idioma.

El impulso dado al idioma propio procedió —muchas veces— de un sentimiento de minusvalía, nacido de la confrontación cultural con otros pueblos: a falta de viejas tradiciones culturales conservadas por la escritura, algunos pueblos vieron en su idioma un receptáculo de sabiduría popular, y un testimonio de su prosapia cultural. Herder afirmó que una nacionalidad vive gracias a su cultura, y que el idioma es su instrumento sagrado.

Conforme a esta orientación, se trazaron políticas que buscaron la irradiación de la lengua nacional hacia el exterior, en tanto que sometían o proscribían a las otras lenguas que se empleaban en el territorio y que eran sus competidoras. En otros casos, en cambio, las nacionalidades que empleaban idiomas distintos del oficial se creyeron justificadas para oponer sus derechos a los del Estado multilingüe y a su idioma oficial. En esa forma, se socavaron los cimientos de muchos Estados imperiales.

Hay quienes consideran que el nacionalismo y la entronización de la lengua propia constituyen una nueva idolatría; pero, si bien en muchas ocasiones el extremismo justifica esta crítica, en otras hay que reconocer que uno y otra constituyen medios de defensa frente al imperialismo absorbente, dominante y uniformizador.

Hay que considerar, por otra parte, que el mismo término “nacionalismo” ha cambiado históricamente de sentido; que en el siglo XIX europeo representó una creciente autoconciencia basada en la etnicidad común de la que era sintomático el uso de una misma lengua, pero que en el XX africano se le ha hecho sinónimo tanto de “antico-

lonialismo” como de “tribalismo” (y de las diversas acepciones que se dan al término “tribu” y a su derivado).

Van den Berghe prefiere hablar —y con razón— de “nacionalismo” estricto de las etnias orientadas políticamente, sea que éstas estén comprendidas, coincidan o rebasen las unidades estatales; de “territorialismo” de las colectividades pluriétnicas convivientes que buscan la unificación estatal (y la construcción nacional) y de “internacionalismo” de movimientos como el panafricanista, el panislámico, o el europeizante (de base inglesa o francesa), si se piensa —particularmente— en Africa (véase 79).

Desde el punto de vista científico, debe anotarse que el nacionalismo ha contribuido a que se conviertan en lenguas de comunicación internacional algunas originalmente nacionales, al empeñarse los Estados en enseñarlas y difundirlas en territorios distintos del suyo originario. Eso se debe a que muchas naciones sienten el deseo de extender su lengua, movidas por un lingüismo que —en otros casos— ha hecho que algunos Estados rechacen una lengua y favorezcan otra, o ha provocado el que —después de una guerra o durante ella— algunos eliminen de sus escuelas la enseñanza del idioma de quien acaba de ser o es el enemigo (tradicional o del momento).

La diversidad lingüística de muchas regiones, y el deseo de constituir una nación-Estado ha hecho que adopten, a veces, como oficial, una lengua extraña. De ellas, unas la adoptan al lado de las propias; otras, con exclusión de éstas. Pero, el hecho de que varias de una misma región elijan una misma lengua como oficial propicia su futura conglomeración. Esta conduce —a su vez— a una polarización posible: a la renovación de la atención hacia las tradiciones locales y las lenguas vernáculas.

Así, la problemática sociolingüística de las naciones nuevas se desglosa en los problemas de: 1) elegir una lengua como nacional; 2) promoverla entre quienes la hablan originalmente; 3) cambiar su imagen, para despertar lealtades lingüísticas nacionales; 4) difundirla entre todos los grupos, y 5) guiar su desarrollo (ver 19).

En la descolonización, la adopción del idioma del colonizador ha sido la solución más frecuente; pero también se dan casos de Estados que los han considerado al lado del o de los idiomas indígenas, o que han previsto periodos de transición en los que se emplean tanto el idioma del colonizador como los propios (con tendencia a sustituir paulatinamente el primero por uno de los segundos) mientras que en otros casos —más bien excepcionales— se rechaza el idioma de la antigua colonia, y se consagra como oficial una lengua indígena.

La historia colonial configuró la situación lingüística que habrían de heredar los descolonizados. Lo hizo a través de la duración del

periodo colonial, de la forma en que se independizó el Estado, de sus relaciones y sus cambios de relación con la antigua metrópoli; de la educación que ésta había dado a los colonizados (según su cantidad, calidad, nivel, modalidad y selectividad grupal).

Pero, además, como la independencia es un nuevo estatuto internacional, los Estados resultantes de la descolonización le han buscado a éste una simbólica (himno, lengua, bandera). La lengua, en estas condiciones, deja de ser un mero satisfactor de las necesidades de comunicación interna y externa, para convertirse en símbolo de prestigio. De este modo, las elecciones de lengua nacional suelen estar dictadas tanto por la pasión como por la razón y —en muchas ocasiones— producen experiencias amargas e imponen revisiones indispensables (vide 4).

Tras la independencia —en vista de las necesidades de instrucción en la tecnología moderna— muchos países han aceptado ayuda externa, particularmente en forma de becas. Con ello, han dado prestigio adicional a las lenguas internacionales, creando una demanda creciente de instrucción en ellas. Pero, los recién descolonizados han visto en esa instrucción un factor de dependencia y eso los ha impulsado —después— a rechazar, violentamente, la ayuda técnico-cultural.

Del periodo colonial, los descolonizados heredan una educación diferenciada, que enfrenta a las élites antiguas (formadas en el idioma del colonizador, y socialmente desenraizadas) las nuevas élites (educadas en el país, anticolonialistas y vinculadas al medio).

Para constituirse en vehículos de amplia comunicación y de toma de información tecnológica, los idiomas regionales o locales enfrentan la dificultad de constituir un amplio vocabulario técnico para satisfacer las necesidades modernas. Esta, si bien es mayor en ellos, no les es exclusiva, pues todas las lenguas, en alguna época, han tenido que tomar préstamos de otras, y hasta idiomas como el inglés, el francés o el español tienen una terminología que procede del griego y del latín. El peligro de un chauvinismo lingüístico que rechace sistemáticamente todas las voces técnicas por ser ajenas, es otro peligro que amenaza a esos esfuerzos. O sea, que lo que se impone es un delicado equilibrio entre el rechazo sistemático y la copia servil de los tecnicismos.

Es un equilibrio igualmente sutil el que debe de lograrse —en general— en materia lingüística, particularmente en los Estados multilingües. Una política multilingüe impone, por lo general, una política multicultural: el mantenimiento de las lenguas locales al lado de la nacional no daña a nadie si se respeta la jurisdicción de cada una y —en cambio— su subsistencia puede amortiguar los choques, impedir la marginalización de grandes grupos, permitirles la participación en

el proceso desenvolventista; librarlos de las sicosis, al proporcionarles medios de adquirir sentimientos de pertenencia social sin los que caerían en el peligroso “vacío” social.

Sin embargo, debe reconocerse que el bilingüismo y el multilingüismo plantean problemas distintos a los Estados multinacionales y a los Estados-nación (véase 34).

En los Estados multinacionales multilingües, las distintas lenguas casi nunca disfrutaban del mismo reconocimiento, aunque luchan por él, y mientras en muchos se consagra una como oficial y a las restantes se las considera iguales entre sí (pero en plano distinto del de la oficial) en muchos otros, por debajo de la igualdad legal subsiste una desigualdad real que se traduce por la discriminación de algunas lenguas.

Los Estados-nación son: o genuinos o seccionales, y mientras en los primeros la mayoría habla una lengua y dirige al país, en los segundos es un grupo minoritario étnico y lingüísticamente el que ejerce el poder. En lo sociolingüístico, a los Estados-nación genuinos se les plantean los problemas de minorías; a los seccionales, los de tensión lingüística.

De las minorías sociolingüísticas hay algunas que reivindican su derecho a emplear su propia lengua; hay otras que si bien tienen lengua diferente de la que emplea la mayoría, son indiferentes frente a su conservación o eliminación, mientras que hay otras más que buscan —voluntariamente— que la mayoría las asimile. Esas actitudes variadas de las minorías tienen su correlato en actitudes de las mayorías que o proscriben o toleran o prescriben el uso de las lenguas minoritarias.

En los Estados-nación seccionales, todas esas situaciones se plantean en términos de una gran tensión interna, que se alivia mediante expedientes diversos, al grado de que algunos tienen que elevar una lengua (incluso minoritaria) a la categoría de oficial.

Las actitudes de prescripción, tolerancia o proscripción de las lenguas se asumen políticamente con criterios estratégicos, y dependen —generalmente— del poder relativo que tengan o sientan tener las mayorías frente a sus minorías, de modo que los grandes Estados suelen ser más tolerantes frente a sus minorías de lo que son los pequeños.

En el pasado, muchas de las metrópolis adoptaron —durante la colonización— una actitud contraria al uso de las lenguas vernáculas, que, o se emplearon esporádicamente o en forma seccional. La evolución de las ideologías y la adopción del principio de las nacionalidades en Europa, hicieron aparecer actitudes liberales europeas que favorecían el uso de las lenguas vernáculas en las antiguas colonias;

pero, en ese momento, fueron los colonizados quienes rechazaron ese empleo, pues pensaron que se trataba de una maniobra; que se les intentaba dar una educación de nivel inferior al metropolitano.

Otros agrupamientos —influidos por la doctrina soviética de las nacionalidades— pugnan ahora por una descolonización cultural que incluya los aspectos lingüísticos, y que propicie el uso de los idiomas vernáculos. En esto ven —con todo— el peligro de un desmigajamiento de los esfuerzos que buscan una unificación más amplia (panafricanista, por ejemplo).

Las actitudes principales son, en esto: la de los idealistas, la de los realistas y la de los técnicos. Los primeros piensan en la posibilidad de constituir lenguas comunes a amplios conjuntos de países; los segundos, ven en las vernáculos obstáculos para el desarrollo y piden —en cambio— la difusión de las internacionales; los últimos piensan que es posible preservar los valores culturales propios e insertar a sus países —simultáneamente— en el mundo del siglo XX.

El problema de la escritura se inserta aquí, en cuanto un grupo que posee lengua propia y la preserva, tiende a consolidar su conciencia grupal, y en cuanto esa preservación se facilita cuando la lengua tiene escritura. En el uso de ésta, hay que reconocer diferentes niveles (según sea inexistente, o exista y se use sólo para fines públicos amplios y para publicaciones de todo tipo o se reinvierta en la recreación cultural, a través de su empleo literario). Así, en algunos continentes, mientras cierto tipo de colonización condujo al desarrollo de una literatura autóctona en la lengua del colonizador, en otros ese tipo de literatura no se ha desarrollado.

Y, si bien la estandarización y —después— la reducción a la escritura, no aseguran de por sí que el grupo que usa la lengua constituya una nación, el empleo de una lengua en forma estandarizada y por escrito, o propicia la aparición de una conciencia nacional, o revela su emergencia próxima.

Más allá de los ámbitos nacionales, en lo internacional se ha reconocido —desde época remota— la necesidad de contar con una lengua que comunique a pueblos de diferentes idiomas. Para satisfacerla, han aparecido idiomas de tráfico, idiomas diplomáticos, lenguas científicas. Y es que, siempre que conviven hablantes de diferentes lenguas deseosos de comunicarse, se desarrollan lenguas francas, píchines o sabires, o se elige una lengua común.

El latín fue una de las lenguas diplomáticas, pero, cuando los idiomas vernáculos se desarrollaron y adquirieron forma literaria, lo desplazaron. Se le eliminó: primero, de las instrucciones a los diplomáticos; después, de los tratados; finalmente, de la correspondencia

diplomática. El francés se llegó a emplear tan ampliamente como el latín, pero, en determinado momento, surgió la reivindicación contraria a su uso, que proclamaba el derecho de cada contratante a obtener copia del tratado en su propia lengua, y de recurrir a una lengua neutral en las negociaciones, para asegurar —así— la igualdad jurídica de los Estados (véase 66).

Algunos gobiernos optaron por el uso de su idioma, para sus relaciones internacionales, pero toparon con el inconveniente de que cada uno de los otros gobiernos les contestaba en su propio idioma y que eso los obligaba a mantener todo un cuerpo de traductores.

Actualmente, cuando los tratados son bilaterales, se suelen firmar dos textos del tratado: uno en el idioma de cada una de las partes; cuando son multilaterales, se redacta uno en inglés y otro en francés, pero se considera también que un texto redactado en cualquiera de los idiomas de la Organización de las Naciones Unidas está debidamente autorizado.

Fuera del nivel estatal, existe una sociedad internacional emergente: en ella se siente la necesidad de una lengua común para todos los hombres, y la necesidad y el deseo de crear una lengua auxiliar internacional ha adquirido —en ella— importancia práctica, después de haberla tenido teórica entre los filósofos que, descontentos con las imprecisiones de las lenguas naturales, quisieron crear una artificial que se aproximara al lenguaje matemático.

En los intentos de creación de esa lengua auxiliar internacional se encuentra, casi siempre: 1) una preferencia por los elementos más difundidos de las lenguas que más se emplean; 2) una simplificación de la gramática, con eliminación de las excepciones, y 3) la constitución de una ortografía fonética. Los resultados muestran que incluso las lenguas auxiliares internacionales que no se crearon con esa intención, tienen clara apariencia románica. Hacia el futuro, se ha señalado como ideal: 1) el que la lengua internacional carezca de inflexión; 2) el que tenga un vocabulario mínimo universalmente aceptado para usos internacionales, y 3) el que sea homogénea (para evitar los resultados antiestéticos) (ver 65).

Más recientemente, se han realizado estudios que contribuyen a constituir un vocabulario mínimo. Entre ellos se cuentan los que tratan de determinar cuáles son los rasgos característicos de las llamadas “palabras internacionales” (o sea, aquellas cuya forma es parecida en varios idiomas) para difundirlos y crear otras palabras semejantes; en el futuro.

Otros esfuerzos que buscan la más amplia comunicación internacional lo hacen mediante el uso de íconos, símbolos y pictogramas

generalmente aceptados, que pueden permitir que se entiendan personas de lenguas diferentes.

A pesar de lo loable de todos estos proyectos y de la conveniencia de respaldarlos y promoverlos, hay que considerar que la diferencia de lenguas no ha impedido que se comuniquen los hombres que auténticamente han deseado hacerlo, y que la comunidad de lengua no ha logrado que lleguen a entenderse quienes no tenían voluntad de comunicarse.

En el momento actual, es un hecho que el mayor número de los países del mundo son sociolingüísticamente diversos. A más de ello, hay que considerar que entre todos los multilingües hay distintos tipos de situación sociolingüística; que la diversidad de cada uno de ellos es diferente de la de los demás, y que debe llegar a medirse para hacer una evaluación sociolingüística y una planeación lingüística convenientes.

Decir que en un país hay diversidad sociolingüística representa: 1) que en él se hablan varias lenguas; y 2) que se considera que eso repercute en las relaciones sociales de sus hablantes y esas relaciones condicionan —a su vez— el uso de cada una de esas lenguas por cada uno de los miembros de esa sociedad.

En los términos más simples, un país es lingüísticamente más diverso que otro si en él se hablan más lenguas. Pero, casi de inmediato, se descubre la necesidad de introducir otros criterios para apreciar y medir la diversidad lingüística, pues aun cuando en los países A y B se hablen cinco lenguas, y éstas sean exactamente las mismas, la situación lingüística de A será distinta de la de B si en A un 20 % de la población habla cada una de las cinco lenguas y en B una es hablada por el 50 % de los pobladores y las cuatro restantes por un 12.5 % cada una.

Lo anterior es cierto aun si se habla sólo en términos estadísticos, pero también puede darse el caso de que en A las clases altas usen una sola lengua, mientras que las medias y bajas usan cuatro distintas (y, por lo mismo, ni se entienden ni tienen posibilidad de realizar una acción común orientada hacia un mismo fin), mientras que en B sean las clases altas las que hablen cuatro lenguas distintas (de acuerdo con una diversificación de intereses y una necesidad de establecer contactos diversificados con distintos grupos del exterior) en tanto que las clases medias y bajas hablen una sola lengua que les permita unificarse internamente, pero no buscar apoyo externo para sus reivindicaciones.

Aun observaciones tan superficiales como éstas muestran la necesidad de una tipología y de una métrica.

Hay —en efecto— ciertos índices numéricos para medir la diversidad lingüística; uno de ellos, el “método no ponderado monolingüe” mide la probabilidad que hay de que dos miembros de la población elegida al azar hablen la misma lengua. Este índice se mueve a lo largo de una escala que va del cero (correspondiente a la uniformidad lingüística) al uno (que corresponde a la máxima diversidad lingüística). En concreto, los cálculos muestran —por ejemplo— que mientras Costa Rica se aproxima al primer extremo de la escala hay cierta zona de Nigeria que está próxima del segundo.

Pero, tan importante como el número de lenguas habladas en un país y el de hablantes de cada lengua, es la distinción de las funciones socioculturales a cuyo servicio se pone cada lengua, pues no se puede decir que en la situación multilingüe unos hablantes usen exclusivamente una lengua y otros otra, sino que unos y otros usan una lengua en ciertas circunstancias y las otras en circunstancias diferentes o sea que, para este tipo de investigación, son importantes los usos del lenguaje y la existencia de lenguas restringidas.

Tipificar y medir las diversas lenguas sería —todavía— poco sociolingüístico; la tarea comienza a serlo plenamente cuando se conecta esa diversidad lingüística con los problemas de la nacionalidad, de la independencia y la descolonización, de la construcción natioestatal o con los de la vinculación o desvinculación de los poblados con el resto de la sociedad nacional o del hogar y la escuela, de los padres y de los hijos dentro de cada una de las comunidades locales del país.

En general, podría postularse que el ideal filosófico-social consistiría en hacer que una nacionalidad y un lenguaje nacional se correspondieran biunívocamente, pero las situaciones reales se alejan mucho de ese ideal. Es así como un pueblo recién independizado elige su idioma oficial, al través de complejos esquemas decisorios pues unas veces opta por la lengua que tiene más hablantes y es más usada mientras que en otras elige una lengua hablada por pocos y poco empleada, que ni siquiera es políticamente dominante y, en otras más, acepta una lengua extranjera.

Pero, lo que más importa sociolingüísticamente, en una situación multilingüe en la que no se trata tanto de determinar las opciones estatales sino las individuales es investigar “cuándo y por qué aprende un individuo otro dialecto y otra lengua”, si el dialecto o la lengua adicional que adquiere es regional o nacional y si necesita de ellos —por ejemplo— para tener acceso a la ciencia y a la tecnología modernas o por otras causas diferentes.

Todos esos datos son de relevancia sociolingüística porque cada uno de los tipos de lengua “adicional” tiene significación diferente en



relación con las necesidades y posibilidades de desarrollo social, económico y educativo de una nación, con su evolución y su progreso.

En las situaciones sociales de contacto, tanto nacionales como internacionales, una segunda lengua es aprendida por los individuos o porque internamente la nación usa lenguas distintas para desempeñar funciones diversas o porque hay necesidad de que sus miembros se vinculen con los de otras naciones de lengua distinta.

La situación social en que se producen los contactos entre las lenguas, o, más aún, los contactos entre quienes hablan lenguas distintas, explica en parte —al menos— los resultados de los mismos. Hay, en ella, factores que favorecen y otros que perjudican las posibilidades de cada lengua, y la predisposición más o menos natural de cada persona a usar una u otra, o se refuerza o se debilita por el juego dinámico, por la composición de las fuerzas sociales correspondientes.

Entre esos factores sociales se cuentan: la utilidad social del lenguaje, su valor en cuanto medio de ascender socialmente, su valor cultural (principalmente en términos literarios). La situación social en la que actúan debe estudiarse en términos de: 1) las funciones de cada lenguaje en esa situación; 2) la congruencia o incongruencia de las divisiones lingüísticas y de las otras divisiones sociales; 3) el desarrollo y operación de las lealtades lingüísticas, y 4) la cristalización y el desplazamiento lingüísticos.

Entre los varios intentos que se han hecho para listar y ordenar las funciones de las lenguas se cuentan uno que reconoce diez y otro que reconoce cuatro dominios sociales de uso del lenguaje: 1) el ingenio, 2) la familia, 3) el juego, 4) la escuela, 5) la iglesia, 6) la literatura, 7) la prensa, 8) el ejército, 9) los tribunales, y 10) la administración (para uno de esos intentos); para el otro: 1) la familia, 2) el dominio informal, 3) el formal y 4) el intergrupar.

Los grados de estandarización de la lengua y de formalidad del discurso se escalonan a todo lo largo de estos diferentes dominios, pero hay algunas instituciones que —entre ellos— ejercen, muy particularmente, una influencia lingüística conservadora.

El recién fallecido Uriel Weinreich —que llegó a ser maestro indiscutido en estos estudios— señaló, por ejemplo, la forma en que la escuela limita las variaciones lingüísticas de uso en la situación unilingüe, y conserva y estandariza la lengua en la multilingüe, al tiempo que vigila y frena la introducción de préstamos procedentes de otras lenguas. El también señalaba que —por su parte— la “estandarización” de una lengua favorece el sentimiento conservador y purista de los hablantes de la misma, y que su empleo literario refuerza esos extremos.

Por otro lado, la sucesión de los dominios de uso del lenguaje en la historia personal de cada individuo repercute en los resultados del contacto lingüístico pues —por lo general— cada individuo evita al máximo las interferencias en la lengua que aprendió primero (en el seno de la familia).

En el ámbito social amplio, en situaciones de multilingüismo, conviene que —por otra parte— se determine quién lleva la carga mayor puesto que generalmente es uno de los grupos sociolingüísticos en contacto el que espera que se dirijan a él en su propia lengua.

En situaciones concretas, las divisiones lingüísticas tienden a ser más o menos congruentes con las otras divisiones culturales y sociales y así, geosocialmente, el contacto y el intercambio lingüísticos son restringidos en el ambiente rural y en las comunidades consuntivas cerradas sobre sí y más o menos autosuficientes mientras que la interferencia de las otras lenguas es mayor en aquellos enclaves lingüísticos que económica y socialmente no se bastan a sí mismos.

La diferencia de condición entre el indígena y el inmigrante también influye, pues el último discontinúa tradiciones, se siente desorientado y ha de adaptarse a un medio físico-social nuevo, al tiempo que tiene que relacionarse con los aborígenes e incluso casarse con miembros de la población nativa.

Ciertas divisiones culturales influyen, también, en la aparición de separaciones lingüísticas, incluso dentro de las situaciones de contacto multilingüe, como lo manifiesta el que el Islam haya rechazado simultáneamente los hechos y las palabras correspondientes al juego, a los seguros y a la imprenta, y que los judíos ashquenazi, no hayan tomado el nombre alemán para el sábado, en tanto que aceptaban de ese idioma los nombres de los días restantes.

En todo caso, debe de observarse que, en las situaciones de multilingüismo, la incongruencia entre las divisiones lingüísticas y las socioculturales es tanto o más significativa que la congruencia entre unas y otras, y que la sociolingüística tiene que presentar tanto los casos de covariancia máxima como los de mínima o nula covariación entre los hechos lingüísticos y los sociales, para tratar de explicar —un momento después— los unos y los otros.

## PAISES Y LENGUAS RENACIENTES

### *La diversidad de las naciones nuevas*

Anouar Abdel-Malek, sociólogo egipcio, en una comunicación al Congreso de Sociología, reunido en Evian, Francia, en 1966, señaló que la denominación común de “naciones nuevas” —que se emplea con más frecuencia que discernimiento— no cubre un conjunto homogéneo de sociedades o de pueblos sino una gran variedad de sociedades que él cree pueden y deben agruparse en las cuatro categorías siguientes:

*Primera.* Estados nuevos de vocación nacional (como Bechuanalandia, Basutolandia, Chad, República Centroafricana).

*Segunda.* Nuevos Estados nacionales de vocación unitaria (como Ghana, Mali, Senegal, Camerún, Birmania y Malasia) que pueden incluir también colectividades como las de los turkmenos, los kirguises y los armenios.

*Tercera.* Naciones y Estados nacionales de origen europeo, superpuestos a un fondo extraño (como los de la América Andina).

*Cuarta.* Naciones renacientes (como China, Egipto, India, Turquía, Marruecos, Etiopía, México, Vietnam), que son de las naciones más viejas del mundo, pero que apenas ahora parecen recobrar su impulso inicial, en buena parte después de las interrupciones producidas por el coloniaje o por otras formas de intervención extranjera.

Después de delinear esta tipología, Abdel-Malek considera que deben estudiarse las diferencias que produce el distinto pasado en cada una de estas realidades sociales y el grado en que esto mismo condiciona el desarrollo de cada uno de estos países.

Desde el ángulo de la sociolingüística, una tipología —incluso aunque sea provisional, como la propuesta por Malek— puede proporcionar un primer principio de ordenación de los materiales muy disím-bolos de que se dispone para establecer debidamente la conexión entre lengua y sociedad. En su momento, ese mismo principio puede

abrir la vía para que se maten y precisen las conexiones y se sistematicen los hallazgos.

Es por ello por lo que, en lo siguiente, nos referiremos sucesivamente a las realidades sociolingüísticas de algunos países renacientes (las más complejas, pero, simultáneamente, las más estudiadas y de las que se dispone de mayor información); a las de algunos de los Estados de origen europeo superpuestos a un fondo extraño; a las condiciones y problemas sociolingüísticos de algunos nuevos Estados nacionales de vocación unitaria, y a la situación sociolingüística, poco precisa aún, de los Estados nuevos de vocación nacional.

### *El problema sociolingüístico en la India*

#### *Generalidades*

La India es una región en la que se plantea con agudeza el problema sociolingüístico. País extenso, densamente poblado, de historia milenaria, en él se hablan muchos idiomas y dialectos distintos, de diversas familias lingüísticas. Sus convulsiones históricas se reflejan en las realidades lingüísticas, y esas manifestaciones externas —a su vez— preservan diferenciaciones más hondas y significativas, de carácter económico, político, social y cultural.

Pero, la India manifiesta —también— el deseo de superar esos obstáculos, que se oponen a su unidad y progreso. Ha intentado ya diversas soluciones fragmentarias, pero —como indican algunos de sus estudiosos— constituye unidad por excelencia en la que puede y debe practicarse la planeación sociolingüística.

En efecto, en la India, el federalismo muestra que algunas decisiones políticas tienen condicionamiento sociolingüístico. La elección que favorece a un idioma como nacional revela la manera en que la preferencia —aparentemente insignificante— por una forma lingüística, oculta un empeño de preservar privilegios. Y si el empeño nacionalista de consagrar como oficial una lengua propia suscita dificultades prácticas —tanto más considerables cuanto que el país es pobre— el hecho de ser la India un país “renaciente”, de vieja cultura, le impone otorgar atención, así sea mínima, a los idiomas en que se incorpora su prosapia.

En forma parecida, la India necesita seguir empleando el idioma de su colonizador —para no desvincularse del avance civilizatorio— pero de modo no menos importante, necesita vincular los logros de la

civilización mundial con las necesidades cotidianas, a través de una terminología científica propia. Esto a su vez, revela que, si por una parte hay que respetar, en lo posible, el dictado que quiere hacer de cada lengua un todo armónico (estéticamente valioso), por otra, hay que comprender que, en el momento actual —de tendencia universalizadora— la “pureza lingüística” es norma tan inaceptable en sociolingüística como la “pureza racial” es afirmación insostenible en antropología.

La consagración del hindí como lengua de la Unión —como medio de comunicación entre los Estados— no impide que subsistan los idiomas regionales.

La existencia del idioma del antiguo colonizador (inglés), de un idioma de la Unión (hindí), de idiomas estatales o regionales, y de lenguas vernáculos, introduce un primer elemento de complicación. Los más afortunados, entre los habitantes de la India, tienen que aprender dos idiomas, por lo menos (hindí e inglés); los menos, cuatro (esos dos, el idioma regional y el materno).

En materia de instrucción, hay una complicación más: no hay una sino varias formas de escritura (la latina, alfabética, y la devanagari, semi-silábica, son sólo las dos principales). O sea, que hay niños que necesitan aprender cuatro idiomas y cuatro modos de escribir.

Hasta 1937, se empleó en la India el inglés, como idioma de instrucción. A partir de entonces, se han usado, para este fin, o la lengua materna o el idioma regional. El inglés sigue siendo obligatorio, pero su imposición provoca la oposición: hay quienes señalan que, en otros sitios, el hecho de que se hayan consagrado como oficiales los idiomas regionales no ha impedido el progreso del país. Por otro lado, mientras algunos señalan que la actual posición internacional de la India se debe al conocimiento que muchos indios tienen del inglés, otros objetan que es “antinatural e inconsistente con la posición actual del país el prescribir como obligatoria una lengua extranjera”.

Ciertos grupos de interés (o quizás de presión) han hecho oír sus opiniones al respecto. Así, la conferencia de profesores de hindí, reunida en 1953, pidió que se hiciera obligatoria esa lengua en las zonas hindíes y en las no-hindíes que estuviesen dispuestas a aceptarla, y que se estimulara su adopción en las renuentes (en las que quedaría como optativa). Los profesores de inglés —a través de una conferencia suya— lucharon también porque el inglés siguiera ocupando un sitio importante en la enseñanza secundaria.

Los acontecimientos posteriores a la independencia produjeron fricciones tan fuertes que se hizo necesario constituir un Comité para la Integración Emocional (1961). Este reconoció que el “lingüismo” (como lo llama el propio comité) ha sido un “factor separatista regio-

nal que busca hacer del uso de la lengua estatal, bandera y manto". El comité asentó también que —en mucho— esas diferencias tienen que superarse al través de una educación conveniente.

Las líneas siguientes tratan de detallar un poco la problemática sociolingüística india; de mostrar sus efectos en los conflictos sociales y las decisiones políticas; de señalar las dificultades prácticas que producen soluciones teóricamente idóneas; de subrayar el empeño incansable por encontrarles solución válida y eficaz.

### *La diversidad como componente sociolingüístico en la India*

Uno de los factores primordiales del problema sociolingüístico en la India está constituido por la multiplicidad y diversidad de las lenguas que se usan en ese país. Para dar una idea de las mismas, nos apoyaremos en la que es máxima autoridad en la materia: una obra en once volúmenes, que hace el mensuramiento lingüístico del país, y que fue editada por George A. Grierson, con el beneplácito del doctor S. Radhakrishnan, segundo presidente de la India.

La introducción misma, a más de mostrar sintéticamente los resultados del mensuramiento, presenta una lista de 168 palabras y formas gramaticales inglesas vertidas a 364 lenguas y dialectos. Cada uno de los otros volúmenes está consagrado a una o varias familias o grupos de lenguas y dialectos; uno a las familias mon-khmer y chino-siamesa; otro a los dialectos tibetanos, himalayos y nordasameses; a los grupos bodo, naga y kachin; a los grupos kukichin y birmanos; otro a las lenguas munda y dravidianas; uno más a las familias bengalí y asamesa, a las lenguas bihari y oriya; otro al hindí oriental y sus dialectos principales avadhi, bagheli y chhattisgarhi; otro está consagrado al marathi y a sus dialectos; otro más al sindhi y lahanda, a las lenguas dárdicas o pisachas (con inclusión del cashmiri) así como a las lenguas del grupo kafir y al burshaski; otro, al hindí occidental y al panjabí, al rsthani y el gujarati, a las lenguas bhil (con inclusión del khandesibajari o lalbhani, al bahrupia y a algunos lenguajes de gitanos), al pahari y gujuri; a las lenguas de la familia iraníana y, en último término, a las lenguas de los gitanos (tanto en sus dialectos ordinarios como en sus argots).

La diversidad crece si se considera que las lenguas monkhmer son las de los inmigrantes más antiguos y la tai la de los más recientes, llegados de Indochina; que la familia tibetano-burmesa es la más importante entre las de lenguas indochinas habladas en el país y que son usadas por gente de raza mongólica; que los grupos kuki-chin

habitan regiones de colinas y montañas y se encuentran separados entre sí por hondos valles; que casi una quinta parte de la población habla lenguas mundas y dravidianas; que el sindhi y el lahanda se usan en el extremo noroeste; que la punjabi y las dárnicas y pisachas son, junto con el burshaski, lenguas que se hablan más allá de la India propia; que el hindí occidental tiene cinco dialectos; que el rajasthani o lengua del Rajasthan recibe ese nombre para distinguirlo del hindí occidental y del gujarati; que los lenguajes pahari tienen tres variedades (oriental, central y occidental); que los idiomas iranianos que tienen representación en la India son lenguas de Irán (o Eran) de Afganistán, de Baluchistán, de la zona del Pamir, y que a ellos se agregan las múltiples variedades de idiomas y gots gitanos.

Otros aspectos de la diversidad lingüística en la India aparecen en los desarrollos subsiguientes y revelan por qué es tan apasionante el problema sociolingüístico de ese país.

### *El problema lingüístico*

El problema lingüístico, en la India, es de los más difíciles del mundo; 436 millones de seres humanos hablan en el país 485 lenguas o dialectos. De esas lenguas, 47 eran habladas (en 1953) por más de cien mil personas (cada una). Las restantes las hablan sólo pequeños grupos; 63 de ellas eran lenguas de fuera de la India.

Desde antiguo, la principal división lingüística del país separa a los idiomas arios de los dravidianos. Pero los mismos idiomas arios presentan variantes, productos de la historia. Las tres variedades lingüísticas principales (hindí, hindustani y urdú) muestran, en diferentes grados y modos, la mezcla del elemento indoeuropeo con otros no indoeuropeos; el hindí es la forma más sanscritizada de las tres; el hindustani es “la *lingua franca* de los conquistadores mahometanos de Persia y Arabia, y de los hindúes del norte”; el urdú, lengua de Pakistán, es la que tiene más préstamos del persa y del árabe.

Las divisiones antiguas y las nuevas (producidas por la independencia) han tenido repercusión en la vida del país. Al subcontinente se le dividió con criterio religioso principalmente. Eso descoyuntó la economía de esa gran región pero, además, produjo la situación paradójica y perjudicial de que —como indica Le Page— la India del Norte y el Pakistán Occidental hayan llegado a tener en común más de lo que comparten el Norte y el Sur de la India.

La India, independiente, optó por hacer del hindí el idioma de la Unión; pero esto repercutió socialmente; los dravidianos han alegado, desde entonces, que sus lenguas y culturas son tan antiguas —por lo

menos— como las basadas en el sánscrito, y las consideran dignas, por ello, de parecido reconocimiento.

En la octava redacción del texto constitucional indio, se reconocieron catorce como lenguas del nuevo Estado. Su grado de dispersión real puede juzgarse si se considera que, de más de cuatrocientas, sólo unas cincuenta eran habladas por cien mil personas o más, cada una.

La consagración del hindí como lengua de la Unión —como medio de comunicación entre los Estados— no impide que a las legislaturas estatales se las haya autorizado para usar los idiomas regionales.

### *El plurilingüismo, factor federalizante*

Daniel Latifi, abogado de la Corte Suprema de la India, presentó, en 1958, en la *Revue de Droit Contemporain*, el marco histórico-social del federalismo indio. En él destaca, como elemento primordial, la situación plurilingüe del país.

Latifi considera que la división del país y su unión federal son resultado directo del siglo de lucha por la liberación de la India. Ellas reflejan el papel que han desempeñado los grupos lingüísticos homogéneos que, por habitar un territorio continuo, han adquirido conciencia de sí, y se han convertido, así, en unidades orgánicas de la “India renaciente”.

Durante la colonia, los ingleses dividieron la India en forma artificial, para sus fines de administración y defensa. Latifi les imputa —además— un designio de asegurar su dominio mediante el estímulo de los antagonismos entre los diversos grupos. Un hecho —al menos— parece justificar esa imputación: en 1905, el virrey Curzon trató de desquebrajar la unidad de Bengala, sin conseguirlo, pero enfrentó tan decidida resistencia que hubo que revisar sus medidas seis años después.

La reorganización basada en la lengua fue uno de los fines esenciales del nacionalismo indio. Ya en 1920, en Nagpur, la que era —por entonces— corriente más representativa de ese nacionalismo hizo suyo ese principio.

Los británicos —por su parte— para tratar de sofocar el nacionalismo, promulgaron leyes contrarias a las publicaciones en lengua vernácula, y explotaron los antagonismos religiosos entre los musulmanes y los hindúes, y llevaron todo esto a sus últimas consecuencias al conceder independencia separada a la India y a Pakistán, lo cual entrañó “la dolorosa vivisección de las patrias históricas de los habitantes de Bengala y del Punjab”.

Con la independencia, las reivindicaciones en favor de Estados



lingüísticamente unitarios, alcanzaron enorme fuerza y esto hizo que el partido en el poder tuviera que aceptar el principio de concordancia de las unidades administrativas con las lingüísticas. La creación del Estado de Andhra, tras el sacrificio de Poti Shri Ramula (quien se declaró en huelga de hambre) abrió la puerta a una reorganización en 1956; de ella surgió la Unión India, dividida en catorce Estados y seis territorios, de los que sólo tres fueron delimitados con base en criterios distintos del de monolingüismo (ya que Bombay, por ejemplo, es bilingüe).

Los principales partidos o favorecieron o aceptaron la solución. El Partido del Congreso —en el gobierno— la elogió; el comunista la presentó como sigue:

Frente a la oposición del gobierno y a la influencia predominante del Congreso, el movimiento democrático para la formación de Estados con base lingüística ha logrado —en la mayoría de las regiones— victorias importantes. Los principados. . . han desaparecido. Las tentativas nefastas de fusión y de retorno a Estados multilingües. . . han fracasado (40.021).

El partido socialista también mostró su gozo por esa reorganización. Sin embargo, junto con el comunista, reclamaba la extensión del principio a Bombay, que esos dos partidos deseaban ver dividido en dos unidades: el Maharashtra y el Gujarat.

El reclamo en pro de la unidad lingüística de los Estados hizo creer a muchos que las distintas unidades no deseaban unirse entre sí. Latifi habla de lo que sería una especie de “leyenda negra” creada por los ingleses, consistente en afirmar (desde Lord Strachey, en 1888) que “ni hay ni ha habido jamás una India”. El escritor considera —en cambio— que ya la rebelión de los cipayos, en 1857 (que liberó a Delhi y proclamó emperador al último mogol) es muestra de que sí existía desde entonces un sentimiento de unidad; como que en ella combatieron juntos musulmanes e hindúes. Otra manifestación de esa unidad lo fue la voluntad expresa de los representantes ante la Mesa Redonda de 1930 (elegidos por los ingleses, y entre los que había varios anglófilos) en cuanto a formar la federación pan-India que, de haberse realizado, hubiera englobado también a Pakistán.

El sentimiento unitario se consolidó cuando los intelectuales reflexionaron sobre la forma en que en el siglo XVIII y en el XIX, la división de la India había servido para su explotación por el extranjero. En épocas más próximas a nosotros, han sido la extensión y el estrechamiento creciente de la red de comunicaciones así como los planes de desarrollo los que han acentuado las necesidades de unificación en la India.

En lo lingüístico, esas tendencias se han manifestado por el hecho

de que “a través de redes extremadamente diversas de culturas y lenguas nacionales, en la India existe el vínculo formado por hilos innumerables de una cultura nacional, tejida por milenios de civilización” (40.023).

Durante el imperio mogol, la India tuvo una lengua oficial común: el persa, y varias lenguas regionales. El colonizador inglés introdujo su idioma; los insurgentes de 1857 usaron el hindustani (y el alfabeto urdú). Los nacionalistas (como, en época más reciente los africanos) emplearon el idioma del colonizador para plantear y discutir los problemas más graves; pero usaron las lenguas indias para su propaganda.

A Latifi le parece que la solución del problema sociolingüístico indio se debe buscar en el hindustani, en cuanto ese idioma lo habla cerca de la mitad de la población; pero, piensa que esa solución la retardan quienes “frenan su desarrollo al encerrarlo en una armadura rígida”. Más aún, considera que “la larga dominación. . . ha creado ya una noción errónea que los intelectuales indios no han logrado desecher: la que les impide considerar, objetivamente, que los caracteres latinos (que asocian en su mente con la lengua inglesa) tienen ventajas si se aplican a las lenguas indias”, pues esos caracteres “tienen cualidades evidentes para la impresión y la mecanografía” (40.025).

Ese principio fue el que inspiró a Feu Netaje Subbhas Chandra Bose quien estableció en Birmania, durante la segunda guerra mundial, un gobierno nacional indio. A ese gobierno —de carácter provisional— le dio por lengua oficial el hindustani, pero representado mediante los caracteres latinos.

### *El peligro de la federalización regida por el lingüismo*

La división administrativa de la India regida por el principio de unidad lingüística tiene —con todo— peligros que uno de los más prominentes hombres públicos del país vio y señaló en su momento. En efecto, el doctor Radhakrishnan consideraba que esa forma de división administrativa, que esa organización de la vida india, había sido una necesidad, pero que, al transcurrir el tiempo, había llegado a producir efectos indeseables, al hacer que cada uno de los grupos se volviese demasiado autoconsciente en lo lingüístico. Por eso puntualizaba el doctor Radhakrishnan: “podemos desarrollar nuestras propias lenguas, pero no debemos balcanizar al país, a nombre de las lenguas regionales”.

## *El control social por medio del lenguaje*

Pero, aunque los anteriores son muy serios, hay problemas más profundos que los propiamente políticos, que sólo el sociólogo puede revelar plenamente. Figura entre ellos, el del uso de cierta lengua como medio de control social y, en último término, como instrumento de dominación de unos grupos sobre otros, dentro del mismo Estado.

B. N. Nair afirma que el grupo brahmánico, al reificar su lengua, sánscrita, reforzó sus medios de control social.

Conforme indica Lapiere, si bien una lengua es un sistema que asigna ciertos significados (código) a determinadas combinaciones verbales, los miembros de una sociedad nunca se pliegan plenamente a la norma y, de ese modo, los mismo preceptos lingüísticos tienden a transformarse, con lo que, en último término, la lengua cambia.

La elaboración de una gramática (y más tarde, la aparición de una academia) resulta ser, en estos términos, un intento para preservar las definiciones culturales; para prevenir el cambio, vigilarlo y señorearlo (o controlarlo). De esos intentos preservativos nacieron la gramática sánscrita y el sánscrito mismo. En efecto, el sánscrito nunca fue una lengua hablada; ha sido la versión purificada de la lengua popular o prácrito.

De esa lengua purificada hizo la casta sacerdotal su reducto. La preservó del cambio y la cargó de significaciones altamente emotivas que deberían ejercer influencia perdurable sobre las masas.

Los arios fueron —en la India— conquistadores y, como tales, no se conformaron con dominar a los hablantes del idioma sino que se propusieron someter también el idioma mismo. Nair llama la atención sobre un himno védico en que los brahmanes piden: “¡Que podamos conquistar a la gente que habla mal!” Conforme indica Joachim Wach:

La palabra, pronunciada o recitada. . . como fórmula que se usa por su efecto nouminoso o para vehicular un significado definido, siempre ha afectado fuertemente la mente de los hombres; la palabra oral o escrita gana y une a los espíritus, y no depende sólo de la argumentación lógica y convincente, pues las sílabas nouminosas, los sonidos sagrados y las proclaciones extáticas pueden tener influencia acumulativa, más animante, más sobrecogedora y electrificante (citado en 49.072 nota).

Fue esto lo que contribuyó a hacer que el control brahmánico sobre las masas se estableciera y mantuviera al extenderse el hinduismo, pues “*manthras* y *stotras* resonaban con palabras y frases sonoras, tan repletas de imágenes que, cuando se recitaban en voz alta, no

dejaban de evocar sentimientos de devoción en los oyentes”.

La recitación de la poesía sánscrita, resonante, sugestiva, contrastaba —según Nair— con los sonidos suaves y líquidos de los idiomas no arios. Estos parecieron, por ello, incapaces de evocar en la multitud sentimientos de religiosidad.

Después, no fue ya el sonido puro y simple, sino la memoria de pasados estados anímicos producto de la repetición de esas fórmulas sonoras (y su reforzamiento al reiterarse) lo que las convirtió en verdaderos “gatillos” o “disparadores” psicológicos. Estos, al ser suprimidos, producían una explosión en el ánimo del oyente.

El sánscrito se extendió, e influyó en el pensamiento de las masas gracias a que fue lengua ritual; pero también debió su influencia creciente al poder sacerdotal, brahmánico. Este aumentó a partir del momento en que a los brahmanes se les dio importancia en las cortes de los reyes. “Los *Dharma Shastras* —nos informa Nair— fueron incorporados a los *puranas*, en una época en que los brahmanes adquirieron la posición de grupo estatutario dentro de la jerarquía de las castas.”

La estrategia brahmánica usó el sánscrito como instrumento de control ahí donde los sacerdotes encontraron mayor resistencia ante su mitología y religión. Eso ha repercutido hasta nuestros días, y esto se manifiesta en la aceptación o el rechazo de ciertas lenguas como nacionales. Kerala resistió menos que Tamilnad, en el pasado, y, en el presente, Kerala ha aceptado más fácilmente el hindí como lengua estatal.

El control de los brahmanes a través del sánscrito, aparentemente interrumpido por la colonización inglesa, se reforzó durante la colonia. Swami Dharma Thertaji Maharj se ha encargado de mostrar cómo ocurrió esto. El colonizador reforzó la influencia brahmánica. Lo hizo a través de la reconstrucción sistemática de la historia india, del estudio del hinduismo, de la reconstrucción de templos, de la consagración de festivales y danzas, del uso de los grandes difusores para esparcir temas mitológicos ligados con el brahmanismo; del reconocimiento de textos legales espurios y tribunales castales; de la remoción de aquellos efectos del brahmanismo (intocabilidad, matrimonio infantil) que lo hacían más inaceptable, y de la concesión de puestos a los brahmanes.

El cristianismo también contribuyó —involuntariamente— a la afirmación de las influencias brahmánicas a través del idioma. Los traductores de la *Biblia* (a excepción de los benedictinos, que intentaron seguir una práctica distinta) no pudieron o no supieron prescindir de las voces sánscritas, ni siquiera donde el idioma (tamil) tenía riqueza

propia. El cristianismo, sin esas voces, le resultaba insípido al converso cristiano, acostumbrado a la “sonora belleza del sánscrito”. Pero, había otra alternativa, que no llegó a explorarse, y que hoy se pone de manifiesto y se trata de usar. En algunas zonas, los intelectuales conversos, al reaccionar contra esta corriente, se están remontando al pasado, para usar su herencia cultural. Tratan de librar —así— la expresión religiosa de la nueva creencia que han admitido de su mezcla inconsciente con el hinduismo sánscrito.

La influencia que ya habían logrado en la sociedad hindú tanto el sánscrito como los brahmanes queda de manifiesto si se considera que, gracias a la comunidad de “disparadores lingüísticos” resultante de la infiltración sánscrita entre todos los habitantes de la India, ciertas ideas nacionalistas pudieron difundirse y ser actuantes. Fueron —según Nair— frases y palabras disparadoras como *Swaraj* y *Swadeshi*, y cantos como *Vandé Mataram*, llenos de poderosas “frases disparadoras”, los que lograron despertar a las masas y orientarlas contra el gobierno británico.

El éxito del sánscrito y de sus derivados—en este sentido— debe considerarse, también, en relación con las posibilidades y logros de otros idiomas. Así, muchos hindúes ortodoxos no han aceptado el hindustani como lengua nacional porque dicho idioma posee muchos préstamos de otras lenguas (de conquistadores culturales previos, como los persas, los árabes y los turcos) y porque ello contrariaría la reviviscencia brahmánica en la India. El tamil ha tratado de permanecer al margen; pero, su lucha ha sido y es difícil frente a un hindí agresivo y emprendedor que, para dar mejor la batalla y seguir asegurando el control social brahmánico, busca enriquecerse artificialmente, con préstamos del inglés y de las lenguas regionales indias.

Nair considera que la influencia del sánscrito no se reduce al control social brahmánico externo, sino que —en cuanto entre ese idioma y la mitología hindú hay conexiones inescindibles— el sánscrito y sus derivados han llegado a convertirse en estorbos para el pensamiento claro, lógico; que han llegado a ser obstáculos que impiden que en la India llegue a constituirse una auténtica mentalidad científica moderna. Ya en tiempos de Macauley, Ram Mohan Ray expresaba que la preservación de la enseñanza sánscrita equivaldría a “hacer adquirir [a los estudiantes] conocimientos de doscientos años atrás, más muchas sutilezas vanas” y denunciaba el intento como algo que pretendía mantener al país en la oscuridad.

La tarea, para los nativos de la India, consiste ahora —según el propio Nair— en que “tenemos que secularizar nuestra lengua y nuestra ideación, antes de secularizar nuestras instituciones sociales y nuestra cultura”, y piensa que —para ello— es necesario que todos los

habitantes de la India —independientemente de su lengua— tengan acceso pleno a los macrodifusores. Estos, hasta ahora “se encuentran bajo el control brahmánico, en la India contemporánea”.

Con eso se cierra el ciclo, pues la lengua sánscrita ha permitido el control de la sociedad por la casta brahmánica; la sociedad —a su vez— ha puesto en manos de ésta los grandes difusores (prensa, radio, cine, televisión) y, a través de ellos, esa casta proclama las excelencias de la lengua y de la cultura que ésta vehicula, así como sus derivados. Con ello, se confirma el control social de todo el país por la casta brahmánica, extraordinariamente activa, según proclama el título mismo del libro de Nair (*El Brahmán dinámico*).

### *El hindí como lingua franca*

En la segunda reunión de la serie de conferencias sociolingüísticas patrocinadas por la Universidad de California, Gerald Kelley hizo un examen de la situación lingüística en la India, en un documento que Ferguson —otro de los participantes en la reunión— consideró, esencialmente, como “contrario al hindí”, y que el propio autor defendió considerándolo “realista”.

La pregunta que Kelley se planteó y a la que trató de responder fue la de si existen en la India ciudades principales que, fuera del territorio en que se habla hindí, tengan al hindí por *lingua franca*. Su respuesta es negativa. Con base en los datos censales, hay —según él— muy pocos elementos que permitan afirmar que el hindí es conocido ya, o que se le emplea ampliamente, en forma cotidiana, en todo el país.

De las ciudades principales de la India, Bombay es la única en la que el hindí es *lingua franca*. Calcuta parece que no ha sido alcanzada por el hindí, y Madrás —sin lugar a duda— está fuera de su influencia.

Al discutir el trabajo de Kelley, Ferguson señaló que estaba de acuerdo con él y con Gumperz en el sentido de que no podía hacerse ninguna afirmación terminante, con respecto a Calcuta, pues parece que el censo subenumeró a quienes —en esa ciudad— hablan el hindí como segunda lengua. Esto —que Kelley atribuía a la resistencia de los bengalíes a informar sobre una segunda lengua (especialmente si se trata del hindí) —considera Ferguson que se debe, más bien, a que, en Calcuta— de acuerdo con una actitud tradicional se considera que el hindí es sólo un “idioma de bazar”: algo que carece de seriedad, y de lo que no hay para qué ocuparse en nivel nacional.

Pero, si bien Kelley se redujo a estudiar la situación tal y como

aparece en las grandes ciudades, le pareció que sus resultados confirmaban, en un mínimo, la tesis de que el hindí no es *lingua franca* en la India. Según sus propias palabras:

Para quien trata de proveerse de una segunda lengua para viajar por el Sur, el hindí no es útil, porque, tan pronto como sale de las ciudades, encuentra que sólo el jefe de correos sabe inglés, y que no hay quien sepa otro idioma fuera de la lengua regional (30.307).

Por otra parte —como él mismo reconoce— la necesidad de una *lingua franca* tendría que revelarse, principalmente, en sentido práctico, en las ciudades. De donde, deduce, que si no aparece en ellas, menos ha de surgir en las áreas rurales.

### *Problemas prácticos de difusión del hindí*

Pero, si el hindí no está totalmente extendido, no han faltado esfuerzos para difundirlo. En el intento de difusión del hindí en la India, se han utilizado muchos procedimientos. Se han creado colegios para preparar maestros en hindí, para destinarlos a servir aquellas zonas en las que éste no se habla, y se han escrito manuales en hindí sobre varias materias: se han hecho cartas alfabéticas del idioma, se ha afinado la escritura devanagari y se la ha adoptado para que sirva en la escritura de otras lenguas; se han uniformado máquinas y teletipos para el hindí y se ha creado una taquigrafía para la lengua; se ha establecido un Directorado Central Hindí para la propagación y desarrollo de la lengua (el cual publica un órgano trimestral, *Bhasa*) y también se han hecho diccionarios multilingües y se han traducido y publicado obras extranjeras. Una Comisión para la Terminología Científica y Técnica ha hecho vocabularios especiales de artes y oficios y ha buscado normalizar ciertas terminologías técnicas. Al mismo tiempo, la Nagari Pracharini Sabha ha emprendido la elaboración de una enciclopedia.

La preocupación de la India por los problemas que le plantea el plurilingüismo se manifiesta, también, en otros hechos. Así, desde 1949, se ha establecido un servicio telegráfico en hindí y en otras lenguas, el cual se brinda ahora en más de dos mil oficinas del país. Para atenderlo, se han entrenado a unos cuatro mil quinientos operadores para que puedan emplear, en telegrafía, el devanagari. Además hay ocasiones en que los telegramas en hindí se entregan mediante el sistema fonográfico y con ello, se ayuda a los iletrados. Pero, aun en aquellos casos en los que no hay las facilidades correspon-

dientes, se pueden enviar telegramas en cualquier lengua india, siempre y cuando estén escritos en devanagari.

En la India, los macrodifusores son instrumentos básicos para la comunicación. Existen, en el país, 33 estaciones principales y 15 auxiliares que cubren todas las regiones culturales y lingüísticas (el Tercer Plan se planteaba como objetivo cubrir el 77 por ciento de la población y el 61 por ciento del área del país), y gracias a ello se alivian, en parte, los problemas derivados del multilingüismo. Así, las contiendas interuniversitarias que transmiten las radiodifusoras indias suelen ser en hindí, en inglés y en otras lenguas, y en las transmisiones hacia el exterior (destinadas a los nativos de la India que viven en otros países) se utilizan el gujarati, el hindí, el konkani y el tamil, todo lo cual muestra el deseo de romper las barreras que a la comunicación opone la diversidad de lenguas.

En la India, la mayoría de las publicaciones son en hindí, y le siguen las redactadas en inglés; pero también son numerosas las que aparecen en urdú, bengalí, gujarati, tamil, marathi, telegu, malayalam, kannada, punyabi, oriya, assamés y sánscrito. En los últimos años ha habido incrementos en la mayoría de ellas, pero éstos han afectado sobre todo a las que se editan en sánscrito, en punyabi y en inglés. Las que aparecen en inglés tienen máxima circulación, y las redactadas en hindí les siguen en este aspecto.

En cuanto a películas, predominan las habladas en hindí, y les siguen las habladas en tamil, en telugú, en bengalí, siendo muy pocas las que se producen en inglés (por razones obvias).

### *Aspectos más profundos de la situación sociolingüística*

Algunos aspectos más profundos de la situación sociolingüística en la India se pueden apreciar a través de las observaciones, comparaciones y docimacias hechas por Bright y Ramanujan en relación con las variaciones sociolingüísticas en tamil y tulu.

La variación sociolingüística, como ellos subrayan, ha obtenido valiosas ejemplificaciones gracias al estudio de la realidad india, en la que dialectos de aristas bien definidas se asocian con el sistema castal, y en la que —además— las lenguas presentan estilos formales e informales que contrastan hasta el extremo de la diglosía.

Entre las lenguas dravidianas hay algunas que presentan una diglosía clásica (el tamil, el kanarese) pues los cultivados usan un estilo por escrito y para el discurso formal y otro —que comparten con los



iletrados— para fines coloquiales, informales y orales. A más de ello, se observa que mientras el estilo formal presenta un grado considerable de unificación, el informal muestra —en cambio— gran diferenciación interna.

Frente a esta situación, contrasta la del tulu. La comunidad hablante del tulu difiere de la comunidad tamil, en que la primera carece y la segunda tiene tradición escrita en la lengua nativa. En la comunidad tulu no es otro estilo de la lengua local sino otra lengua (el kanarese) el medio que se emplea para cumplir la función propia de la comunicación formal.

Por otra parte, las situaciones contrastantes del alfabetismo y anal-  
fabetismo correspondientes han permitido que Bright y Ramanujan postulen una hipótesis según la cual el alfabetismo actúa —por lo menos en cierto nivel— como freno para el cambio lingüístico.

En efecto, ese cambio —más o menos rápido— depende de éste y de otros factores que actúan en forma diferenciada según que el cambio sea consciente o inconsciente. Bright y Ramanujan señalan que el cambio consciente es más propio de la clase superior, que el inconsciente afecta tanto a ésta como a la inferior (según se manifiesta en el caso del tulu), pero que el cambio inconsciente parece retardarse (como ocurre en el kanarese y el tamil, donde hay alfabetismo brahmánico generalizado) dentro del estilo formal, escrito.

### *El idioma del colonizador en el tránsito hacia la plena independencia*

John Spencer, del Colegio Universitario de Ibadán, al tratar de los problemas que confrontan los países descolonizados de Africa señala que éstos presentan un cierto retraso en relación con otros países como la India.

En la India, la política lingüística, durante la colonia, giró en torno de Thomas Babington Macauley, presidente de un comité de instrucción pública en el que se enfrentaban orientalistas y occidentalistas, pero que —como lo demuestra el caso de Ram Mohan Ray al que ya aludimos— no veía coincidir esta división con la que se establecía entre antiimperialistas e imperialistas pues había occidentalistas anti-imperialistas que veían en la adquisición del inglés un medio de desarrollar la cultura del país y modernizarla.

Para la autoridad imperial, que representaba Macauley, fundamentalmente se trataba, según su propio enunciado, de:

Formar una clase que pueda serlo para servir de intérprete entre nosotros y

los millones que gobernamos, y cuyos miembros sean indios por la sangre y por el color, pero ingleses en sus gustos, opiniones, moral e intelecto (70.031).

Al margen, Macauley consideraba que había que ser optimistas y esperar que la enseñanza del inglés acabaría por contribuir al desarrollo de las lenguas vernáculas, en forma parecida a como el latín y el griego habían contribuido al de las europeas, o el francés a la del ruso.

La opción colonial (en favor del inglés) no liquidó la contienda entre orientalistas y occidentalistas, sino que la confirmó y la enriqueció con nuevas divisiones frente al problema de la lengua. Estas divisiones se multiplicaron —particularmente— después de la independencia, estimuladas por el ulterior desarrollo de la nación.

Algunas de esas divisiones y tensiones se revelan muy particularmente en un artículo escrito hace ya algunos años por R. L. Mehtan, en el que trataba de avistar el futuro de la India, y en el que comenzaba por asentar su desacuerdo frente a unas declaraciones hechas por Maulana Abul Kalam, funcionario del Ministerio de Educación de ese país, en el gobierno interino. Según ese funcionario:

Ciento cincuenta años de contacto íntimo con el inglés hicieron de éste parte del sistema educativo indio, y eso no puede cambiar, sin daño para la causa de la educación en la India (47.023).

Descuidar su estudio sería —también— para dicho funcionario, una pérdida, en cuanto se trata de una de las principales lenguas del mundo. En cambio, Mehtan no era tan entusiasta, aunque no se oponía totalmente a las opiniones de Abul Kalam. El señalaba, en efecto, que el inglés cumplió, en la India colonial, funciones importantes; que debía precisarse también las que podía cumplir en el futuro, y que debían evitarse las extralimitaciones.

Efectivamente, en el pasado, el inglés fue: medio de instrucción, *lingua franca* entre los educados y entre los grandes comerciantes, y vehículo de comunicación internacional.

La difusión del inglés se vio favorecida por dos hechos: el persa —que era el idioma de las cortes—, no era inteligible sino para las minorías, y no había una lengua vernácula que fuera aceptable para toda la India.

Sin embargo, tras cien años de enseñanza del inglés, el Informe de la Universidad de Calcuta (1917) señalaba que, en ese lapso, no se había hecho ninguna publicación que incorporase la sabiduría asimilada de Occidente.

Lo que sí se asimiló fue un conjunto de lecciones de independencia y libertad, y la resistencia polaca a los intentos germanizantes de Bismarck fueron —según reconoce Mehta— inspiradores de una parecida resistencia india ante el inglés. Los habitantes de la India se opusieron frecuentemente al idioma de su colonizador, y revivieron sus lenguas vernáculas. Estas habían sido despreciadas por Mill y loadas por Grierson, quien afirmaba que el hindí —por ejemplo— contaba con suficientes medios propios, para expresar todas las ideas.

Mehta defiende el uso de la lengua vernácula en cuanto instrumento de instrucción. Juzga que ella es indispensable para evitar el divorcio entre el aprendizaje y la realidad; que es el medio para asegurar que el conocimiento sea profundo; que es la única capaz de garantizar que los estudios del alumno no degenerarán en mero psitacismo (que es lo que ocurre cuando los hace en lengua que no es la suya). Y dice textualmente que:

Al alumno, “su incapacidad para transformar sus pensamientos en palabras le pondrá un cerco para el pensamiento, pues lo que no se puede decir claramente no se ha entendido perfectamente. Sus ideas e impresiones seguirán siendo vagas e indefinidas, porque no puede explicárselas adecuadamente él mismo. La manera de decir algo le preocupará tanto que olvidará lo que tenía que decir” (47.024).

Piensa —también— que sólo la enseñanza en la lengua vernácula puede evitar gastos inútiles y recaídas en el analfabetismo, y que sólo cuando se empleen dichas lenguas para la instrucción general, disminuirá efectivamente la distancia social entre los ineducados y los educados. Como que, hasta ahora, ser educado se ha considerado equivalente de “saber inglés”.

Frente a las conclusiones del Informe de la Universidad de Calcuta respecto de la posible utilización del inglés como *lingua franca*, en la India, el autor piensa que “es imposible que el inglés llegue a obtener esa posición, en cuanto las masas de la India ni lo entienden ni lo hablan”. En efecto, la Calcuta Madras (1781) y el Sanskrit College de Benares (1729) trataron de enseñar el inglés a las clases superiores, para que ellas pasaran por filtración sus conocimientos a las inferiores, pero, el procedimiento resultó inoperante, y “las masas tuvieron que permanecer vírgenes de toda educación indígena o extranjera”.

Mehta cree que es el hindustani el que tiene mayor probabilidad de convertirse en *lingua franca*: 1) por ser idioma que es entendido por más de la mitad y hablado por más de un tercio de la población; 2) por ser el idioma de la *All-India Radio*, de las películas y del teatro, y 3) porque, aun en caso de ser segunda lengua, en relación con las

otras vernáculos, tiene más parecido con ellas que el que podría tener el inglés.

El inglés fue —según el propio autor— el que abrió los ojos del habitante de la India hacia una amplia literatura que “nos ha imbuido ideas liberales y ha despertado nuestros sentimientos nacionales y que, al proporcionarnos una prensa común, facilitó el movimiento nacional”. Reconoce que, a través del contacto con el inglés, las lenguas vernáculos simplificaron su estilo; pero, también piensa que el inglés ha constituido un obstáculo importante; un impedimento para el pleno desarrollo de la cultura tradicional.

No obstante esto, considera que el inglés seguirá estableciendo un vínculo entre la India y Occidente. ¿Qué es —se pregunta— lo que puede darnos en el futuro? Y se contesta: “mucho”. “Hacerlo a un lado significaría cortarnos del resto del mundo; destruir muchos vínculos ya forjados.” Y predice que se seguirá aprendiendo como un segundo idioma y, que incluso cuando el hindustani sea ya medio de instrucción, podrá ser un tercer idioma. “En el aprendizaje de dos o tres idiomas —afirma— no seremos únicos en el mundo.”

La situación del inglés —idioma de colonizador— en la India independiente, es transitoria. La definitiva se alcanzará cuando se equilibren las diversas corrientes ideológicas que se le oponen o que lo favorecen, así como las que hacen que las lenguas clásicas y vernáculos del país se enfrenten unas a otras.

### *La terminología científica en la India*

La terminología científica ha crecido lentamente en el mundo; ha surgido paralelamente a la emergencia misma de la actitud científica, en los países en que apareció ésta (que, como ha indicado Whitehead, fueron, fundamentalmente los países europeos). En la India —como en otros países renacientes o en aquellos que apenas nacen a la vida internacional, y que a veces no carecen de sabiduría y conocimiento, pero sí de antecedentes propiamente científicos— esa terminología tendrá que ser: o producto de implantación de términos ajenos o invención social total de nuevos términos, conforme dice Shah (68).

En este aspecto, en la India, según su propio decir, las decisiones se han tomado de manera apresurada, sin conocer bien el problema, y han sido inspiradas —sobre todo— por temores y deseos. Hay, en efecto, quienes muestran temor en cuanto, según ellos, corre riesgo la cultura de la nación si la terminología no se basa exclusivamente en el sánscrito. Hay, en cambio, algunos otros que desearían que su lengua regional se convirtiera en norma lingüística para todo el país.

Shah lucha contra tales posturas, pues nadie ha examinado —como él quisiera— la perspectiva del hombre común “que tiene que enfrentarse cotidianamente al problema y que tiene que soportar la presión de entender la ciencia en la vida diaria”. Suscribe, en esto, el pensamiento de Nehru, para quien “si el idioma ha de justificarse funcionalmente, ha de hacerlo en cuanto lenguaje de las masas populares, y no de unos pocos selectos”.

En varias de las lenguas de la India se han hecho intentos para constituir una terminología científica. En urdú, lo intentó, en 1833, el doctor Springer y el señor Batrouous, para el Old Delhi College y la Translation Society, y —más tarde— la Universidad Osmania estableció una oficina de traducción y un comité para la terminología científica. El experimento fracasó porque —según comenta Shah— la terminología era compleja, estaba divorciada del habla, y enfatizaba la pureza formal más que la facilidad de expresión. El fracaso debería haber sido aleccionador para los adoradores del sánscrito, pues ese resultado negativo se obtuvo al “ignorar la capacidad, las limitaciones y los requerimientos del hombre común”. ...

En marathí, el profesor Paraype, editor de *Srishtijnan*, publicó un glosario de física que, por desgracia, no se amplió para cubrir las otras ciencias. El *Maharashtra Parbhasha Mandal* de Poona preparó glosarios para varias ciencias (en 1936) y un *English-Indian Dictionary of Scientific Terminology* (1948). Este —según opinión de nuestro autor— hubiera podido ser más útil si sus redactores no hubieran sido tan ambiciosos al editarlo; si no hubiese tratado de cubrir todos los idiomas de la India, y si hubiese equilibrado discretamente las consideraciones nacional e internacional. En esfuerzos como éste, el error ha dependido de que se ha tratado de preparar una terminología científica para todas las lenguas indias, mientras que todavía existen grupos amplios que usan lenguas provinciales, y se ha olvidado que a esos grupos hay que darles educación primaria y secundaria en su lengua materna.

En gujarati, los intentos fueron tempranos. Hacia 1888, Gajjar había planeado un diccionario científico polígloto, y había elaborado un plan para establecer un politécnico en el que la lengua de instrucción fuera el gujarati. El estado de Baroda contribuyó, por su parte, con un diccionario legal y algunos libros de difusión científica (1921). La sobre-sanscritización de los mismos produjo protestas, y Shah mismo se encargó de proponer la simplificación de los términos.

La anarquía en la forma de deletrear el gujarati fue eliminada por Mahatma Gandhi, quien patrocinó un diccionario elaborado bajo los auspicios de la Gujarat Vidyapith. Sin embargo, la esperanza de que

esa institución llegara a preparar una terminología científica completa no se realizó plenamente.

La Universidad de Bombay, al decidir sobre una terminología preparada por expertos de la Gujarat Vidyapith, "sacrificó los principios de educación a través de la lengua madre, y de libertad lingüística como derecho innato de todo ciudadano, ante la insistencia en el 'peligro que la cultura nacional de la India correría sin el sánscrito'" (68.013). Esa vuelta al sánscrito le parece a Shah que es deseable, pero que sólo lo es para los niveles superiores en que hay que comunicar el conocimiento.

En hindí, Raghuvira hizo intentos para preparar el *Great English-Indian Dictionary*, pero también tomó al sánscrito como fuente primaria de neologismos prefiriéndolo a cualquier otra fuente idiomática posible. Shah, nuevamente, considera que esto no es criticable a no ser por el descuido excesivo en que dejó palabras ya existentes. Raghuvira desarrolló también la idea de que los derivados deben partir de ciertos conceptos fundamentales, y reconoce que si bien en literatura deben mantenerse las distinciones regionales, en lo técnico debe haber una sola palabra india por cada uno de los términos, ingleses. Al acuñar nuevos términos, mostró Raghuvira un gran ingenio; pero, en muchos casos, su nomenclatura resultó inadecuada, tanto desde el ángulo de la práctica internacional como desde el de las necesidades del hombre común.

En efecto —como indica nuestro autor— la terminología no debe eliminar —como hizo aquélla— las oportunidades de contacto internacional (en el caso concreto, con los angloparlantes) y no debe ignorar los usos lingüísticos locales de agricultores, obreros, negociantes o periodistas. En cambio, sí debe reconocer que ha habido cientos de organizaciones estatales que han usado siempre los idiomas regionales, sin aceptar por completo el inglés.

La crítica de Shah y de otros autores se endereza, así —particularmente— en contra de la llamada "doctrina de la terminología uniforme" que trata de implantar una terminología científica común para las muchas lenguas del país, y trata de hacerlo de una vez para siempre, sobre la base de aceptar una sola palabra india por cada palabra inglesa, pues ello conduce a resultados insatisfactorios. Esto lo demuestra el hecho de que la Asamblea Constituyente le encargó al doctor Raghuvira la traducción de la Constitución de la India, pero la que éste hizo fue considerada insatisfactoria y hubo de revisarse.

Por otra parte, Shah plantea, retóricamente, una duda que desde el principio resuelve en forma negativa, cuando se pregunta si la evolución separada de las lenguas indias es un hecho que pueda desestimar-

se; si será permisible o no suprimir violentamente ese pasado; si será permisible estimular una lengua que no sea el hindí ni el sánscrito, y que no respete el uso que han tenido las palabras.

El considera que esos problemas se deben plantear en una perspectiva temporal adecuada; que hay que aceptar ciertos periodos de transición; que, en tanto se logra establecer una terminología pan-india, que sea realmente satisfactoria, hay que permitir que cada una de las lenguas regionales desarrolle sus propias terminologías. Esto —pensamos— puede constituir una especie de experimentación sociolingüística ya que, a la larga, permitiría que, a partir de los resultados logrados por cada lengua, se hiciera una selección de términos científicos y una consagración de los más apropiados en el nivel nacional.

Las actitudes y el interés hacia el problema de la terminología científica, en la India, han diferido según los sectores: mientras en el privado ha habido mucho interés y dinamismo —pero falta de convergencia en los esfuerzos— en el oficial la situación es de estancamiento casi completo (siempre de acuerdo con la apreciación de Shah). Con todo, en 1948, la Junta de Educación resolvió que, en los cinco años siguientes, el inglés debía ser reemplazado por las lenguas indígenas en su calidad de medio de instrucción universitaria; pero que, aun en ese periodo de transición, el inglés debía seguir siendo obligatorio como segunda lengua.

Finalmente, el problema de la terminología científica se confió a una junta, que opinó que “aunque se deben anotar los términos científicos que se han empleado y son bien conocidos en diferentes lenguas, y que tienen connotación específica e inequívoca, en lo que se refiere a nuevos términos es deseable adoptar una terminología internacional científica con los prefijos y sufijos que requiera cada lengua”. El informe recibió la aprobación de la mayoría de los gobiernos provinciales y el de las universidades a los que se les envió para su examen.

### *La India, entre el tradicionalismo y la modernización*

En la reunión sociolingüística de Los Angeles, Gumperz, al referirse a los problemas de la India renaciente, mostró cómo ese país arrastra como un lastre el conservadurismo, la rigidez creciente de los sanscritistas, que casi en ningún caso se han preocupado por crear nuevos estilos y que, de este modo obstruyen el camino de la modernización del país.

Gumperz piensa, en efecto, que lo que la India necesita es la extensión de una lengua a todo el país (en el caso, el hindí); pero que

—también— lo que se requiere para que esa lengua pueda llegar a servir a la modernización es un estilo nuevo, más ágil, más dinámico, más apropiado al ritmo y a la modalidad de nuestro tiempo.

Su acusación es clara y terminante, pues encuentra que en la India:

“Cuando se ha llamado a los lingüistas para que ayuden en el proceso, ellos se han preocupado más por revivir las formas sánscritas que por facilitar la comunicación” (022.0069).

### *Aspectos de la situación sociolingüística en Israel*

#### *Anhelos políticos y condiciones histórico-sociales que posibilitaron el renacimiento del hebreo*

El hebreo es, de los idiomas que se hablan actualmente en el mundo, uno de los más antiguos, pues las evidencias arqueológicas muestran que ya se usaba en Canaán (Tell el Amarna) antes de la conquista israelita (hacia el siglo XIV antes de Cristo). Durante la época del primer templo, fue el idioma exclusivo de los israelitas; pero, a su retorno del cautiverio de Babilonia, quedó relegado al uso culto, popularizándose el idioma de la Mishná. Hacia la época del segundo templo, se mantuvo el idioma a la defensiva, y los judíos hablaron griego y arameo. Con la destrucción de Judea, cayó en desuso, pero sólo parcialmente.

En la época medieval, los judíos escribieron en árabe (en el Islam) y crearon el yidish y el ladino (en Europa). Con todo, el hebreo se siguió usando. Se le empleó como lengua franca, en calidad de medio de comunicación de la clase culta en Europa Oriental, y con el carácter de idioma de las prácticas piadosas. La *haskala* (o el Iluminismo del siglo XVIII) propició el abandono del estilo medieval o el retorno al bíblico, y hacia 1856, se editó el primer periódico en hebreo: *Hamaguid*. En el XIX, dejó de satisfacer las necesidades del lector judío (incluso como idioma de traducción) y decayó.

Pero, tras los pogromos rusos de 1890, se llegó al convencimiento de que debían ser los judíos quienes debían resolver sus propios problemas, y esto propició el renacimiento del hebreo, que se convirtió en lengua del movimiento *Jibat Sión*. Sintetízase, entonces, el hebreo bíblico de la *haskala* y el rabínico de la Edad Media. Eliezer



Ben Yehuda es la personalidad conductora, y su hijo el primer niño cuya lengua materna fue el hebreo.

Estas oscilaciones en el uso del hebreo muestran ya de por sí cuáles son algunas de las conexiones que ligan a la lengua, la cultura y la sociedad. Pero, a partir de ese momento, comienza a manifestarse otra incidencia de mucho mayor interés, en cuanto que ya no es espontánea, involuntaria, sino querida, introducida artificialmente: se trata de la impronta que en la lengua deja la voluntad política, mientras que, por otro lado, se manifiesta la vinculación estrecha que los hebreos modernos han sabido establecer entre la política y la educación; entre esos que, al fin y al cabo, son dos factores de la misma realidad.

Ben Yehuda —nos dice Rabin— comprendió que el hebreo renacería a condición de que se le transformara en lengua de enseñanza (único medio por el cual se lograría que hubiese una generación que, usándolo, lo viviese). Así fue, como —a sugestión suya— se introdujo su uso en la primaria, en la secundaria, en el tecnológico.

Cuando se abrió el tecnológico, y se consideró aconsejable dictar las clases técnicas en alemán, en vista de que se pensó que el hebreo no tenía desarrollo suficiente para ese fin, “la reacción de la población fue inesperadamente violenta: miles de alumnos y de maestros abandonaron las aulas para celebrar clases al aire libre”, en una actitud de rechazo de los medios y aceptación de los fines, útil, provechosa, digna de imitarse.

Fue ésa, como dice Rabin, la primera de muchas batallas lingüísticas; pero, la misma tuvo sus frutos; hacia 1916, un 40 por ciento de la población; un 54 por ciento de los niños, un 77 por ciento de los habitantes de Tel Aviv y de los centros rurales, hablaban hebreo.

La Gdud Meguiney Hasafá (Legión Protectora del Hebreo) despertó el entusiasmo por la lengua, y en las escuelas (con un procedimiento criticable desde muchos ángulos, pero efectivo en términos inmediatos) se inculcó a los estudiantes que era malo hablar otros idiomas; los niños, a su vez, se encargaron de introducir el idioma a los hogares, y de extender su uso entre los mayores.

Los inmigrantes, dispuestos a realizar un duro trabajo en la nueva tierra, aprendieron también —esforzadamente— aquel idioma, adquiriendo, al principio, tan sólo las formas rudimentarias del viejo idioma, nuevo para ellos; aquellas formas lingüísticas indispensables para cubrir las necesidades del diario trabajo y los de la vida social privada y oficial. De este modo, en 1950, el censo descubrió que un 60 por ciento de la población sólo sabía hebreo o lo tenía como lengua principal, y que un 95 por ciento lo usaba con suficiente efectividad.

Once diarios y mil libros anuales en hebreo testimoniaban su difusión y, simultáneamente, contribuían a ella.

Las nuevas condiciones impusieron: un incremento de voces, una rigorización, una redefinición semántica, una introducción de nuevas formas lingüísticas; la selección de una forma de pronunciación entre las alternativas (la sefardí, de origen español, fue preferida a la ashkenazí, de origen eslavo).

En la *Biblia*, el hebreo tenía sólo unas ocho mil palabras, pero el rabinismo medieval y la *haskala* lo enriquecieron. Hubo que aprovechar toda esta riqueza y, para hacerlo, a veces hubo que re-definir algunos términos o desviarlos semánticamente (fue así como un “cobertizo” de tiempos de Salomón, se convirtió en un “garage” moderno).

También hubo que proceder con cierto rigor, y para ello surgió la *Vaád Halashon* (que, de nuevo, con una especie de afinidad cultural con el mundo neolatino o *Romania Nueva*, se convirtió en “Academia de la Lengua”). Esta, a través de veintinueve comisiones, publica diccionarios sobre música, mecánica de automóviles. . . Etcétera.

Pero, fuera del dominio institucional —que generalmente sujeta a normas, pero no da vida— fueron los novelistas, principalmente, quienes introdujeron las formas que se necesitaban para la conversación, y fueron los técnicos quienes exploraron las posibilidades de uso del vocabulario para necesidades que no podían haber previsto ni los de la *Biblia*, ni los rabinos medievales, ni los de la *haskala*.

Algunos nuevos términos se beneficiaron —también— de la experiencia internacional: el proceso de derivación, en ciertos casos copia —de acuerdo con principios descubiertos por Tarde— los procesos análogos de los idiomas europeos con los que estuvo anteriormente en contacto la población israelita. Así, *iton* deriva, de *et*, en forma parecida a como *Zeitung* procede de *Zeit* gracias a correspondencias semánticas entre estos pares de formas lingüísticas, dispares entre sí.

Pero, sobre todo cuando Rabin habla de las razones por las que resucitó el hebreo, es cuando surge en nuestra mente la enseñanza durkheimiana: un hecho, una institución, un fenómeno social, surgen, se manifiestan, concretizan cuando se aunan una necesidad y una posibilidad. En el caso del hebreo, se necesitaba resucitar éste por ser el único idioma común a todos los hebreos, y se le podía resucitar porque el inmigrante que llegaba a Palestina lo había tenido por familiar: porque lo había usado en sus cartas, en su contabilidad, en sus oraciones; porque lo había leído. Si se quiere particularizar más y hacer sociología profunda: 1) porque lo necesitaban —para entenderse— los cónyuges procedentes de distintas comunidades; 2) porque siempre se pensó que los idiomas de la diáspora eran expedientes

temporales (importancia de la tradición), y 3) porque los jóvenes “prefirieron una preparación deficiente en hebreo a una mejor en otro idioma” (importancia de las decisiones respectivas).

Cuando se bordea, en este terreno, la sociología aplicada, no se puede dejar de mostrar interés y entusiasmo por los *ulpanim* (plural de *ulpán*), o sea, por aquellas instituciones consagradas a enseñar el hebreo a los inmigrantes, que basan su acción en la trasmisión de un vocabulario limitado (como el que se puede establecer a base de los recuentos lexicoestadísticos, de la determinación de las voces más frecuentes); vocabulario limitado, pero expandente para fines de aprendizaje.

### *Influencias del yidish en el hebreo de Israel*

La influencia del yidish en la remodelación del hebreo moderno ha sido considerable, hasta el grado de que puede afirmarse que ninguna influencia no-hebraica ha sido más poderosa que la suya. Haim Blanc, en su estudio de dichas influencias, hace algunas consideraciones generales: sobre las variedades y estilos del hebreo: sobre la posibilidad de que haya habido influencias convergentes, y sobre el peso relativo de las formas hebreas, pre-existentes.

Para los fines de su estudio, Blanc estableció —en efecto— una primera dicotomía; diferenciación entre el uso escrito y el oral, y cargó el acento en este último que subdividió en no nativo y nativo. Se interesó, sobre todo, por el nativo, que comprende el israelí general o azhkenozoides y el arabizado u oriental. Se ocupó más particularmente, del primero pues es empleado tanto por los hablantes que tienen antecedentes yidish como por quienes no los tienen. La riqueza de variantes crece si se considera que hay estilos que van del plenamente informal al de la formalidad más completa.

Blanc afirma que los elementos que pueden filiarse como de origen yidish se encuentran en todas las variedades y estilos, pero que él se ocupará, principalmente, del israelí general, hablado, informal.

Las influencias del yidish sobre el hebreo —según la indicación de Blanc— no siempre deben de haber sido simples sino que, en ocasiones, deben haber sido complejas. En efecto, existe la posibilidad de que haya habido influencias convergentes del yidish, del alemán y de los idiomas eslavos sobre el hebreo. Según eso no se puede considerar que el hebreo se ha modelado única o principalmente sobre el yidish, pues esa modelación o se vio precipitada por las otras fuerzas sociolingüísticas en presencia o fue reforzada por ellas.

El hebreo actual y su uso en el Estado de Israel, así, es una resul-

tante de la convergencia de múltiples factores sociales, culturales, lingüísticos, y algunos de éstos son muy antiguos. Además, como son grandes el espacio y los lapsos que cubren las influencias, se debe proceder con cuidado, pues muchas analogías con el hebreo clásico quizás no sean filiales en él sino resulten ser coincidencias fortuitas o resultados de influencias más recientes.

Los elementos que se pueden remontar al yidish —según el autor— incluyen: mucho del sistema de sonidos (rasgos y su distribución), transferencias de morfemas ligados, rasgos de orden y modulación de las palabras, distinciones “aspectoidales”, algunas transferencias léxicas, muchas frases y modismos comunes que son réplica de los modelos yidish, y algunos rasgos de los nombres propios.

Detallar lo anterior sería salir de los límites sociolingüísticos para penetrar en los estrictamente lingüísticos. Sin embargo, puede observarse —con Blanc— que, a través de los patrones léxicos, el hebreo contemporáneo tiende a dar expresión lingüística o nociones que adquieren forma explícita parecida en yidish y en otras lenguas europeas, y que no existen o son raras o no se expresan regularmente ni en el hebreo clásico ni en las otras lenguas semíticas. Estos patrones son —así— una manifestación de procesos muy amplios debidos a las influencias del yidish y de otras lenguas. Ese proceso, Blanc no duda en considerarlo una “europeización del hebreo israelita contemporáneo”.

### *La renovación de la lengua árabe*

El renacimiento del árabe es —para Ahmed Zaki (84.0089-98)— uno de esos casos concretos en los que se revelan las necesidades a las que se enfrenta una sociedad de antigua cultura en el momento en que vuelve a nacer; o sea, cuando se convierte en país renaciente.

En efecto, una comunidad que alcanzó elevado nivel cultural y después se estancó durante varios siglos, se suele encontrar al despertar de nuevo, con realidades nuevas, que le es difícil expresar porque no cuenta con formas lingüísticas especialmente adecuadas, en su idioma. Descubre, así, necesidades nuevas, de expresión y de comunicación que, en una u otra forma, debe satisfacer.

El árabe floreció gracias al Islam. Después, corrió el riesgo de extinguirse en 1268, cuando cayó Bagdad, invadida por los turcos. A partir de ese momento, sufrió eclipses y resurgimientos. Refugiado en el Cairo, volvió a florecer (protegido por los mamelucos) durante un

largo periodo que vino a ser interrumpido por la invasión turca de 1517.

Después de esa fecha, disfrutó un nuevo renacimiento, gracias a Napoleón. Fue él quien —al invadir Egipto— llevó consigo sabios que estudiaron: primero, la realidad egipcia; después, la siria; más tarde, la de los otros países árabes.

Después de que Napoleón salió de Egipto, Mehemet Alí —una vez electo— trazó una serie de proyectos de modernización que giraron principalmente en torno de un mejoramiento del ejército y de la satisfacción de las necesidades más inmediatas del país, pero que acabaron por irradiar en todas direcciones. Esos cambios comenzaron por influir en la medicina y en la farmacia, y, en último término, influyeron en todas las ciencias tanto aplicadas como puras.

En ese clima de modernización y de cambios en cadena, hubo que preparar personal idóneo para la gran labor y, para hacerlo, se importaron profesores europeos. No se retrocedió —entonces— ni siquiera ante dificultades lingüísticas considerables. Así —por ejemplo— la traducción de ciertos textos impuso —a veces— una colaboración penosa de hasta cuatro personas: el autor europeo; el traductor, que estaba versado en el idioma de dicho autor, pero que desconocía —en cambio— la materia que éste trataba; el erudito árabe que desconocía el idioma del escritor original, pero que conocía, en cambio, esa materia, y el corrector de estilo que tenía que realizar la versión definitiva al árabe literario.

De ahí que Mehemet Alí considerara importantísimo el Instituto de Lenguas. Ese interés suyo se equilibraba —por otra parte— con el que sentía por la lengua árabe. Este último se nutría de sus sueños imperialistas sobre los otros países de la misma lengua.

Sin embargo, fue sólo en la época de Ismail cuando el árabe comenzó a ganar terreno. Lo consiguió, particularmente, gracias a la aparición del primer periódico en árabe: *Wadi-el-Nil* (*Valle del Nilo*) que permitió que se pusieran bases perdurables de desarrollo lingüístico y cultural. En efecto, ese periódico ejerció influencia social considerable y cooperó en la difusión del árabe. Una y otra cosa —de consuno— propiciaron una creciente toma de conciencia árabe, tanto nacional como lingüística.

Y, si bien la invasión inglesa hizo que se relegara el idioma, la actitud liberal de uno de los “residentes” británicos permitió que los periódicos siguieran ejerciendo su influencia (particularmente, en sentido nacionalista) y que, de este modo, se beneficiara, indirectamente, el desarrollo de la lengua árabe.

La opinión pública, constituida y vigorizada gracias a esos órganos

periodísticos, comenzó a presionar y, al fin, logró que la lengua árabe se convirtiera en vehículo de instrucción secundaria. Por encima de ese nivel, el gobierno tenía muy descuidada la educación. Esto, y la creciente toma de conciencia de algunas capas de la población egipcia hizo que muchos particulares, indignados por esa negligencia, fundaran —de su propio peculio— una universidad egipcia moderna. Esta universidad ha tenido —desde entonces— gran importancia en el resurgimiento de la lengua árabe en Egipto.

En Siria, y en el resto del mundo árabe, los avances en este terreno parecen haber sido más lentos que en Egipto, debido en buena parte a la dependencia resultante de la dominación turca, y a otros factores económicos, políticos y sociales semejantes.

Después de la Primera Guerra Mundial, gracias a la creciente independencia egipcia, el árabe se ha venido utilizando, en forma creciente, en las escuelas superiores. En particular, se le ha reconocido su utilidad en cuanto vehículo de enseñanza, lo cual no significa que el inglés haya dejado de emplearse o que se haya excluido al francés (que se sigue usando sobre todo, en las escuelas de Derecho). Aun así, los idiomas extraños a Egipto no se emplean en él con la extensión de antes.

Tras haber adquirido conciencia de que la promoción del árabe podía tener mucha importancia para la vida nacional e internacional egipcia, el gobierno ordenó que sus departamentos redactaran todas sus comunicaciones en árabe. La medida hizo que se descubrieran nuevas necesidades sociolingüísticas, pues hubo que encontrar, entonces, nuevos términos árabes para expresar las nuevas realidades, o hubo que adaptar a esas nuevas realidades los vocablos disponibles en los repertorios de la lengua.

La prensa enfrentó problemas parecidos y, como las otras instituciones, adoptó soluciones variadas; generalmente, soluciones divergentes. Esto, a su vez, planteó un nuevo problema: el de unificar las soluciones propuestas para los problemas lingüísticos. Con el fin de resolverlo, se creó la Academia “Fuad I”, de la Lengua Arabe. De acuerdo con el espíritu de la época, esa academia, originalmente egipcia, trató de representar a todo el mundo árabe. Por ello, no sólo se designó como académicos a los estudiosos egipcios sino que se incluyó a otros muchos investigadores procedentes de los demás países árabes, y se llegó al extremo de nombrar —también— a prominentes orientalistas europeos concededores de la lengua.

Desde su fundación, la Academia de la Lengua Arabe ha seguido buscando la pureza del idioma y trata de proporcionar, ahora, términos nuevos para satisfacer tanto las nacientes necesidades de la cien-

cia y de la tecnología, en particular, como los modernos requerimientos expresivos en general.

Para realizar su trabajo, los miembros de la Academia constituyen comités especializados que someten sus conclusiones al pleno. Gracias a esa labor, se han adoptado decenas de miles de términos nuevos. En la imposibilidad de cubrir todos los campos, la Academia se ha concentrado en los terrenos científico y técnico. La prensa, por su parte, ha sido una de las principales instituciones que ha cubierto los campos restantes.

En este periodo de renacimiento de la lengua, el mundo árabe se coloca en un nuevo contexto internacional que propicia las múltiples, frecuentes y estrechas relaciones con diversos países. Entre ellos se cuentan —particularmente— los que utilizan los caracteres latinos para escribir sus lenguas. Esto ha hecho pensar en algún momento, en la posibilidad de sustituir los caracteres árabes por los latinos, pero, la actitud de las comunidades de habla árabe ha sido desfavorable a estos intentos.

Ese rechazo consciente de un legado ajeno tiene su correlato en otros niveles (inconscientes) pues la misma adopción de ciertos tecnicismos derivados del latín y del griego tropieza con dificultades en el mundo árabe. La mayoría de esos términos técnicos no despierta eco alguno en la conciencia lingüística del hablante común de la lengua árabe. De ahí que Zaki piense que sería conveniente que en campos o niveles distintos se empleasen: unas veces, las palabras de origen árabe; otras, las de origen latino o griego. Unas podrían servir —según el propio autor— para los usos ordinarios; las otras se emplearían para fines más especializados.

En esta forma, dentro de las condiciones sociolingüísticas de países y lenguas renacientes como son Egipto y la lengua árabe, se trataría de atender a las necesidades de la comunicación internacional y de respetar las necesidades y limitaciones del hombre ordinario.

Pero existe —también— algo que podría calificarse como “derecho lingüístico de la tradición”, que Zaki no descuida, puesto que él mismo recomienda que se haga un glosario anotado de las voces del Corán, para que funcione como repertorio de voces disponibles. A él podrían ir, en busca de soluciones, quienes tuvieran necesidad de expresar nuevas realidades.

Es fácil ver cómo, a pesar de las divergencias políticas que separan a árabes e israelíes, unos y otros convergen en algunas de las soluciones que, en su calidad de pueblos renacientes que usan lenguas también renacientes, están dando a sus problemas sociolingüísticos.

*La simplificación de la escritura y los obstáculos sociales  
para la reforma lingüística china*

Si en el caso del hebreo y del árabe renacientes es posible ver la forma en que la tradición puede llegar a ser un medio del que se dispone para facilitar el renacimiento sociolingüístico, en el caso del chino en vías de reforma, se puede ver cómo la tradición también puede constituir un tropiezo para dicho renacimiento (según se observó, antes, para el caso de la India y del sánscrito).

De las tareas en curso emprendidas para reformar la escritura en China habla Chou-en Lai, con la sencillez de quien está acostumbrado a acometer grandes empresas. La tarea que el pueblo chino se ha impuesto al respecto es de apariencia simple, pero resulta ardua en su realización. Hay que simplificar los antiguos caracteres (han); hay que popularizar el idioma común (pu tung hua); hay que hacer y aplicar un esquema de alfabeto fonético chino.

En el primer aspecto —el de la simplificación de los caracteres— se han hecho listas de formas ya simplificadas; de radicales que ya se han sujetado a simplificación, y en alto grado, las nuevas grafías han sido adoptadas ya por periódicos chinos.

La utilidad social de la simplificación —la economía sociolingüística que representa— se manifiesta en ciertas anécdotas. Se habla, por ejemplo, de que un trabajador que había tardado medio año en aprender tres caracteres de los que se usaban tradicionalmente antes de la simplificación, una vez que fueron simplificados, pudo aprenderlos con rapidez y —lo que es más importante— pudo reconocerlos y retenerlos con facilidad.

Aunque la utilidad de este esfuerzo chino es patente, él mismo ha sufrido —como reconoce Chou-en-Lai— tropiezos considerables. Por una parte, la simplificación no ha avanzado siempre por las vías debidas; por otra, ha habido ciertas capas sociales que se han opuesto resueltamente a que se realice.

Chou-en-Lai acierta a descubrir una de las dos componentes fundamentales de lo lingüístico cuando prescribe cuál debe ser la orientación a la que debe sujetarse la simplificación y cuando hace, posteriormente, la justificación de la misma. Señala, en efecto, que si la lengua es —por lo menos en una de sus facetas— vehículo de comunicación, cuanto estorbe dicha comunicación debe eliminarse.

Al aplicar su precepto al caso concreto de la escritura china, Chou-en-Lai señala que ésta ni se puede dejar al arbitrio personal ni ser resultado de la improvisación; que hay que hacerla mediante una orientación técnica y un previo acuerdo social. En caso de que la simplificación se abandonara a los caprichos individuales, la comuni-



cación resultaría imposible, porque los caracteres dejarían de ser inteligibles para todos. En caso de que no se tecnificara, produciría soluciones aparentes (mutuamente contradictorias dentro del sistema lingüístico) que harían renacer (en otro sitio y de otro modo) el problema que se intenta resolver.

Por otra parte —como señala el estadista— ha habido capas o agrupamientos sociales que se han opuesto a la simplificación de los caracteres chinos, a pesar de sus indudables ventajas sociales. Los opositores han sido los intelectuales aristocratizantes a quienes no preocupan las dificultades que han de vencer los trabajadores manuales para aprender a leer y a escribir, y a quienes —en cambio— les parece que una alfabetización general puede quitarles la ventaja sociocultural relativa que tienen frente a las mayorías, en cuanto ellos disponen —y ellas no— de medios para expresarse y comunicarse por escrito.

Chou-en-Lai afirma —con razón— que este problema “hay que considerarlo desde el punto de vista de seiscientos millones de personas, y no plantearlo a la luz del gusto personal” de unos cuantos intelectuales privilegiados apegados a los caracteres tradicionales (más complejos y menos prácticos).

La inercia de la historia es —en efecto— la que se manifiesta en ese empeño de ciertos agrupamientos para preservar sus privilegios, aún a costa de una deshumanización de las mayorías. Son una inercia histórica y un planteamiento ideológico los que se revelan en el supuesto alegato de esos agrupamientos en pro de la caligrafía que —según ellos— quedará dañada por la simplificación democratizante y pragmática de la escritura. El argumento es vano desde una perspectiva como la nuestra que ha aceptado la posibilidad de maridar lo funcional con lo artístico; de encontrar belleza en lo simple y útil. Es así como el llamado de atención que hace Chou-en-Lai al respecto es propia de un sabio, de un prudente, puesto que, siendo simples, los nuevos caracteres pueden y deben ser artísticos.

Afortunadamente, la inercia en el reposo de ciertas capas sociales (que o prefieren permanecer estacionarias o volver la vista hacia el pasado) se puede contrarrestar con la inercia en el movimiento de todo un pueblo que decide ponerse en marcha. Porque, la simplificación, en el caso chino, no es un esnobismo o el resultado que se obtiene al aplicar criterios puramente pragmáticos y bárbaros (como los que hubiesen podido imponer un régimen para alcanzar sus propios fines) sino que es un movimiento que ha venido adquiriendo un impulso cada vez mayor a través de la historia, y que en la China de hoy se ha vuelto plenamente consciente y voluntario.

“La simplificación —se nos dice— es tendencia de siglos, entre el

pueblo, seguida incluso contra la oposición de las dinastías.” Es, al fin y al cabo —éste, como otros movimientos análogos— algo que enraiza en lo humano mismo y que de ahí arranca, sin que su desarrollo tenga más límite que el de las necesidades y posibilidades humanas. En efecto, la simplificación de la escritura avanza hasta el momento en que, de extremarse, contrariaría sus propios fines, al dificultar la comprensión. En efecto, si el límite pertinente se rebasa, hay necesidad de complicar nuevamente, ya por otra vía o ya mediante el retroceso que se haga por aquella que llevó a ese punto, pues es eso lo que exigen las finalidades humanas de inteligibilidad y comunicabilidad.

Popularizar un lenguaje común es, al lado de la simplificación de la escritura (conforme a las directrices dadas por Chou-en-Lai y el informe de Wu-yu-Chang acerca de esas tareas) algo de primordial importancia para el pueblo chino. Los dialectos son, en China, de lo más diverso. Existen en el país muchas diferencias de pronunciación, y esto afecta profundamente y en forma desfavorable, las oportunidades de adelanto popular. China ha sabido apreciar los beneficios que para la educación popular y para la unificación en torno de comunes designios de progreso —concretados en planes y programas de acción— tienen los grandes medios de difusión (la radio, el cine, la televisión); pero sabe que, antes de que se puedan utilizar a plena capacidad esos recursos, y antes de que lleguen a actualizarse sus beneficios potenciales, es indispensable que el pueblo chino rompa “la barrera dialectal”.

Los esfuerzos para romper esa barrera son tan dignos de admiración y encomio —o más admirables y encomiables— que los que se hicieron para romper la barrera del sonido o los que en el futuro puede llegar a hacer algún loco genial para romper la barrera de la luz. El gobierno chino ha encontrado que si se quiere realizar esta hazaña en forma colectiva, tiene que contar con una *plaquetournante*; de ahí el interés que ha puesto en que los maestros normalistas se capaciten para la realización del cambio lingüístico. Así, entre 1955 y 1957, por ejemplo, entrenó a poco más de setecientos mil maestros normalistas en la fonética del idioma común del que, desde entonces, ellos han llegado a ser los difusores por excelencia. Sus alumnos —a su vez— han empezado a emplearlo en número que crece día con día, y cada uno de ellos se convierte —en su turno— dentro de su propia comunidad, en modelo de imitación para los demás.

Es grato constatar el sentido humano con que se ha ido introduciendo la reforma en China. Los responsables de la misma han reconocido que no se les puede exigir a todos las mismas cosas, en el

mismo grado, y que tampoco sería práctico o útil el hacerlo. Es necesario que las exigencias de reforma lingüística (como, por otra parte, las de cualquier reforma) se gradúen adecuadamente. Hay, en efecto, quienes —en el sector de la lengua— tienen máxima influencia y quienes, en cambio, la tienen mínima. Hay quienes tienen, en ése como en otros sectores, gran capacidad de cambio, mientras que otros poco pueden cambiar. Se dan así todas las combinaciones, que van desde quien puede cambiar poco y tiene poca influencia hasta quien tiene, simultáneamente, gran posibilidad de cambiar y posibilidad asimismo grande de influir.

Hay —en suma— quienes están obligados a cambiar sustancialmente por ser los vanguardistas de la sociedad; pero hay también quienes sólo podrán cambiar en aquella proporción mínima que les impida que, al desvincularse de la sociedad de la que forman parte, queden aislados.

De ahí que:

Las demandas de normalización deban estar graduadas de acuerdo con esas posibilidades y responsabilidades; según las ocupaciones (de donde la importancia de los locutores de radio y televisión), y según las edades (de donde la mínima exigencia para los ancianos). (60.070)

Como que —por otra parte— una presión pareja sobre todas las capas sociales podría producir resistencias tales que harían fracasar el programa en su conjunto.

Los estímulos para el cambio no faltan en China: hay competencias oratorias en el lenguaje común, y se premia, en ellas, a quienes se aproximan más a la norma. Se trata de lograr una cierta conformidad social, un ajuste social que, en este caso, no tiene las resonancias desagradables que suelen acompañarlo en otras ocasiones, debido a que esa conformidad con la norma, en el caso del vehículo de comunicación social que es el lenguaje, establece —en la mayoría de los casos— un mínimo de participación social.

La introducción de un alfabeto fonético en China es una finalidad subordinada a las anteriores; algo que no tiene valor de por sí o en aislamiento. Se tratará de escribir el chino fonéticamente, pero sólo para que pueda popularizarse el lenguaje común.

Se piensa que así es como puede extenderse por el territorio chino ese lenguaje común; que es así como se simplificarán los caracteres de la escritura tradicional para que los chinos de todos los rincones del país puedan comprenderse; que así se logrará que todos se entiendan ya sea oralmente o por escrito, sin necesidad de una dilatada instrucción que, en China —como en la India de los brahmanes, que estudian

el sánscrito por luengos años, gracias a su condición de casta dominante— sólo sería asequible a las que Veblen ha designado como *leisure classes* (y que nosotros podemos designar como *clases licenciosas* o entregadas a la holganza).

Pero, en China, el fin común no se ha considerado enemigo de las finalidades de los agrupamientos en particular, porque ese alfabeto fonético que se adapta a la transcripción del chino y a la difusión del idioma común, no va a ser un medio para popularizar un idioma basado en los patrones lingüísticos de Pekín y para asegurar así su predominio; ya que de acuerdo con las orientaciones dadas por los responsables de la reforma lingüística, se busca que esto sirva como “una base común a partir de la cual las varias minorías nacionales puedan crear o reformar su lengua escrita”.

Y si por lo bajo hay que ver en las declaraciones programáticas de los políticos chinos una promesa de respeto a los derechos lingüísticos de las minorías, por lo alto, la reforma se proyecta hacia una constelación de valores humanos comunes a la humanidad entera. En esto, rehúye lo que el nacionalismo más estrecho y criticable descuida frecuentemente, al perseguir egoísmos de nuevo cuño.

En efecto, el orgullo nacional podría haber hecho que el pueblo chino hubiese tratado de desarrollar un alfabeto fonético valiéndose exclusivamente de los medios propios de su escritura tradicional, debidamente adaptados, y es probable que, si no a corto, sí a largo plazo hubiese encontrado la vía para lograrlo. Pero, guiada por una mayor prudencia, China —que ha podido ser maestra y no ha encontrado desdoro al ser discípula— decidió aceptar el alfabeto fonético que, más que ser original y básicamente latino, se ha desarrollado a partir de los caracteres latinos y es usado científicamente tanto por los pueblos de cultura occidental como por otros de diferentes culturas.

Usar el alfabeto fonético originado en los caracteres latinos representa una solución cómoda, pues se trata de algo que se encuentra a la mano, que es activo y está funcionando. Pero es, también, una solución que reconoce que muchos de los problemas y soluciones de apariencia nacional son, en el fondo, mundiales. Reconoce que, incluso para los problemas nacionales existen fuera de las fronteras del Estado-nación y allende los límites de la cultura respectiva, soluciones ya hechas a las que nadie tiene por qué renunciar. En efecto, si bien esas soluciones pueden haber surgido en un lugar, en un tiempo, en una sociedad, en el marco de una cultura diferentes, las mismas han pasado a formar parte del conjunto de soluciones disponibles para la humanidad; han llegado a formar parte de la común herencia humana.

En la adopción del alfabeto fonético formado a partir de los caracteres latinos, el pueblo chino tomó en consideración que “sesenta países usan el alfabeto latino, y eso le concede ciertos títulos”. Esos títulos son análogos a los que un uso igualmente amplio les ha otorgado a los llamados “números arábigos” (de prosapia india) que son utilizados incluso por pueblos que emplean en su escritura ya el alfabeto latino o ya el cirílico, pues éstos no han dado en la necesidad de tratar de sustituirlos por otros que ellos pudieran considerar como más propios, en cuanto producto de su invención.

Esa aceptación de una escritura fonética latina —conforme a las palabras de Chou-en-Lai, de Wu-yu-Chang, de Li-chin-Hsi— “no dañará el patriotismo del pueblo, y sí ayudará a los extranjeros a aprender el chino (y a los chinos a aprender otros idiomas), promoviendo con ello el intercambio cultural internacional”. El significado de esta última frase quizás pueda interpretarse en el sentido de que, para propiciar el contacto íntimo y el conocimiento profundo de unos pueblos por otros, hay que dar a cada uno la oportunidad de hacerlo, no al través del espejo deformante de la que para unos es su lengua y para los otros es lengua ajena, sino del cristal diáfano de una lengua que, habiendo sido originalmente ajena, ha llegado a serles tan propia como la que aprendieron desde niños.

*El rumano, afirmación lingüística  
de unidad nacional y de soberanía estatal*

C. Daicoviciu ha escrito un estudio breve, pero ilustrativo, en el que, después de referirse a la Dacia libre de los dacios o getos de las edades del bronce y del hierro (o sea de los milenarios segundo y primero anteriores a Cristo) así como a su estado esclavista, muestra la forma en que esta región fue incorporada al Imperio Romano, dentro del que compartió la suerte de las otras provincias. Dacia estuvo sometida —sin embargo— a un régimen distinto, pues fue simultáneamente bastión de defensa del Bajo Danubio y lugar de explotación de recursos naturales y humanos.

Durante el largo periodo de la dominación romana, Dacia fue organizada en diferentes formas y dividida y subdividida para propósitos de administración y de defensa según las necesidades del Imperio; pero, en todo caso, su dominación la aseguró el ejército romano para el que trabajaba la población aborigen. De los miembros del ejército hubo muchos que durante su servicio o tras su liberación —ya como

veteranos— se establecieron en el país y contribuyeron a la romanización de la población autóctona con la que convivieron y se mezclaron. Algunos miembros de esa población, por su parte, se romanizaron al entrar en el ejército o en la administración.

Esos mismos habitantes autóctonos comenzaron por ver con reserva la lengua y la cultura romanas; pero, a pesar de su conservadurismo de campesinos, acabaron por aceptar la lengua latina, en cuanto ésta se convirtió en “medio de comunicación entre los productores de bienes materiales y los explotadores”; en cuanto llegó a ser el satisfactor indispensable de una necesidad económico-social. El latín es —así— la lengua de las inscripciones y documentos oficiales de la época, y su adquisición por los autóctonos se facilitó cuando Caracalla concedió la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio y, con ello, muchos aborígenes pudieron penetrar en la clase gobernante y aprender mejor aún su lengua y sus costumbres.

Eso no impidió que los dacios se rebelaran repetidamente; que en ocasiones los que estaban sometidos a los romanos hayan recibido la ayuda de los otros dacios que permanecían libres fuera de las fronteras del Imperio, y que las dificultades romanas aumentaran cuando coincidían la agravación de los conflictos internos y los ataques de los bárbaros desde el exterior.

La suerte de Dacia se decidió al sur del Danubio. Los ataques godos, el aislamiento de Dacia al norte del río, la necesidad de conservar como frontera imperial la línea del bajo Danubio, propiciaron el abandono de Moldavia y Muntenia hacia 251, y el de toda Dacia poco después (271).

Con los romanos, se retiró parte de la población citadina que se había identificado con los dominadores, pero permaneció toda la población campesina y aquella parte de la que vivía en las ciudades que quedó liberada del yugo imperial. Según Daicoviciu:

Esta población daco-romana fue el núcleo básico del pueblo rumano que habría de formarse en el territorio de la antigua provincia Dacia a fines del primer milenario (17.0076).

Stefan Pascu, por su parte, muestra cuál fue el proceso de formación de la nación rumana a partir de esos finales del primer milenario. Al hacerlo enfatiza, en el concepto de nación, el hecho de ser:

comunidad humana estable de lengua, cultura, territorio, vida económica, que posee rasgos específicos de tradición, de conciencia étnica y de lucha por la liberación nacional y social (52.0012).

Indica también, el propio Pascu, que todas las naciones europeas, lo que han hecho para surgir es desarrollar ciertos rasgos que existían

virtualmente en ellas desde el medievo y que pudieron hacer eclosión, muy particularmente cuando desapareció el feudalismo, en la época del capitalismo emergente.

En Rumania, Pascu encuentra los rasgos de su concepto de nación, y de entre ellos hace destacar el de la comunidad de lengua, pues el rumano —más que las otras lenguas de la familia romance— tuvo en Valaquia, en Moldavia, en Transilvania, más variantes que dialectos distintos y, con ello, favoreció la mutua comprensión entre los habitantes de las tres regiones tradicionales de habitación rumana.

Esa unidad originaria del rumano sería la que habría de facilitar, en el siglo XVI, la formación de la lengua literaria, en una época en la que un humanista italiano —Antonio Bonfini— reconocía que los rumanos habían luchado por conservar su lengua tanto como por sobrevivir. Esa comunidad —además— no abarcaba sólo a los cultivados, sino que —de acuerdo con las anotaciones del propio Pascu— penetraba en la conciencia de las masas.

La comunidad se afirma y se extiende a través de la circulación de manuscritos a fines del siglo XV y principios del XVI, que haría —a su vez— que los autores del XVII se plantearan expresamente como problema el de constituir una lengua literaria que permanentemente pudiera ser común a todos los rumanos.

Todo eso habría de obtener su cimentación científica de Cantacuzino y habría de convertirse en idea-fuerza con Cantemir, hasta cristalizar —finalmente— con los miembros de la Escuela de Transilvania (Scolii adlene) y los representantes del Iluminismo. De este modo, a comienzos del siglo XIX, la comunidad de lengua y cultura rumanas habría de constituir la preocupación de todos los rumanos cultivados.

Pascu indica también cómo hubo siempre comunidad territorial y económica rumanas y que, a pesar de que el feudalismo y la dominación extranjera (otomana, habsburga) frenaron el desarrollo de las fuerzas productivas no impidieron los intercambios económicos que habrían de alcanzar relevancia completa al establecerse los mercados e iniciarse el periodo de desarrollo capitalista.

En el siglo XVIII, particularmente, fue la ideología de Inochentie Micu la que prefigura la concepción moderna de nación y gira en torno de la determinación de su fundamento histórico: de la idea de romanidad y de la continuidad del establecimiento rumano en Dacia. De este modo, los rumanos comenzaron a elevarse en contra de las nociones —próximas a ser superadas— de origen feudal, que veían en la nación una forma política.

“El reemplazo de la cultura y la ideología feudales y clericales por las de la burguesía ascendente —dice Pascu— se refleja en la ideología

de las luces, de la 'Escuela de Transilvania'" (52.0034) preocupada por tres problemas fundamentales de los rumanos: su origen, su continuidad y su unidad. En la segunda mitad del siglo XVII ya estaban establecidos los rasgos constitutivos de la nación rumana que, de este modo, pudo responder al reto de 1848.

Poco antes, en 1842, el movimiento nacional se había vigorizado al reaccionar ante una ley escolar votada por la Dieta húngara, de acuerdo con la cual el rumano debía ser reemplazado por el húngaro, en las escuelas y las iglesias, en un lapso de diez años. La reacción no fue sólo de los rumanos pues aun ciertos intelectuales sajones esclarecidos como Stefan Roth señaló que el rumano era, en realidad, la lengua mayoritaria de Transilvania; que húngaros y sajones tenían que emplearlo para entenderse y que, por lo mismo, no era suprimible.

El movimiento de formación nacional rumana ni se basaría sólo en consideraciones lingüísticas ni se detendría en ese punto. Sus bases serían reivindicatorias en contra de la opresión turca y austro-húngara; en contra de la intervención de los fanariotas griegos; en contra de la sujeción política y la explotación económica, y no se inspiraría sólo en el recuerdo de los viejos voivodas que como Miguel el Bravo habían unificado toda Rumania en el medievo, sino —también— en el ejemplo de la Revolución Francesa. Aun así, seguiría apoyándose en consideraciones sociolingüísticas; en decisiones ilustradas como la que hizo que Lazar introdujera un sistema educativo nacional o que Dinicu Golescu promoviera el empleo literario de la lengua en revistas y asociaciones que hacían tanto literatura como política y que habrían de preparar: primero, la unión de Moldavia y Valaquia bajo un mismo príncipe; después, la unión con Transilvania, al desmembrarse el multilingüe y endeble Imperio Austro-Húngaro.

Iorgu Iordan, maestro emérito de la lingüística románica, en un estudio sobre el léxico rumano, señala con claridad y precisión las características que hacen de ese idioma —central para la vida sociopolítica de Rumania— un idioma neolatino de igual rango que las otras lenguas románicas mayores.

El *Diccionario etimológico de Cihac*, publicado hacia la octava década del siglo XIX da, en esto, una impresión inadecuada pues en apariencia son, según él, más las voces no latinas del rumano que las que proceden de la lengua del Lacio (4/5 frente a 1/5). Algo parecido ocurre con el *Diccionario etimológico de Puscarîu* publicado en 1905 en Heidelberg, ya que en él no se reconocen sino dos mil palabras de origen latino.

Pero, como indica Iordan, esto no debe de extrañar, porque el recuento de Cihac es de unidades léxicas y no de palabras encontra-



das en el discurso, y porque en las otras lenguas romances tampoco pasan de dos mil las palabras heredadas del latín.

El criterio para juzgar de la latinidad del rumano tiene que ser otro. Cualitativamente, su latinidad se demuestra por el hecho de que, entre los millares de voces heredadas del idioma latino, se encuentran las que designan cosas tan importantes como las partes del cuerpo y de la habitación así como las actividades de la vida vegetativa, social y espiritual humana. Pero, a esto hay que agregar un testimonio cuantitativo que considera no sólo el número de voces que, heredadas del latín, se encuentran en el total de voces de un diccionario, sino el de ellas ponderadas por el uso mayor o menor que de cada una se hace en la lengua diaria.

A. Graur fue quien realizó los recuentos correspondientes en su *Fondo principal léxico de la lengua rumana*, publicado en Bucarest en 1954, por el que se muestra que, dentro del léxico fundamental rumano, las palabras de origen latino constituyen el 60 %, mientras que el resto un 20 % son de origen eslavo y otro 20 % tienen otros orígenes. A esto agrega Jordan que son pocas las palabras latinas que existen en otros idiomas y no en rumano y muchas —en cambio— las que existen en él y no en los otros, a más de que “la naturaleza de buena parte de ese tesoro léxico exclusivamente rumano, juzgado por su contenido, es todavía más impresionante” (28.0012).

A más de la herencia latina, el rumano posee restos del sustrato daco-tracio; tantos o más eslavismos antiguos que germanismos tiene el francés; algunos eslavismos recientes producto del vecindaje con poblaciones eslavas, que no se han difundido en el idioma común; voces magiars de origen antiguo que —aunque pocas— son persistentes y otras también húngaras, de origen reciente, en vías de liquidación, así como términos turcos y neogriegos, transmitidos a distancia por vías administrativas y culturales.

A partir de 1800 —además— ingresaron en el rumano neologismos latino-romanos que se introdujeron debido a las nuevas necesidades expresivas del pueblo y de su idioma, por la posibilidad que había de tomarlos de las otras lenguas románicas, así como por el prestigio que una de ellas —el francés— había adquirido a los ojos de los rumanos. De ahí que de esa época se haya hablado como de un periodo de re-romanización o re-latinización del rumano.

El rumano fue —como reconoce Elcock— el único idioma estándar forjado dentro de la rama balcánica del romance. Su más remoto testimonio escrito procede del año 1521, y es una carta dirigida a un funcionario de Brasov para darle cuenta de los movimientos turcos en el Danubio. El propio autor reconoce que si bien el naciente idioma

literario debió originarse en desviaciones de los textos eslavónicos de la iglesia ortodoxa, fue la Reforma, procedente de Hungría la que lo estabilizó, como lo demuestra un catecismo protestante traducido del húngaro al rumano e impreso en Brasov, en 1559, en caracteres cirílicos (18.0484-18.0485).

Otro texto religioso procede de Transilvania, es de 1570 y ya está escrito con letras latinas, pero “el intento de reemplazar las cirílicas por las romanas no habría de triunfar sino hasta la época de la unión de Moldavia y Valaquia en 1859”. En el intermedio, los rumanos habrían de descubrir (y con ellos los hablantes de las otras lenguas) los paralelismos reales y supuestos con otras lenguas romances, con el italiano en particular y con ciertos dialectos itálicos muy concretamente, según muestra Carlo Tagliavini en un estudio en el que asienta que:

En Rumania, era difícil distinguir las observaciones sobre las semejanzas entre la lengua rumana y la italiana hechas por interés científico o incluso por pura curiosidad, de las observaciones que tenían un fin práctico más o menos reconocido (72.0010).

De todos modos, los corifeos de la escuela ardeleana habrían de luchar porque se escribiera el rumano con los caracteres latinos, muy especialmente, en su *Orthographia romana sive latino-valachica* impresa en 1819, de Petru Maior, y en los *Elementa linguae dac-romanae sive valachicae* de Samuil Klein, publicada en 1780, en donde, conforme indica Tagliavini, proponen que se escriba:

... *more Italarum ce, ci, ge, gi y che, chi, ghe, ghi*, que es el sistema que, desde entonces han seguido todas las ortografías rumanas no sólo por imitación de la ortografía italiana sino también porque en las escuelas católicas (y Sincai y Maior habían sido educados en el *De Propaganda Fide* en Roma) el latín se leía, como hoy, con la “pronunciación romana”, según la cual *ce, ci, ge, gi* se pronuncian como palatales, como en italiano (72.0012).

Tagliavini ha recogido también el hecho, interesante, de que mientras los rumanos copiaban el italiano y su alfabeto latino, Ascoli, al estudiar la forma más conveniente de escribir el friulano, señalaba la utilidad que tendría adoptar los caracteres cirílicos que —según decía— evitarían el tener que utilizar dos y tres letras para representar un solo sonido.

El rumano ha sido un idioma que ha afirmado su latinidad en un medio hostil, en calidad de medio de defensa de las características nacionales y —en su momento— de reivindicación de la soberanía de su comunidad hablante. Esto no ha impedido el que una larga convi-

vencia con hablantes de otras lenguas le haya dado un aire de familia con otros idiomas balcánicos (eslavos, griegos, albaneses). En seguimiento de K. Sandfeld el creador de la balcanología, Georgiev, un lingüista búlgaro ha insistido en la hipótesis de una unión lingüística balcánica, y ha recogido la reacción de Andriotis, de la Universidad de Salónica que la niega sobre la base de considerar que ésta es una ficción, por lo poco numeroso de las semejanzas y el hecho de no ser internas a las lenguas, a lo que Georgiev responde diciendo que se trata de una convergencia distinta a la que presentan las lenguas de una misma familia; que la unión lingüística es “una evolución de lenguas diferentes hacia una integración, que se ha detenido a mitad de camino” (22.0008).

La discusión puramente científica de estos problemas tiene importancia lingüística y puede llegar a tenerla sociolingüística, pero el politicólogo puede prever la posibilidad de que la misma llegue, en un momento, a tener resonancias políticas al traducirse, por ejemplo, en términos de una posible federación o confederación de los pueblos (con inclusión del rumano). Mientras tanto, se trata sólo de una hipótesis científica interesante que reconoce, con Georgiev, que el rumano es, fundamentalmente, una lengua romance importante para el romanista, pero que es también de interés para el indoeuropeísta en cuanto conserva restos del substrato daco-tracio, y para el balcanólogo, puesto que es miembro de esa hipotética unión lingüística balcánica, que necesita delicada investigación.

El rumano —a través de toda su historia— ha testimoniado la existencia de una nación rumana que —al menos en una ocasión, en el pasado— consiguió integrarse en Estado y que —desde entonces— ha luchado por reconstituir la unión de sus provincias tradicionales y afirmar —finalmente— su soberanía, como lo hace hoy. Por ello creemos que es propio y justo que se considere a Rumania entre los países renacientes de la clasificación de Anouar Abdel-Malek y al rumano como una lengua que, sin haber muerto, cobra, en nuestros días nuevo impulso, acrecentado vigor.

## LAS POLARIZACIONES DEL MUNDO ESLAVO, MODERNO Y CONTEMPORANEO

### *Nacionalismo, supra e infranacionalismo en el mundo eslavo*

El mundo eslavo se puede estudiar en términos de, por lo menos, dos claras polarizaciones que en parte se corresponden y que, en el mismo grado, revelan la sutil vinculación entre lo lingüístico y lo socio-cultural.

### *Polarización sociopolítica de los eslavos*

De acuerdo con Mousset, de cada tres europeos, uno es eslavo. En el futuro, de cada tres, dos serán eslavos, debido a las diferencias en las tasas de crecimiento demográfico.

Pero, el “mundo eslavo” no es una realidad homogénea. Rusia —considerada como típicamente eslava— está poblada, casi por mitad, por miembros de razas no eslavas, y los eslavos de la mitad de su población son de lo más diverso (pues hay grandes rusos, rusos blancos, pequeños rusos). Los checos, los moravos, los eslovacos tienen mucho más en común, pero, en cambio, los polacos están muy mezclados, y los eslovenos y quizás los serbios y los croatas tienen otra procedencia (ya que, al menos los primeros deben haber sido, originalmente, dináricos eslavizados). Algo parecido puede resultar cierto de los bosnios y montenegrinos, así como de los búlgaros (muy mezclados) a quienes se eslavizó históricamente.

La comunidad eslava tiene, así, ciertas bases objetivas; pero, lo que la configura es la idea que de ella han ido formando progresivamente sus miembros, así como la que de ella han forjado quienes no son sus miembros. Esa idea gira en torno de términos como “eslavismo” y “paneslavismo”.

El “paneslavismo”, originariamente, no tuvo mucha significación



para los eslavos mismos. Más bien, debe considerarse que fue una invención, un espantajo por medio del cual los Habsburgo trataron de alertar y movilizar a las otras potencias en contra de Rusia que tendrían, según ellos señalaban, ciertos sueños de expansión cimentados en las afinidades étnicas. Pero, si en el pasado remoto no existió, en el reciente sí ha llegado a existir una auténtica solidaridad eslávica.

En Europa, la palabra "eslavo" despertó, en primer término, la pura curiosidad de la gente (especialmente cuando los zares visitaron a París y se les vio como a soberanos exóticos). Más tarde, se sintió desconfianza hacia el eslavo, a quien se asoció con el nihilismo y la oposición al catolicismo (aunque, en realidad, la cuarta parte de la población eslava sea católica). En Francia, este estereotipo no pudo ser destruido ni siquiera por los eslavistas eminentes que tuvo ese país, pues ellos no pudieron lograr que sus enseñanzas se popularizaran.

A más del desconocimiento general (que hacía que un francés supiera más de los lejanos pueblos de Asia Central que de los eslavos de Europa que le eran tan cercanos) había otros factores que contribuían a deformar la imagen de los eslavos, como ocurría con el brillo de Rusia, pues éste mantenía a los demás pueblos eslavos en la sombra. Por otro lado, propiciaba ese desconocimiento el hecho de que los eslavos mismos mantuviesen pugnas continuas, a pesar de los esfuerzos de unión que habían desarrollado los eslavistas.

El primero en usar el término paneslavismo (*verus pan eslavismus*) fue un eslovaco, y la idea originaria fue de un ragusano, autor de una epopeya semejante a la *Jerusalem libertada*, que soñaba con que su pueblo sacudiese el yugo turco gracias a la protección de Polonia. Opuesto a esta idea de Gondulik, el eslovaco Krijanich había de ser el primero en volverse a Rusia (y no a Polonia) en busca de protección para las nacionalidades eslavas sujetas a la dominación de otras razas. A partir de 1848, el término habría de usarse ya con gran generosidad.

Rusia (la de Pedro, Catalina y el primer Alejandro) había tenido vínculos con los otros eslavos, a quienes había enlistado en sus ejércitos o a quienes les había brindado refugio, particularmente cuando fracasaron sus rebeliones. Durante el asedio napoleónico, Rusia brindó ayuda a los eslavos de Kotor, pero más tarde (durante el Congreso de Viena) permitió que la diplomacia perdiera lo que había ganado el ejército).

En la época de la Santa Alianza, Rusia siguió una política que si no era contradictoria sí tenía extremos que eran difícilmente compatibles. Buscaba, por entonces, mantener la unión de las monarquías;

pero trataba de ser apoyo, también, para las minorías ortodoxas del imperio otomano.

En la Rusia de ese tiempo habría de surgir una idea de “hermandad eslava”; pero no aparecería en los círculos diplomáticos sino entre la *intelligentsia*, en buena parte bajo el influjo ejercido sobre ella por la escuela histórica alemana.

Como Renan habría de descubrir más tarde, el paneslavismo resultó ser una especie de “producto de la filología comparada, trasplantada al dominio político”, en una era de fermentación en la que se acabaría por anular la obra del Congreso de Viena y que habría de ver el pleno despertar de las nacionalidades. Hacia 1848, los antagonismos raciales se habían recrudecido y, con ello, comenzaban a brindar ambiente favorable tanto a movimientos de rebelión de las naciones eslavas contra sus respectivos Estados, como a los de solidaridad de esas mismas naciones entre sí.

En 1848 mismo, se reunió en Praga el Primer Congreso Eslovo. En él, el idioma oficial fue el alemán, el cual era, por entonces, el “esperanto de los eslavos”. Inicialmente, los participantes en él se mostraron leales a los Habsburgo, pues reclamaban sólo igualdad de trato con respecto a los alemanes y a los húngaros; pero, al no obtenerlo, se volvieron en su contra, demandando el amparo de Rusia. Esta, con todo, no llegó a ver en el paneslavismo un medio de liberar a las otras naciones eslavas sino que lo consideró sólo como un muro mediante el que podría contener la invasión occidental.

Rusia se convirtió, así, en la protectora de los eslavos. En ella, Puschkin contribuyó, involuntariamente, a que el paneslavismo llegara a tener un sesgo imperialista, pues habló de la posibilidad de que un día “las múltiples corrientes eslavas desembocaran en el gran océano ruso”, y —con ello— dio lugar a toda clase de malas interpretaciones.

En tanto, en Rusia misma había una oposición entre tradicionalistas y occidentalistas, e incluso Danilevski, que era más ecuánime que la mayoría de los paneslavistas, consideraba perjudicial la entrada de Rusia en el sistema de equilibrio de poderes europeos, característico de los herederos de Carlomagno. Otros rusos proclamaban —por entonces— la decadencia de Occidente, y algunos revolucionarios, como Bakunin, ponían su fe en que la intervención de Rusia en los asuntos internacionales sería capaz de instaurar un nuevo orden europeo en el que nadie se sintiera humillado o injuriado.

El Congreso Eslovo de Moscú de 1867, representó un clímax para las relaciones eslavas. En él se buscaron medios para mantener vínculos regulares entre los eslavos. Entre ellos se contaban: la apertura de una casa de publicaciones y el empleo del ruso como idioma común.

Esto último fue rechazado, porque la cultura rusa no había llegado a ser asimilada ampliamente por los otros eslavos, a causa de la competencia que le hacía la cultura occidental.

El Congreso de Berlín les daría a Bismarck y a lord Beaconsfield la oportunidad de reprimir a los eslavos. Por esa época, en forma lenta, pero segura, el *bratuchka* acuñado durante la guerra de Bulgaria, comenzó a perder prestigio en Rusia, en cuyos círculos oficiales se dejaba sentir ahora la influencia alemana; ésta agudizaba la repugnancia por cuanto oliera a liberalismo o a intelectualismo occidental.

Por otra parte, en el proceso de unión de los eslavos en torno de Rusia, Polonia ha representado siempre un tropiezo; esto se ha debido a los viejos recuerdos y a las amargas experiencias que guarda Polonia de mala administración y de persecución rusa en la porción polaca que le tocó gobernar. A más de esto, por mucho tiempo se consideró que Polonia desestimaba a los otros eslavos por ver en ellos más su condición de ortodoxos, que su condición eslava. Así, en Belgrado, se solía decir que los polacos eran, sobre todo, polacos; que, después, eran católicos, y que eslavos sólo lo eran en sus ratos libres.

Mousset ha mostrado que el eslavismo tuvo significados muy diferentes para los diversos grupos. A los checos, de formación intelectual les importaban los resultados económicos, industriales, comerciales, y rechazaban el eslavismo romántico. Para los servios, el eslavismo era veneración cuasi-religiosa por Rusia, a pesar de que ésta había favorecido frecuentemente a Bulgaria en su perjuicio (como lo muestran el exarcado búlgaro, la actitud pro-búlgara en Macedonia, la pro-austriaca en Bosnia, la pro-italiana en el Adriático).

De acuerdo con Mousset, se producía así una situación paradójica; por un lado, la idea eslávica llegaba a ser el instrumento del que se valía un estado eslavo poderoso para dominar a sus hermanos y utilizarlos para sus fines; por el otro, los demás Estados eslávicos sentían tanto mayor apego por la idea eslávica cuanto era mayor su alejamiento de la forma estatal cristalizada.

Con el despertar de las nacionalidades, el eslavismo pasó de la era de los bardos y de los filólogos a la de la constitución jurídico-política de los Estados, con fronteras definidas; noción, esta última, que —por otra parte— era más o menos extraña a Rusia.

### *Polarización sociolingüística entre los eslavos*

En sociología, el término “polarización” señala que, en lo social,

en tanto por un lado se tiende a la unificación, por el otro se tiende a la diversificación, sin que exista predominio permanente de una tendencia sobre la otra. Es a esa luz a la que examinaremos brevemente las informaciones de R.G.A. de Bray sobre el problema lingüístico eslavo.

Entre los eslavos, en efecto, los problemas lingüísticos se han relacionado: 1) con el nacionalismo (hacia el centro); 2) con movimientos internacionales como el paneslavismo (hacia un extremo), y 3) con los repliegues lugareños, que buscan —en la competencia— imponer como norma el propio dialecto (hacia el otro extremo).

También puede observarse cómo las ideologías sociolingüísticas y las soluciones encontradas en un punto del ámbito eslavo provocaron acciones y reacciones en otros puntos del mismo, y esto puede considerarse, hasta cierto punto, como una manifestación del modo en que se produce la difusión de los cambios lingüísticos, sociales y culturales, de acuerdo con la teoría de las ondas.

En Rusia, Pedro el Grande fue el iniciador de la transformación lingüística; pugnó por un estilo directo e introdujo el alfabeto secular (*grždanska*) opuesto a las letras eclesiásticas; para ello, tuvo que vencer la resistencia de los letrados. En el siglo XVIII, fue Lomónosov quien estudió las variantes dialectales del ruso y propuso que se aceptase como norma el dialecto moscovita; pero, fue Puschkin quien al plasmar el idioma en obra bella, hizo cristalizar el ruso moderno.

Ucrania —por su parte— presenta una lucha nacional y lingüística más accidentada. Lucha contra la opresión polaca en el siglo XVII, y gracias a aquélla logra cierta libertad, que le permite algún florecimiento literario. Shevchénsko —otro poeta— es el que establece la reputación del idioma, gracias a que escribe utilizando formas populares. Los zares, temerosos del separatismo ucraniano, prohibieron el uso del ucraniano como lengua de instrucción y de publicación (1863, 76). Académicamente también se puso en duda la existencia misma del ucraniano, al cual se le consideraba simplemente como dialecto “pequeño-ruso”. En 1905, se levantó la prohibición en contra de su empleo y Kiev volvió a ser centro sociolingüístico de Ucrania. La Academia de Ciencias establecida ahí por los soviéticos se encargó de resolver el problema de la escritura; para resolverlo, no optó por revolución ortográfica alguna, sino por una simple reforma evolutiva.

Bielorrusia, insuficientemente rica o fuerte para ser independiente, tiene un idioma afín al ucraniano. Los lituanos, dominadores, pero menos civilizados que los habitantes del país tomaron como lengua de su administración una mezcla de bielorruso y ucraniano, y los jesuitas polacos lo polaquizaron. Después de 1905 el nacionalismo



creciente propició la publicación del periódico *Nasha Niva* (en Vilna) y estableció la primera editora bielorrusa en San Petersburgo. Con la Revolución y el establecimiento de la Academia y de la Universidad (en Minsk), el idioma entró en una nueva fase de desarrollo.

El búlgaro moderno ha tenido que enfrentar la influencia y el prestigio del antiguo idioma eclesiástico, al que se consideraba como más noble, hasta el grado de que el patriarca Evtimij, temeroso de que se lo contaminara, prohibió su uso a los iletrados. En el siglo XVI, apareció —con todo— un *sbornik* o almanaque destinado al pueblo, en el que se trató de aceptar lo hablado y lo escrito. Pero, el idioma no sólo tuvo que enfrentarse contra el prestigio de lo eclesiástico; como también había recibido influencias considerables de lenguas europeas, del turco, del árabe y del persa, hubo de luchar contra ellas. Así la conciencia eslava de los búlgaros trata de eliminar tales influencias para mantener el carácter eslavo del idioma. Stambolinski (bajo la guía de Omarčevski) intentó llevar a cabo la reforma ortográfica, pero, “con el regreso de gobiernos más reaccionarios, se reintrodujo una ortografía más conservadora y menos racional (histórica)”.

El macedonio, que es un idioma diferente del servio y del búlgaro, obtuvo un reconocimiento tardío, no obstante haber sido el primer lenguaje literario de los eslavos. El idioma fue preservado en las aldeas y los pequeños poblados, mientras se turquizaban superficialmente las ciudades. Esto tiene su paralelo en otras regiones del mundo eslavo y fuera de él, como lo muestra el checo.

La recolección de material oral folklórico —como en otros pueblos— contribuyó a su reviviscencia; pero fueron factores sociopolíticos, como la guerra y la constitución de la federación yugoslava (o sudeslava) lo que permitió el reconocimiento del macedonio como idioma distinto y como lengua oficial de una entidad de esa federación. La lucha, aquí, la inició Miladinov (seguido de Zinzifov, Šapkarrev, Apenkov) y se orientó contra el panhelenismo, contra los servios y los búlgaros; más especialmente, contra la iglesia griega, detentadora de la educación, que había prohibido el uso de textos escolares en macedonio. Tres poetas, que fueron simultáneamente cabecillas políticos, ayudaron al establecimiento del dialecto central como norma del lenguaje literario moderno.

En Servia, Croacia, la Voivodina, Bosnia, Herzegovina, Dalmacia y Montenegro, se hablan dialectos mutuamente inteligibles que explican, desde el ángulo lingüístico, la existencia de la federación yugoslava o de los eslavos del sur (yuk = sur).

El servio se conservó en baladas e historias folklóricas que recogió Karadžić a principios del siglo XIX; pero, la lengua literaria hubo de

buscar su camino a través de intentos de servianización del eslavónico eclesiástico o de la producción de híbridos lingüísticos (ruso-servios) como el *slavjano serbski*. Obrádović, en busca de una expresión lingüística propia, hubo de luchar contra los partidarios de éste, y contra Rusia misma. Paradójicamente, Rusia parecía ser la única potencia capaz de proteger a Serbia de los turcos. Pero, la reforma lingüística principal fue la de Kadzic, que se había inspirado en las ideas romántico-nacionalistas del esloveno Kopitar para quien el único lenguaje vivo es el del pueblo (de ahí su *Gramática del servio según el habla del pueblo*, y su diccionario de ese idioma).

En Croacia, Gaj fue el reformador lingüístico, y su inspiración procedió de los checoslovacos Kollar y Šafarik. Gaj trataba de crear un “ilírico” uniforme para los yugoslavos occidentales, a fin de despertar la conciencia nacional en defensa del pueblo. Su inspiración checa le inclinó hacia el uso del alfabeto latino provisto de diacríticos (análogo al empleo que Vuk había hecho de la escritura cirílica). Su movimiento tomó tal potencia política que se llegó al extremo de proscribir oficialmente hasta el mismo término “ilírico”.

Para Serbia y Croacia —y, en general, para Yugoslavia— tuvo gran importancia el acuerdo literario de Viena, en el que participaron Vuk, Gaj y otros. Este consistió en adoptar un idioma literario común (a base de un solo dialecto y no de una mezcla de dialectos) elegido en razón de su máxima difusión. Esta elección impuso —es cierto— que algunos dialectos consideraran como “mudas” ciertas letras que, en cambio, tenían equivalente fonético para otros dialectos. Desde 1919, gracias a ese acuerdo de principio, la subsunción de los dialectos en la lengua estándar ha llegado a ser completa, y aunque en la escritura se usan indiferentemente los caracteres latinos o los cirílicos, la transliteración de unos a otros es fácil.

Los eslovenos —que antes de la primera guerra quedaban casi por mitad fuera de la Yugoslavia actual— poseen un idioma atomizado en nueve dialectos. Esto se debe a la altura de las montañas que dividen los valles de la región, en los que se asientan pequeñas granjas y centros industriales. Mientras dependieron de alemanes e italianos, los eslovenos emplearon como lenguas de cultura el latín, el alemán y el italiano. Los reformadores insistieron en hablarle al pueblo en su idioma y así cobró importancia el esloveno, que también fue reconocido y empleado por los contrarreformistas. En el siglo XVIII, Vodnik, apoyado por el barón Cojz, publicó: primero, unos libros de entretenimiento; después, gramáticas y diccionarios. Pero fue Préeren (el Puschkin esloveno) quien moldeó el lenguaje poético sobre la base de los principales dialectos, oponiéndose al movimiento ilírico, y fue

Kopitar, quien escribió la primera gramática científica del idioma. Blajvajo adoptó la ortografía de Gaj, pero preservó fonológica, gramatical y léxicamente el esloveno (adoptando las consonantes acentuadas checas). Levstik criticó las formas sintácticas copiadas de las alemanas, pero propició una ortografía arcaizante, contra la que hubo de luchar el padre Skrabec, para quien ésta debía ser “fotografía exacta y bella de la pronunciación”. Finalmente, cabe señalar que, en 1912, un periódico hizo una encuesta para determinar si debía de abandonarse el esloveno sacrificándolo en aras de la unidad yugoslava, y la respuesta fue un *no* rotundo que se confirmó cuando se fundó la Universidad de Liubliana, en la que la lengua oficial es el esloveno.

A la Bohemia medieval, poderosa y próspera, vinculada con Occidente, volvieron sus ojos los checos del renacimiento nacional del siglo XIX, que recogieron las ricas tradiciones de la misión de Cirilo y Metodio y el ascenso de la iglesia en el siglo XI —con su uso del latín como idioma de cultura— pero, sobre todo, la formación del checo literario hacia el periodo del cambio vocálico (*česka prhlaska*) que diferencia el lenguaje de los checos de los otros idiomas eslavos, en el periodo de crecimiento del poderío checo. Carlos V, al fundar la Universidad de Praga y favorecer al checo, marca el cenit y la irradiación hacia Eslovaquia y hacia Polonia. Hus introduce como lenguaje literario la lengua viva de Praga, la purga de arcaísmos y préstamos e introduce una ortografía fonética (con diacríticos para las consonantes inexistentes en latín). La Contrarreforma persigue el checo y, después de 1774, el alemán sustituye al latín mismo en las escuelas de Bohemia. La reacción se produce con el racionalismo y la Ilustración. Jungmann, al traducir *El paraíso perdido*, consolidó la lengua literaria; pero como otros liberadores, de todos los tiempos y de todos los países, “hubo de escribir en alemán para proscribir el alemán”. En los siglos XVII y XVIII el checo fue relegado al uso de los campesinos; fueron ellos quienes lo preservaron; pero, fue la ciudad (Praga, “el centro más poderoso, en lo político y en lo cultural”), la que permitió y promovió su desarrollo y florecimiento.

Los eslovacos permanecieron, por milenios, bajo dominación húngara, preservando una lengua que —según De Bray— podría llegar a servir como *lingua franca* de los eslavos. En el siglo XIX, se estableció la lengua literaria moderna. Antes, sólo había trazas de ella, y en el siglo XIV era el checo el idioma de cultura de los eslovacos, entre quienes fue promovido por los husitas. En el siglo XVII y en el XVIII, los católicos de la Universidad de Trnova trataron de oponerle al checo, y finalmente lo lograron cuando Bernolak (de Bratislava), publicó su diccionario y una ortografía fonética del idioma. Durante

mucho tiempo, los católicos siguieron a Bernolak, mientras que los protestantes usaban el checo hasta que Štur (protestante), al tratar de salvar la identidad eslovaca, bajo los húngaros, trató de unificarlos a través de la lengua nativa y, para ello, introdujo el habla de Eslovaquia central como idioma literario. Štur hubo de enfrentarse a la oposición de estudiosos como Kollar y Šafarik (que preferían el checo o que se veían obligados a emplearlo, como lo muestra la biografía del segundo) e introdujo una ortografía fonética que seguía modelos yugoslavos. Cuando Štur encontraba lagunas léxicas en el eslovaco, recurría a los idiomas más afines, y principalmente, al checo y al ruso. Desde 1918, el eslovaco es una de las lenguas oficiales de Checoslovaquia.

En contra de lo que ocurrió en el caso de otros idiomas eslavos, en el del polaco fue la nobleza, fueron las capas medias y algunos habitantes de las poblaciones, y no los campesinos, los que preservaron la lengua y la cultura. En la lengua se refleja —en parte—, esa situación; lo muestra así —por ejemplo— la conservación de la tercera persona para el tratamiento cortés (como en italiano y en español). Antes de la Reforma, se habían compuesto en polaco algunos himnos y sermones destinados a las mujeres y a otras personas que ignoraban el latín; pero, fueron la Reforma y el Renacimiento los que favorecieron la demanda de libros en polaco. Fueron los primeros impresores —alemanes— de Cracovia, quienes tuvieron que introducir algún sistema en “la caótica ortografía de entonces”. Wietor, influido por Erasmo, recomendó el uso del polaco, y Gornicki, al publicar un trasunto polaco de *El cortesano*, consagró un capítulo a la lengua que debía usar un noble cortesano. Con la Unión de Lublín, el polaco influyó en Lituania, Bielorrusia y Ucrania, y recibió influencias, principalmente ucranianas. Durante las guerras en que se vio envuelta Polonia, decayó el cultivo de su idioma, del siglo XVII a mediados del XVIII (en que aumentó la influencia francesa); pero, a mediados de ese siglo, el padre Kopczynski redactó una gramática importante; ésta se ocupó (en vena racionalista) más de salvar inconsistencias ortográficas que de reflejar el habla popular, la lengua hablada; “pero, introdujo reglas donde no las había habido”. En el siglo XIX, Mickiewicz, romántico, revolucionario, usó un lenguaje que le criticaron los más viejos, por sus extranjerismos y por su aproximación a la lengua hablada. Del romanticismo se vuelve al realismo, al positivismo, al naturalismo: surge entonces el interés por el campesino polaco y sus dialectos (*zeromski*) y un libro de Revmont redactado en el dialecto campesino (*Chopi*, “campesinos”) ganó—en época próxima a la nuestra— un premio Nobel.

*Convergencias y divergencias sociopolíticas  
y sociolingüísticas entre los eslavos*

Si hemos de transcribir textualmente lo dicho por Mousset, en su libro sobre el mundo eslavo:

A principios de siglo, la idea eslavónica había permeado todas las corrientes de la vida espiritual de las naciones a las que había exaltado. En Rusia, tras haber surgido entre la élite intelectual, fue relegada como accesorio diplomático; pero, se había rejuvenecido al aliarse con el agnosticismo checo, el catolicismo croata y esloveno, el sentido positivista de los búlgaros, el legendario espíritu de independencia de los serbios (48.0031).

Rusia dio impulso emocional al movimiento; los checos demostraron cuáles eran los elementos educativos de la ciencia y de la conciencia eslavónica, y los yugoeslavos tendrían que marcar rudamente el paso que precipitaría los acontecimientos. Fue en Bosnia, centro del irredentismo yugoslavo, donde habría de brotar la chispa que pondría fuego al continente (48.0031).

Como señala el propio autor, los acontecimientos que acercaban a cada uno de los pueblos eslavos a sus metas respectivas sólo servían para descubrirles una diversidad profunda y para relajar los vínculos entre ellos. Estaba por tramontar la etapa del eslavismo bajo la égida de Rusia; iba a triunfar el eslavismo sin Rusia, con el despertar de las nacionalidades.

El punto de convergencia-divergencia del eslavismo lo proporciona, en buena parte, la referencia alemana. En otros tiempos, Alemania había arrojado a los eslavos, del Elba al Vístula y, a partir de ese momento, la historia les pareció a los alemanes un proceso de absorción de eslavos. Ese proceso habría de beneficiarse de las disensiones que existían entre los eslavos mismos y de lo que parecía ser una incapacidad fundamental para pasar del clan al Estado.

En 1914, no había política general eslava. Rusia tenía una política internacional anti-eslava; Checoslovaquia enviaba contingentes para que luchasen en favor de Rusia; los polacos consideraban perjudicial cualquier política abiertamente eslava, y preferían sobrellevar a los austriacos; los yugoslavos, deseosos de desintegrar el imperio austro-húngaro, no suscribían una política eslava integral, a causa de la disputa que mantenían con Bulgaria, respecto de Macedonia. Lo que, finalmente, haría más por la liberación eslava, habría de ser el suicidio del zarismo en Rusia.

En efecto, la Revolución Rusa removió los impedimentos reaccionarios opuestos a la política eslava de Rusia. Pero, Ucrania habría de dividir a los eslavos aún después de esa revolución; en efecto, mien-

tras los polacos y los rusos se mostraban hostiles a la autonomía ucraniana, esa autonomía era favorecida por los checos.

El eslavismo fue “una rebelión de las naciones contra los Estados”, pero, de esa rebelión surgieron lentamente otros Estados. Los tratados correspondientes (el de Saint Germain y el de Trianón) no favorecieron la solidaridad de los Estados eslavos resultantes, porque muchos distritos quedaron en disputa. Entre otras cosas, esto ocurrió porque las separaciones lingüísticas no pueden ser tan claras, tan tajantes como deben serlo las políticas. Pero, a más de eso, hay que reconocer, también, que las divisiones obedecieron a muchas consideraciones que no eran las de los interesados. Entre esas consideraciones figuraron incluso los intereses de los grupos internacionales de presión (como el de los rutenos de los Estados Unidos de América, que hicieron oír, y lograron que se aceptaran sus opiniones sobre la división territorial del mundo eslavo).

Las imágenes que los eslavos llegaron a tener unos de otros fueron variadas y contradictorias. Praga y Belgrado aplaudieron la resurrección polaca; pero, en 1920, se preguntaban si Polonia estaba combatiendo contra el bolchevismo o contra la nación rusa. En Varsovia se veía a Servia con anteojos austro-húngaros y en Belgrado, a los polacos, con anteojos rusos. Así las relaciones de los polacos llegaron a ser más cordiales con los húngaros (católicos) y con los rumanos que con los otros eslavos. Las de los serbios, croatas y eslovenos y los rusos no fueron tan buenas; pero nunca hubo entre ellos rompimiento absoluto, y la pesadilla hitleriana sirvió para retrotraérselas a su posición histórica. Las relaciones de los checos y los rusos fueron mejores que las de otros eslavos, gracias a la influencia socialista y a la de los antiguos legionarios rusos; eso explica el temprano reconocimiento del régimen soviético por Checoslovaquia.

Checoslovaquia ha sido —principalmente— la que ha rechazado el eslavismo romántico. Su cultura se funda —según señala Mazarick— en la reforma y la erudición; contrasta, así, con el mesianismo yugoslavo, con la ortodoxia rusa, con el catolicismo polaco. Apegada a la democracia de Occidente y sujeta a las exigencias económicas de un nuevo estado industrial, habría de ser ella la que rechazara cualquier política sentimental. Conforme a la indicación de Beneš, Checoslovaquia ha pensado que si la idea eslávica y la intervención rusa han de ser benéficas, deben fundarse en ideas democráticas y humanitarias.

El mundo eslavo ha llegado a ser de gran importancia en el panorama internacional pues —como recuerda Mousset— mientras las guerras del siglo XIX estallaban en cualquier parte, las del siglo XX han resultado de estallidos eslávicos. Cuando Europa se conmueve hasta sus raíces, el primero que resulta afectado es el mundo eslavo. En

particular, durante la Segunda Guerra Mundial, la teoría alemana del espacio vital se proyectó principalmente sobre los comarcanos de Alemania que, en mayoría, eran eslavos. A más de eso, la ambición alemana vio —por encima de ellos— hacia los recursos portentosos de Ucrania.

A pesar de ese peligro común, durante la guerra, los eslavos estuvieron profundamente divididos en cuanto a su alineación y, más tarde, participaron en los despojos, unos a expensas de los otros. En forma destacada, Bulgaria consideró que su adhesión al Eje representaba para ella una oportunidad para hacer que se revisase el Tratado de Neully, y se realizara, al fin, el sueño de una Gran Bulgaria (en detrimento de la actual Yugoslavia).

Cuando, al amparo de las victorias nazis, Bulgaria ocupó Macedonia e hizo ondear su bandera en Skópie, los yugoslavos exiliados en Londres hicieron a los búlgaros un llamado a nombre del eslavismo, para que devolvieran Macedonia. La prensa búlgara respondió diciendo que consideraba al eslavismo como un mito. A pesar de esto, Bulgaria nunca rompió relaciones con Rusia, en tanto que sí declaró la guerra a los otros aliados (no eslavos).

Alemania agudizó la balcanización existente en la época de sus triunfos; pero, esta labor de división y pugna, en vez de favorecerla, la perjudicó: al imponer una ideología contraria a los pueblos que ocupaba hizo que éstos —finalmente— se volvieran en su contra. Hubo, así, una primera etapa de antagonismo entre los eslavos; pero a ésta la subsigue otra en la que éstos, unificados, mostraron su antagonismo frente a la Alemania de Hitler.

En efecto, inicialmente, los intereses eslavos habían parecido divergentes. Los eslovacos lucharon contra la centralización checa, y esto los alió a Alemania, a pesar de su repugnancia cristiana frente al nazismo. Los facciosos croatas —por su parte—, al disolverse Yugoslavia, decidieron hacer de Croacia el *Antemurale Christianitatis*, pues según ellos, Eslovaquia había de ser, en el Danubio, el aparador del “Nuevo Orden”, para Alemania, y Croacia había de serlo, en los Balcanes, para Italia. Pero, Broz había de resucitar a Yugoslavia y aproximarla a Rusia, y los congresos eslavos habrían de unir y galvanizar a los eslavos; el segundo de ellos, en particular (en 1944), “fue la más elocuente manifestación de solidaridad eslava”. En él, los eslavos manifestaron que había sido su sangre joven la que había mantenido vivo el decrepito espíritu de Bizancio, y había podido infundir humanismo a la Europa feudal.

Dentro de la misma orientación, los eslavos participantes produjeron obra erudita que mostró cuáles habían sido las contribuciones

eslavas al mundo y cómo los eslavos tenían, en muchos países, en la época del Congreso, una prensa activa y actuante.

Los asuntos culturales no fueron los únicos que importaron a esos congresos y a los que habría de presidir Seton-Watson en Londres. El interés principal radicaba en la unidad política eslava, y en torno de ella se constituyeron comités de lucha y difusión (el paneslavo, el juvenil, el femenino, el de los intelectuales); algunos de ellos, coordinados con los eslavos de otros países, organizaron manifestaciones (en los Estados Unidos de América, principalmente), reunieron otros congresos (en Uruguay), y apoyaron candidatos que favorecían la prolongación de la lucha en contra de la Alemania nazi, en los países a los que habían emigrado.

Dentro del mundo eslavo —dice Mousset— las relaciones entraban en una nueva fase. Dejaban de ser una especulación del mundo letrado; un sueño de poeta, campo de sentimentalismos. Se convertían en una realidad de la vida internacional, hasta tal grado, que el gobierno de Vichy llegó a decir: “Ha llegado el tiempo de que los eslavos ocupen su sitio bajo el sol” (48.0091).

En materia sociolingüística, el estudio de las polarizaciones del mundo eslavo muestra: que la afinidad o el parentesco lingüístico entre diversos grupos puede convertirse en una idea —fuerza, llevada al campo sociocultural y económico— político; que la misma puede evolucionar y hacerse cada vez más tangible y poderosa; pero, que no basta de por sí para borrar las diferencias que en otros órdenes —y en razón del diverso discurrir histórico— suelen separar a las diversas unidades que esa afinidad lingüística podría parecer destinada a unir en forma sólida y permanente.

### *Las grandes figuras del despertar eslavo*

#### *Ševčenko, patriota y literario ucraniano*

W. A. Matthews, profesor y jefe de departamento de la Escuela de Estudios Eslávicos y de Europa Oriental, de la Universidad de Londres, en un discurso dirigido a la Asociación de Ucranianos residentes en Gran Bretaña, en 1951, hizo la presentación de Taras Ševčenko en la doble calidad de éste en cuanto hombre y símbolo, cuya reputación —a más de cien años de su muerte— ha seguido creciendo conforme ha aumentado la toma de conciencia nacional ucraniana.

Ševčenko —como otros grandes— ni perteneció a la nacionalidad



política ni al grupo dominante de su país: era campesino, y había nacido siervo. Liberado de su servidumbre a los veinticuatro años —gracias a los empeños de amigos suyos que reconocieron su talento— sólo disfrutó de libertad durante nueve de los cuarenta y siete años de su vida. Todo lo inclinaba, así, a identificarse con los pequeños; con los oprimidos compatriotas suyos a quienes los señores —los terratenientes polacos y rusos— trataban como si fuesen bienes muebles.

Pero, las raíces anímicas de Ševčenko eran más hondas: había heredado memorias familiares sobre la opresión y sobre las revueltas campesinas de 1768 —conocidas como kolijevščyna— y a ellas supo darles dignidad literaria. Sufrió, en carne propia, la injusticia del régimen zarista, cuando el gobierno lo obligó a exiliarse en la estepa kazak, y cuando llegó al extremo de prohibirle el ejercicio de la pintura en la que él era —también— un artista.

Matthews muestra a Ševčenko como un hombre impresionable; de gran capacidad para aprender y transformar en materia propia lo aprendido. Fue Bryullov —su maestro de pintura— quien le estimuló a leer poesía en voz alta; pero también sería quien habría de criticarle por tratar de escribir poesía, en cuanto él pensaba que esto podía interferir con la práctica de la pintura. Ševčenko, a pesar de todo, escribió no sólo poesía, sino prosa, y llegó incluso a componer una obra teatral, y si bien su prosa la escribió en ruso, su poesía la creó en ucraniano, y en ella reflejó la sensibilidad ucraniana, dándole así al idioma, una nueva categoría literaria.

En efecto, si bien Ivan Kotljarevskij y Hryhorij Kvitka Osnavjanenko fueron precursores suyos, fue él quien dio expresión plena al romanticismo, en ucraniano, y es con él con quien se inicia, a principios del siglo XIX, la moderna literatura ucraniana.

La suya fue la lengua de los cantos folklóricos, “con sus epítetos reconocibles, su sutil acentuación, su sencillo encanto”. Sin embargo, la obra de Ševčenko no se confunde con la pura obra folklórica puesto que: en primer término, su poesía no es anónima; porque, en segundo, la personalidad del autor se refleja en ella y porque, en tercer término, los metros que él usa no son los de la poesía folklórica (ya que una tercera parte de sus versos son yámbicos en tanto que en los versos folklóricos predominan los trocaicos). Y si bien es cierto que Cukovskij ha podido encontrar paralelos entre casi todos los versos de *Kobzar* y los de la recopilación folklórica de Maksymovič y que Dobroljubov pudo demostrar que Ševčenko estaba más próximo del pueblo que Kol'čov, lo cierto es que nada de esto resta méritos a su genio.

Los temas de Ševčenko, según la exposición de Matthews, fueron los de la joven seducida y abandonada, y los de las gestas cosacas y de los *hajdamaky*, “que se resuelven en símbolos de la lucha del pueblo ucraniano”.

Las actitudes de Ševčenko giran en torno de su oposición al zar y a la iglesia, en cuanto órganos de la tiranía rusa que apoyaba a los señores y terratenientes tanto rusos como polacos, y, si bien no fue activista, estuvo en relación con la asociación o hermandad liberal “de los Santos Cirilo y Metodio” y con algunos activistas como Chernishevski, quien lo citó como autoridad al tener que referirse a las condiciones de explotación en que vivía el pueblo ucraniano.

Pero, si su prosa pudo servir para que otros obtuvieran informes fidedignos sobre esas condiciones de vida, fue su poesía la que despertó el patriotismo de sus coterráneos. Ella les hizo sentir “sed de libertad e independencia”: Ševčenko les señaló también —en su “Testamento”— el deber de romper las cadenas; les impuso la necesidad de buscar en la propia Ucrania libre del yugo externo, “verdad, fuerza y libertad”.

Matthews considera que la falta de realización del ideal de Ševčenko se debe “a circunstancias de las que los ucranianos no son responsables en forma colectiva” (45.0022), y agrega que “la historia de Ucrania es la de las anexiones repetidas, desde que Kyjiv cayó ante las tribus de la estepa en el siglo XII” (45.0022); o sea, que ha sido la de una servidumbre que recuerda vivamente la carrera de Ševčenko, ya que la vida de éste es “como la historia de su tierra nativa, en microcosmos”.

### *Šafárik, estudioso y profeta del eslavismo*

P. J. Šafárik fue —según Denis— el primero que eliminó las fantasías y las contradicciones de la historia eslava que, hasta el siglo XIX había sido “mezcla de ficciones extravagantes y sistemas preconcebidos”.

Šafárik nació en Kobeliarovo, Eslovaquia, en 1795, pasó su juventud en su país natal, hizo estudios universitarios en Jena y regresó a profesar en Novi Sad y a escribir en Praga, donde murió en 1861.

Cuando Šafárik llegó a Jena, tenía ya claramente delineada su misión; le habían movido a ella el interés de los estudiosos eslovacos del siglo XVIII por la historia eslovaca y la conciencia de que ésta era importante en el momento en que se intentaba la magiarización de

las nacionalidades subyugadas (en Hungría). El signo de la misma, habría de serlo la publicación de *La musa de los tatra*s. Pero, ya en Jena, conforme al decir de Fischel, “fue la influencia del movimiento en pro de la unidad alemana la que dio a las concepciones sentimentales de Šafárik vigor y profundidad, color y dirección” (32.0007).

Los periodos del desarrollo intelectual de Šafárik son tres: en el primero, en el gimnasio, publica la *Tatranska musa s lirou slovenska*, y colabora con Palacky, eslovaco de Moravia (que habría de convertirse en gran historiador checo) en un trabajo sobre poesía y prosodia checas; en el segundo periodo, en Novi Sad, rodeado de reliquias y manuscritos —conforme indica Kirschbaum— escribe la *Geschichte der Slawischen Sprache und Literatur in Allen Mundarten*, inicia sus *Antigüedades eslavas* y ayuda a Kollar con su comentario a los cantos folklóricos eslovacos; el tercer periodo es el de Praga, en donde termina su trabajo sobre las antigüedades eslavas y publica su etnografía. En esta época se le obliga a escribir en checo y no en eslovaco.

La importancia de Šafárik para los estudios eslavos depende, principalmente, de la *Historia de la lengua y la literatura eslavas*, de las *Antigüedades*, y de la *Etnografía*, que pusieron las bases científicas de la eslavística.

Con la aparición de la *Historia*, en 1826, su fama rebasó las fronteras patrias. Era el suyo el primer intento —afortunado— para dar una visión comprehensiva de los pueblos eslavos, que ya poseían tratados parciales sobre sus lenguas y literaturas. La inspiración del autor procedía de Herder y los románticos alemanes, y ésta le hizo ver en los eslavos una nación dividida en ocho ramas a la que correspondía una lengua dividida en ocho dialectos. Hasta 1865, su *Historia* fue única, en este sentido. En ese año, apareció la obra de Pypin sobre el mismo tema.

Su libro sobre las *Antigüedades eslavas* hizo que las universidades de Austria, Prusia y Rusia, le ofrecieran cátedras, y las academias científicas le nombraran miembro. En el primero de sus dos tomos, trata la historia eslava desde 750 A.C. hasta 467 D.C. en que los eslavos, tras la caída de los hunos y de los romanos, se trasladaron hacia el Danubio y el Elba; el segundo, parte de la última de esas fechas y llega a 988, y abarca los antecedentes históricos de rusos, búlgaros, serbios, croatas, eslovenos, polacos, moravos, eslovacos y eslavos del Elba.

Conforme indica Kirschbaum, “las dificultades financieras, sus males y sus preocupaciones impidieron a Šafárik concluir su tarea; de ahí que publicara sólo la *Etnografía*” (32.0016). En ella muestra que los eslavos son —en su época— unos 78 millones, describe sus tierras,

caracteriza sus lenguas, traza un mapa y establece una bibliografía que comprende diccionarios y gramáticas. La *Etnografía* tuvo tal éxito que, en dos años, se reeditó tres veces, y se tradujo al polaco y al ruso.

Kirschbaum considera que Šafárik no sólo contribuyó a la historia de los eslavos sino que hizo aportaciones importantes a la historia europea de la primera parte del medievo.

El propio autor considera que, hasta hoy, muchos han entendido mal la influencia de Šafárik en los movimientos políticos eslavos; que las afirmaciones de Léger y de Kohn en el sentido de considerarlo como un apóstol del paneslavismo resultan apresuradas y requieren calificación, particularmente en vista de las orientaciones imperialistas que, más tarde, se dieron a ese movimiento. El mismo indica que Šafárik no promovió ningún imperialismo y que, por lo mismo, estaba muy lejos de Danilevsky y de Fadeyev.

En cambio, parecen más apropiadas las apreciaciones de Gusti que vio en el de Šafárik un “eslavismo culto, prudente, profesional”, o de Fischel, que considera que junto con Kollar y Herkel delineó la idea de una comunidad cultural eslava. Conforme asienta el autor a quien seguimos:

A principios del siglo XIX, los eslavos, ajenos a las disensiones, parecían destinados a ser mensajeros de una nueva era. Los estudios de Kollar y Šafárik, conforme al temperamento de la época, despertaban ecos de progreso histórico, brillante futuro, advenimiento de una manifestación espiritual y una nueva época para la humanidad (32.0020).

Šafárik, no obstante su rigor científico, fue, en cierto modo, el alma del renacimiento eslovaco. De sus *Antigüedades* sacaban los literatos sus temas históricos, épicos, novelísticos, poéticos. Pero, su influencia no se ejerció sólo sobre los eslovacos, ya que en Ucrania contribuyó al despertar nacional, a las reivindicaciones contra la dominación rusa; ya que creó una escuela de escritores científicos ucranianos y dio apoyo a las tendencias autonomistas de Ucrania al mostrar que el ucraniano era una lengua distinta del ruso.

Los primeros contactos de Šafárik con los eslavistas rusos se produjeron en Novi Sad. En Rusia no existía, por entonces, un interés oficial por las otras nacionalidades eslavas oprimidas, pero los intelectuales habían empezado a preocuparse del problema. Así, Keppen buscó a Šafárik y logró su contribución para su *Bibliografičeskije Listy*. Fue así, también, como Pogodin fue a Praga, a verle, en 1835, fecha a partir de la cual le envió libros y ayuda financiera para la publicación de sus *Antigüedades*. Los rusos siguieron apreciando su

labor y esto explica el que su *Etnografía* se tradujera y publicara con ayuda de la Academia Rusa de Ciencias.

Sus libros influyeron en Ucrania y entre los ucranianos de Polonia y Galicia (como lo testimonian Kuliš y Maksimovyč), merecieron el homenaje de Shevechenko, sirvieron para trazar mapas etnográficos y definir límites en Galicia y Hungría, y crearon tal entusiasmo entre los sudoslavos que uno de sus mapas, mostrado a los patriotas de Zagreb, despertó más patriotismo que toda una literatura, al señalar la gran extensión de los pueblos eslavos.

Šafárik fue influido por polacos como Rokowiecki y Potocki, pero sus *Antigüedades* influyeron y fueron usadas también por polacos como Mickiewicz, que se sirvió de ellas para sus conferencias en el Colegio de Francia. Su acción más importante se realizó en favor del despertar checo: gracias a él y a Dobrovski, los estudios eslavos se hicieron famosos fuera de Praga y fue a través suyo como —conforme al decir de Denis— “los eslavos dieron al renacimiento nacional checo no sólo varios representantes sino una ruta y un carácter, al elevarlo sobre los intereses estrechos del país checo, para ver el triunfo de su causa sólo en el marco de toda Eslavia” (32.0028).

Esto es tanto más notable y valioso cuanto que, conforme indicaba Jagič, su *Etnografía* —por ejemplo— es un “bello ejemplo en el que no se encuentra traza política o nacionalista” (32.0027).

### *Kollár, el poeta del eslavismo*

En Eslovaquia se desarrollaron dos concepciones distintas de la ideología eslava: una de ellas, está representada por los escritores católicos (especialmente Palarik); la otra, fue promovida por las obras de Kollár. La primera, se aproxima al eslavismo de los polacos; la segunda, se aleja de él.

La idea de reciprocidad eslava procede de fines del siglo XVIII y principios del XIX. En 1790, Anton Bernolák, en su *Gramática eslávica* consideraba ya al eslovaco como un dialecto eslavo, y pedía a los suyos que lo empleasen como lengua literaria. Historiadores como Papánek, Fandly y otros se mostraron orgullosamente conscientes de su carácter eslovaco, en particular, y eslavo, en general. Pero fueron los poetas Ján Hollý y Ján Kollár quienes más contribuyeron a acendrar esa conciencia eslávica. A Hollý, el mayor poeta eslovaco, se le considera como precursor del paneslavismo humanista de Kollár y Šafárik, según asienta Kirschbaum.

Para Kirschbaum, es importante subrayar el carácter humanista del paneslavismo de Kollár y de los suyos porque “los representantes

eslovacos del paneslavismo no intentaron despertar ningún imperialismo, y sus trabajos no son responsables del abuso ruso y soviético de la idea de mutualidad eslava" (33.0008); porque, con esa concepción suya de unidad eslava, trataron de protegerse de la opresión extranjera y de la desnacionalización.

Kollár es uno de los poetas eslovacos a quienes mejor se conoce en el exterior; pero, frecuentemente se le presentó —en el pasado— como checo, y este hecho influyó en la irradiación de su obra. Sus sentimientos e ideas fueron expuestos a través de su obra poética *Slávy dčera* (la hija de Slava) y en su tratado *Ueber die Literarische Wechselseitigkeit zwischen den verschiedenen Stammen und Mundarten der Slavischen Nation*.

*Slávy dčera* fue un poema, escrito en 150 sonetos, divididos en tres partes, a las que dio su autor el nombre de los ríos Sala, Labe (o Elba) y Dunaj (o Danubio), y que se publicó en 1824, en Budapest.

Epico en su concepción, lírico en su forma, el poema está consagrado a Mina, la hija de un pastor alemán, a quien Kollár conoció durante sus estudios en Jena, y a quien idealizó como la hija de Slava. Kollár la encuentra, en su poema, en las orillas del Sale. Separado de ella por el destino, la evoca después a las orillas del Elba, el Rhin y el Moldavia, y del Danubio (32.0017).

Más tarde, Kollár agregó otros dos "cantos" titulados Lethe y Acheron, que Kirschbaum considera resultado más de su erudición que de su estro. En ellos presenta una especie de cielo o paraíso y una de infierno eslavos, en los que, a la manera de Dante, coloca a los héroes y a los villanos de la historia eslava.

Según el parecer de Denis, su obra es "romántica, desigual, mal compuesta, oscura, enfática", pero, a pesar de ello, "algunos de sus fragmentos se iluminan con una belleza cálida y radiante, y a los oídos eslavos, algunos de sus sonetos suenan tan vibrantes como la Marsellesa en el corazón de los franceses" (33.0018). Fischel también encuentra que su poema tiene poco valor poético, pero que, aun así, tuvo influencia importante en el mundo eslavo.

En Eslovaquia, los sonetos de Kollár eran copiados y memorizados por el pueblo, particularmente hacia 1830, y aun cuando no se le considerara poéticamente a la altura de Hollý, se tenía por él un gran aprecio. En Bohemia, el poeta Jaroslav Vrchlický le rindió homenaje, considerándolo como un genio, a pesar de que ahí los ejemplares de *Slávy dčera* que llegaron a venderse fueron pocos, y aun cuando muchos de ellos fueron quemados. Su poesía encontró eco, particularmente, entre los eslavos sujetos a los Habsburgo, y despertó la conciencia nacional de los pueblos más pequeños, dentro del mundo

eslavo. Muchos siguieron influyendo hasta la época de la Segunda Guerra Mundial “cuando Rusia movilizó a los eslavos contra los alemanes”.

Sin embargo, la obra de Kollár no llegó a ser conocida, por ejemplo, en Bulgaria; fue rechazada en Galicia debido a que a Kollár se le consideraba como un poeta checo y a que los austriacos utilizaban a los checos como factores de germanización en esa porción de Polonia. De sus dos traductores polacos (Bielowski y Tarowski) uno, al menos, amputó a *Slávy dčera* aquellos sonetos que eran favorables a la reciprocidad eslava. Mickiewicz, Slowacki, Krasinski (la “gran emigración polaca”) no lo aceptaron, porque soñaban con un gran papel dirigente para Polonia, y los periódicos de Varsovia y de Poznan rechazaron su obra y, en particular, su programa. En Ucrania, si bien Taras Ševčenko, Kostomarov y Kuliš fueron favorables a la idea de reciprocidad eslava y fundaron la “Hermandad de los Santos Cirilo y Metodio”, destinada a promoverla, se vio la obra de Kollár con poca simpatía, debido a que él no supo dar respaldo a las reivindicaciones lingüísticas y sociales ucranianas.

El Congreso Esloavo de Praga no contó con la asistencia de Kollár, y redujo la idea de paneslavismo a la de un austro-eslavismo. Pero, si ése fue el destino de la política de Kollár, el de su obra poética fue otro, ya que creó un temperamento general de orgullo de los pueblos eslavos en sus realizaciones, y de confianza en su destino, que permitieron su despertar nacional.

En efecto, Kollár veía que la reciprocidad eslava se podía y se debía establecer incluso por encima de la división de los pueblos eslavos entre diferentes Estados; por encima de las diferencias de lengua, que no tenían por qué tratar de borrarse mediante la subsunción de todos los idiomas eslavos en una sola lengua artificial; por encima de las diferencias de costumbres y de religión. Él consideraba que esa reciprocidad no tenía que basarse en una unión resultado de “intrigas demagógicas o movimientos revolucionarios”, pues le parecía que unas y otros sólo podían causar “desórdenes y catástrofes”.

La reciprocidad eslava era —para él— la respuesta a una vieja necesidad de los pueblos eslavos. La historia le mostraba que, durante siglos, los eslavos habían sido despreciados por la pobreza de su situación interna y que, en su época, se les insultaba precisamente por su deseo y su empeño de cambiarla.

Conforme precisa Kirschbaum, “la importancia de las teorías de Kollár depende de que el borrador para su paneslavismo no tomó como modelo el pangermanismo imperialista y autocrático sino el espíritu humanista; de este modo, su camino de unificación de los

eslavos conduce a la humanidad, y no al imperialismo eslavo sobre otras naciones” (32.0013). En efecto, él predicaba:

Que cuando se diga “eslavo”, responda un ser humano, a lo cual agregaba que “quien es digno de la libertad, respeta todas las libertades” (32.0016).

Las diferencias entre los polacos y los seguidores de Kollár se explican porque mientras los polacos buscaban sólo la unión de los eslavos occidentales bajo la dirección de Polonia, Kollár y los suyos propiciaban una más amplia unidad eslávica.

### *L'udovit Štúr, constructor eslovaco*

Štúr fue, al lado del poeta Ján Kollár y del etnógrafo Pavel J. Šafárik, uno de los eslovacos más notables del siglo XIX que —conforme ha dicho Kohn— “dedicó su vida a la causa del pueblo, y la gastó en su servicio” (30.0006).

Ha habido quien —como Touzer— ha criticado la obra de Štúr, pero lo ha hecho —según Kirschbaum— “de acuerdo con ciertas tendencias políticas y con gran falta de objetividad” (31.0006). Tanto críticos como estudiosos occidentales de la obra de Štúr (Denis, Seton-Watson, Kohn, Kahn) han estado sujetos a parecida limitación pues sólo conocieron las traducciones de sus obras, y muchas de las apreciaciones que emitieron sobre ellas no fueron resultado de sus propios análisis. Kirschbaum —en cambio— ha conocido todas sus obras; las ha estudiado en el original, y ha podido verlas sometidas a la prueba del tiempo. De esa prueba las ha visto salir triunfantes, “por la vitalidad de las ideas y la corrección de las concepciones” (31.0006).

Fue Štúr quien estableció la nación eslovaca con su propia lengua literaria (conforme dice Kohn); quien vinculó la escuela romántica occidental con el eslavismo (Seton-Watson) pero, sobre todo, quien, en el Primer Congreso Eslavo (Praga, 1848) habría de desempeñar papel primordial, al lado de los otros eslovacos (Šafárik, Hurban y Hodža), inmediatamente después de Palacký.

Štúr había adoptado las ideas de Herder y de Hegel, en Alemania y, con ellas dio a los eslavos la conciencia de su unidad, basada en una lengua, un pasado y un destino comunes. Pero, como ha indicado Čiževski, él no copió simplemente la filosofía alemana o la eslavofilia rusa ya que: en el primer sentido, difería de Hegel en que era profundamente realista y, en el segundo, difería de los eslavos en que su



pensamiento había surgido en forma independiente y con anticipación.

Según Čiževski, al estudiar en Halle, Štúr adoptó la idea hegeliana de encarnación del espíritu en diversas naciones, a través de la historia; pero, su paneslavismo fue más de tipo cultural y defensivo que de tipo político y ofensivo. Su lucha fue en favor del eslovaco y de su lengua, en cuanto distinta del checo; fue, inicialmente, parlamentaria y favorable a los Habsburgo, hasta el momento en que el fracaso y la traición vienesa a las revoluciones de 1848 le reorientaron políticamente.

Para Štúr, la tarea principal consistía en defender a su pueblo; en reivindicar sus derechos; en establecer su identidad nacional. Secundarias con respecto a ésta, eran las de: 1) determinar si los eslavos tenían un papel histórico propio; 2) descubrir cuál era ese papel; 3) mostrar las ventajas que tenían, cuáles eran sus cualidades, instituciones y tradiciones y —después de su reorientación política— 4) demostrar que esa tarea sólo podía realizarse bajo la égida rusa.

En efecto, Štúr hubo de examinar las siguientes consideraciones como posibilidades de futuro para los eslavos: 1) la de una federación eslava sin Rusia; 2) la de una unión con Rusia y bajo su dirección, gracias a la iglesia ortodoxa y la lengua rusa, y 3) la de la transformación de Austria en una federación eslava. Durante el Congreso de Praga, Štúr se inclinó hacia el austroeslavismo de Palacký y por la lucha al lado de los Habsburgo en contra de los magiares; pero, después de 1848, dio la espalda a esa posibilidad, como lo muestra su publicación intitulada *Das Slaventhum und die Welt der Zukunft* (1855), que habría de ser ampliamente difundida en Rusia.

La obra de Kollár y de Šafárik prepararon el camino a Štúr y a sus proyectos políticos; sin embargo, el propio Štúr realizó obra poética y lingüística. En su poesía, se mostró contrario al feudalismo y al aristocratismo, pero sus anhelos apuntaron siempre —aun ahí— hacia metas concretas, políticas y sociales. En lingüística, Štúr trabajó, más que como especialista, como un aficionado con méritos propios, capaz de alcanzar por vía intuitiva muchos resultados válidos que los investigadores especializados habrían de confirmar con sus métodos científicos y procedimientos técnicos.

En la poesía misma Štúr y los suyos no descuidaron nunca los vínculos con los otros pueblos eslavos; ellos mismos leyeron, en el original, los trabajos de Mickiewicz, de Ševčenko, de los poetas yugoslavos y transportaron la poesía de muchos de ellos a su propia lengua. Sin embargo, esto no impidió que el propio Štúr rechazara la postura fundamentalmente utópica de Mickiewicz, en favor de programas más realistas.

En el campo de la lingüística, Štúr no fue —de acuerdo con las apreciaciones de Kirschbaum— un Jagić o un Miklošić, pero sus trabajos tuvieron importancia práctica —como los de Bernolak, Karadžić, Gaj y Vraz— en cuanto sirvieron para que llegara a quedar establecida plenamente una nueva lengua literaria.

Desde el ángulo de las repercusiones sociopolíticas de la acción de Štúr en el dominio lingüístico, debe de considerarse su opción favorable a la independencia del eslovaco respecto del checo. A pesar de ser un aficionado, captó cuál era la verdadera base de su lengua, al comparar las raíces fundamentales del checo y del eslovaco. En efecto, conforme ha subrayado Bartek, la naturaleza fonológica del eslovaco muestra que la lengua “no estuvo sujeta a una evolución común con el checo”. Debe recordarse —en efecto— que en el siglo XI, el territorio eslovaco fue anexado por Hungría y que los contactos de los eslovacos y los checos se mantuvieron sólo a través de los moravos, que siguieron hablando un dialecto eslovaco a pesar de las presiones checas.

Sobre esa base, Štúr tuvo visión para enfrentarse a los lingüistas checos de su tiempo; para respaldar a los intelectuales eslovacos católicos que habían promovido el uso de la lengua vernácula; para aceptar la ortografía fonética de Bernolak; para adoptar el dialecto de Eslovaquia central.

Con estos elementos y bajo la dirección de Štúr, se construyó la cultura eslovaca. La integraron los miembros de la *intelligentsia* del país (eclesiásticos católicos y protestantes, profesores y abogados); se formó en torno de la Universidad de Trnava, pero se la hizo arrancar del “campesinado eslovaco de pueblecitos y aldeas, ya que la clase media eslovaca continuaba perdiendo sus características nacionales al asimilarse a la clase media magiar”.

Štúr fue —como puede observarse— hombre de pensamiento; pero fue —también, en grado tanto o más importante— hombre de acción. Lo fue por su acción dentro de la Dieta húngara; lo fue por su participación en el Primer Congreso Esloavo de Praga; lo fue por su conexión con dirigentes eslavos de las más diversas procedencias. En la Dieta, luchó, por medios parlamentarios, para elevar el nivel cultural de las masas, para liberar a los campesinos, para que se crearan escuelas en lenguas nacionales; para que se industrializara Eslovaquia; para que se humanizaran las relaciones entre las personas de clase media y las trabajadoras; entre las autoridades y los ciudadanos. Pero, cuando estos medios fracasaron, se volvió revolucionario y, en 1848, se convirtió en dirigente de una revolución que habría de abortar por la traición de la corte vienesa.

Fue así como la clase media húngara que lo persiguió y lo sentenció a muerte lo consideró como un rebelde; fue así como Europa Central vio en él a un idealista romántico sin fe en la victoria final; fue así como quienes no aceptaban la idea de reciprocidad eslava, vieron en él a un simple soñador.

Puede tenerse una idea más cabal de Štúr y de su lucha, si se considera que unió a católicos y protestantes de su país en la común lucha nacional; que hizo que los intelectuales se preocuparan por elevar el nivel de vida de las masas; que logró que las masas tomaran conciencia de sí mismas al través del uso que hacían de su lengua vernácula y que consiguió que ésta se elevara a la condición de lengua literaria con todos los concomitantes sociopolíticos que implica esa transformación. Puede apreciarse mejor su pensamiento si se considera que proclamó siempre que:

Cada nación es sólo una parte de la humanidad, y que ninguna puede afirmar que ha logrado la mejor evolución humana. . . por lo que no hay nación con derecho a imponer a otra su forma de vida si ésta desea moverse por sí misma y educarse como cree apropiado (31.0023).

Kirschbaum resume su estudio sobre Štúr, en un párrafo que nos parece particularmente acertado como evaluación sintética, general:

Tuvo gran importancia en la resurrección de la vida nacional eslovaca, como reformador de la lengua literaria eslovaca; como contribuyente a la ideología nacional eslovaca; como alguien que fue capaz de dar a su pueblo una nueva visión de libertad política y de mejor futuro; como quien proporcionó un ejemplo que sirvió de impulso a la vida eslovaca en general (30.0027).

## LAS NACIONALIDADES Y LAS LENGUAS EN LOS ESTADOS FEDERALES

### *La Unión Soviética: su política hacia las nacionalidades y las lenguas nacionales*

Dadrian —profesor de la Universidad de Wisconsin— considera que el comunismo se entiende más fácilmente cuando se le analiza conjuntamente con el nacionalismo, y que su significado resulta tanto más claro cuanto más básicamente antagónicos son estos dos movimientos. El nacionalismo —según debe recordarse— conforme muestra la historia, ha sido una fuerza disruptiva que, muchas veces, ha ido en contra tanto del internacionalismo comunista, como de muchas otras formas de internacionalismo, pero que es algo que —conforme afirma Perroux— “il faut dépasser” pero “en passant” por él.

Para Lenin, obtener una definición en esta esfera resultó apremiante cuando llegó el momento de formular, de modo concreto, los programas partidistas, pues la necesidad que se dejaba sentir, por entonces, era la de asegurar la unidad interna, la de ganarse a las nacionalidades de la Rusia zarista, y la de capitalizar las tensiones nacientes entre el imperialismo y las nacionalidades que empezaban a surgir en sus antiguas colonias. Lenin enmarcó todo este problema en el cuadro de las relaciones entre el comunismo y la oposición.

De Marx había recibido Lenin un legado en este respecto: había que considerar a las nacionalidades como categorías históricas y, por lo mismo, se las debía concebir como realidades transitorias; como algo que habría de desaparecer con el industrialismo internacionalizador.

Para el pensamiento marxista-leninista, se trataba, indudablemente, de preferir la consolidación internacional de la clase trabajadora a la cristalización de las naciones y nacionalidades. Pero, ir en contra de esta última era imposible, si se quería ganar el favor y la cooperación de las nacionalidades oprimidas de Rusia —por una parte— y si se quería lograr —más tarde— la simpatía de las nacionalidades emergentes en el mundo, en favor del comunismo, por otra. El

primer intento leninista de conciliación de estos extremos se incorporó en una expresión, de acuerdo con la cual, la cultura debía ser “nacional por la forma, socialista por el contenido”.

Dentro de esta vía conciliadora, se subrayó —lo hizo, principalmente Stalin— que sólo mediante el respeto a las culturas nacionales sería posible lograr la cooperación de las otras nacionalidades (de las nacionalidades no eslavas de la Unión Soviética) en la construcción del comunismo, aunque también se reconocía que “debe permitírseles desenvolverse y desplegarse, para revelar todas sus potencialidades, con el fin de crear las condiciones necesarias para su subsumición en una cultura común, con un lenguaje común” (78.0010).

Se trataba de vencer, así, la inercia de las masas, pero —también— de reclutar dirigentes que estando firmemente comprometidos con el comunismo, tuvieran suficiente afinidad marginal con los grupos nacionales.

Si se considera la jerarquización que estableció Lenin entre el comunismo y el principio nacional, no es de extrañar que haya rehusado conceder una autonomía nacional-cultural. Juzgaba —en efecto— que ésta podría contribuir a la preservación de actitudes burguesas en detrimento de los trabajadores, en cuanto uniría a los proletarios y a los burgueses de una nación y, en cambio, separaría a los proletarios de diferentes naciones.

En concreto, Lenin y sus seguidores se opusieron a las demandas federativas y de autonomía nacional-cultural de los judíos, los armenios, los polacos y los georgianos. Vahkan considera que, al hacerlo, olvidaron una premisa marxista básica: la dimensión histórica del problema. Ese mismo autor agrega que “Lenin and Stalin were not so much bent on reckoning with the forces of history but were rather bent on preempting history” (78.0020).

De todos modos, el movimiento comunista hubo de buscar una conciliación de intereses diversos en relación con la autodeterminación de los pueblos. Este principio había sido mencionado en 1903 —antes de serlo por Wilson— en el Segundo Congreso de los Socialdemócratas Rusos. Lenin llegó a establecer, así, una sinonimia entre autodeterminación y derecho de secesión, pero, él mismo reconoció que, con respecto a las nacionalidades de la Rusia zarista, “excepto para el Derecho, en eso no había nada” ya que las necesidades económicas las hacían depender de Rusia, y ser —por ello— inseparables de ella. En cambio, la autodeterminación, pregonada como un derecho, podía resultar un poderoso motor de liquidación colonial y —por lo mismo— ser arma valiosa en la lucha comunista mundial.

En relación con las lenguas nacionales, sus posiciones fueron parecidas: consideró que las emociones desarrolladas en torno a la lengua

nacional podían ser fuente de oposición nacionalista; que había que combatir la idea de introducir el ruso como lengua estatal; que era de esperar —sicológicamente— que contra lo que sucedería si se introducía forzosamente el ruso (y se suscitaba, así, una oposición), la transformación de las condiciones económicas podrían abrirle camino en cuanto concomitante del industrialismo.

Stalin aceptó estas opiniones y las utilizó para combatir a sus rivales dentro del partido. Sus declaraciones, al respecto, son firmes: “El chauvinismo gran-ruso es uno de los enemigos más peligrosos que debemos vencer; cuando lo hayamos vencido, habremos liquidado nueve décimas partes del nacionalismo que sobrevive y crece en ciertas repúblicas” (78.0028). En otro punto, Stalin distingue dos etapas de desarrollo: primera: la que corresponde al periodo previo al triunfo del comunismo en escala mundial y, segunda, la etapa que sigue a ese triunfo. El dice que si en la primera las lenguas de un Estado no tienen que fundirse en una sola, en el periodo que subsiga al triunfo, será inevitable la disolución de todas en “una lengua general que, naturalmente, no será el gran ruso. . . sino algo enteramente nuevo”.

Conforme al subrayado de Dadrian, estas actitudes frente a las nacionalidades y las lenguas nacionales buscaron, en los periodos formativos del régimen, máxima cohesión multinacional con un mínimo de discordia.

Por otra parte, el propio Vahakn Dadrian señala la forma en que el desarrollo de las actitudes hacia las nacionalidades revela, en el caso de Lenin y de Stalin, el ajuste mutuo de diseño y realización, idea y realidad, imagen y experiencia, así como la “confluencia” (o quizás, mejor, el interjuego dialéctico) de las fuerzas impersonales-ideológicas y personales-idiosincrásicas.

### *La política nacional lingüística soviética vista desde dentro*

Eduard Saratov, comentarista de la Agencia de Prensa Novosti, de Moscú, señala y comenta los siguientes aspectos de la política soviética frente a las nacionalidades.

En 1917, el “Decreto de Paz” leninista proclamó como principio fundamental el de autodeterminación de los pueblos y naciones. La tesis no permaneció incambiada, en su forma original, sino que se completó con una “Declaración de Derechos de los Pueblos de Rusia” que ratificó los principios de igualdad y soberanía de los pueblos, la abolición de todo privilegio y limitación nacionales, y el libre

desarrollo de las minorías. Esto era de enorme importancia, porque las nacionalidades rusas no sólo estaban sometidas al yugo de las clases gobernantes, sino que también eran víctimas de la opresión nacional.

Haciendo uso del derecho a la autodeterminación, se separaron, en esa época, Finlandia, Polonia, Ucrania, Bielorrusia, el Báltico, Asia Central y Transcaucasia, por lo que se acusó a Lenin de “desmoronar” a Rusia. Esto —asegura el comentarista— fue resultado del chauvinismo zarista, que se oponía a la construcción soviética.

La nueva política del Estado soviético propició un cambio de actitud. La unificación de las Repúblicas soviéticas no fue resultado de un cambio en la política nacional, sino su consecuencia, pues “al convencerse del carácter fraternal de la política de Rusia soviética, las repúblicas plantearon el problema de crear un Estado único federado (1922)”. A ello contribuyó la lucha común en contra de la intervención extranjera.

Saratov piensa que hubo necesidad de aplastar un nacionalismo —enfermizo— que propiciaba el intervencionismo, favoreciendo otro nacionalismo —sano— que proporcionaba las bases para una efectiva cooperación.

Según él mismo, la posición leninista siguió invariable en esto, y, con ello, permitió que las minorías nacionales y las nacionalidades, “creasen su propia estructura estatal, una economía altamente desarrollada, y elevaran su bienestar y su cultura”. Por este camino, se llegó incluso a crear la escritura, en lengua materna, para los pueblos que no la tenían. “Sólo la escritura árabe fue anulada, porque no correspondía a las normas del idioma vivo de la conversación y porque era patrimonio de un pequeño grupo de población, mientras que les resultaba difícilmente accesible a amplias masas de Asia Central.”

En la Unión Soviética, viven 130 pueblos y nacionalidades. Cerca de 50 de éstos obtuvieron por primera vez su escritura del poder soviético. Actualmente, en las lenguas de los pequeños pueblos de la URSS —según las informaciones del periodista de la Agencia Novosti— se dan clases en las escuelas, se educa a los cuadros científicos nacionales, se publican obras literarias, aparecen periódicos locales, y se hacen representaciones en los teatros nacionales.

En forma correspondiente, de 1913 a 1965, aumentó en cuatro veces el número de alumnos: en Azerbaiyán, 13 veces; en Kazajstán, 24; en Asia Central, 129 veces.

*Contribución de las nacionalidades a la  
construcción soviética*

Los resultados de la política adoptada por la Unión Soviética en materia de nacionalidades y de lenguas nacionales se pueden ver en la contribución que los diferentes pueblos de la Unión han dado a la construcción soviética.

La importancia que concede la Unión Soviética a las investigaciones en esta materia (relaciones entre nacionalidades) se puede apreciar si se considera que —de acuerdo con los informes del autor— cerca de 500 estudiosos de diversas especialidades se ocupan en este estudio, y que en 1963, se reunió en Frunzé, capital de Kirguisia, una conferencia nacional para coordinar sus investigaciones, y que a ella se presentaron sesenta comunicaciones.

Para los sociólogos soviéticos, este campo de estudio es importante, pues a la tesis de muchos de los no-soviéticos en el sentido de que las pugnas entre nacionalidades tienen algo de consustancial al ser humano, ellos oponen la de que esas pugnas son el resultado de la explotación de unas por otras nacionalidades. La prueba tratan de proporcionarla al señalar que “donde triunfa el internacionalismo proletario, es factible la cooperación y la amistad entre pueblos que difieren por la raza, la lengua, las costumbres, la religión”. La ilustración de esto la proporcionaría la propia Unión Soviética, Estado multinacional por excelencia.

La Unión Soviética es, en efecto, uno de los Estados del mundo que está más diferenciado en lo nacional. En ella, cerca de la mitad del número de pobladores pertenece a una nacionalidad (rusa) y el resto a unas cien, que incluyen tanto grandes como pequeñas nacionalidades (con predominio de naciones con menos de un millón de miembros).

Antes de 1917, dice Dyunusov, los pueblos de la actual Asia Soviética tenían un rasgo común que los unía, pues habitaban regiones que suministraban materias primas al imperialismo ruso (algodón, el Asia Central; trigo y ganado, el Kazajstán; trigo, peletería y oro, Siberia).

“La política de opresión nacional —según él mismo— favorecía el desarrollo de antagonismos entre las naciones” (15.0007). Desafortunadamente, el autor no liga en forma más explícita la primera con la segunda parte de su afirmación, pues ni pone de manifiesto los mecanismos concretos por los que lo uno se convertía en lo otro, ni describe tampoco las manifestaciones concretas de ese antagonismo. En cambio, es más afortunado en cuanto a mostrar los resultados culturales de la opresión zarista: “El zarismo prohibió la edición de



diarios y libros en lenguas nacionales y la enseñanza en la lengua materna. . . De 1896 a 1906, el analfabetismo se redujo sólo en un 0.4 %, con lo que la eliminación del mismo no hubiera sido posible sino en 4 600 años” (15.0024).

Aunque, por desgracia, en la exposición de Dyunusov las declaraciones de raíz ideológica suelen irrumpir en lo que podría ser una exposición más escueta y convincente, su exposición permite recoger algo como las conclusiones siguientes:

1ª. En un Estado multinacional, la especialización económica y laboral de las diferentes nacionalidades —por una parte— la coordinación entre la especialidad de cada región y las otras actividades —por otra— y la coordinación entre las regiones —finalmente— son condición y garantía de progreso para cada nación en particular y para el Estado multinacional en su conjunto.

2ª. Para que la especialización y la coordinación sean posibles, es indispensable el respeto a todas las nacionalidades y a sus manifestaciones culturales (lo cual se explica, probablemente, por el hecho de que la energía disponible que no se gasta en la fricción, se emplea en las actividades creadoras) y la promoción de una jefatura de origen nacional, capaz de encauzar las actividades hacia el fin común.

3ª. Que el adelanto material conjunto del Estado multinacional y el particular de cada nacionalidad repercute en la proliferación de creaciones culturales propias, las cuales, en relación dialéctica, sirven de motores que impulsan el mismo avance material.

Así, por ejemplo, en Uzbekistán, la especialización en el cultivo del algodón se ha profundizado; pero no se ha desestimado la realización de otras actividades: la extracción de metales, la energía, la construcción. Estas otras actividades logran, así, gran desarrollo como actividades ancilares de dicho cultivo. Con ello, no se ha impedido la especialización regional que atiende a las condiciones naturales, sino “se están superando las formas viciosas de división del trabajo, resultantes del yugo nacional y colonial”. Y, si bien no hay cura maravillosa que haga pasar de la enfermedad a la salud, la Unión Soviética postula el que, en un Estado multinacional, las nacionalidades adelantadas deben ayudar a las atrasadas, para que éstas logren su recuperación y coadyuven al progreso conjunto. Esto se hace, en concreto, por exención de impuestos (en Asia Central), mediante ayuda técnica (en el Oriente y el Norte Soviéticos), etcétera.

El respeto a las manifestaciones nacionales con inclusión del idioma —y aun su estímulo— es visible en los esfuerzos que se han hecho para crear una escritura que sea utilizada por aquellas nacionalidades que no la tenían, o para modificar la arcaica e ineficaz de algunas que

ya la poseían, reduciendo todas a un sistema común (con vistas a mantener cierta unidad en la diversidad; al explotar “la experiencia secular que ha mostrado que un mismo sistema de escritura puede servir para distintas lenguas”).

Con estos esfuerzos unificadores, se han facilitado las impresiones, la mecanografía, la prensa, “el intercambio de valores espirituales entre los pueblos”. Así, por ejemplo, “en las repúblicas de Asia Central donde antes de 1917 no se publicaba ningún diario en la lengua local, en 1940 había: 124 en uzbeko, 43 en kirguís, 53 en tadyik, 47 en turkmeno. En 1964, por cada ejemplar de diario publicado había, en promedio: 4 lectores en Uzbekistán y Tadyikistán, 5 en Kirguisia y 6 en Turkmenia” (15.0014).

A fin de dar a estas nacionalidades guías propias que los encaminen hacia el esfuerzo conjunto, se han creado en Asia Central y Kazajstán, noventa establecimientos superiores y seis universidades. Como índice del desarrollo de la cultura regional se puede tomar el auge de la investigación científica y de las manifestaciones artísticas.

Que el avance económico y el desarrollo cultural producen un gran circuito que conduce a la evolución social y el progreso —siempre y cuando no se les desvíe para dar beneficio a unos cuantos— es algo que se demuestra con estas otras palabras del autor:

“El progreso económico y cultural de los pueblos de las repúblicas soviéticas de Asia se ha visto acompañado de un aumento de las necesidades de la población en el aspecto cultural” (15.0017). Esto, como es natural, ha impuesto la creación de los satisfactores correspondientes, estimulando —con ello— las actividades productivas apropiadas.

Frente al éxito más bien reducido de la idea eslávica en el campo político-social, puede colocarse el éxito mucho mayor aún de la política soviética de respeto a las realidades sociolingüísticas de sus diversas nacionalidades para hacer convergentes sus esfuerzos en el campo económico-social.

### *La República Federativa de Yugoslavia y su política lingüística*

Un estudio de la evolución de la política lingüística en lo que es la actual Yugoslavia se podría caracterizar en términos del paso de la prohibición al permiso y al estímulo para el empleo de las lenguas

nacionales, y de respeto creciente hacia los derechos minoritarios en las regiones autónomas de ese Estado federal.

Nos ocuparemos, así, sucesivamente, del problema lingüístico de las nacionalidades y del de las minorías en Yugoslavia.

*De la prohibición al permiso y al estímulo para el empleo de las lenguas nacionales en Yugoslavia*

Yugoslavia es un país que presenta una variedad fascinante en materia étnica y lingüística y que, en forma correspondiente, confronta agudísimos problemas en materia educativa y política. De un total de 18.5 millones de habitantes (según el censo de 1961) 87.5 por ciento eran de nacionalidad yugoslava, 10.8 por ciento de otras nacionalidades y 1.7 por ciento de “yugoslavos que no han optado por ninguna de las nacionalidades”. La cifra de 87.5 por ciento estaba cubierta por serbios, croatas, eslovenos, macedonios, montenegrinos y musulmanos; la segunda, 10.8%, por esquipetares, chíptaros o albaneses, húngaros, turcos, eslovacos, rumanos, búlgaros, italianos, checos y otros.

En un país como éste, la solución que parecía imponerse, casi desde el principio, era la federativa, y fue ésta la que se adoptó para las grandes nacionalidades de los “eslavos del sur” o yugo-eslavos (para los serbios, croatas, eslovenos, macedonios). En el aspecto socio-lingüístico, esto representó la adopción de una lengua oficial para cada una de las repúblicas federadas. Pero, una vez que se adoptó esa solución, quedó aún un remanente: el constituido por las “otras nacionalidades”; por las minorías nacionales. ¿Cuál debería ser la política que se adoptaría en lo lingüístico y, en forma correspondiente, en lo cultural, en lo social, en lo económico y en lo político, con respecto a ellas?

El problema no era nuevo. Viejo y complicado como tantas situaciones socioculturales de los Balcanes. En Yugoslavia, durante la pre-guerra (1918-1941), en el “Estado de los Servios, Croatas, Eslovenos” creado en 1918, la cuestión nacional quedó insoluble “aunque la burguesía había declarado que todos los pueblos gozarían de iguales derechos” y en las leyes provisionales sobre los Tratados de Paz se hubiese establecido que se facilitaría la enseñanza en el propio idioma (sin que ello impidiera la enseñanza obligatoria del idioma oficial en las escuelas correspondientes) a los niños que hablaban una lengua no oficial. Era esto, en cierto modo, el resultado de la presión internacional, pues los signatarios de los Tratados de Paz declararon que la protección de las minorías era de interés internacional. Con todo —y

en esto recordamos a Alvaro Mendoza Díez, quien nos lo hacía observar durante una de sus visitas a México— las leyes de máxima jerarquía parece que sufrieron un proceso de desgaste al convertirse en reglamentos y aplicarse en la práctica, adaptándose, en forma creciente —por algo así como un proceso entrópico-social— a los intereses de los estratos sociales en el poder.

La aparente igualdad sólo era eso: los niños que hablaban el idioma estatal estaban obligados a aprender éste; los de un idioma distinto del estatal estaban facultados a hacerlo en el suyo o en el estatal; los de un idioma minoritario, tenían prohibido hacerlo en otro idioma minoritario. Se daba, así, toda la gama de posibilidades que (dentro de sus lecciones de lógica jurídica) nos ha enseñado a reconocer Eduardo García Máynez. “El criterio para establecer la pertenencia de un niño a una minoría consistía en el análisis obligatorio del origen del apellido” (21.0011); pero, éste se practicaba en forma tal que se tendía a eliminar el mayor número de casos como indignos de consideración. En forma concurrente, no se resolvió —conforme indica Janosi— el problema de los manuales y los textos (pues sólo unos diez se publicaron en todo el periodo interbélico).

El cambio de la política sociolingüística correspondiente a la transformación política de “El Estado de los Servios, Croatas y Eslovenos” en la “República Socialista Federativa de Yugoslavia” no fue sólo un designio voluntario, y aunque no fue tampoco únicamente una determinación de la política por los cambios sociales, sí fue el resultado de la convergencia de lo uno con lo otro. La nueva condición jurídico-política puede haber sido “resultado del empeño y la voluntad de millones de trabajadores yugoslavos” pero, también, lo fue de que, en cuanto “las nacionalidades resistieron a los ocupantes y participaron en la Guerra de Liberación Nacional”, ganaron, por encima de toda duda, y de cualquier consideración puramente filosófico-social, el derecho a que se les garantizara el libre desarrollo de su cultura y sus características nacionales, y la utilización de su idioma. No es difícil encontrar la analogía entre esto y lo que se dice de la obtención de derechos por las mujeres soviéticas, a través de su participación activa en la guerra y en el trabajo. Y puede pensarse que se trata de meras declaraciones ideológicas, a menos que se recuerde que escritores como Croce han señalado también —con acierto— que la historia es hazaña de la libertad; que la libertad se conquista todos los días y que, en la misma forma, se conquista la justicia.

La conquista de los derechos por las minorías se manifiesta en el derecho y la posibilidad real de abrir escuelas, donde hay más de veinte alumnos que hablan idioma distinto del estatal; en que todos los niños se inscriben en ellas según la voluntad paterna; en que, en

principio, los niños frecuentan la sección o escuela de su minoría; en que todos los formularios y documentos oficiales se expiden en el idioma oficial y en el de la minoría. Para lograr la solución federal, en lo educativo, a partir del tercer grado, se introduce el idioma oficial de la república respectiva “a fin de asegurar la participación activa de los miembros de las varias nacionalidades en la vida social del país” (Art. 49 de la Ley General de Instrucción Pública).

En las zonas donde los miembros de las minorías viven junto con los yugoslavos (como en Eslovenia, principalmente) se crean, por un lado, escuelas de enseñanza bilingüe y por otro, escuelas en el idioma de la minoría solamente, en las cuales se instruyen “únicamente los miembros de las minorías nacionales”. No sabemos —porque Janosi no lo dice— hasta qué punto esta situación pueda enmascarar una cierta desigualdad, como la que anotábamos para el caso de la Yugoslavia de preguerra; pero aun si existe en este aspecto, en otros se ha logrado ya un avance considerable. No hay que decir —por otra parte— que aun cuando se facultara a los miembros de una minoría para que concurrieran a las escuelas de los miembros de otra (o a los miembros de los pueblos yugoslavos para que frecuentaran los de éstas) el prestigio superior de la lengua estatal y las ventajas correspondientes harían que fuese reducido el número de quienes hicieran uso de dicha facultad.

Resuelto el problema de la lengua, el primer obstáculo que hay que superar —en lo educativo— es el del analfabetismo. Janosi muestra que la Yugoslavia de preguerra tenía los porcentos más altos de analfabetismo en Europa (45 % en '31), y que se ha logrado abatir ese por ciento considerablemente (20 % en '61); pero que, si la situación era gravísima entre las minorías, como “testimonio de la práctica de una política de desigualdad y opresión nacional realizada por los gobernantes yugoslavos de preguerra en perjuicio de las nacionalidades” (21.0024), el analfabetismo, por otra parte, era particularmente alto entre las mujeres, pues a las ya señaladas, se unían “las atrasadas concepciones sobre la situación y papel de la mujer en la familia y en la sociedad”. Otro sector especialmente desfavorecido era el de los emigrantes rurales a las ciudades.

Todos los problemas anteriores subsisten en la Yugoslavia actual, pero con menor agudeza y existe —también— un decidido empeño de combatirlos. En las recomendaciones gubernativas correspondientes, se lee que “es indispensable que todas las organizaciones laborales económicas se empeñen en la lucha por liquidar el analfabetismo de los adultos, coordinando la actividad en la instrucción elemental de los ocupados con la adquisición de conocimientos profesionales, y el aumento de la productividad del trabajo”. Y hemos subrayado esto,

porque creemos que es algo que no se ha visto con suficiente claridad en México y en otros países latinoamericanos, empeñados en liquidar su analfabetismo: que no tiene sentido para el analfabeto —especialmente si es adulto— adquirir la habilidad de leer y escribir, si esto no se vincula a sus intereses sustantivos, vitales y a los apremiantes problemas diarios que, en ocasiones, lo enfrentan a dilemas de vida o muerte.

Una actitud que puede parecer desconcertante en tiempos y países en los que un nacionalismo extremado suele hacer estragos es la asumida por el propio gobierno yugoslavo, en tierras que, por otra parte, fueron clásico ejemplo de la acción negativa del nacionalismo. Se manifiesta ésta en relación con la preparación de los docentes, pues “a los futuros profesores de las diferentes nacionalidades que cursan sus estudios en servocroata, macedonio y esloveno. . . se les ayuda para que dominen la terminología y aprovechen la literatura profesional en su idioma”, lo cual equivale, más o menos, a propiciar el uso de lo que, en términos convencionales, sería un “idioma extranjero” (esto debe ponerse en relación con la forma en que Estados Unidos de América está sujetando a revisión su política lingüística al considerar las lenguas de sus minorías como una especie de fuente de reserva o como un tesoro cultural y no ya, como antes, en calidad de lastre del que era preciso librarse).

No creemos que todo sean excelencias en la política sociolingüística yugoslava, pero sí nos parece que hay mucho de aprovechable (por México y otros países latinoamericanos) en la experiencia sociolingüística de los eslavos del sur.

. Respetar los derechos de las nacionalidades y de las minorías en el aspecto lingüístico; buscar la unidad nacional; evitar los conflictos y la competencia innecesaria con otras naciones, en el campo lingüístico; parecen tres finalidades en las que podría considerarse que se encuentra subyacente el apotegma juarista caro a los mexicanos. Hacer compatibles diferentes lenguas dentro del ámbito de un mismo Estado, en beneficio de cada una de las nacionalidades integrantes así como de la federación en su conjunto —estableciendo un delicado equilibrio entre ellas— es empeño digno del mayor elogio; contribución valiosa de los yugoslavos a la solución de los problemas de nuestro tiempo.

### *Los derechos lingüísticos de las minorías en Yugoslavia*

En lo que precede hemos hecho una referencia sumaria, de conjunto, a la política lingüística del Estado yugoslavo tanto en relación

con sus varias nacionalidades integrantes como en relación con sus minorías nacionales. En ulterior capítulo haremos nueva referencia a las minorías lingüísticas de Yugoslavia, no ya consideradas en conjunto, sino en referencia específica a su situación dentro de las llamadas “regiones autónomas” de la República Socialista Federativa de Yugoslavia.

### *El delicado equilibrio sociolingüístico de la Confederación Helvética*

Suiza ha sido señalada, repetidamente, como una federación que ha logrado armonizar sus diferencias lingüísticas y religiosas, de modo efectivo y permanente. Uno de los testimonios más recientes, en este sentido, es el suscrito por el sociólogo belga Pierre de Bie, quien contrasta la situación internacional de la Confederación Helvética con la de otros que sufren la repercusión de sus relaciones inarmónicas internas (étnicas, lingüísticas y religiosas) en el panorama internacional.

El mismo de Bie se ha encargado de indicar que éste ha sido un resultado conseguido difícilmente, tras un proceso largo y tormentoso que ha hecho que las divisiones existentes se neutralicen mutuamente, de tal modo que no lleguen a sobresalir en forma tal que hagan peligrar la unidad interna del país. Se trata, en efecto, de diversos traslapamientos de intereses económicos, políticos y culturales que aseguran la unión.

Kurt B. Mayer, de la Universidad de Berna, ha subrayado —por su parte— que el equilibrio político y cultural suizo descansa en “un balanceo subyacente de factores demográficos”. Ese equilibrio no ha sido perturbado de 1850 a 1950, a pesar de que los grupos de habla romance (francoparlantes, italo parlantes, hablantes del romance) son superados por los de habla germánica, ya que si bien las tasas demográficas hubieran podido favorecer a éstos sobre aquéllos, la migración diferencial ha llegado a restablecer el equilibrio al operar en sentido contrario.

Se trata, en esto último, de una migración interna, ya que las “regiones francesas” del país han sido más atractivas para quienes nacieron en las “regiones alemanas” que las “alemanas” para los de las “francesas”, a lo que hay que agregar el hecho de que, en Suiza, estos migrantes internos son asimilados rápidamente por la comunidad lingüística de la zona a la que inmigran.

Mayer indica que —por ejemplo— mientras 147 000 ciudadanos que no eran de habla francesa residían en el “área francesa”, 82 000 de habla francesa vivían en otras partes distintas de la “zona francesa”. De acuerdo con la tendencia de los inmigrantes a ser absorbidos lingüísticamente por la comunidad hablante a la que emigran —observada en Suiza— esto representaría que 147 000 menos 82 000 (o sean 65 000) ciudadanos suizos eran francoparlantes potenciales, en exceso.

El delicado equilibrio sociolingüístico suizo, logrado a partir de estos elementos, se encuentra reforzado por una estabilidad parecida entre los distintos grupos religiosos de la confederación. Sin embargo, el equilibrio no es tan estable como algunos piensan. Logrado en forma delicada, ha corrido el riesgo de perderse, debido a ciertos desarrollos recientes, como la inmigración de grandes contingentes de trabajadores extranjeros —principalmente italianos— poco después de la Segunda Guerra Mundial.

Con posterioridad a la terminación de ese segundo gran conflicto, la economía suiza experimentó un auge sin precedente, y, en vez del desempleo que se temía, Suiza tuvo que enfrentarse a una seria escasez de mano de obra. Esto explica que el gobierno suizo haya levantado las restricciones a la migración aun cuando haya comenzado por considerar que ésta debía de ser una medida puramente provisional y de corta duración.

En efecto —conforme a los informes de Mayer— Suiza admitió trabajadores inmigrantes sólo por periodos cortos, para ocupaciones determinadas y siempre y cuando se establecieran en Suiza solos, pero, como la prosperidad continuó en el país, la necesidad de esos trabajadores llegó a ser permanente. El hecho de que, a su vez, los otros países de Europa Occidental en periodo de recuperación, se convirtieran en competidores por esa mano de obra, forzó al gobierno suizo a liberalizar su política y permitir la entrada de las familias de los trabajadores. De la inmigración total de esos años, un sesenta por ciento era de habla italiana.

Con esa migración en masa, Suiza tuvo que enfrentarse a una demanda creciente de habitaciones y servicios, y la necesidad de satisfacerla retardó otros planes de creciente modernización como —por ejemplo— en lo referente a la construcción de una red carretera capaz de integrarse dignamente al sistema internacional europeo.

La disponibilidad de mano de obra barata permitió —por otro lado— la supervivencia de las firmas marginales que, en otras condiciones hubieran sido eliminadas y “retardó el progreso tecnológico”. La industria suiza —como un todo— se volvió más y más dependiente



de esa mano de obra extranjera que llegó a representar en ella cerca del 40 % del empleo total en las fábricas.

Esta situación explica el que en 1964 haya habido en Zurich una protesta contra ese problema. Sin embargo, en aquella ocasión el orador fue abucheado.

En cambio, el problema de comunicación con y de los trabajadores italianos —que hubiera podido esperarse en las zonas de Suiza que no eran de habla italiana— no llegó a plantearse siquiera. Esto se explica, según Mayer, por ser el italiano uno de los idiomas de la confederación, porque los suizos siempre han mostrado inclinación a aprender otras lenguas, porque los patrones de las fábricas de la región de habla alemana buscaron supervisores que supieran algo de italiano y que, con ello, pudieran tratar con los nuevos trabajadores, y porque se llegó al extremo de traducir al italiano los letreros de las líneas de tranvías a pesar de que en el censo no figura —por ejemplo— sino un siete por ciento de italo parlantes en la población de Zurich, la mayor de las ciudades suizas.

El equilibrio sociolingüístico —en cambio— pareció correr el peligro de romperse —según Mayer— por el hecho de que en la “zona alemana” residían 388 000 extranjeros (que tendían a ser absorbidos por el medio ambiente germanoparlante) mientras que en la “zona francesa” sólo residían 131 000 (destinados a volverse francófonos), o sea que:

Paradójicamente, mientras el gran influjo de italianos ha reducido la proporción de germanoparlantes en la población total. . . a la larga, el efecto será el inverso: reforzará el ascenso de la lengua alemana a expensas de las lenguas latinas. El francés continuará declinando proporcionalmente mientras que el italiano verá frenado su ascenso temporal y tal vez llegue a retornar incluso a su posición histórica (46.0010).

Mayer señala que, los efectos de la inmigración de esos trabajadores (predominantemente de los italianos) en la situación sociolingüística total son menores que los que han tenido sobre el equilibrio sociorreligioso, pues los individuos abandonan con más facilidad su lengua que su religión. Indica que los efectos de ese influjo de extranjeros —a la larga— será menos perturbador “de lo que se temía”, tanto más cuanto que ha sido detenido, y en cuanto que los inmigrados han comenzado a ser asimilados, disminuyendo así la temporal xenofobia de los ciudadanos suizos.

La comunicación de Mayer muestra hasta qué punto las soluciones sociolingüísticas multilingües —incluso cuando se aplican en los estados federales o en los confederados— resultan ser delicadas; cómo un

factor procedente del exterior puede inclinar la balanza en el sentido favorable a una de las lenguas en contacto y cómo, de seguir obrando permanentemente, podría producir —a la larga— el predominio de esa lengua: la conversión de la otra o de las otras en lenguas de minorías demográficas, e incluso la aparición de los problemas propios de las minorías socio-lingüísticas.

## INDEPENDENCIA Y POLITICA SOCIOLINGUISTICA EN LOS NUEVOS ESTADOS

John Spencer, del Colegio Universitario de Ibadán, ha subrayado la importancia que tiene el estudio de la lengua como factor social y como elemento sobre el que actúan las fuerzas sociales. Esto, en el caso de las naciones nuevas, recientemente independizadas, resulta tanto más complejo cuanto que se trata de sociedades que frecuentemente son multilingües y en las cuales las diferentes lenguas y dialectos no han llegado a un equilibrio estable, puesto que se encuentran cambiando ellas mismas, dentro de un marco de múltiples cambios socio-culturales y económico-políticos.

En este sentido, Spencer critica la actitud de los lingüistas que, según él, se han contentado con adoptar un enfoque de las realidades lingüísticas puramente descriptivo y taxonómico, muy próximo del meritorio —pero insuficiente— adoptado por Linneo en su estudio de la naturaleza. Ese enfoque, ya no basta: en la actualidad, es preciso hacer, por lo menos, estudios ecológicos, y rebasar el enfoque estructuralista del lenguaje para adoptar uno funcionalista que coloque a cada lengua en función de la sociedad en que se la emplea y a la que sirve.

El propio autor considera que Africa y Asia no presentan, en materia lingüística, una situación que difiera fundamentalmente de la que tuvo Europa hace algún tiempo, pues en ese continente también hubo que realizar opciones lingüísticas. Recuerda —en efecto— que a principios del siglo XIX sólo Portugal y Dinamarca eran auténticamente monolingües y que las naciones que, a partir de entonces, han llegado a serlo, lo han conseguido tras un largo proceso. Con todo, hay una diferencia importante: el contexto internacional, ya que Europa en el marco del siglo XIX difícilmente puede compararse con Africa en el marco del siglo XX.

En efecto, si antes los grupos poderosos o dirigentes podían olvidarse del idioma que hablaban los grupos que carecían de poder, a los que dirigían, eso ya no es posible, entre otras cosas a causa de proce-

sos sociales como la democratización, la extensión de la educación popular, la industrialización, la urbanización, etcétera.

En el siglo XIX no sólo se produce una creciente conciencia lingüística de diferentes minorías y un consecuente reclamo de derechos, sino que, en función de la afinidad lingüística, surgen también movimientos como el pangermanismo y el paneslavismo.

En el siglo XX, algunos de estos desarrollos tratan de calcarse, en alguna medida, incluso en áreas en las que no se reproducen exactamente ni las condiciones ni las características del continente europeo y tampoco las de las sociedades que en él se han desarrollado. La conciencia lingüística en nivel tribal gravita en un platillo de la balanza, y los designios panafricanistas pesan sobre el otro (sin que, por ejemplo, en este último caso, exista, de hecho una afinidad comprobada entre todas o entre la mayoría de las lenguas africanas, que pudiese dar fundamento lingüístico a tales designios).

Las nuevas naciones se encuentran enfrentadas hoy a un dilema mucho más arduo que el que enfrentaron ayer las naciones europeas, en cuanto que de estas últimas hubo muchas que pudieron hacer coincidir las opciones lingüísticas y las desenvolventistas. Las nuevas naciones del siglo XX tienen, en cambio, mayor dificultad en hacer compatibles dos propósitos: “el de planear y acelerar el desarrollo económico extendiendo las oportunidades educativas y comenzando la tarea de unificar políticamente a un pueblo multicultural” y “el de permitir la expresión plena de la personalidad y la dignidad cultural de la nación, que parece demandar el desarrollo de las lenguas vernáculos”, según las expresiones literales de Spencer (67.0034).

Hay serias desventajas en el hecho de que las nuevas naciones multilingües tengan que aprender lenguas europeas, producto de la importación, pues el aprendizaje de éstas por la totalidad, por la mayoría o por una parte considerable de la población cuesta mucho en términos de tiempo, de dinero y de esfuerzo, con el inconveniente adicional de que, en cuanto la lengua no es indígena, no despierta la lealtad popular y —por ello— llega a crear, con frecuencia, una barrera más, que se agrega a las que ya separan a la minoría educada y al pueblo que no alcanza educación (porque no se la puede permitir; como un lujo que es —al tiempo que debiera considerarse artículo de primera necesidad— en los países pobres).

Spencer observa que, a causa de la diferencia de escala temporal, de lo más reciente del contacto con Occidente, y de otras condiciones semejantes, las lenguas vernáculos no han podido desarrollarse en algunas nuevas naciones africanas tanto como las lenguas vernáculos en la India, pero considera que esto no implica que no habrá una tensión social entre ellas y las lenguas francas (particularmente las

importadas); por ello, señala la necesidad de que las universidades propicien “una gama más amplia de opciones lingüísticas” así como que investiguen la influencia que el medio social de las naciones nuevas tiene sobre las lenguas que en ellas se utilizan y las funciones que las mismas cumplen o pueden llegar a cumplir en cada una.

Como él indica, muy acertadamente:

Hay que recordar que el unilingüismo es el resultado de un largo proceso de pugna, ajuste y asimilación cultural; que los estudios lingüísticos pueden ser vitales para entender las posibilidades de desarrollo, y que en la era moderna (de educación estatal universal y grandes medios de comunicación) ya es posible la manipulación de las poblaciones en el ámbito lingüístico (70.0027).

### *Malasia: Reflejo lingüístico de una coyuntura*

Malasia es un país pequeño, joven; étnica, cultural, lingüísticamente diverso; situado en la frontera entre dos mundos de cultura; en el frente de batalla de dos ideologías y de dos sistemas de vida. Sobre ella ejercen su influencia los grandes focos atractivo-repulsivos: del antiguo colonizador (Gran Bretaña); de la que ha venido a ser —siempre— la potencia preponderante de la zona (China), y de un foco emergente de máxima afinidad étnico-lingüística (Indonesia).

Menos de diez millones de seres humanos habitantes de Malasia surgen a la vida independiente a causa de las convulsiones de nuestro tiempo, para formar una federación que parece haber sido concebida desde fuera; a la que aparentemente se concibe sólo como un medio para contener el comunismo en el sureste asiático. Inmigrados e hijos de inmigrantes, los habitantes de Malasia difieren entre sí, étnica y culturalmente: son malayos, chinos (casi en igual número unos y otros), tamiles, cingaleses. . . y, a diferencia de quienes habitan la India, carecen de tradiciones comunes. En Malasia —además— se enfrentan el capitalismo colonialista y el comunismo expandente, y la alineación —parcialmente voluntaria y en parte obligada— con “Occidente”, ha determinado las opciones sociolingüísticas de ese país.

Según Le Page, Malasia se integraría en forma más natural que la que se le ha dado si quedara incluida dentro de una unidad malayo-polinésica (que abarcaría ciento veinte millones de seres, de los que noventa millones serían indonesios).

Sin embargo, Malasia no es lingüísticamente unitaria. Hay en ella hablantes del malayo, del chino, de las lenguas de la India (tanto de las arias como de las dravidianas) y de varios idiomas de Europa. La diversidad se acentúa por la variedad de modalidades del malayo (una de ellas es la que se emplea en las aldeas o *kampongs*; otra, la del *bazar malay* o malayo pichinizado de los mercados; otra más, la del *raja malay* de la corte); por la diversidad de los dialectos chinos que

ahí se emplean; por el uso del portugués criollo que se usa en Malaca; del inglés que se utiliza como lengua franca. Con todo, puede pensarse que apuntan hacia una remota convergencia las muchas modificaciones que esas diversas lenguas y dialectos han sufrido a causa de sus contactos.

Como se ha señalado ya, en esa región los esfuerzos federativos trataron de formar un muro capaz de contener al comunismo; de preservar la influencia —si no ya el poder— de Gran Bretaña, así como —también— de asegurar el predominio interno de los malayos. Una de las preocupaciones fundamentales de quienes constituyeron Malasia consistió en tratar de evitar —a toda costa— la perturbación del delicado equilibrio demográfico que existe entre los chinos y los malayos.

Así fue como la Constitución de 1957 dio privilegios a los malayos, y declaró que el malayo era la lengua nacional, pero permitió también el uso del inglés (particularmente en los tribunales superiores). Cuando hubo que considerar la situación especial de los Estados de Borneo, se asentó en la Constitución que el malayo habría de ser la lengua oficial de la federación, pero que durante los diez primeros años, los representantes de Borneo podrían emplear el inglés, incluso en las comunicaciones que mantuvieran con los organismos federales o en aquellas de las que se sirvieran para participar en ellos (en particular, en las cámaras y los tribunales).

En Malasia han habido, y siguen existiendo, corrientes de opinión en las que se manifiesta la atracción que ejerce Indonesia sobre muchos malayos que han buscado —en muchos casos— la jefatura cultural de este país, especialmente a partir del momento en que una variante del malayo (*bahasa indonesia*) ha sido adoptada como idioma oficial en el nuevo Estado indonesio.

Lo delicado de la situación malaya se manifiesta muy particularmente en la educación. La política educativa tuvo que establecer un sistema de enseñanza aceptable para todos; que se encaminara hacia la unificación nacional, pero sin arriesgarse a destruir las tradiciones culturales india y china, en el esfuerzo por afirmar la tradición malaya. Le Page piensa que, en caso de que llegara a formarse un gobierno extremista (malayo, de acuerdo con la realidad actual), se podría producir una pugna interracial, en particular si se llegara a eliminar la libertad de elegir entre diversas instituciones educativas (de cuño malayo, chino o inglés, por ejemplo).

En apariencia la situación sociolingüística de los diferentes componentes étnico-culturales de la población de Malasia parece igualitaria; pero no es así. Es esto lo que se desprende de las propias informaciones de Le Page. En efecto, si bien es verdad que a los niños chinos y a

los tameses aún se les puede enseñar la primaria en sus propios idiomas (como a los niños de habla malaya) esa forma de instrucción se ve desestimulada por el hecho de que, haber aprendido los conocimientos primarios en chino o en tamil, constituye una desventaja para los escolares en el momento de ingresar a la escuela media.

Efectivamente, la situación de las escuelas medias se ha modificado: antes, o eran chinas o eran inglesas; ahora, en cambio, la política educativa ha puesto a las escuelas medias chinas ante un dilema: o siguen siendo chinas y pierden la ayuda económica gubernativa, o se convierten en inglesas si quieren conservarla.

El inglés ocupa en Malasia —según puede apreciarse— una posición única, que se manifiesta si se considera que no sólo es la lengua franca del país y que hay ciertas medidas políticas que lo favorecen, sino —también— que es, junto con el malayo (del que, por otra parte, no se poseen suficientes textos universitarios) una de las lenguas de la universidad en Kuala Lumpur, así como que, gracias a ciertos planes de ayuda cultural (como el Plan Colombo) adquiere un gran atractivo, en vista de que ofrece mayores perspectivas a quienes quieren obtener una instrucción más amplia, fuera del país.

A más de eso, hay que considerar que el chino es idioma indispensable para quien quiere lograr promoción en los negocios; que no puede prescindir del malayo quien quiera lograrla en la política, pero que el inglés también es necesario en el servicio civil, y que resulta indispensable para progresar en otras ocupaciones.

Dentro de esta situación hay —sin embargo— otras fuerzas en presencia, que pueden modificar el cuadro, en el futuro, según sean las condiciones que ofrezca la cambiante situación internacional.

En efecto, debido a la delicada situación política en que se encuentra el sureste de Asia (en materia internacional), Malasia ha instituido el servicio militar obligatorio. En relación con él un miembro indio de la Cámara —al aprobar el proyecto respectivo— señaló que todos los ciudadanos de todas las razas tenían la responsabilidad de defender al país, pero sin dejar de aprovechar esa oportunidad para dejar sentado que “tras la emergencia, [todas] deberían disfrutar de iguales derechos” (o sea, que se debía y se debe abolir el privilegio, ya sea lingüístico o ya sea de cualquier otro tipo, de que disfrutaban actualmente los malayos).

Lo anterior hace pensar en una situación un tanto parecida a aquella por la que atravesaron los *nisei* de Hawai. A éstos, hijos de japoneses, se les había visto con suspicacia, hasta que, durante la guerra, demostraron su lealtad a los Estados Unidos de América y —en esa forma— lograron que se rectificara su estatuto minoritario. Sin em-



bargo, en ese caso, la búsqueda de la igualdad no incluyó el deseo de preservar una lengua distinta de la mayoritaria u oficial.

### *Ghana: importancia política de una lengua franca*

En un Estado multilingüe como Ghana, según R. F. Amonoo, de la Universidad de ese país, una o varias lenguas francas son las que deben desempeñar un importante papel en la comunicación nacional e internacional. Esto, a su vez, plantea ciertos problemas delicados, puesto que, en cuanto toda lengua es ayuda del pensamiento, expresión de cultura y medio de intercambio social; cada *lingua franca* suele llevar consigo modos extraños de pensar que, por su medio, llegan al seno de la comunidad hablante y que, en algunos casos, pueden desfigurarla o trastornarla.

En Ghana, el inglés es el idioma oficial. Los alfabetizados en ese idioma no llegan a constituir el diez por ciento de la población, lo cual no obsta para que se le reconozca como una de las importantes lenguas francas del país. Con la vista puesta en el futuro, y si se considera la posibilidad y la necesidad de un entendimiento con el Togo de habla francesa, el autor piensa que el francés podría ser otra de sus lenguas francas (tal y como lo propusieron los participantes en la Conferencia de Yaoundé sobre bilingüismo). Habría, así, un bilingüismo conveniente para la comunicación ghaniana interna y externa, que se sobrepondría al patrón de las lenguas vernáculas. Estas últimas, a su vez, deberían de sufrir cambio: el uso de algunas se reduciría; otras (como las del grupo akan) acabarían por predominar sobre las restantes (en vista de su uso más amplio y de otros factores semejantes) y algunas más (como las del grupo ewe) podrían llegar a ser lenguas de una minoría importante, en caso de producirse la unión con Togolandia, país en el que existen otros grupos, numerosos, que también hablan sus dialectos.

Es posible que en un futuro cercano el inglés, el francés y los idiomas akan tengan que llegar a competir en su condición de lenguas francas y que, en última instancia, lleguen a influirse mutuamente. Dentro de esta competencia, las condiciones de unas y otras lenguas son diferentes, puesto que —por ejemplo—, en cuanto el inglés y el francés no son lenguas de una tribu ghaniana determinada, producen reacciones más unificadas de aceptación o de rechazo, mientras que las que son idioma de una tribu en particular, reciben aceptaciones y rechazos diferenciados, de los miembros de la propia tribu y de quienes son miembros de otras. En último término, según Amonoo, será

una decisión mayoritaria, unida a ciertas condiciones económicas y políticas, lo que determinará el resultado final, sociolingüístico y no puramente lingüístico.

Como indica el propio autor, las probabilidades de éxito de cada lengua están en relación con varias características: con la capacidad que muestren para elevar los niveles de vida de la población mediante el desarrollo económico (cosa que parece favorecer al inglés); con las facilidades que ofrezcan para que aumente un alfabetismo propicio a la participación en el desarrollo; con la fuerza que tengan para desarrollar la conciencia nacional “en vista de la arbitrariedad de las divisiones estatales”, y con las facilidades que ofrezcan para la cooperación con los pueblos comarcanos. En relación con el alfabetismo, hay una disyunción entre quienes quieren simplemente una alfabetización en inglés y quienes prefieren una previa en las lenguas vernáculas, y con respecto al desarrollo de la conciencia nacional puede señalarse que la misma (por lo menos en su superficie) parece competir con los designios panafricanistas.

Pero, una vez que se acepta que, en Ghana, el inglés es una de las lenguas francas cuyo uso es deseable, se plantea como problema de gran importancia el de determinar —según señala Amonoo— cuál es el inglés que hay que enseñarles a los ghanianos. Amonoo se inclina por aquella variedad “sureña” de la lengua que, según Sweet, es la que menos traiciona la localidad de origen del hablante. Expresa también el deseo de que ese inglés llegue a ser tan expresivo de la nueva cultura ghaniana como lo es el francés de Césaire y de Senghor en relación con sus contrapartidas africanas. Y, para que se produzca un auténtico renacimiento, piensa que hay que resucitar la cultura oral tradicional (incorporada en proverbios, cantos de caza y de mar, canciones fúnebres, etcétera) para —en seguida— coleccionar sistemáticamente sus manifestaciones en nivel universitario, combatiendo, también, desde la universidad, el desprecio con que muchos ven las culturas y lenguas vernáculas.

Amonoo concluye que:

La mejor contribución que pueden hacer las universidades, en Ghana, es mejorar la eficiencia de sus estudiantes en el conocimiento y uso del inglés y el francés, y ayudar al desarrollo de sus lenguas vernáculas mediante la investigación y el uso escrito. . . para llegar a contar con lenguas francas ghanianas que incrementen la comprensión entre las varias secciones de la comunidad ghaniana, y entre Ghana y el mundo exterior (4.0085)

*Diversidad dialectal e intentos de unificación  
en el ámbito lingüístico akan*

El idioma akan de la Costa de Oro —según K. J. Dickens— (16.0119) tiene dos ramas: la fanti y la twi, cada una de las cuales tiene muchos dialectos. Los intentos de unificación lingüística de estos dialectos, en vista del trato desigual que los colonizadores dieron a los diferentes grupos, así como en razón de las susceptibilidades locales resultantes, son de máximo interés.

El diccionario de Christaller (uno de los mejores, entre los consagrados a las lenguas de Africa, y quizás uno de los mejores del mundo, según Ida Ward), al basarse en el dialecto akuapim, le dio a éste una ventaja inicial. El autor eligió dicho dialecto sobre la base de consideraciones teóricas, ya que era un término medio entre las variantes extremas; pero, también atendió otra consideración —de orden práctico— pues es la lengua de la región que los misioneros europeos tomaron como centro de sus operaciones.

A base de un análisis fonético riguroso, Christaller, sus colaboradores y sus sucesores establecieron la ortografía del idioma que, como resultado de ese esfuerzo, resulta ser una ortografía lógica. Westerman que la hubo de examinar, dictaminó que era buena; pero que podía recomendarse que se introdujeran en ella ciertas mejoras, con vistas a la unificación ortográfica del twi y del fanti. Las propuestas se referían —sobre todo— a la supresión de algunos diacríticos estorbosos. Pero, la precipitación dificultó e hizo que abortaran finalmente los esfuerzos por mejorar y unificar los dialectos akan, en cuanto propuso soluciones irreflexivas o poco maduras.

En efecto, la unificación ortográfica —según se nos dice— se elaboró en el vacío. No se consultó a los especialistas en twi escrito; se actuó bajo fuerte influencia fanti, y se contradijeron los principios cardinales de la ortografía del twi. El problema surgió principalmente porque la nueva ortografía no representaba la asimilación de la *b* a una *m* precedente (proceso completo ya en twi e incompleto en fanti), por lo que los maestros de twi se opusieron a ésa y a otras modificaciones.

Ese proyecto de nueva ortografía —que resultaba artificiosa y molesta— hubo de ser abandonado. En un lapso muy corto, la tentativa misma había producido ya inquietudes y recelos a los que pronto se unieron los sentimientos nacionalistas y las rivalidades locales.

Fue ésa, en efecto, la época en que se restauró la confederación achantí; aquella en la que el grupo achantí expresó sus pretensiones políticas, sociales y lingüísticas. Los maestros achantís pidieron que

su dialecto no sólo fuera medio oral de enseñanza, sino que se convirtiese en dialecto literario de los textos escolares. Esto constituyó una reacción de protesta en contra de ciertas acciones del colonizador que había preparado relativamente pocos maestros y sacerdotes achantís. La iglesia metodista —por ejemplo— prefirió sistemáticamente a los fanti para el desempeño de las funciones sacerdotales y pedagógicas, y esto hizo que se hablara de una “fantización” de la vida religiosa en el país.

El Departamento de Educación (entre 1930 y 1950) señaló la necesidad de restaurar el equilibrio entre los twis y los fanti. Sus indicaciones fueron atendidas, pero no lo fueron oportunamente y, en el intervalo, crecieron los resentimientos y aparecieron las fricciones sociales que hicieron que se deteriorara la situación sociolingüística en el país.

Los achantís temían perder su identidad dialectal, y sus temores resultaban más o menos justificados en los niveles educativos inferiores, porque cuando los alumnos achantís empleaban las formas usuales en su dialecto, los maestros les corregían, diciéndoles que estaban equivocados; que no estaban usando el buen idioma twi. En otro nivel, sus temores parecían menos justificados, ya que, en los exámenes que se presentaban —en twi— para obtener el certificado de Cambridge, los examinadores aceptaban las variantes dialectales achantís.

Para poder plantear y resolver técnicamente el problema, el Departamento de Educación pidió el asesoramiento de Ida Ward quien, a pesar de haber hecho sólo cuatro recomendaciones firmes y otras muchas flexibles (admitidas las primeras y discutidas las últimas) prácticamente lo dejó resuelto, al menos en el nivel técnico.

Pero, el problema técnico no era sino una de las partes constitutivas de una problemática más amplia, ya que la otra parte —quizás más importante y compleja que la lingüística— era de carácter político-social. Los achantís seguían exigiendo textos en su idioma; su jefe político se asociaba personalmente a sus demandas y todos amenazaban con sabotear los libros que estuviesen escritos en twi. A su vez, la misión escocesa se oponía a que se introdujera el twi como dialecto literario, ya que esa introducción representaría pérdidas económicas para ella que tenía almacenados muchísimos libros en ese idioma.

El Departamento de Educación decidió “que no podían imponerse libros en akuapim a personas de lengua achantí, ni libros en achantí a personas de lengua akuapim”, y que la misión escocesa debía buscar la forma de atenuar sus pérdidas. Esto, si bien no llegó a resolver el conflicto, por lo menos relajó un tanto las tensiones.

Frente a una problemática como ésta, Dickens piensa que es deseable que se editen libros en todos los dialectos; que se aliente el interés

de todos por leer en cualquiera de ellos, y que se forme un público —mediante una propaganda adecuada— “para el que pertenecer al grupo lingüístico akan sea más importante que hablar uno u otro de sus dialectos”.

Dickens cree, también, que los escritores están llamados a enriquecer la lengua akan escrita, y a contribuir, de modo importante, a su unificación. Para ello, les sugiere que usen convenientemente formas tomadas de los diferentes dialectos; que las mezclen armoniosamente en textos que reclamen su uso y que, por este medio, traten de ir logrando, en la práctica cotidiana, una unificación que enfrenta grandes dificultades cuando se la trata de conseguir artificialmente.

### *Algunos aspectos de la situación sociolingüística en Asia Central*

De acuerdo con los estudios de Lawrence Krader, en Asia Central, las lenguas empleadas por sus habitantes pertenecen a uno de dos grupos lingüísticos principales: el altaico y el indoeuropeo. Del indoeuropeo, las capas más antiguas pertenecen a la familia irania, y las más recientes, a la eslava. Del grupo altaico, las lenguas que ahí se emplean pueden considerarse, genéricamente, como turcas. En la zona, hay, además —en forma mucho menos importante—, hablantes de lenguas sónicas y semíticas.

La gran extensión de las lenguas turcas en Asia Central explica el que a esta región se le llame también el Turkestán o país de los turcos. Esas lenguas se clasifican en cuatro categorías principales y en dos secundarias: las secundarias se encuentran en los puntos extremos y presentan rasgos arcaicos.

Los idiomas de los kazak, los kirguises, los karakalpaks; de los tártaros; de los uygures y uzbekos; de los turkmenos, representan las principales variedades de lenguas turcas habladas en la zona. En ella a los tártaros, a los azerbaiyanos, a los bashkires, a los chuvashes se les reconoce como inmigrantes recientes.

La etnografía y la lingüística del Asia Central son complejas y, en ocasiones, confusas. Esto se debe (en particular, en lo que se refiere a los pueblos de habla turca) a que ciertos nombres se usan para designar a pueblos distintos, de distintas épocas; así, se da el caso de que el nombre de un dialecto uzbeko actual corresponde a un dialecto kazak del pasado.

Los estudios históricos y comparativos han llegado a la conclusión de que los kazak, los kirguises y los karakalpaks hablan lenguas o dialectos interrelacionados y que entre ellos y los uzbekos nómadas

hay mayor cercanía que la que existe entre éstos y los uzbekos sedentarios, a cuya lengua se aproxima más la de los uygures.

En general, se considera que, en términos de comunicabilidad o de comprensibilidad mutua, los hablantes de las distintas lenguas turcas de Asia Central se entienden entre sí más que los eslavos vecinos o que los hablantes de las distintas lenguas romances, y hay quien afirma que la comprensibilidad abarca todo el mundo turco: de Turquía a China; de Siberia a Afganistán. Sin embargo, como indica muy acertadamente Krader:

Actualmente, la comunicación entre los hablantes del turco en Turquía y del uygur en China está afectada por la amplia diferencia de sus contactos culturales, de sus elementos políticos, de su condición económica y tecnológica (36.0037).

En realidad, en materia de lenguas, los kazak ocupan una posición central entre los karakalpak y los kirguises, pero están más próximos de los primeros que de los últimos. Su idioma es parecido pero no idéntico al de los tártaros, y la comprensibilidad mutua entre unos y otros es menor que la que existe entre los kazak mismos y los karakalpak.

Los tártaros fueron —de los pueblos de habla turca— los primeros en ser islamizados y conquistados por Rusia, y esto les permitió establecer una medianía provechosa (diplomática, usuraria y comercial) entre los conquistadores rusos y los conquistados kazak.

Por otro lado, en tanto que los kazak, los karakalpak y los kirguises siguieron siendo nómadas (o, al menos, no llegaron a ser urbanizados) los uzbekos y los uygures han llegado a tener una historia más o menos larga de sedentarismo y de urbanización, todo lo cual se refleja, en la estandarización lingüística y reducción de las lenguas a manifestaciones literarias.

En efecto, si bien Krader tiene razón cuando dice que en Asia Central “la falta de unidad política ha contribuido a la falta de unidad lingüística” (36.0040), no llega a reconocer que a esa falta de unidad lingüística ha contribuido —aún más— la falta de homogeneidad entre los géneros y niveles de vida, ya que, como él mismo indica, mientras algunos de esos pueblos son nómadas, otros son sedentarios, y entre los sedentarios hay ya diferentes niveles de organización que explican —indudablemente— el alejamiento comunicativo de las diversas etnias.

Lo anterior explica —en efecto— que la historia lingüística y literaria de los distintos pueblos de Asia Central sea diferente y que sea sólo en épocas recientes cuando todos ellos han experimentado una

serie de cambios comunes, debido —en particular— a las directrices generales dadas por los gobiernos soviéticos que quizás los hará marchar en un sentido sociolingüísticamente convergente en el futuro.

Durante los siglos comprendidos entre el X y el XIX —conforme a las informaciones de Krader—, la lengua turca literaria fue el chagatay, que dejó de ser lengua literaria de los grupos existentes al establecerse el régimen soviético, sobreviviendo como tal únicamente en el emirato de Bujara (hasta que éste desapareció).

El régimen soviético se mostró dubitativo —al principio— en lo referente a la política lingüística que debería adoptar en Asia Central, lo cual se explica, entre otras cosas, por la complejidad misma del problema. En efecto, la problemática sociolingüística de la zona comprendía los problemas de: 1) elegir, en cada caso, un dialecto, para convertirlo en idioma estándar; 2) elegir una caligrafía (*lato sensu*) apropiada, y 3) adoptar una ortografía conveniente.

Por lo que se refiere a las lenguas turcas de Asia Central, el gobierno soviético se encontró con que el turkmeno y el uygur tenían una larga tradición literaria; que el uzbeko la poseía también; que el kazak tenía menos de un siglo de tenerla y el kirguis carecía prácticamente de ella.

En el caso del uzbeko, la lengua literaria era el chagatay y la caligrafía era de origen árabe; el turkmeno y el uygur también habían empleado el chagatay como lengua literaria, habían interrumpido su uso, y lo habían vuelto a introducir empleando una escritura de origen árabe. El kazak había heredado de Altysarin —el etnógrafo y educador kazak— los primeros logros literarios (al través de una *Crestomatía* que empleaba la caligrafía persa) y debió a Baytuzunov los intentos de adaptación de la escritura a la fonética del idioma. En cambio el kirguis había sido escrito sólo en forma esporádica.

Frente a los idiomas que habían empleado el chagatay en calidad de idioma literario, el gobierno soviético decidió la eliminación de esa lengua literaria. Fue así como —en el caso del uzbeko— el vocabulario se tomó del uzbeko no iranizado.

En relación con el uso de los caracteres de origen árabe, la política soviética fue, igualmente, de rechazo. En esto, los experimentos se siguieron de cerca: un primer intento trató de crear una escritura nueva, común a todas las lenguas turcas, basada en los caracteres latinos; el segundo, sustituyó los caracteres latinos por los cirílicos. Las fechas de esos experimentos corresponden, más o menos, al principio de la cuarta y a los comienzos de la quinta década. En algunos casos, el uso de los caracteres cirílicos para una lengua turca impuso la introducción de caracteres modificados o nuevos, como ocurrió en

el caso del karakalpak que, entre sus 36 letras, tiene tres para las velares y la continua (velar también) que no se encuentran en ruso.

La elección de los dialectos para la constitución de la lengua estándar también tuvo que hacerse a base de tanteos (o, mejor, de experimentos). Así, si bien en un principio se eligió para la lengua estándar uzbeka el dialecto que tenía armonía vocálica plena (característica de las lenguas turcas), ulteriormente se introdujeron elementos del uzbeko del valle de Fergana y se permitió que llegase a predominar el uzbeko de Tashkent. Krader, en esto, se muestra menos explícito y no señala cuáles fueron las causas concretas que inclinaron hacia esa sustitución.

Uno de los resultados de la estandarización y reducción de las lenguas turcas de Asia Central soviética a la escritura ha sido el que —en un caso por lo menos— haya aparecido una barrera nueva entre los usuarios de uno de esos idiomas a uno y otro lado de la frontera internacional, ya que mientras los uygures que habitan Sinkiang siguen escribiendo con caracteres arábigos, los del otro lado de la frontera usan caracteres cirílicos y, en consecuencia, han dejado de entenderse por escrito.

Entre las lenguas indoeuropeas que se hablan en Asia Central, las más antiguas son las iránicas y, de ellas, la principal es el tadyik o tadjik. Además de este idioma, se hablan en el propio Tadjikistan, en Uzbekistan y en Turkmenia otros idiomas iránicos, entre los que se encuentran: el persa (o farsi), el baluchi, el kurdo. El tadjik tiene —además— la característica de *lingua franca* de los iránicos del Pamir.

En relación con el tadjik, y precisamente por su carácter iraní y su parentesco con el idioma oficial de un Estado no soviético —Irán—, ha surgido una polémica de motivación o de repercusión política, ya que, en tanto Berthel trata de demostrar que el tadjik es más antiguo que el persa y, por consiguiente, más prestigioso que él en cuanto heredero de las producciones de los antiguos poetas persas, Barthold y Freyman afirman que el tadjik es, más o menos, un dialecto persa. Berthel, según el decir de Krader, “acusa a Barthold y a Freyman de haber colocado fuera de la Unión Soviética el centro del desarrollo histórico y lingüístico de un pueblo que vive dentro de la Unión Soviética” (36.0041) o sea que hace así (o se le imputa que hace) una argumentación enraizada ideológicamente.

Fuera de las lenguas iránicas, en Asia Central están representados: el ruso, cuyos hablantes se encuentran en mayoría en Kazakstan; el ucraniano, cuyos hablantes representan una importante minoría, y los alemanes y judíos que fueron desplazados de la región del Volga durante la ofensiva hitleriana.



En relación con la escritura, hay que señalar que el tadzhik tenía una tradición literaria de siglos; que se escribía originalmente en árabe y que, desde 1940 (como los otros idiomas de Asia Central, turcos y no turcos); se escribe en caracteres cirílicos, con lo que se abre un abismo entre ésta y las lenguas iránicas que se hablan allende la frontera.

Un problema distinto, pero interrelacionado con los de elección de un dialecto para la estandarización y de una caligrafía o alfabeto para la escritura, es el de la forma de escribir las palabras de préstamo, particularmente del ruso, que están invadiendo cada vez más las lenguas de Asia Central. En este sentido, no existe aún una política claramente definida dentro de la Unión Soviética y en relación con los idiomas distintos del ruso que toman en préstamo voces de dicha lengua.

### *Los idiomas fino-ugrios: de lenguas vernáculos a lenguas de cultura*

Aurelien Sauvageot, eminente especialista en la lingüística ugro-finesa, ha estudiado la forma en que —en época relativamente reciente— Finlandia, Hungría y Estonia se tuvieron que esforzar por lograr una adaptación de sus idiomas vernáculos a las necesidades modernas. Esos idiomas, en el pasado, habían bastado para expresar las realidades locales, pero sin llegar a desarrollar medios expresivos de lo que rebasaba el ámbito local, y, hasta mediados del siglo XIX, sus hablantes tuvieron que recurrir a lenguas distintas de la propia, para adquirir cultura.

Con el restablecimiento de la unidad nacional húngara, con la segregación finlandesa y el despertar del nacionalismo estonio, hubo que pensar en la revigorización de las lenguas respectivas. Los traductores fueron los primeros que notaron las insuficiencias de éstas, cuando las compararon con las lenguas de las que intentaban traducir. Y, una vez que notaron esas insuficiencias, se dedicaron a llenar lagunas y a reparar faltas. La labor consistió —entonces— en enriquecer el vocabulario y en hacer más flexible la estructura de la frase.

El vocabulario ya se había empezado a enriquecer algunos años antes, de una manera espontánea, gracias a los préstamos que se habían tomado de otros idiomas. Así, el finés, a principios del siglo XVI, usaba una mezcla de palabras finesas y suecas, y el húngaro una de voces alemanas, francesas y latinas.

Los neologismos —como indica Sauvageot— comenzaron por ser plagios más o menos disimulados, que no respetaban el “genio de la lengua” a la que se incorporaban. Pero, en otras ocasiones, eran el resultado de un análisis conceptual al que se sometía el vocablo y de la traducción ulterior de los elementos resultantes mediante elemen-

tos lingüísticos propios, que se combinaban para expresar el concepto propuesto. Pero, también se dio el caso de creaciones *ex nihilo* producidas por los reformadores. En todos esos casos, se buscó que los nuevos vocablos fuesen tan cortos como se pudiera, lo cual, en el caso de los húngaros, equivalió a ir en contra de las tendencias de la propia lengua que originalmente se caracteriza por preferir los derivados complejos y largos.

Sauvageot indica que “se aplicaron todos los procedimientos imaginables: resurrección (con una acepción que a veces era nueva) de palabras caídas en desuso; admisión de términos dialectales, con cambio de significado; derivaciones, composiciones, etcétera. En particular, se recurrió —de modo desmedido— a los vocablos compuestos” (67.0140).

Los esfuerzos que se hicieron para dar flexibilidad a la frase consistieron en eliminar muchas formas que se consideraron viciosas, superfluas, complicadas o ambiguas. Así, en húngaro se regularizaron las formas y se suprimieron ciertas modalidades de la conjugación; en estoniano, se simplificó la declinación y se disimularon formas semejantes que se prestaban a confusión.

Fueron principalmente los traductores los que dieron mayor flexibilidad y libertad a estas lenguas pues —con frecuencia— trataron de reflejar en ellas el movimiento lingüístico del original, y como muchos de ellos eran grandes escritores, encontraron modo de hacerlo sin forzar su propia lengua.

Las innovaciones lingüísticas en el dominio ugrofinés fueron —según los apuntamientos de Sauvageot— el resultado de los esfuerzos que realizaron las minorías selectas, entre cuyos miembros destacan: Lönrot y Allqvist (para el finés) Dugonics, Bartzafalvi, Kazinczy, Kősey y Szmere, así como Vörösmarty (para el húngaro) y Aavik (para el estoniano).

Todos esos reformadores tuvieron que luchar para vencer fuertes resistencias. Es por ello por lo que puede decirse que en Hungría y en Finlandia hubo una verdadera lucha lingüística y ésta, en el caso de Finlandia se confundió en parte con los esfuerzos en pro de la liberación nacional. Esa lucha determinó la formación de dos campos contrarios: el de los “neologistas” y el de los “ortologistas”. En Hungría los primeros —en su empeño por ampliar el vocabulario de la lengua—, propusieron no menos de cuarenta mil términos, sólo para las ciencias naturales. Del total de los neologismos que se intentó acuñar, no menos de doce mil se han incorporado permanentemente en el húngaro. Es así como, en la actualidad, un húngaro no puede conversar si prescinde de esas innovaciones. En forma parecida, sin ellas, un finlandés no podría escribir sus libros.

Sauvageot recoge ciertas conclusiones a partir de la experiencia lingüística ugro-finesa. Como él hace observar, las reformas se iniciaron de una manera empírica, en una época en la que la ciencia lingüística aún no se constituía. Por otra parte, los fines que buscaban los diferentes reformadores fueron, con frecuencia, divergentes. Todo eso hizo que las reformas tardaran en ser aceptadas y que no lo fueran en su totalidad.

Esas reformas se iniciaron en una época anterior a la plena constitución científica de la lingüística; de ahí que se procediera un tanto a ciegas, sin entender muy bien en qué consiste el progreso lingüístico y menos aún cuáles son los medios con que se le puede alcanzar. Esto explica por ejemplo, el que Aavik, en Estonia, en lugar de simplificar la declinación, haya introducido en ella nuevos casos.

Los móviles de los reformadores eran divergentes. Algunos de ellos querían dotar a su pueblo de un medio expresivo que pudiera equipararse a los grandes idiomas de cultura; algunos otros trataban de que éste fuera un instrumento que sirviera para hacer resaltar la originalidad de la propia cultura; otros más, querían estructurar una lengua perfecta, en la que se pudiesen expresar todos los matices del pensamiento, tanto individual como colectivamente.

En una u otra forma; según la evaluación de Sauvageot:

Las innovaciones introducidas en esas lenguas las han transformado eficazmente, de lenguas vernáculas que eran, en lenguas de civilización, capaces de expresar el pensamiento de nuestro tiempo (67.0143).

El piensa, también, que la útil reforma lingüística que hizo de ellas nuevas lenguas, hubiera podido ser más rápida y segura, y —en el momento de escribir sobre ella— pensaba que las reformas futuras podrían llegar a serlo en caso de ser dirigidas por especialistas.

Sauvageot —ya en ese momento— señalaba las operaciones arquetípicas de una reforma lingüística de base científica. Ellas son: la determinación de las insuficiencias de una lengua mediante la comparación que se haga de ella con otras lenguas-modelo, de cultura (comparación que nos parece difícil y debatible); establecimiento de los elementos léxicos y gramaticales que pueden cubrir las deficiencias o insuficiencias, y ensayo de aplicación práctica de las innovaciones propuestas.

### *Lenguas locales, regionales y mundiales en Nueva Guinea*

En Nueva Guinea —país de poblados pequeños y aldeas dispersas—

los pobladores carecen de lengua común. De los idiomas de la isla, hay alguno que se reduce a un ámbito de quinientos hablantes y son mayoría los idiomas que no abarcan más de cinco mil. Bastan unos kilómetros de distancia para que los habitantes de dos lugares distintos no se entiendan. La separación se acentúa si se considera que los idiomas de Nueva Guinea pertenecen a dos grupos (el melanesio y el papú) que tienen entre sí mucho menos afinidad que la que existe entre las diferentes lenguas europeas.

En algunos lugares de Nueva Guinea, aun antes de que llegaran los europeos, ya se habían formado píchines locales con los que se satisfacían las necesidades de la comunicación y, muy particularmente, las del intercambio comercial. Entre ellos se cuenta, por ejemplo, el *trade motu*. Pero, esos píchines no llegaron a generalizarse y, por ello, no ofrecieron condiciones favorables al establecimiento de una comunicación más amplia.

Los misioneros fueron los únicos que aprendieron las lenguas de Nueva Guinea. En cambio los comerciantes, los colonos, los funcionarios, que procedían, con frecuencia, de otras islas del Pacífico, preferían seguir empleando el pichin inglés o el inglés pichin del que se habían servido en ellas.

La *pax germanica* hizo que en esa isla se pusieran en contacto personas de distintas lenguas, tanto en las plantaciones como en las cárceles. En esos ambientes, a falta de otro medio de comunicación, se volvió a imponer el empleo del pichin. El uso del pichin, asociado a esas experiencias vitales, hacía que quienes lo usaban adquiriesen la credencial de "haber corrido mundo".

El pichin dio a sus hablantes un sentimiento de seguridad del que habían carecido anteriormente, ya que, gracias a él, podían tratar —en plano de igualdad— con los funcionarios gubernativos, y lograban contratar con otras personas, sin necesidad de intérprete.

C. H. Woodward —al referirse a la situación neoguineana— delata el preconcepción que reduce al pichin a "forma imperfecta del inglés, salpicada de 'em' y duplicaciones, y que prescinde de la sintaxis". Lo concibe —en cambio— como una lengua híbrida, de básica estructura melanesia (con plurales inclusivo y exclusivo, número dual, ausencia de modificaciones morfológicas para expresar número y caso) y piensa que la mayor semejanza con el inglés consiste en el empleo indistinto que hace de los sustantivos en función verbal y los verbos en función nominal. Reconoce —también— la aportación léxica samoana, introducida al pichin por las mujeres de los colonizadores, la frecuente ampliación de sentido y la diferencia en las asociaciones de ideas (que producen sentidos traslaticios). En cuanto a la fonética,

señala que las modificaciones producidas en el vocabulario de adopción proceden principalmente de que se busca una vocal de apoyo para cada consonante. A más de ello, reconoce que el tono y la entonación del pichin son ajenos a los del inglés.

El pichin —conforme a la concepción de Wedwood— es un idioma vivo, dinámico, que permite incluso el que aparezcan variantes dialectales secundarias y que se le utilice en forma escrita, gracias a los esfuerzos —en ocasiones divergentes— de los misioneros, que han tratado de darle un sistema de escritura.

En este sentido, Wedwood dice que “a pesar de sus orígenes, el pichin de Nueva Guinea constituye actualmente una verdadera lengua, ya que se utiliza como instrumento de pensamiento y de la expresión”, y que “no es justo seguir considerándolo tan sólo como una lengua comercial, como una forma bastarda y degenerada del inglés, sino que debe considerársele, más bien, como una lengua vernácula de carácter intertribal” (79.0112).

Fuera de esta evaluación, el informe de Wedwood se ocupa, sobre todo, de las actitudes sociales frente al pichin, y de las consecuencias socioculturales que las mismas pueden llegar a tener. Así, en primer término, señala que la actitud de quienes hablan inglés es completamente desfavorable al pichin; pero que, en la práctica, han tenido que aceptar, en forma realista, que su uso satisface una necesidad.

En teoría, en Nueva Guinea, la política lingüística podría encontrar cuatro soluciones, pero no todas ellas son igualmente aconsejables. En efecto, se cuenta con una lengua vernácula, varias lenguas regionales, el inglés y el pichin, pero: elevar una lengua vernácula a la categoría de lengua de uso general sería algo que produciría dificultades resultantes de los prejuicios y las envidias; hacerlo con las lenguas regionales aumentaría los gastos de enseñanza y de administración; al inglés, si bien se le concibe como medio de comunicación entre aborígenes y administradores, difícilmente llegaría a ser aceptado como medio de intercambio entre aborígenes de distinta lengua, a más de que sería difícil asegurar su rápida difusión.

O sea, que como dice el autor a quien seguimos:

Deberemos aceptar el pichin como elemento importante para la cultura de Nueva Guinea, pues si la finalidad de la educación consiste en preparar a los niños para que vivan en el mundo de los adultos, no se pueden ignorar la existencia y la importancia de esta lengua en ese mundo (79.0116).

Sin embargo, cuando se ha tratado de convertir al pichin en vehículo de enseñanza se ha tropezado con serias dificultades, principalmente porque se le considera como una lengua “marginal”. Wed-

wood pasa por encima de esas calificaciones fáciles, prejuiciadas y dañinas, y la defiende como medio de instrucción.

porque es probable que sea la lengua que los niños oigan hablar a sus padres, y la que ellos mismos utilicen en sus juegos, fuera de la escuela —y añade que— el inglés es —indudablemente— la lengua cuyo dominio les resultaría más difícil (79.0118).

Enseñar en inglés equivale, también, a favorecer la enseñanza memorística; a aumentar las dificultades del escolar para entender un mundo de hechos e ideas nuevas. Eso no significa que se busque una exclusión total del inglés, pues —conforme las indicaciones del autor— “convendría que se le enseñara como ‘lengua mundial’ tan pronto como dejara de suponer esfuerzo excesivo o perjuicio para el desarrollo de quien estudia, ya que puede esperarse que el inglés desempeñará en el Pacífico el papel del latín en la Europa Medioeval en cuanto medio internacional de comunicación y vehículo para la enseñanza superior”.

Los estudios de Wedwood muestran claramente cómo, en diferentes niveles sociales (local, intertribal, mundial) hay distintas posibilidades lingüísticas. Y es obvio que estas observaciones suyas deben aprovecharse prudentemente en otros continentes, en otras latitudes, africanas, asiáticas, latinoamericanas.

### *El bahasa indonesia: de lengua franca a lengua nacional*

Indonesia está constituida por millares de islas, cada una de las cuales está dividida, a veces, por una cordillera. Esto ha dificultado la unificación lingüística sin llegar a impedirla. En efecto, desde tiempo inmemorial ha existido comunicación intensa dentro y fuera del archipiélago, gracias al uso de una lengua franca: el malayo.

El malayo, fue, en el siglo XVI, el idioma que desempeñó el papel de lengua franca para todo el sureste de Asia. Los colonizadores lo utilizaron hasta el siglo XIX, fecha en la que introdujeron el holandés. Los acontecimientos políticos ulteriores —que habrían de desembocar en la independencia de Indonesia— favorecieron la vuelta del malayo y su consagración como idioma nacional.

En Indonesia existen unas doscientas lenguas; algunas de ellas (como el javanés, hablado por decenas de millones) tienen una gran difusión; otras son menos empleadas, pues las utilizan sólo unos miles de personas.

Durante la colonización holandesa, muchos indonesios trataron de aprender el holandés; para adquirir conocimientos y posición social, y el gobierno de la metrópoli estableció escuelas nederlandesas en Indonesia. Pero —como un efecto no propuesto— la adquisición del idioma y de la cultura occidental hizo que aumentara el número de indonesios que demandaban igualdad jurídica, y la Comisión Nederlandesa de Educación en Indonesia recomendó que se limitara la enseñanza y el uso de la lengua metropolitana entre los indonesios. Debe recordarse que en la Nueva España (en el México colonial) se produjo una alarma semejante entre los peninsulares habitantes del país cuando éstos comprobaron los grandes adelantos de los indígenas en la adquisición del español así como la forma en que —particularmente quienes se educaban en colegios como el de Santiago Tlatelolco— comenzaban a emplearlo para sus propios fines (de toma de conciencia, de conocimiento de sus antecedentes culturales) o sea, para propósitos que esos peninsulares consideraban contrarios —en último término— a la prolongación del dominio colonial.

Cuando el movimiento nacionalista indonesio trató de vitalizar al pueblo y de buscar su organización, se pensó que sus propósitos serían irrealizables en caso de basarse únicamente en el empleo de las lenguas regionales. De ahí que se diera preferencia a un idioma ampliamente difundido como el malayo. Este comenzó a ser usado más y más por los intelectuales, particularmente a partir del momento en que éstos comprendieron que, al vedárseles el uso del holandés, disminuían sus posibilidades de expresión y de comunicación.

Todo esto vino a acentuar una tendencia que —ya desde antes— había comenzado a manifestarse, pues aun antes de la Segunda Guerra Mundial se tendía a hacer del malayo la lengua unificadora de toda Indonesia. Las organizaciones juveniles fueron, muy particularmente, las que tomaron como bandera la de “una nación, un pueblo, una lengua”, y a la lengua malaya se la llamó, desde entonces, *bahasa indonesia* (lengua indonesia). Fue también por esa época cuando *Pudjangga Baru* (una revista cultural nacionalista) pugnó porque se adoptara esa lengua, y convocó al primer congreso de la *bahasa indonesia*.

La ocupación japonesa —sin proponérselo— favoreció estos desarrollos. Los ocupantes repudiaron el holandés y, aunque trataron de imponer el japonés, pensaron que primero era útil darse a entender en el idioma más extendido en las islas. Los dirigentes indonesios, los funcionarios, los maestros, abandonaron el holandés por el indonesio. Y los japoneses —según señala Sutan Takdir Ahsjahbana— “decididos a utilizar las energías de toda la población indonesia para el esfuerzo bélico, penetraron hasta las aldeas más remotas, utilizando para ello la lengua indonesia” (3.0101).



Quienes habían comenzado a utilizar el malayo con aprobación del ocupador japonés obtuvieron así una creciente toma de conciencia lingüístico-nacional pues descubrieron que esa lengua constituía un “nexo de unión. . . un símbolo de la unión nacional, en oposición a los esfuerzos de los japoneses” (3.0101).

Al proclamarse la república, el gobierno indonesio declaró que la lengua nacional era la *bahasa indonesia*. No fueron obstáculo para ello ni el que los miembros del parlamento y el mismo presidente fuesen de habla javanesa ni el que el malayo difiera sustancialmente de las lenguas maternas de la mayoría de los indonesios. En buena parte, esa elección fue favorecida por el hecho de que algunas de las lenguas de mayor extensión y de más larga tradición literaria en esas islas —como el javanés— presentan complicaciones que dificultan su aprendizaje por los extraños (como la que consiste en que en una misma lengua haya modalidades distintas para dirigirse a un superior, a un igual o a un inferior).

Dentro de esa panorámica lingüística, de elección del malayo como la *bahasa indonesia*, la situación relativa de esa lengua nacional y de las distintas lenguas regionales difiere según que las lenguas regionales lo sean de amplia difusión o poco difundidas, y la posición de los idiomas empleados por millones de indonesios (el javanés, el sondaés, el madurano) es diferente de la de cualquiera de los idiomas que son hablados sólo por unos miles de isleños.

Actualmente, el indonesio enfrenta la necesidad de satisfacer los requerimientos expresivo-comunicativos del siglo XX. Particularmente, tiene que enriquecer su léxico para expresar las realidades de nuestro tiempo y para referirse a las abstracciones. A más de ello, tiene que hacer más ágiles sus construcciones. De ahí que —ya desde la época de la ocupación japonesa— se haya sentido la necesidad de constituir una Comisión a la que se confió la tarea de darle una gramática moderna, de seleccionar su vocabulario cotidiano (a base del que aparecía en libros y periódicos) y de formar una terminología técnica y científica.

Con respecto a la constitución de una gramática del indonesio, la Comisión enfrentó la disyuntiva de hacer una gramática puramente descriptiva, o crear una propiamente normativa. La opción favoreció a la normativa. Y es que aunque el indonesio procede del malayo, no es el malayo mismo sino una modificación de éste producida por influjo de las lenguas regionales y extranjeras. De ahí que los autores de esa gramática hayan tenido que moverse siempre con mucha cautela entre dos extremos igualmente peligrosos: el de apartarse totalmente del malayo y caer —así— en la dispersión propiciada por las

influencias de las lenguas regionales, y el de hacer que avanzara tanto la “depuración” de la lengua que retrotrajera al indonesio (*bahasa indonesia*) al malayo arquetípico y que, en consecuencia, lo alejara del idioma vivo, cotidiano, de las islas.

En las últimas décadas, el indonesio ha estado sujeto a un rápido proceso de recambio léxico. En los años que siguieron a la terminación de la guerra, las palabras aparecían y desaparecían con igual facilidad y rapidez. De ahí que los diccionarios hayan tenido que ser selectivos; hayan tenido que buscar —siempre— cuáles eran aquellos términos que al tiempo que eran de los más usados presentaban mayor estabilidad.

Sutan Takdir Aljihabana considera que el futuro aprendizaje de la lengua indonesia por los indonesios depende mucho de la cantidad y la calidad de las publicaciones que en ella se hagan. Pero, por otra parte, reconoce la circularidad de la causación social en este campo, en cuanto señala que, en el grado en que el pueblo indonesio aprenda a pensar y a expresarse en su lengua nacional, crecerá la necesidad patente (la demanda) de nuevas publicaciones que abarquen todos los aspectos de la vida moderna y que integren a Indonesia —plenamente— en el panorama cultural y civilizatorio de nuestro tiempo.

### *La revolución lingüística africana*

En el Congreso Internacional de Lingüistas, reunido en Bucarest, Traore, de Guinea, designó con el nombre de “revolución lingüística” la serie de cambios que se han estado produciendo, en los últimos tiempos, en Africa Occidental, en particular, y en toda Africa, en general.

Esos cambios se han producido en dos etapas, con manifestaciones fundamentales distintas, aunque interrelacionadas. Es así como se está produciendo por una parte, la degradación de los idiomas locales; por otra, la rehabilitación de las lenguas africanas. Cada una de estas tendencias convergente-divergentes tiene manifestaciones correlativas en el sector de las lenguas extranjeras: la primera, de preferencia del idioma del colonizador por los intelectuales que se han desarraigado y enajenado respecto de su medio de origen; la segunda, de difusión de ese idioma, con fines de vinculación internacional, por parte de los estadistas.

En efecto, a partir de 1945, ha habido en Africa cambios históricos, políticos, económicos, sociales y culturales considerables. Duran-

te la colonización, muchos intelectuales prefirieron la lengua del colonizador, en cuanto vieron en ella una puerta de acceso a los productos de la civilización y en tanto la consideraron como un canal de promoción social, despreciando —en cambio—, la lengua propia. Esto explica el que la primera haya alcanzado cierta difusión, en tanto los idiomas locales o se estancaban o se deterioraban.

En cambio, a partir de la descolonización (de la independencia política) se ha venido produciendo un movimiento que marcha en sentido contrario. Para alcanzar a las masas, a las que tratan de manejar, las capas dirigentes han tenido que volver a emplear las lenguas locales que habían abandonado previamente. Se trata de una necesidad de comunicación que, al satisfacerse, ha tenido efectos político-sociales. Los intelectuales desarraigados, a fin de poder realizar una función directiva, han tenido que reintegrarse al medio original, el cual ha recuperado, así, por la vía lingüística, algunas de sus mentes más brillantes. Con ello se ha incrementado la cohesión social y se camina ya hacia la consolidación de la unidad nacional de los nuevos Estados africanos.

El alemán Sigmund Braumer, en el mismo Congreso de Bucarest, proporcionó informaciones que vienen a confirmar al menos uno de los puntos (el de la rehabilitación de las lenguas africanas) cubiertos por la comunicación de Traore sobre lo que está ocurriendo en Africa en el sector lingüístico. Ha hecho un estudio sobre la estructura étnica y la situación lingüística de la región según. A partir de él, señala que en la República Mali se siente ahora la necesidad de desarrollar una política lingüística, y la forma en que la decisión ha favorecido la difusión y el desarrollo del bambara como idioma nacional.

Pero, aunque parezca que esto es lo que debiera ser, lo cierto es que la lengua del ex-colonizador y las lenguas locales no tienen por qué oponerse tajantemente; pueden cumplir —en esto— funciones convergentes, relacionadas con la búsqueda de una unidad social. Esta podrá lograrse: 1) cuando los dirigentes les hablen a las masas en su lengua, y 2) cuando las masas lleguen a adquirir —además— el idioma del antiguo colonizador, y esa adquisición alcance grado suficiente para que esas mismas masas se beneficien de los conocimientos adquiridos por sus intelectuales. De ahí que los gobernantes africanos hayan buscado difundir —por todos los medios a su alcance—, las lenguas extranjeras. Traore piensa, así, que en estos momentos, Africa se encamina “hacia un multilingüismo constructivo” (75.0373).

El propio Traore llega a la conclusión de que, en Africa, los problemas lingüísticos constituyen un elemento de la problemática social africana (considerada en su sentido más amplio); pero, también, que

el multilingüismo emergente de esa región del mundo puede constituir un factor para la solución de esa problemática.

En el plano político, se cree autorizado a afirmar que —en el sector lingüístico— se debe establecer una cooperación fructífera entre las naciones; que, mientras —por una parte— se atienden las necesidades nacionales, no se deben descuidar —por otra— las de vinculación internacional e intercambio científico.

### *La situación lingüística en Africa Oriental*

De acuerdo con Ruth E. Sutherlin, en Africa Oriental tanto las lenguas como las tribus compiten por el reconocimiento nacional y —con ello— dificultan el establecimiento de gobiernos en Kenia, Tangañica y Uganda pues, según ella misma piensa, un medio común de comunicación es un requisito previo para el funcionamiento de un gobierno nacional efectivo.

Su estudio trata de señalar cuáles son los resultados de la desigualdad educativa lingüística en un contexto sociológico tribal, qué factores determinan esa desigualdad y cuáles otros determinan la preferencia que se da a una de las lenguas tribales con respecto a las restantes.

De sus observaciones desprende la conclusión de que, conforme se progresa a lo largo del camino educativo son mayores las oportunidades que el africano tiene para aprender el inglés, pero que, simultáneamente, crece la dificultad para obtener la educación correspondiente. El panorama se ensombrece por el hecho de que de un ciclo a otro crece el número de desertores.

Como, por otra parte, la élite política se constituye sólo por los angloparlantes, con exclusión de quienes hablan otros idiomas, eso significa que son pocos los africanos que pueden aspirar, en forma efectiva, a dirigir los destinos del país y, en otro escalón, a participar —al menos— en la vida ciudadana.

Como subraya la propia autora, resulta de esto que la identificación tribal resulta ser el lazo fundamental entre los problemas políticos y los lingüísticos.

En efecto, la situación lingüística ha repercutido en la situación sociopolítica. En cuanto en Africa Oriental se ha puesto como condición de participación en la vida política activa el conocimiento del inglés, y en cuanto son los jóvenes quienes han llegado a aprender ese

idioma, los viejos —que tradicionalmente podían aspirar a los puestos directivos— se han visto postergados, y, con ello, se ha roto la vinculación entre generaciones, a veces no sólo dentro de la sociedad global sino incluso en el seno de una misma familia.

Por otra parte, así como las oportunidades y la facilidad para aprender el inglés difieren entre jóvenes y viejos, son también distintas entre hombres y mujeres. Esto —a su vez— repercute socialmente, pues, conforme dicen los kikuyu: “De poco sirve aprender hábitos higiénicos si al regresar a casa se tiene que comer en un plato sucio.”

Pero, la posibilidad de aprender el inglés en Africa Oriental depende también de las disponibilidades de maestros, de la situación de las localidades en relación con los centros de instrucción, de las disponibilidades materiales de libros y bibliotecas y de las posibilidades que brindan los medios de difusión.

En efecto, los maestros de la región son pocos, y hay muchos que pierden pronto el interés por la enseñanza; esto se debe a las dificultades de la misma, a los magros resultados del esfuerzo o a la mayor atracción que sobre ellos acaba por ejercer la actividad política.

El aprendizaje, en general, y la adquisición del inglés, en particular, imponen el traslado del educando, de su propia comunidad a los centros de instrucción. Esto es particularmente cierto en lo que se refiere a la instrucción superior, porque la Facultad Makerere de Kampala, Uganda, es el único centro educativo de alto nivel, en toda la región.

Los textos y las bibliotecas son escasos en la zona; pero tanto esta deficiencia como la lejanía de las escuelas se ven compensadas por el hecho de que en Africa Oriental se utilizan para fines educativos los grandes medios de difusión. Así, hay transmisiones radiales educativas directas para las escuelas, tanto en suahili como en inglés, y las exhibiciones cinematográficas se utilizan para la educación de adultos. Estos últimos, por su parte, suelen depender de los niños para su instrucción, y su interés político se revela por el hecho de que, a fin de enterarse de los acontecimientos, hacen que los niños les lean los periódicos que ellos no pueden leer.

En un ambiente como éste, la elección de una lengua para fines oficiales o educativos tiene —como indica Sutherlind— muchas implicaciones y, por ello, ha de hacerse considerando ciertos índices objetivos, entre los que se cuentan: 1) el tamaño del grupo lingüístico y su relación con otras lenguas y grupos; 2) la historia política de ese grupo, y 3) las actitudes de los hablantes potenciales ante el idioma.

En particular, el suahili presenta ciertos caracteres interesantes en Africa Oriental, en cuanto tiene ciertas connotaciones positivas y negativas, derivadas del hecho de que contiene muchos elementos

árabes; en cuanto fue el primer idioma africano que se escribió mediante una adaptación de la escritura árabe; en tanto los colonizadores (británicos y alemanes), que vieron en él un medio para realizar su administración, lo estimularon; en cuanto, tras la descolonización, algunos dirigentes —como Julius Nyerere— lo han preferido para realizar sus campañas políticas y para proponerlo como oficial.

Por su parte, la autora piensa que el suahili puede llegar a ser una fuerza unificadora; que hay que reconocer que es particularmente útil en las ciudades; que incluso en donde no se le quiere dar mayor reconocimiento, su utilidad se revela —como en Uganda— por el hecho de ser el que tienen que usar las fuerzas policíacas para entenderse con toda la población. Lamenta que “la temprana eliminación del suahili de las escuelas deje a muchos africanos desprovistos de un medio de comunicación más amplio que el que les proporciona su lengua tribal”.

De las otras lenguas de amplia comunicación, o que pasan por encima de las divisiones intertribales, encuentra que el inglés se beneficia de su posición oficial pero se ve dañado por su vinculación con lo británico (que muchos africanos consideran como negativo), que el francés ejerce un gran atractivo sobre la élite africana en cuanto brinda oportunidades panafricanistas adicionales, y que el ruso ha entrado en la competición apoyado en las becas de estudio que Rusia ofrece a los africanos de esta parte del continente.

Como indica Sutherlind, en cada una de las porciones del África Oriental, “las actitudes hacia las lenguas y su uso están influidos por los contextos tribales específicos y por la historia de la administración y de la política educativa sobre el lenguaje”.

## ESTADOS NACIONALES DE MIGRACION EUROPEA SUPERPUESTOS A UN FONDO EXTRAÑO

*Argentina, los sustratos indígenas y  
la influencia de los inmigrantes recientes.  
Una nación hispanoparlante con sustratos indígenas*

El sociólogo argentino Alfredo Poviña se apoya en el estudio de Berta Elena Vidal de Battino (*El español en la Argentina*) para diferenciar lingüísticamente las diversas regiones del país, y encontrar una conjunción del habla tradicional española con expresiones italianas en proceso de acomodamiento, en el litoral; un uso intenso de voces guaraníes, usos extraños de las preposiciones castellanas y sintagmas inusitados en la guaraní (o de “español aparaguayado”); unas influencias “collas” en la noroestiana; un purismo español y una influencia quichua considerable en el norte de la central, y débiles contactos e interacciones sociolingüísticos en la región patagónica, donde ni los indios se castellanizaron ni el castellano recibió tantas influencias de sus lenguas como las que recogió —en otros sitios— de las lenguas quichua y guaraní.

A más de esas influencias (de filiación inmediata), otras (de más difícil identificación y comprobación) han diferenciado los patrones de pronunciación del castellano en las distintas regiones argentinas.

En último término, hay —de acuerdo con Poviña— un indicador regional lingüístico que es la “tonada” (si hemos de emplear el argentinismo) o el “patrón de entonación” (si hemos de usar el tecnicismo lingüístico).

En la tonada encuentra Poviña los caracteres propios de lo social pues: 1) es colectiva; 2) tiene mayor vigencia en los estratos más naturales (niños, campesinos, iletrados); 3) es “de origen mostrenco”; 4) es de contacto imitativo, y 5) presenta diferencias que son observables objetivamente.

En Argentina —como en México, según Henríquez Ureña— las “tonadas” regionales se han explicado por la influencia de la lengua indígena predominante en cada región (sustrato), a la que habría

que agregar la alienígena (piénsese la que en el castellano de Buenos Aires ha podido tener el italiano de los inmigrantes, en función del adstrato). Poviña argumentó en contra; pero, nos parece que su razonamiento no quita validez a la explicación sobre el origen posible —y no necesariamente único— de la diferenciación entonacional, sino que añade a la vieja hipótesis una nueva, sobre el mantenimiento y no ya sobre la procedencia social de la “tonada”.

En efecto, una vez que la “tonada” aparece —por una u otra causa— “se da un contagio colectivo; una costumbre de hablar común, que se adquiere por imitación, viviendó en el mismo medio” (55.0050) y que, cuando se gana conciencia de ello, sirve de símbolo de identificación voluntaria del individuo con su región. Es esto lo que ocurre con el tucumano que regresa a Tucumán “a refrescar la tonada”, porque —aun en Buenos Aires— quiere mostrarse como distinto del porteño; como tucumano, por su modo de hablar.

Poviña parece debilitar un tanto su distinción entre las seis regiones argentinas cuando habla sólo de cinco “tonadas” diferentes (porteña o litoral, correntina o aparaguayada, norestina, cuyana y acuerdo-besada) y en tanto muestra que dentro de una misma región (la porteña), hay que reconocer una variante entonacional que, en su origen, corresponde al habla “lunfarda”.

Como entenderá fácilmente quien se ocupe con problemas de indicadores sociales, de lo que se trata —y esto da la razón al autor— no es de encontrar un indicador que de por sí sea capaz de dar cuenta de la realidad compleja que es la región, sino de usar uno que —unido a otros— nos dé pistas para identificarla antes de que podamos estudiarla con la profundidad requerida (o sea, ya no a base de indicadores discontinuos, discretos o incluso entrelazados pero diferentes, sino de estructuras conexas, dinámicas, y orientadas teleológicamente).

*La influencia de los inmigrantes y la difusión de las modificaciones lingüísticas a través de los estratos sociales*

El lunfardo —según Enrique Ricardo del Valle, miembro de la Academia Porteña del Lunfardo— no es una rareza lingüística; es una realidad que tiene su correlato social en la vida porteña de Buenos Aires; una realidad suficientemente rica y variada como para que en ella se estudien: 1) sus aspectos propiamente lingüísticos, léxicos y literarios, y 2) las realidades sociales que produjeron esa manifestación lingüística; que le proporcionan contexto real; que actúan sobre ella, y sobre las que —a su vez— actúa ella.



En el estudio del lunfardo es preciso proceder metódicamente; referirse a su fonética y su fonología, su morfología y su sintaxis; su lexicología y sus cambios semánticos; pero, también, es preciso relacionarlo con “el bajo fondo porteño, caldo de cultivo propicio para la proliferación de los inmorales”.

El lunfardo se forma ahí, en Buenos Aires, en el puerto, por diversas causas (geográficas, históricas, demográficas, culturales). Originalmente, es un lenguaje de delincuentes que se empeñan en usar las lenguas secretas o los idiomas de ocultación; pero, después, ya no es sólo esto, pues lo usan muchos miembros de las capas populares, que no son delincuentes, y que lo emplean mezclándolo en proporciones diversas con ciertas formas del lenguaje popular originario, puro y simple. Del Valle llega a sentar que “en definitiva [el lunfardo] es la lengua orillera del Gran Buenos Aires, usada por ladrones, por la gente de mal vivir, de cuyo vocabulario ha pasado a la lengua común del pueblo buen número de palabras, cuyo sentido especial se ha adecuado —en boca de éste— para otros usos”.

Clasificar el lunfardo no es tarea fácil. Aparece en la vecindad del cant, el furbesco, la germanía, el Rotwelsch, el coa (de los lenguajes de malvivientes, en general); pero, Del Valle se niega a considerarlo como un “caló”. Esta categoría resulta desagradable porque crea una confusión (que se explica en términos sociolingüísticos) entre el lenguaje de los gitanos (egipcio-egiptano-gitano-caló) y el lenguaje de los malhechores, a pesar de que “el concepto de gitano es un concepto racial, y el del delincuente es jurídicosocial”; a pesar de que mientras el uno es —sobre todo— lengua, el otro es —destacadamente— habla. Le parece más apropiado considerarlo como una germanía; pero deja ver que —incluso dentro de esta categoría— el lunfardo se acomoda mal; que la denominación no le resulta muy apropiada.

El lunfardo, en sentido estricto, es una jerga especial de un grupo social pues, originalmente, es “el habla utilizada por los profesionales del delito, para comunicarse entre sí y mantener en secreto sus operaciones”; pero, en sentido lato, es parte del “lenguaje popular, que incluye voces lunfardas, y otras traídas por la corriente migratoria” (Gobello y Payet).

El hecho de haberse originado entre los grupos de malvivientes porteños impone la referencia a Lombroso, a Tarde, a Dellepianne (y tal vez hubiera convenido agregar la que correspondería a Nicéforo) pues ellos se ocuparon de esos asuntos. Lombroso pensaba que la lengua de los malhechores arrastraba influencias hereditarias parecidas al atavismo de la lengua de los salvajes, pero Tarde refutó tanto esa tesis como la que establecía una relación de semejanza entre la

lengua de los delincuentes y la de los niños, mientras señalaba —en cambio— el carácter cínico y pornográfico de los modos de hablar empleados por los malhechores. Dellepianne ocupa sitio destacado en este campo, pues no sólo fue uno de los primeros en proporcionar datos sobre las maneras de hablar de éstos sino que elaboró un diccionario completo lunfardo-español.

Fue el propio Dellepianne uno de los primeros en observar la circulación lingüística entre diferentes capas de la sociedad (que, como mínimo, se ha producido entre el lunfardo estricto y el lenguaje popular bonaerense) y señaló que algunas palabras del idioma de los delincuentes han llegado a alcanzar incluso a las capas altas de la sociedad —por una parte— y a los estratos formados por quienes cultivan la literatura —por otra— siendo dos ejemplos notables de esto los términos “atorrante” y “farra”. En forma similar, el doctor Héctor Solís Quiroga nos ha hecho observar cómo, en México, una expresión propia de delincuentes (“apantallar”) ha llegado a ser usada libremente, incluso por las “señoras de sociedad”.

Pero, a más de esa componente delincencial, el lunfardo (en sentido amplio) es producto de condiciones sociales que se vinculan estrechamente con la geografía, con la historia, con la demografía, con la cultura. Buenos Aires ha sido punto terminal de inmigraciones de europeos en un país que —ya desde antes— había sido conquistado y colonizado por otros europeos.

El puro hecho de que la lengua castellana haya evolucionado separadamente, a uno y otro lado del Atlántico, explica las discrepancias que se observan entre el uso peninsular europeo y el continental americano. Es un caso del proceso que visualizó y explicó Saussure. Muchas palabras, muchos usos lingüísticos castellanos se conservaron en América y aquí cristalizaron, en tanto que, en España, unas seguían evolucionando y los otros se modificaban hasta llegar —en ocasiones— a desaparecer. Muchas palabras y usos se modificaron aquí en forma diferente a como se transformaron allá, y muchos términos que aquí se introdujeron no llegaron a alcanzar vigencia o circulación en tierra española. Con todo, cabe observar —con Malaret— que “en la embrollada habla provincial española se encuentra todo lo que se censura y condena en América”.

Por otra parte, como ha hecho observar Palma:

La aportación nacional de cada país no consiste tanto en la corriente de vocablos indígenas, sino en la vida nueva que las palabras del castellano de todos han llevado en el nuevo ambiente continental: vida a veces tan original y llena de contenido local e histórico que, por encima del punto de arranque etimológico, les imprime un sello americano inconfundible (13.0017).

En América (y, más especialmente, en Argentina, y particularmente en Buenos Aires), los *tempos* vitales se han modificado (conforme ha hecho observar Ezequiel Martínez Estrada) y esa modificación del tempo socio-cultural (relacionable, tal vez, con el “espacio-tiempo-histórico” de Haya de la Torre) impuso muy probablemente —según Del Valle— el cambio lingüístico. Este se produjo, sobre todo, en la conversación (debido a la mayor o menor rapidez para hablar); hubo, así, modificaciones fonéticas y abreviación de palabras. Y es el hecho de ser Buenos Aires una gran ciudad y un gran puerto regido por el ritmo de la vida moderna el que refuerza la convicción de que ese cambio de los tempos es el que explica muchas de esas modificaciones de su habla popular.

Por si eso no bastara, hay que considerar la influencia ejercida por los inmigrantes que llegaron al puerto bonaerense en grandes masas: principalmente, la de los italianos, que enriqueció el vocabulario en forma considerable y que, así, contribuyó a constituir esa “habla orillera del gran Buenos Aires, nacida de los bajos fondos porteños”.

Se considera que el lunfardo no aparece hasta 1879. Una fecha tan exacta es —como puede suponerse— una cota convencional. Las realidades socio-culturales (entre las que se cuentan las lingüísticas) no son de las que, inexistentes un día, llegan a existir en plenitud al siguiente. Pero, sí se puede decir que hay un momento en que dejan de tener existencia soterrada; uno en que llegan a manifestarse con tal intensidad que hay que reconocerlas; uno en que el reconocimiento de su existencia se llega a testimoniar en forma literaria. Fue eso lo que ocurrió en esa fecha. Aparecieron, en ese año, (en *La Nación*) dos artículos de Lugones sobre el lunfardo, y a éstos los sucedieron: un ensayo de Drago y un libro *El idioma del delito* de Dellepiane. Este último contiene el diccionario correspondiente de un lunfardo histórico, no del actual.

Del Valle asienta que “entre el lunfardo histórico y la jerga de los malvivientes actuales, la diferencia es total, aunque algunas palabras conserven su vigencia”. Nosotros —sin conocimiento de esa realidad concreta— nos atrevemos a pensar que debe haber, con todo, un haz de conexiones entre ellos, y que convendría ponerlo de manifiesto, pues hay formas que cambiaron de contenido, realidades que cambiaron en cuanto a su forma de expresión. De no haberlo, Del Valle mismo no hubiera mencionado siquiera “ese otro lunfardo”.

El lunfardo —producto de esos factores sociales— en lo lingüístico, carece de sintaxis propia, y sus morfemas son pocos; resulta ser, así, lengua de pocos recursos estructurales; se reduce —casi— a la condición de vocabulario extenso y pródigo que se destina a servir de

expresión a un número muy limitado de ideas. Estas —a su vez— también corresponden a un sector muy estrecho de intereses (las herramientas, las armas, las pasiones). Su sinonimia —muy rica— llega al máximo en relación con dos realidades: la mujer (más de cien sinónimos) y la bebida o la embriaguez (más de setenta, como en la jerga italiana estudiada por Dellepiane, y en el argot francés que examinó Tarde).

Del Valle indica que en el lunfardo operan la endoculturación y la transculturación; que hay préstamos, pulverización lingüística, polarización lingüística, y que como Buenos Aires siempre dio la espalda a las provincias mediterráneas argentinas y se abrió a los aportes llegados del exterior, permitió —con ello— que su habla se diferenciara de la mendocina, la cual se parece más a la de los trasandinos (chilenos) que a la de los cisandinos (compatriotas suyos).

Históricamente, el lunfardo adquiere ímpetu con la llamada “crisis del progreso”, que se produjo hacia la última década del sigloXIX. Fue entonces cuando, por falta de elementos propios, se buscó en el exterior aquello que faltaba en el país. Sociológicamente, se explica ese impulso creciente por el hecho de que los hombres de las clases populares que carecen de otros medios de sobresalir tratan de destacar mediante la vestimenta y el lenguaje llamativo: así, adoptan el lenguaje de los delincuentes aunque ellos mismos no sean delincuentes. Del Valle respalda sus asertos con una amplia bibliografía (que incluye —entre otras fichas— la “Sociología del Tango”, de Daniel Vidart).

La sección que Del Valle consagra a la sociología del lunfardo, indica la importancia que la urbe ha tenido para su constitución; pero —muy particularmente— señala la que tienen la periferia urbana y las porciones marginales; aquellas que constituyen la zona de tránsito entre el campo y la ciudad, y en las que el campesino comienza a urbanizarse. Es ahí donde:

Como consecuencia de la superposición cultural entre el hombre del campo y el porteño, va desarrollándose, en los contornos de la ciudad (ahí donde termina el alambrado de los potreros), un personaje de características *sui generis*, producto social del lugar más que del etnos: el orillero, el compadrito o compadre de arrabal, que tiene rasgos comunes y diferencias notables con el gaucho (13.0112).

La existencia de los suburbios —de los lugares donde viven o mero-dean personas sin actividad u ocupación conocidas— tienen su importancia para la formación del lunfardo, y el barrio o el arrabal aparece

frecuentemente en la letra de los tangos que —simultánea y sintomáticamente— contienen muchas voces lunfardas. Del Valle subraya una observación de Blas Raúl Gallo en el sentido de que, si bien el hampa supone el arrabal, no siempre el arrabal supone el hampa. Eso casi equivale a decir (en un isomorfo lenguaje sociológico) que si bien el hampa supone el lunfardo, no siempre el lunfardo supone el hampa, pues ha llegado a ser lengua popular arrabalera, después de haber sido *únicamente*, lengua de ocultación empleada por delinquentes.

*Sudáfrica: Un Estado superpuesto a un "fondo extraño"  
que relega a los aborígenes*

Pierre L. van den Berghe reconoce que, en Sudáfrica, el nacionalismo nativo de diversas etnias, que solía observarse en el siglo XIX (zulú, xhosa, sotho, suazi, ndebelé) ha desaparecido; que lo que existe en el siglo XX, es un movimiento que trata de terminar con la supremacía blanca, dentro de un designio "territorialista", y que tiene que superar el obstáculo de una ideología racista, blanca, favorable a la situación actual.

El nacionalismo *afrikaner*, de los descendientes de holandeses o boeros se basa en el uso del idioma *afrikaans* como condición necesaria de pertenencia al *Volk* (el *Pueblo* concebido como entidad sagrada) y, la calidad de ser "blanco", como condición complementaria. Esto significa que quedan excluidos del "Pueblo sudafricano" quienes no hablan *afrikaans* o quienes —aun cuando lo hablen— no son "blancos".

Las acciones y reacciones sociolingüísticas proceden, en Sudáfrica, de esta doble distinción. Ser blanco fue, primero, la condición para dominar a quienes no lo eran; pero, después, a la llegada de los británicos, el hablar *afrikaans* se convirtió en el elemento de cohesión interna del grupo, y de distinción frente a la minoría hegemónica inglesa que había llegado a subordinar a los *afrikaner* blancos, en un país en el que continuarían siendo los dominadores de los aborígenes.

Los *afrikaner* desarrollaron, así, una especie de "nacionalismo" propio, con sus mitos de origen, sus sagas, sus templos, sus semidioses, héroes y traidores; con una ideología individualista de raíz calvinista, aislacionista, racista, de igualitarismo interno al grupo, pero no externo con otros grupos, temerosa de la mestización, de agrarismo anticapitalista, provincialista, etnocentrista, anticomunista; con una

cultura manifiesta en la pertenencia a las iglesias holandesas reformadas y el uso idiomático del afrikaans; con un partido nacionalista, de organización cuasifascista y élites secretas, que ha dominado el país desde 1948 hasta la fecha.

En Sudáfrica, los grupos étnicos principales son: “los de color”, “los indios” (de la India) y “los blancos”. Los primeros se han occidentalizado y aspiran a la asimilación por los dominadores; los segundos (muy divididos por religión, casta y lengua) no han llegado a desarrollar un nacionalismo propio y desean una Sudáfrica multirracial en la que no se les discrimine; los últimos, divididos en ingleses y afrikaner, o se oponen por motivos lingüísticos o se unen por motivos políticos, dentro del grupo dominante.

Al establecerse la hegemonía británica, los afrikaner —desde muy pronto— tuvieron que luchar para que al afrikaans se le reconociera como lengua nacional con el mismo rango que el inglés y se le usara tanto en el gobierno como en cuanto medio de instrucción en las escuelas segregadas.

La mayoría de “los de color” en Sudáfrica, usan como doméstica, una de varias lenguas bantúes, alguna de las cuales tiene de dos a tres millones de hablantes (o sea, que abarca entre el catorce y el veinte por ciento de la población total); pero, contra lo que sucede con otros africanos (que se enorgullecen aún de los rastros de sus culturas indígenas y son tradicionalistas) se han occidentalizado y muestran una clara orientación modernizante.

En época reciente, la minoría blanca en el poder decidió llevar a sus últimas consecuencias una política de segregación étnico-cultural que se ha revelado en la constitución de una especie de “reservaciones indígenas” para los sudafricanos negros. En una visita que hizo al país Judith Listowell, hace menos de cinco años, la vio en operación en el Transkei, y escribió al respecto que:

La forma en que Sudáfrica enfoca el problema del color queda ilustrado claramente por el Transkeim que es su primer bantustan, o sea, un territorio que, bajo la política de *apartheid*, ha sido destinado a la ocupación exclusiva de los africanos negros (42.0042).

En los bantustan, a los niños se les educa en sus propias lenguas, y el gobierno gasta en esa educación de los hablantes (negros) de las lenguas bantúes, mucho dinero. Lo hace o bajo el disfraz ideológico o guiado por la idea de que él mismo, “el gobierno sudafricano, promete aceptar la lógica del desarrollo separado, hasta llegar a conceder la independencia a los bantustans”.

Sin embargo, la propia Listowell descubre que el hecho de que se

instruya a los niños de Transkei exclusivamente en su propia lengua bantú representa un tropiezo para su ulterior educación en otra lengua, y Van den Berghe delata, en esto —así como en el mismo establecimiento de pseudouniversidades étnicamente segregadas para zulus, xhosas y sothos— un designio destinado a dividir a unos sudafricanos negros de los otros a lo largo de líneas étnico-culturales, o sea, una política de “divide e impera”.

En efecto, en el pasado, los africanos negros convivieron, trabajaron, se comunicaron en sus diversas lenguas y se mezclaron ampliamente entre ellos, en las ciudades y poblados. A través de eso, descubrieron su común condición de oprimidos. Ahora, la política nacionalista de los afrikaner trata de anular los resultados —no propuestos— de esa convivencia. Lo hace: en parte, para preservar sus intereses; en otra, porque proyecta sobre los africanos su idea de particularismo étnico y su chauvinismo; en otra más, porque piensa que a los “primitivos” bantúes les conviene una cultura que también sea “primitiva”.

Dentro de esta tónica, no es extraño que el gobierno sudafricano haya llegado no sólo a crear “facultades selváticas” sino que se haya lanzado a inventar una terminología técnica bantú y se empeñe en incorporar elementos bantúes en todo lo destinado a los sudafricanos negros, en su vano empeño por detener la historia.

Van den Berghe termina por hacer un examen de las posibilidades sociolingüísticas sudafricanas, para encontrar cuál podría asegurar la supervivencia del país como unidad política, y no las encuentra ni en el afrikaans (con sus asociaciones ideológicas negativas) ni en las lenguas bantúes (que no cubren a toda la población) ni en el inglés (sólo por tener pocos hablantes nativos) sino en una combinación de bilingüismos: en el uso del inglés por todos, a nivel de la unión, más una segunda lengua (afrikaans en el Cabo occidental, xhosa en el oriental; sotho, en el Estado Libre de Orange y en Transvaal, y zulú en Natal) para cada una de sus regiones.

En Sudáfrica, un Estado de migración superpuesto a un “fondo extraño”, los africanos bantúes son tratados —en su propio país— como “visitantes extranjeros carentes de derechos económicos y políticos dentro de la Unión” (42.0042).

*Las lenguas de las colonias internas  
en los países de migración europea*

*Las lenguas indígenas en los Estados Unidos de América*

En 1824, se estableció en los Estados Unidos de América el Departamento de Asuntos Indígenas. Este comenzó por ser el apoderado de la propiedad indígena, pero —con el transcurso del tiempo— ha llegado a convertirse en el encargado de todos los servicios que se han establecido para beneficiar a los indígenas de ese país. Dentro de su política ha pasado a otra que enfatiza la participación indígena plena en la vida estadounidense.

Conforme señala Hildegard Thompson, a los indios estadounidenses se les puede dividir en dos categorías: la de quienes han aceptado y la de quienes han rechazado la civilización y cultura más extendidas en el país. A los primeros, se les considera asimilados; a los segundos, como no asimilados. Estos últimos se apegan a sus tradiciones y se aíslan de la mayoría.

En relación con las lenguas indígenas estadounidenses el Departamento adoptó una primera política de asimilación forzosa (con imposición del inglés y proscripción de los idiomas nativos); pero ese método fracasó y —como reconoce la autora— dañó la personalidad de muchos indígenas.

En efecto, los indígenas estadounidenses recibieron en inglés una educación que les resultó poco útil y —en cambio— se deterioraron sus conocimientos de su idioma nativo. Ese deterioro impidió que los jóvenes pudieran comunicarse, de modo inteligente o inteligible, con sus mismos padres analfabetos. Eso produjo una verdadera escisión de las comunidades que —en opinión de la Thompson— no pudo ser menos vergonzosa ni lamentable.

En 1928, el Informe Merriam estimuló el estudio y la utilización de las lenguas nativas en el proceso educativo. La situación de esas lenguas —por esa época— era la siguiente: había ciento setenta dialectos distintos; de ellos, sólo tenían escritura unos pocos a los que se les habían dado las antiguas misiones, y aún la escritura de éstos no estaba muy difundida. De ahí que el Departamento iniciara un nuevo programa que habría de girar —en buena parte— en torno de su propósito de hacer que los idiomas indígenas pudieran escribirse.

A pesar de todo —según lo que se desprende de los informes de Thompson— el interés principal se concentró, casi exclusivamente, en el grupo indígena más numeroso del país; el navajo. Para escribir el



idioma de los navajos, se retuvo el alfabeto latino, pero se le adicionaron diacríticos. Gracias a esto, se pudo emprender un programa de alfabetización de adultos, y pudo publicarse un periódico que se llegó a convertir en valioso medio de comunicación entre los indígenas. Dentro de ese mismo programa limitado, la alfabetización permitió que unos pocos navajos pudieran leerles a otros muchos indios aque- llo que éstos no podían leer por sí mismos.

En el nivel escolar, también se utilizó el navajo, y se observó que “la habilidad para leer el texto navajo reforzó la comprensión del texto inglés, haciéndolo más significativo para los niños”. Las lecturas bilingües ayudaron: al desarrollo intelectual de los jóvenes nava- jos; a la adquisición del inglés por los niños, y a la difusión de conocimientos entre los adultos. Para este último efecto, se instó a los niños a que llevaran a casa sus libros de lectura y, con ellos se les dieron incentivos y medios de aprendizaje a los padres de los escola- res.

La Segunda Guerra Mundial interrumpió los esfuerzos del Departamento, cuando éste pensaba extenderlos a otros grupos como los siux y los hopi; pero, el navajo y su escritura proporcionaron un beneficio marginal, ya que a base de ese idioma, el país en guerra pudo estable- cer un código que los japoneses no pudieron descifrar.

Durante la quinta década, se emprendió un programa especial para educar a los jóvenes navajos de entre doce y dieciséis años. La ins- trucción estuvo a cargo de profesores de inglés muy altamente califi- cados y se les dio por ayudantes hablantes nativos que tenían cierto conocimiento del inglés. El proyecto se planeó cuidadosamente: las instrucciones se daban en inglés; después se les discutía y aclaraba en navajo y, finalmente, se hacía que los alumnos repitieran las lecciones de nuevo en inglés para que éstos retuvieran los conocimientos adqui- ridos en la enseñanza; se empleaban muchos medios auxiliares, y se realizaban prácticas lingüísticas (de uso del teléfono, de reunión en asamblea, de empleo del idioma en salidas de compras). A más de eso, se estimuló a los alumnos para que oyeran las transmisiones radiales en inglés, y todo eso probó ser muy útil.

La evaluación que Hildegard Thompson hace del proyecto es la siguiente:

El idioma navajo fue un medio de instrucción sin el cual no se habría podido obtener resultado alguno: fue medio de adquirir nuevas ideas, base para la enseñanza del inglés y piedra de toque para determinar qué tan acertada y precisa había sido la comprensión alcanzada por los alumnos a través de su muy limitado inglés (74.0237).

*Las variedades de la comunicación entre  
los aborígenes de Australia*

De acuerdo con los datos de la Embajada de Australia en México, había, en 1966, en Australia, 130 000 indígenas, frente a cerca de doce millones de aborígenes de habla inglesa. Según esa misma fuente, “como la mayoría de los indígenas son parte aborigen y de habla inglesa, es muy reducido el número de ellos que no habla inglés”.

Pero, mientras que quienes hablan en Australia idiomas aborígenes son pocos, en relación, es grande la diversidad de lenguas que hablan (unas quinientas) si bien hay que reconocer que entre las mismas existen semejanzas fundamentales.

Lingüísticamente, se han hecho intentos para relacionar las lenguas australianas con las dravidianas de la India Meridional, con las de los andamaneses y con las africanas, pero ninguno de esos intentos ha tenido éxito. En cambio, lo que sí ha llegado a establecerse —casi sin lugar a duda—, es que son lenguas que se han hablado desde hace mucho tiempo en esos territorios.

En general, las lenguas australianas son aglutinantes, con un sistema flectivo más o menos elaborado hacia el final de las palabras. Hay —con todo— excepciones, pues las lenguas de los Kimberley y las de la Tierra de Arhem generalmente hacen su flexión al principio de la palabra.

Las dos agrupaciones más notables que se han hecho se deben a Schmidt y a Kroeber; pero en general hoy se considera que éstas deben de revisarse. De modo provisional, se han creado cinco grupos de lenguas: 1) el de las prefijantes de los Kimberley y el norte de Australia; 2) el de las lenguas de los desiertos occidentales; 3) el de la lengua de los aranda de Australia Central; 4) el de las lenguas de Victoria y de la región meridional costera de Nueva Gales del Sur, y 5) el conjunto de lenguas no clasificadas de Queensland y de Nueva Gales del Sur.

A pesar de la gran variedad de lenguas, y de sus agrupaciones, los vocabularios comparativos han mostrado que existe una parte importante del vocabulario que es común a la mayoría de las lenguas australianas si se exceptúa la de los aranda (que, por lo general, se aparta de las restantes). En cambio, si bien se tienen pocos testimonios de lo que fue el tasmaniano (que parece haber tenido cinco variantes, ininteligibles entre sí), se tiene la convicción de que se parecía, en varios aspectos, a la mayoría de las lenguas aborígenes australianas subsistentes hasta hoy.

A más de las diversas lenguas habladas, existen en Australia, entre los aborígenes, otras formas de comunicación —no oral, o silenciosa—

de gran interés. Los aborígenes se comunican ahí por medio de las manos, mediante mensajes que van asociados al uso de ciertos “palos-de-correo”, y por medio de señales de humo. De estas formas de comunicación, la primera se usa para el intercambio a corta distancia, y las variantes segunda y tercera, para la comunicación a gran distancia. Sin embargo, la segunda, más que comunicación silenciosa, es complemento o subrayante de la oral.

El lenguaje de las manos y las señales de humo parecen haber surgido, especialmente, en las partidas de caza; o sea, cuando los cazadores o necesitaban comunicarse entre sí o hacerlo con otros de fuera del área, sin hacer ruido, a fin de no espantar a los animales a los que iban a cazar. Actualmente, las ocasiones para el uso del lenguaje de las manos las siguen proporcionando: 1) la cacería, 2) las partidas vindicativas, 3) la cercanía de un enemigo, 4) el rapto de la novia, y 5) ciertas ceremonias.

Las señales de humo siguen sirviendo —sobre todo— para indicar a quienes participan (y a quienes no participan) en una partida de caza, cuál es la posición de los cazadores.

Las formas silenciosas de comunicación se usan también en otras conexiones, cuando se las considera convenientes para satisfacer una necesidad que no se podría satisfacer en otra forma, o cuando —simultáneamente— hay prohibición social de hablar y necesidad extrema de hacerlo.

El lenguaje de las manos sustituye al hablado cuando quienes desean entrar en comunicación desconocen mutuamente sus idiomas. Ese mismo lenguaje suple al hablado: 1) en aquellas ocasiones en las que una persona está sujeta al tabú de silencio; 2) cuando una viuda está de luto por el esposo muerto y 3) cuando el iniciado no ha rebasado aún determinada etapa de la iniciación grupal.

En esas ocasiones, la colocación de las manos en relación con el cuerpo, o de la una en relación con la otra, y la postura y disposición de los dedos, sirven para indicar a las personas y las relaciones que las ligan, los animales y sus acciones, el lugar y el tiempo, los implementos, las actividades, las cosas sagradas y —a veces— ciertas ideas abstractas. Los estudiosos han llegado a identificar hasta 213 signos distintos (que no equivalen a sonidos o letras, como en el lenguaje de los sordomudos occidentales, sino que son a modo de ideogramas). La comunicación por medio de ellos, suele ser muy rápida y —como ha indicado W. E. Roth— depende ampliamente del contexto situacional, porque “el significado depende de lo que ha ocurrido antes, y de lo que se espera [que ocurra] después (62.0028).

Los mensajes asociados a palos o varas de correo también fueron estudiados por Roth, quien ha descartado la posibilidad de que cons-

tituyan un código o una escritura, a pesar de las incisiones (de diferentes tipos) que presentan, porque un mismo palo es usado por diferentes correos, para acompañar diferentes mensajes, y porque, a veces quien lo usa no conoce siquiera a quien lo hizo. Parece ser que lo único que dan a entender esos palos es que hay que confiar en el portador, al tiempo que son un medio de identificación y un salvoconducto para éste (en su función de correo); ya que, gracias al palo de correo puede cruzar, sin ser molestado, por entre las tribus enemigas (a semejanza de la Cruz Roja Internacional).

Los mensajes a los que acompañan los palos de correo se refieren: 1) a arreglos de boda, 2) a intercambios de bienes, 3) a exposiciones de objetos sagrados, 4) a los preparativos para la iniciación grupal de los jóvenes, 5) a la liquidación de las disputas.

Frente a los aborígenes de Australia, de acuerdo con los informes que nos proporciona la embajada de ese país, la política adoptada consiste en darles las mayores oportunidades posibles de incorporación a la vida general australiana. Esto se busca —particularmente—, a través del establecimiento de escuelas fundadas por el gobierno, por las iglesias o por las instituciones filantrópicas. Sin embargo —como agrega nuestro informador— “la vida nómada que lleva el aborígen les impide asistir regularmente a la escuela”.

En la actualidad, en muchas escuelas australianas, se está tratando de instruir a los aborígenes en su propio idioma, desde el primero hasta el tercer grado; a partir de éste, se ha introducido la enseñanza del inglés como segunda lengua.

## SITUACION SOCIOLINGUISTICA DE LAS MINORIAS

### *Las minorías lingüísticas en el marco de las minorías sociopolíticas*

J. A. Laponce dice que “si se quisiera convencer a un habitante de otro planeta de la locura de los hombres y de la vanidad de los juegos ridículos y sangrientos en que las naciones encuentran deleite y pasatiempo, se le presentaría el problema de las minorías” (39.0138).

Una minoría socio-política nace porque así la define la mayoría, o porque así se define a sí misma. Tanto en uno como en otro caso, la distinción se basa en el hecho de que un grupo determinado posee ciertas características que lo hacen diferir de la “mayoría”; pero, depende, además, de que o la mayoría considera que esos rasgos de la minoría son indeseables o la minoría los concibe como deseables y dignos de preservación, y del hecho adicional de que, dadas esas características, el grupo “mayoritario” (que, por lo general, detenta el poder) priva a la “minoría” de alguno, de algunos o de todos sus derechos jurídico-políticos.

El de las minorías es —por tanto— en forma prominente, un problema de contacto entre grupos humanos diferentes y cae, por ello, en la amplia problemática de la “sociología de las relaciones inter-grupales”. Como muchos otros problemas sociológicos, éste surge no del puro hecho de que unos hombres difieran de otros por ciertas características físicas y entren en contacto con aquellos de quienes difieren, sino por la forma en que esos grupos que entran en contacto definen la situación correspondiente. Una “minoría” y su “mayoría” correspondiente surgen sólo a partir del momento en que a esas características físicas, sociales o culturales se les pone el rubro de “indeseables” o de “deseables” y cuando, en función de ello, se sujeta a quienes las presentan (y desean preservarlas o eliminarlas) a una dominación política.

Si bien este tipo de situación ha existido desde tiempos muy remotos, la definición socio-política de “minoría” es reciente, pues se

remonta al Tratado de Paz de Versalles. Muy particularmente, tiene que relacionársela con la disgregación de los imperios austrohúngaro y otomano.

A partir de ese Tratado y de esas disgregaciones, el problema de las minorías cobra gran importancia. Desde entonces hasta la fecha se han propuesto —en forma correspondiente— muchas definiciones de “minoría”: objetivas unas; subjetivas, otras (casi paralelas de las objetivas y subjetivas que se han dado de las clases sociales). En un caso (en el de la definición objetiva), se trata de un grupo cuya raza, lengua o religión son diferentes de las de la mayoría (“mayoría” en los mismos términos convencionales en que al grupo correlativo se le designa como “minorías”); en el otro (en el de la definición subjetiva), de “un grupo que piensa de sí mismo como de una minoría”.

Un subcomité de la Comisión de Derechos Humanos, de la Organización de las Naciones Unidas, definió a las minorías como “grupos no dominantes, que desean igualdad de trato con la mayoría, pero que piden —así mismo— cierto tratamiento diferencial, para preservar características básicas que la distinguen de esa mayoría”. De este modo la subcomisión subrayó el carácter eminentemente político de la situación mayoritaria-minoritaria, puesto que no se trata de grupos que sean mayoritarios o minoritarios *en sentido numérico*, sino de grupos *dominantes y dominados* en función de sus características étnicas o culturales.

La definición revela el carácter polarizante de lo social, pues si bien las minorías buscan —por un lado— “igualdad de tratamiento”, reclaman también —por otro— un “tratamiento diferencial”. Desean que se les permita vivir a pesar de sus diferencias; pero —al mismo tiempo— que se les permita preservar esas diferencias.

Laponce propone que se defina una minoría como un “grupo que debido a una herencia común, racial, lingüística, religiosa, nacional —que le singulariza frente a los grupos culturales políticamente dominantes— teme que se le impida integrarse a una comunidad nacional de su elección, o que se la obligue a hacerlo a expensas de su identidad”.

A más del carácter (racial, lingüístico, religioso, cultural), en que se hace gravitar la diferenciación respecto de la mayoría, hay otros varios criterios clasificatorios de las minorías, que Laponce señala, y entre los que se cuentan: su tamaño, su posición geográfica o la fuente originaria de las relaciones mini-mayoritarias. Todos estos factores matizan, atenúan o agudizan los problemas sociopolíticos minoritarios que afectan a los grupos concretos de que se trata.

Esos problemas difieren tanto en los aspectos cualitativos como en los cuantitativos, y hay que señalar tanto unos como otros, si se

quieren situar debidamente y se trata de justipreciar las dificultades que confrontan —en particular— las minorías lingüísticas (que son las que nos interesan por el momento).

En efecto, las minorías raciales se encuentran en un extremo, pues es raro que sean minorías de deseo. La pertenencia de un individuo a una de estas minorías depende —en efecto—, de que posea un rasgo físico inerradicable (por ser objetivo) ya que, a causa de eso, ese rasgo representa, para dicho individuo, una condena, una denegación de la libertad, más intensa que cualquier otra limitación de la misma.

En cambio, las minorías lingüísticas —de imposición o de deseo— producen otro tipo de dificultad y otra forma de limitación en el disfrute de los derechos políticos. En efecto, la situación minoritaria de la que proceden representa una obstrucción para el funcionamiento de un gobierno democrático que se base en la discusión.

La dificultad a la que enfrentan a una sociedad sus minorías lingüísticas se puede salvar —en forma puramente operativa— si en ella se adopta una lengua común; pero, como se considera que la lengua del grupo es vehículo de preservación y transmisión de ciertos valores, y que éstos se perderían si se eliminara dicha lengua, en una democracia no se puede pensar en una relegación de las lenguas minoritarias. Tanto como el mantenimiento o la introducción de una lengua común —para fines prácticos—, importa, en las democracias, el preservar las lenguas minoritarias, en cuanto ellas son medio expresivo de ciertos grupos humanos.

De ahí que, en la carta de derechos de una minoría lingüística, deba incluirse —según Laponce— el derecho de hablar, enseñar, entender y ser entendido en el propio idioma. El último de estos derechos —como ve el autor—, “puede imponer profundas modificaciones en toda la estructura política y administrativa” de un Estado pero, si bien éstas pueden ser difíciles de introducir, no serán, por ello, menos obligatorias.

Cuando se pasa de lo racial a lo nacional y a lo religioso, al través de lo lingüístico, se va —en términos generales— de lo determinado a lo libre, y de lo forzado a lo deseado. Las minorías religiosas de deseo buscan la libertad de conciencia, y de culto; la falta de discriminación por motivos religiosos. Las minorías nacionales de deseo luchan —sobre todo— por el derecho de autodeterminarse (el cual se manifiesta como una afirmación de la libertad para elegir la soberanía bajo la que se quiere vivir). En casos extremos, esta libertad se incorpora en el derecho de secesión que se concede a ciertas minorías nacionales (según ocurre en la Unión Soviética). Debe observarse —con todo— que, llegado el caso, ese derecho sólo podrían ejercerlo aquellas minorías nacionales que, o tienen localización fronteriza o se presentan

en bloque, y no aquellas otras que se presentan territorialmente dispersas.

En resumen, de lo que se trata, en el caso de las minorías voluntarias, es de mantener la vida cultural del grupo, y de hacerlo al menor costo posible.

De hecho, en la actualidad, a las minorías se les brinda cierta protección; pero era mayor la que se les otorgaba en el pasado. Hoy se considera que es el suyo un problema puramente *interno* de los Estados, y como se ha llegado a creer que es más importante la paz entre las naciones que la justicia dentro de cada una de ellas, casi no hay agentes que, desde fuera, puedan promover o apoyar las reivindicaciones de una minoría sin provocar respuestas violentas y aun conflictos con la mayoría que impera sobre ella.

Con todo, si bien no hay medios directos de protección de las minorías, sí existen ciertos mecanismos que frenan los excesos que podrían dañarlas. Las comisiones de investigación de los organismos internacionales, al publicar sus observaciones y conclusiones respecto de las situaciones sociopolíticas minoritarias, ejercen presión sobre las mayorías (dominantes) a través de la opinión pública internacional.

Por otra parte, hay un derecho internacional de carácter tutelar, embrionario aún, en la configuración que se ha hecho del delito de genocidio. Este delito cubre los aspectos más graves del problema de las minorías y, a la larga, se puede convertir en un centro de irradiación del que partan los esfuerzos para constituir un nuevo derecho internacional destinado a proteger no ya la vida sino la identidad cultural y las posibilidades de desarrollo de los miembros de una minoría.

Parece que una forma de solución de los problemas minoritarios es la que proporciona la división interna del poder entre la mayoría y la minoría. Esta se presenta ya como una división de tipo "comunal" o ya como una división de tipo "federal". A la solución comunal (que hace recordar el sistema *millet*, de Turquía, el sistema de *kahal* judío, en Polonia, el proyecto de Henlein para los alemanes de Checoslovaquia y la ley de autonomía cultural de Estonia, en 1925) se le considera poca apropiada para nuestros tiempos (aunque pueda ser útil en niveles locales); en cambio, parece preferible la solución federal.

Para garantizar los derechos de las minorías se recurre a varios procedimientos. Entre ellos se cuentan: el que consiste en reservar ciertos empleos para los miembros de la minoría; el que impone la rotación de la presidencia entre los miembros de los diferentes grupos; el que exige —en las votaciones— una mayoría especial (de dos tercios o más) en materias que conciernan a las minorías; el que



declara oficial el lenguaje de la minoría. Laponce señala —más particularmente— que en Líbano, hay un sistema de trabajo que hace que los diferentes grupos cooperen dentro de los equipos políticos, y que hace que los candidatos de diferentes grupos comunales jueguen en la misma planilla.

Ya para cerrar su tratamiento del tema, Laponce señala que “la falta de discriminación y la protección de las minorías de deseo son índices de logro político y moral de una sociedad. En la solución de los problemas de las minorías, algunos Estados han tomado la delantera; en ellos, las minorías han dejado de ser problema, y en realidad, no existen. Han pasado del estadio en que dichos Estados tenían minorías, al estadio del multicomunalismo”. De los ejemplos que menciona, el de Suiza parece seguir teniendo validez. El de Bélgica —a la luz de sus disputas sociolingüísticas recientes— es discutible.

La solución de estos problemas dependen, en parte, de las minorías mismas; pero también es, en forma considerable, problema que depende de los grupos dominantes.

En las páginas siguientes, a través de ejemplos concretos, trataremos de mostrar cómo las actitudes de minorías y mayorías han determinado situaciones sociolingüísticas distintas entre los kurdos que habitan el territorio de diferentes Estados de Mesorientes; entre los húngaros de la Transilvania rumana; entre los judíos de Europa Oriental, etcétera.

También indicaremos cómo, en el nivel internacional, la división interna de los Estados y su proyección diplomática, han impedido un reconocimiento generalizado de los derechos de las minorías en el seno de la Organización de las Naciones Unidas.

### *Obstáculos sociopolíticos al reconocimiento de las minorías lingüísticas*

En una comunicación al Sexto Congreso Mundial de Sociología, de enorme interés para el estudioso de las relaciones internacionales, para el de las minorías y para el sociolingüista, Verdoodt trata del reflejo que la procedencia de los delegados tuvo al discutirse los derechos de las minorías dentro de la Organización de las Naciones Unidas.

El primer deseo en favor de un artículo que consagrara los derechos sobre las minorías procedió de la India, cuyos nacionales, expatriados en Sudáfrica, no obtenían ahí respeto para sus derechos. El

representante de la India señaló la necesidad de definir “en términos precisos, jurídicos y prácticos, qué es una minoría y en qué consiste la discriminación”.

El director de la División de Derechos Humanos era, por entonces, un canadiense a quien su procedencia nacional sensibilizaba frente al problema. En su proyecto de resolución, se les reconocía a las minorías “el derecho de establecer escuelas e instituciones religiosas y culturales mediante la participación equitativa [que se les dé] en los fondos públicos”, y se indicaba que, en dieciséis países, la Constitución incluía ya, por esa época, cláusulas parecidas a ésta (que se deseaba fuesen generales para todos los pueblos del mundo).

El delegado francés, en su proyecto de redacción, suprimió la referencia que se hacía a los “fondos públicos”. Con ello, corría traslado —de lo nacional a lo internacional— de una situación francesa en la que esos fondos no se ponen a disposición de la enseñanza privada. Preocupado por la política unificadora colonial de Francia, su intervención fue evasiva: señaló la dificultad que había en encontrar un texto que se aplicase a todas las situaciones (espíritu de elegancia) y, a lo más que llegó fue a reconocer que debería existir una facultad de la minoría que así lo deseara para pedir que se le reconociese el estatuto de tal escuela.

El delegado chileno señaló que, en países como el suyo, y en otros del Nuevo Mundo, el texto podría exacerbar tensiones latentes, producto de la presencia de inmigrantes europeos de procedencia distinta de la ibérica.

Malik, de Líbano —como sociólogo— señaló una diferencia tipológica fundamental, pues “mientras el Viejo Mundo presenta amplias divisiones étnicas y tiende a conservarlas, el Nuevo favorece la asimilación”. Esta constatación de hecho, que marca la diversidad de los designios voluntaristas no resuelve —por supuesto— ni el problema jurídico ni el ético, pues no determina cuál debe ser la conducta que habrá que seguir con vistas a la plena realización de la especie humana, de los grupos y de los individuos.

El delegado iraní —en lo que quizás haya sido un intento de lograr mesura— propuso que se delimitara el ámbito del derecho que debería amparar a las minorías y que, a fin de no estimular una segregación perniciosa, no se les reconociera sino un mínimo (indispensable) de derechos.

Veedort no relaciona ni las propuestas del libanés ni las del iraní con el origen nacional de quienes las hicieron; pero, de Malik puede decirse que (aun cuando acostumbrado a las divisiones que existen en su propio país, gracias a una visión más amplia y a una comprensión endopática) logró elevarse a un nivel humano de consideración del

problema y de anticipación de sus soluciones: a diferencia de otros, él no vio en el mundo una versión amplificada de su país, sino algo de lo que cada país tiene sólo un atisbo, parcial, y no muy claro.

El iraní dejó en duda sobre si lo que le interesaba era que fueran pocas las minorías protegidas o si lo que quería era que se protegiese sólo a las más voluminosas o importantes.

El soviético —en cambio— fue terminante: pidió que los criterios definitorios fuesen tan claros como en la Unión Soviética, y el de Australia, en su turno, puntualizó que el derecho de la minoría debía reconocerse con independencia de su mayor o menor volumen (con lo cual tal vez recordaba a los aranda de hoy o al pequeño grupo de los tasmanianos de ayer, bárbaramente exterminados por el colonizador).

Los belgas reconocieron lo pertinente de la sugestión soviética de definir con precisión a las minorías, y señalaron el peligro que tendría incluir bajo ese rubro a los grupos de extranjeros. El punto es importante, como pueden reconocerlo los internacionalistas y los iusconstitucionalistas. Como que —a nuestro parecer— la discusión debió partir de la indispensable distinción entre “extranjeros” y “miembros de una minoría” y entre los estatutos correspondientes.

Los latinoamericanos —bajo el peso de sus políticas asimiladoras de los indígenas— se mostraron obstinadamente contrarios a reconocer el estatuto minoritario. Esa postura los acercó a las de Gran Bretaña y Francia, pues a estos países colonizadores, el temor de despertar reivindicaciones de minorías apaciguadas (no sólo externas sino también internas, como los galeses en Gran Bretaña o los alsacianos en Francia) les hizo decir que “la solución consiste en elevar el nivel cultural e integrar las minorías al Estado”.

La señora Roosevelt activó —por su parte— a los latinoamericanos, al recordarles que en Chapultepec (en 1945) “se declaró indeseable estimular en América la existencia de grupos cerrados y homogéneos que reclaman el estatuto de minoría”.

Fue así como los de Latinoamérica declararon que, “en cuanto la política de asimilación era la única que lograba evitar [entre ellos] las tensiones étnicas y lingüísticas, eran partidarios de que el artículo se suprimiera pura y simplemente” (76.0009). Quienes argumentaron en contra, señalaron que “la asimilación es una forma típica de colonialismo” y subrayaron que “es difícil considerar el reconocimiento del derecho y la protección de los grupos minoritarios como causa de agresión”. Como que, además —argumento irrefutable— “el abuso de un derecho no daña en nada su valor inherente”

El brasileño, al considerar que ese reconocimiento obstaculizaría la

asimilación del inmigrante, dio ocasión para que el belga estableciera la distinción entre el inmigrante que va a país extranjero a establecerse (y que, con ello, en principio, admite o busca la asimilación) y el miembro de una minoría (grupos históricamente constituidos y fijos a un territorio) que no tiene por qué volverse extranjero respecto de los suyos por las puras contingencias a que lo sujetan la conquista o la colonización.

La lucha por la preservación de los intereses mayoritarios pudo recurrir —incluso— a un falso argumento; según éste, el hecho de que se reconocieran los derechos de las minorías lingüísticas equivaldría a obstruir los canales de comunicación internacional. El argumento es inaceptable; el sociolingüista sabe que es una barrera socio-política (falta de una prensa, una radio, unos delegados a los foros internacionales) lo que dificulta esa comunicación, y que el obstáculo lingüístico es —en comparación— insignificante. A nadie escapa que —por otro lado— conservar la lengua propia (garantía de autenticidad, respeto de sí mismo y dignidad) no impide el que se aprendan otras lenguas (francas, nacionales, internacionales) así como —al invertir los términos— la apertura a la más amplia comunicación no impide el que se preserve —con la lengua propia— la expresión más auténtica de sí mismo.

En la discusión —como es obvio— participaron sólo los miembros de las *mayorías* nacionales correspondientes, pues sólo en forma excepcional llega a ser delegado internacional el miembro de una minoría nacional. De ahí que el debate no haya conducido a parte alguna. A veinte años de distancia, se encuentra —hoy— donde se encontraba entonces.

De la presentación de Verdoodt se desprende que, en el seno de la Organización, siguen privando los intereses particularistas de los Estados; que los delegados difícilmente tienen una visión universalista; que carecen de una concepción antro-po-filosófica capaz de superar las limitaciones impuestas por esos intereses particularistas, y que es raro el caso de un delegado que conciba los organismos internacionales como un parlamento mundial en el que debe actuar de acuerdo con una concepción burkiana de sí mismo (la de alguien obligado a intervenir conforme a su conciencia, y no la de mero portavoz de consignas nacionales o de grupo).

Dice bien Verdoodt cuando afirma: “nuestras tradiciones espirituales nos invitan a buscar las condiciones de una democracia internacional respetuosa del pluralismo, y la plena participación de los Estados en la elaboración de un orden internacional supone el desarrollo de una voluntad política común a los principales grupos étnicos y culturales que los componen” (76.0017).

Esto, lo pueden ver el sociólogo, el amante de la justicia, el político de amplia visión; no podrán verlo jamás los políticos miopes, los empeñados en preservar situaciones que —ya hace mucho— han caducado o que, por lo menos, imponen revisión sustancial.

*Las reivindicaciones lingüísticas  
de los galeses en Gran Bretaña*

Ceinwen H. Thomas es miembro del Departamento de Gales del Colegio Universitario de Gales del Sur y Monmouthshire, que forma parte de la Universidad de Gales. Es, además un entusiasta de su lengua y cultura galesas y un conocedor de realidades lingüísticas distintas —como las de Dinamarca— que le permiten hacer referencias externas, al plantear los problemas sociolingüísticos de su país y buscarles solución, en una perspectiva humana.

En Gran Bretaña —podría pensarse—, no hay razón para que exista problema lingüístico. Y, sin embargo, lo hay, interno, y muy serio. Los pueblos de cultura y lengua célticas corrieron, en el mundo, con poca suerte; ahogados por la conquista romana de la Galia; arrinconados en “Gales”, en Escocia, en Irlanda, quedaron, por mucho tiempo —a diferencia de otros núcleos lingüísticos indoeuropeos— sin que hubiese un solo Estado en el que estuviesen representados. La independización de Irlanda comenzó a transformar el panorama; es ella, en la actualidad, el único Estado de lengua céltica. Y su existencia misma, junto con la afirmación de su cultura, ha servido para resucitar, para revigorizar, el sentimiento de estimación de los galeses hacia el idioma y la cultura propios de Gales. Gran Bretaña —que hubo de enfrentar por tanto tiempo el problema irlandés— enfrenta ahora el de sus galeses, que no le escatiman lealtad, pero que —en el regateo que se les hace en lo lingüístico y lo cultural— no dudan en hablar de “imperialismo inglés”.

Esta recuperación autoconsciente de los pueblos de habla céltica abre la pupila hacia lo que probablemente será desarrollo futuro: la toma de conciencia cultural de los bretones de Francia que no son reliquia gala, sino brote galés en la dura y hermosa península armoricana, y a quienes, durante la ocupación alemana, se les permitió —oficialmente— un uso más amplio de su idioma.

Corkery —un irlandés— señaló que las lenguas no mueren de muerte natural; que “las asesinan quienes matan el alma de la nación”, y Ceinwen Thomas no duda en considerar que los problemas lingüísticos son a manera de enfermedades sociales cuyo portador —agrega— es el

imperialismo. El galés parece amenazado de muerte (de un 90 por ciento de galeses que lo hablaban en el siglo XIX, sólo un 30 por ciento lo habla en el siglo XX) y si —de primer intento— el diagnóstico que hace del “imperialismo” la causa de esa muerte parece excesivo, hay que volverse a examinar los hechos para poder decir hasta qué punto es acertada o no esa imputación.

Mientras Gales fue independiente, el galés fue hablado por la corte, la aristocracia, y el pueblo. Fue —por entonces— el instrumento de la más alta cultura asequible a los galeses. Aun sin independencia, en 1282, la aristocracia seguía patrocinando la literatura galesa. Pero, aunque los Tudor tenían sangre galesa, fueron ellos quienes, al buscar la centralización del reino, introdujeron la condenación sociopolítica del idioma, como lo prueba una disposición infame, que aún sobrevive, y que fue obra suya.

Ninguno que use el habla o lengua galesa —dice el acta de 1536— tendrá o disfrutará, en forma alguna, de oficios dentro de este reino de Inglaterra y en Gales, o en los otros Dominios del Rey, bajo pena de perder esos oficios, a menos que use y ejercite el idioma inglés (73.0074).

Esta disposición creó un abismo entre aristocracia y pueblo; el pueblo siguió siendo galés; la aristocracia —en busca de puestos y honores— se anglicizó y envió a sus hijos a escuelas que —por su parte— ejercieron ulterior influencia anglicizante. Sólo la Reforma, con la traducción del libro de plegarias y de la *Biblia*, y con el énfasis metodista en el sermón, salvaron al idioma y lo revitalizaron. El púlpito reconoció la dignidad del mismo, y eso le dio acceso a muchos círculos que, en otras condiciones, le hubieran impedido el paso.

Pero, el permanente campo de batalla en favor de la lengua y la cultura galesas lo ha proporcionado la educación. Los responsables de ésta, en Gales, favorecían la supresión total del galés en favor del inglés, “dominados por el vicioso supuesto de que hay que exterminar una lengua antes de poder enseñar otra”. En 1848, tres monolingües formaron una comisión que consideró el galés como perjudicial para el progreso material y moral de Gales. En 1861 —en que se introdujo el “pago de los maestros según los resultados obtenidos”— el sistema coadyuvó a los intentos destructores del galés: como éste no era obligatorio, a esos maestros no les retribuía enseñarlo; de ahí que avergonzaran al escolapio que lo hablaba, colocándole un letrado que decía: “Galés, no”. Esto tuvo que producir perniciosos efectos tanto en el niño como en su hogar y en la comunidad galesa, hasta tal punto que se puede decir que con el pueblo galés se cometió un “genocidio psicológico”.

En 1899, se aceptó el galés como optativo, dejando al criterio de directores y maestros, su enseñanza; ellos, en su mayoría, han presionado, desde entonces, a los estudiantes de la escuela media para que tomen otras materias (como el latín o los idiomas extranjeros), y en muchos casos lo han conseguido.

No todas han sido pérdidas en la larga lucha, y si bien no podemos seguir en detalle los desarrollos del esfuerzo en pro del galés, es fácil ver cómo una acción común, conjunta, de la comunidad galesa ha ido emergiendo y se ha ido estructurando; cómo es ya manifiesta y fuerte (aunque la energía que la nutre no haya estallado en violencia abierta, como en otras latitudes).

En 1907 se estableció un departamento galés en el actual Ministerio de Educación, y éste pidió que se mejorara la enseñanza del idioma, y que se le usase como medio de instrucción. Su "informe", de 1928, enfatizó más aún la importancia que puede tener un uso instrumental de idioma; pero, por desgracia, al iniciarse la depresión económica "de los treinta", ésta "desvió la atención de los hombres hacia la desnuda lucha por la supervivencia".

El ímpetu creciente que —a pesar de todos los obstáculos— viene adquiriendo el galés como medio de instrucción, tuvo su arranque efectivo cuando se decidió utilizarlo en las escuelas de párvulos. Desde entonces y a partir de ellas, se ha producido un movimiento expandente hacia la primaria, hacia las escuelas medias, hacia las normales, y la Universidad (la cual, con todo, hasta ahora, no ha sido impregnada suficientemente). La necesidad de un auténtico *sistema galés* de educación se ha ido poniendo, más y más, de manifiesto.

En efecto, ese sistema galés de educación es indispensable para asegurar la continuidad del flujo lingüístico entre los diversos vasos comunicantes pues, en el pasado, bastaba con que llegaran a una región galesa dos matrimonios angloparlantes para que, con sus presiones, determinaran la eliminación del galés, de la enseñanza. La expectativa de quienes aprendían su primaria en galés era —por otra parte— la de ingresar a una escuela media anglizante, y esto acababa por desestimular su instrucción en galés. La falta de especialización de los profesores (que hablaban pero que no conocían su galés) contribuía, también, a labrar la ruina del idioma. Para triunfar se necesitaba atacar en todos esos frentes, y es ese tipo de ataque el que ahora se está realizando.

Para el pedagogo, es de gran interés examinar los intentos de solución que han hecho los galeses en este terreno; para el sociolingüista es de mayor interés subrayar ciertos vínculos entre sociedad, cultura y lengua, que se manifiestan, en forma concreta, en este ambiente.

En efecto, en 1848 la comisión tripartita de angloparlantes pudo apoyarse en la ineficacia de las escuelas galesas en el momento en que tuvo que encontrar argumentos para proponer que se suprimiese el idioma (“culpabilidad por contagio”); pero, ahora, gracias a los esfuerzos económicos y pedagógicos de los galeses, sus escuelas no sólo preservan el idioma, sino que han llegado a ser de tal eficiencia educativa que prestigian a quien a ellas asiste. Por eso ya son muchos los angloparlantes monolingües de la región que luchan porque se admita en ellas a sus propios hijos. Como que —en muchos casos— el sistema escolar desarrollado por los nacionalistas galeses les da a los niños un buen conocimiento del idioma galés, pero, además, les enseña el inglés de tal manera que, siendo galeses, lo utilizan con más elegancia que sus contrapartidas del propio sistema escolar inglés.

Fue muy meritorio —en este sentido— el ejemplo proporcionado por un nuevo tipo de escuela (Iluest, Aberystwyth, 1939) iniciado por un grupo de padres profesionistas. Conforme al decir de Thomas, la escuela creada por estos padres que pertenecían a los medios profesionales (lo más próximo, en Gales, a la clase media) atrajo —por doquier— la atención de la “clase media” del pueblo galés, y produjo un movimiento de interés, de imitación —incluso de esnobismo— favorable al nacionalismo galés.

Actualmente, las dificultades se producen en otros niveles: “una lengua puede enseñarse con éxito sólo si es vehículo de comunicación” y, en el caso del galés, aún se carece de medios audiovisuales para su enseñanza efectiva. Por otra parte, en las escuelas superiores y universitarias, muchas asignaturas no pueden enseñarse en ese idioma porque no se dispone de terminología apropiada: Aberystwyth está tratando de cubrir la primera de esas lagunas; los científicos galeses, están llenando la segunda. En efecto, desde 1963, se está publicando una revista científica trimestral, en galés. En los medios educativos, la lucha por el galés es menos espectacular ahora que antes, pero aún hoy, suele suscitar actos heroicos: un joven, con derecho a graduarse en el Colegio Universitario de Bangor, se rehusó públicamente a recibir su grado “por la hostilidad que la Universidad había manifestado hacia el galés”.

Fuera del ámbito educativo, la lucha continúa, y sigue siendo —frecuentemente— espectacular. Se han hecho peticiones para que el galés se use en los tribunales. . . y lo más que se ha obtenido es la concesión de un intérprete pagado por el Estado, como si el galés —en Gales— fuese tan extraño como lo son —ahí— el ruso o el chino.

En Gales, la oficina de correos —por incompetencia o por mala voluntad— retarda la correspondencia que llega en galés. A pesar de ello, los galeses no dudan en sufrir perjuicios por esta causa y siguen



rotulando los sobres en su propio idioma. Protestan (y son víctimas de sus protestas) cuando no aceptan designaciones que no estén en galés; llevan su caso a los tribunales y —en raras pero venturosas ocasiones— encuentran magistrados que reconocen que “ya es un poco tarde para tratar a los galeses como si fueran una tribu”.

Del lado inglés no sólo se opta por la defensiva: hay quienes reaccionan —también— ofensivamente pues ha habido patronos que han despedido a sus obreros por el solo hecho de hablar galés. Los que lo han hecho, han tenido poca fortuna, gracias a la creciente toma de conciencia y solidaridad de la nación galesa, que los ha obligado a dar marcha atrás en sus designios.

Recientemente, según información privada que poseemos, y que no está contenida en el folleto de Thomas, la lucha llegó a nivel parlamentario. Un parlamentario galés pidió permiso al portavoz de la Cámara para hacer su juramento en galés y este permiso le fue negado. Entonces él expresó ante la propia Cámara de los Comunes —en realidad *dentro y desde* ella— que eso demostraba que, de hecho, el Parlamento de Londres era sólo un parlamento *inglés, y no británico* en general.

¿Tiene sentido detenerse en estos que parecen pormenores? Sí, lo tiene, porque si bien es fácil recoger informaciones y opiniones sobre todo aquello que sostienen un gobierno o una mayoría, las informaciones y las opiniones de las minorías son difíciles de obtener y resultan inaudibles, especialmente, en el otro extremo del mundo. En efecto, si el estudioso ha de tener una idea cabal de lo que ocurre en la tierra, necesita saber de esas luchas y anhelos, en el mismo grado en que el amante de la justicia desea ver que las unas triunfen y los otros se alcancen.

Pero, para quien quiera recoger algo más que hechos, hay en el trabajo de Thomas que hemos venido glosando, una porción de particular interés. Se puede observar —en efecto— que: sólo los nacionalistas extremos llegan a pensar en establecer un monolingüismo galés que excluya totalmente el uso del inglés, y que —por otra parte— el término “bilingüismo” tiene diferentes significados, de los que sólo uno es sano en términos humanos.

Para aclarar este punto, Thomas distingue entre el bilingüismo de los individuos y el bilingüismo de la comunidad. Y, a ese respecto dice, concretamente, lo que sigue:

“No es cierto que seamos herederos de dos culturas, como se nos ha dicho por mucho tiempo. Si lo fuéramos, seríamos esquizofrénicos. Somos herederos de la cultura histórica de Gales, de la que el galés es creador y depositario. El inglés nos da una ventana a la cultura inglesa, nada más. Gales ha sido,

históricamente, una comunidad monolingüe hablante del galés, y debe volver a serlo. . . lo que no significa que los galeses, en lo individual, no deban ser bi y aun multilingües." El criterio, expresado operativamente, sería el de que "enfrentados a quien hable tanto galés como inglés, los nativos de Gales elijan el galés como su medio de comunicación" (73.0093).

Existe, además, otro punto de interés, para el estudioso de las relaciones intergrupales, y para quien trata de discernir cuáles son las grandes líneas históricas de tendencia. La presentación de Thomas tiene, en esto, tono acusatorio, pues señala que:

Desde el punto de vista inglés, dar posición oficial al galés en Gales sería un acto revolucionario, mayor que el de conceder gobierno propio a Irlanda, en el apogeo de su pompa imperial, pues no hay mar que divida a Gales de Inglaterra, y el reconocimiento de nuestros derechos representaría que Inglaterra aprendiese a compartir la isla con sus vecinos, cosa que nunca ha hecho (73.0101).

La lucha de los galeses en Gales, de los flamencos (esa otra espléndida cultura europea) en Flandes no es, aunque lo parezca, un estrecho movimiento nacionalista destinado a romper ciertas unidades estatales (aunque en caso dado ése pudiese ser el resultado) y a obstruir aún más la difícil intercomunicación humana. Los galeses difícilmente se privarán de las ventajas que, para el intercambio mundial, derivan de su conocimiento del inglés; los flamencos difícilmente aceptarán que la irradiación lograda con su idioma pueda ser tan amplia como la que les facilita el uso del francés. Saben —unos y otros— que una lengua de gran difusión ayuda a lograr una más amplia comunicación entre los hombres; pero no olvidan que la "comunicación" no es sino una de las metas que se tratan de alcanzar con el uso de una lengua; que la otra meta principal es la "expresión", y que la expresión más auténtica se logra con el uso de la lengua vernácula, así sea limitado el poder de irradiación de ésta.

### *Preservación de las lenguas minoritarias como medio de afirmar la autonomía política en Italia*

El Valle del Aosta y el Tirol del Sur son dos regiones en las que viven minorías lingüísticas dentro del Estado italiano, a las que se ha otorgado, jurídicamente, autonomía política, y en las que la preservación de la lengua minoritaria se considera como una forma de reivindicar y de reforzar esa autonomía.

## *Los franco parlantes del Valle del Aosta*

El Valle del Aosta es un territorio de menos de cuatro mil kilómetros cuadrados. Ha estado comunicado con el exterior: primero, por los puertos de montaña que le ligaban —sobre todo— al Valés y la Saboya; segundo, por los ferrocarriles que lo abrieron a la influencia piamontesa, de Italia, y, tercero, por los túneles carreteros que parecen darle una vocación europea. El factor geográfico, la influencia del pasado, han determinado bloqueos, antagonismos, dificultades de reestructuración social. Replegado en sí, apegado a su independencia, refractario al cambio, constituyó, en el siglo XVIII, un pequeño Estado autónomo en el ducado de Saboya. Las libertades locales, las instituciones propias, el lenguaje, fincaron sus particularismos. La lealtad a la Casa de Saboya, la potencia de la iglesia (cuyo clero ha sido alma de la región) explican su resistencia al cambio: Calvino, el reformador, hubo de salir huyendo del Valle; la oleada revolucionaria de 1789 no dañó las posiciones soberanas y eclesiásticas (pues sus insurrecciones “des Soques” fueron legitimistas y reaccionarias). En el siglo XIX, con la anexión de Saboya por Francia, el Valle se convirtió en marca fronteriza de un Estado que se extendía por entonces en la península.

A partir de 1860, se plantea el problema lingüístico. Durante el periodo previo, la población del Valle había vivido de la agricultura, que, por su insuficiencia, produjo las emigraciones del siglo XVII y del XVIII (migración de personas de cierta posición, hacia los países germánicos) y de mediados del siglo XIX (de proletarios, hacia París).

Ya en el periodo italiano se manifiestan no sólo las tensiones sino el desnivel entre el desarrollo general de Italia, de Europa —por un lado— y el del Valle —por otro. Concurren a agravar el problema las tensiones lingüísticas y étnicas.

Retardo y superfetación explican las tensiones económicas y sociales: el abandono de los pasos de montaña en favor de las rutas comerciales reducen el Aosta a la condición de “fondo de saco”, y las peticiones para construir un túnel debajo del Monte Blanco (1875) tienen satisfacción tardía (en 1964). La industrialización —introducida por el fascismo— revoluciona el medio, tanto como la “revolución turística” que explota sus atractivos y busca su italianización sin que haya transcurrido el tiempo necesario para la readaptación.

La emigración y la inmigración sacuden —aún más— el Valle; en una fase, sólo hay emigración; en otra, coinciden emigración e inmigración; en otra más, predomina la inmigración. Cuando coinciden, hay interpelaciones en el Consejo, pues se juzga escandaloso que los

valdostanos deban expatriarse para vivir, en tanto afluyen al Valle trabajadores “de allá abajo”, difíciles de similar.

Se suman, a todo lo anterior, las tensiones lingüísticas y étnicas. En el Valle (desde la alta Edad Media) se habló un dialecto franco-provenzal, y los valdostanos tendieron a mantenerse francoparlantes; pero, hacia 1861, se vieron aislados dentro de un Estado casi-monolingüe de habla distinta que, más tarde —conforme al principio de “un Estado, una lengua”— buscaría la italianización. Hasta 1848 los diputados de Saboya y del Valle habían tenido derecho a hablar francés en las Cámaras, pero a partir de 1860, se introdujeron medidas con las que se trató de erradicar del Valle dicha lengua. El fascismo llevó las cosas al extremo, e incluso intentó o realizó la italianización de los toponímicos y de los patronímicos.

Las reacciones —por supuesto— no han faltado: la defensa de la lengua se convirtió en factor de resistencia y cohesión de las élites laicas y eclesiásticas; estas últimas, particularmente, habían visto en esa defensa el medio de conservar el apego de los habitantes a la religión y a la vida patriarcal. Sin embargo, el amor por el francés se ha nutrido del que llevaron al Valle los antiguos emigrados de París, ciudad que —entre 1880 y 1913 como ahora Nueva York para los portorriqueños— era “la mayor ciudad valdostana” (con 20 000 emigrados y 50 000 descendientes de emigrados muy autoconscientes).

Los valdostanos defendieron en múltiples ocasiones (sin éxito) la lengua francesa, hasta que en 1944-1948, al verse bloqueados lingüísticamente, hicieron explotar su descontento: fue ésa una crisis que rebasó el ámbito nacional y alcanzó nivel internacional.

Las causas fueron variadas. Primero, las hubo valdostanas (anticentralismo, desconfianza del fascismo, acusaciones de traición hechas por los fascistas, y toma de conciencia de su diferenciación por los valdostanos). Segundo, italianas (ideología regionalista de Don Sturzo). Tercero, las hubo —también— internacionales (irredentismo francés, coyuntura internacional favorable, dada la debilidad italiana).

En la crisis, la corriente anexionista (a Francia) se opuso a la autonomista. Militaron, en la primera, emigrados parisinos y súbditos franceses; en la segunda, los valdostanos que por su profesión no vivían en el Valle, y el gobierno italiano. Factor precipitante de la solución autonómica lo fue la coyuntura internacional: del lado francés no había “voluntad firme, unánime y duradera”; del italiano se buscaba, a toda costa, evitar la internacionalización: los ingleses y americanos eran favorables a la integridad italiana. De ahí que la resolución final favoreciera la autonomía.

Conforme señala A. Passerin d'Entrèves, es prematuro hacer el balance de veinte años de autonomía; pero su diagnóstico es: que el

Valle sufre una asimilación debida al progreso técnico; que será incapaz de resistir la presión estatal italiana; que sus habitantes constituyen una minoría en vías de enajenación étnica y lingüística (53.0013).

En efecto, el francés, desde 1945, decae; es una de las dos lenguas de la escuela primaria, pero, en la escuela media, ya sólo se le enseña como lengua extranjera, y el estudiante que desea llegar a funcionario lo rehúye en la enseñanza universitaria. La escuela es un islote lingüístico que amenaza hundirse. El autor considera, además, que el francés es, en Aosta, “un mito que no sirve sino para justificar la autonomía”; un mito que se ha deteriorado ya por evolucionar en “vaso cerrado” (53.0019).

Sin embargo, en bien de los del Valle, debe evitarse el paso del monolingüismo francés al monolingüismo italiano, y si bien se pregunta —sin responder— si puede existir, en un país, un equilibrio equitativo entre dos lenguas, el francés —en el Aosta— puede llegar a tener, al lado del italiano, “una significación europea auténtica”. El mismo cambio en las comunicaciones (los túneles carreteros) le señalan este destino al Valle mismo.

### *Los germanoparlantes del Tirol del Sur*

La aportación comparativa de Max Lengereau sobre el Tirol del Sur no es menos interesante: señala que entre éste y el Aosta hay grandes semejanzas y diferencias profundas: ambos en los confines de Italia; ambos al pie de cadenas montañosas convertidas en fronteras. Ambos (Tirol y Aosta) pertenecientes a una civilización alpestre; pero, con la diferencia de que Aosta conservó más su peculiaridad que el Tirol del Sur, y de que éste se une al Tirol austriaco por un paso fácil, transitable en todo tiempo, mientras el Aosta se une a la Saboya por pasos difíciles, que sólo pueden atravesarse en el verano.

La forma de italianización también difiere: la del Aosta “no produjo grandes heridas”; la del Tirol “fue brutal”. La diferenciación entre tirolese e italianos es —por otra parte— más marcada que la que existe entre valdostanos e italianos (más afines); con ello, la anexión se resiste más en el Tirol que en el Aosta.

Otra diferencia estriba en que el régimen autónomo otorgado a los tirolese del sur en 1948, “a pesar de la garantía internacional, resulta menos ventajosa que la de los valdostanos”; como que se fusionó el Tirol del Sur con dos regiones italianas y se desnaturalizó así su autonomía. El proceso de degradación legislativa reclama, aquí, re-

medio internacional. Esto es tanto más cierto cuanto que los tirolese (no conformes con seguir usando su lengua y enviando a sus estudiantes a Innsbruck) están manifestando su descontento de un modo más activo y violento, mediante brotes terroristas que llaman la atención del mundo. Todo eso quizás explique —como señala el autor— por qué el Tirol del Sur se encuentra en “un estadio menos avanzado de evolución y que ofrezca aún —en la arena política— una capacidad de resistencia propia de las fuerzas jóvenes, que tienen poco tiempo de luchar” (38.0005).

*Un problema sociolingüístico en nivel universitario:  
los húngaros de Transilvania*

Judith Listowell —húngara de origen, casada con un británico— tras su visita a Hungría y Rumania, en 1965, presentó una versión sobre las condiciones de vida de los húngaros que viven en Transilvania como una minoría cultural y lingüística de la república rumana.

La señora Listowell califica —desde el principio— como “muy duro” el destino de los húngaros que viven bajo el régimen rumano. Los trabajos decentes —de acuerdo con una queja que ella escuchó— “parecen reservados a los rumanos” (43.0692). Estos, por su parte, rechazan esas acusaciones: consideran que son mero producto de un odio interétnico que ha hecho mucho daño al país, y que debe eliminarse mediante una convivencia pacífica de ambas etnias, a fin de que la misma permita la construcción de un mundo mejor.

La convivencia de húngaros y rumanos en Transilvania ha durado casi un milenio. Antes, los húngaros eran los terratenientes y los rumanos los montañeses, mientras que los inmigrantes sajones constituían, por su parte, el artesanado. Hoy, después de aumentar su contingente demográfico, tras descender a los valles y educarse, los rumanos se han convertido en competidores de los húngaros en el terreno laboral, y en cuasimonopolizadores de la administración pública, a partir de 1919, año en que el Tratado Trianón, otorgó a Rumania la zona de Transilvania.

En el periodo interbélico —según recuerda la señora Listowell— las quejas húngaras contra Rumania fueron frecuentes en la Liga de las Naciones; la minoría húngara se decía —en ellas— explotada por la mayoría rumana.

Pero, el elemento más dramático en el alegato de la Listowell es el que se refiere a los universitarios húngaros de Cluj, la segunda ciudad de Rumania, poblado universitario por excelencia en la que el 23 de

agosto de 1967, durante la conmemoración de la derrota del fascismo y la liberación de Rumania oímos proclamar a los dirigentes rumanos el propósito de mantener la coexistencia pacífica y respetar los derechos de las minorías dentro de la república rumana. Las condiciones para los acontecimientos a los que se refiere la escritora británica las pusieron: la revuelta húngara de 1956 y la manipulación de la realidad rumana por el partido comunista de ese país.

La revuelta de 1956 en Budapest tuvo repercusiones no sólo en Hungría sino en otros países, tanto dentro como fuera de la capital rumana; de ahí que el partido comunista rumano temiese que llegaran a hacerse intentos para imitarla en Rumania. De ahí que su secretario, Gheorgiu-Dej, buscara el fortalecimiento del partido por tres medios: la detención de sus posibles críticos; la búsqueda de la sujeción de los húngaros (para satisfacer al nacionalismo rumano) y el enfrentamiento a las demandas económicas rusas (lo que le valió máximo aplauso de la población).

El problema de la minoría húngara de Transilvania se lo confió Gheorgiu-Dej a Ceaucescu. Este convocó una reunión conjunta de la antigua facultad húngara y de la nueva rumana, así como de los miembros del partido, para realizar la fusión universitaria en Cluj. Los húngaros de Rumania consideraron esto como un golpe mortal para su universidad. El rector Szbedy, su esposa y varios colegas (que habían sido miembros del partido) se negaron a firmar, y en el curso de los tres meses siguientes, siete catedráticos se suicidaron. Esto causó gran consternación en Bucarest, y —según Listowell— fue esa consternación —ese temor al escándalo internacional— lo que impidió el despido del restante profesorado húngaro.

La periodista indica que, ahora, “tanto en Bucarest como en Budapest, los responsables [del gobierno] evitan comentar las quejas húngaras en Transilvania” (43.0693).

Poco después de haberse publicado el artículo de Judith Listowell, apareció en Gran Bretaña una carta de Ion Ratiu (57.0764), presidente de la Asociación Británico-Rumana, en la que acusaba de parcial la presentación correspondiente, y la atribuía al chauvinismo; éste se remontaría en sus orígenes, a la época del régimen húngaro revisionista de Horthy (de la época interbélica).

Judith Listowell no pudo negar las afirmaciones de Ratiu en el sentido de que el rector de la Universidad de Cluj era, en la fecha (1965), un húngaro; de que la Universidad había recibido el nombre de un patriota húngaro (Babes-Bolyai), pero sí pudo responder al reto del corresponsal para que nombrara a los siete profesores suicidas húngaros, que se autosacrificaron para protestar contra lo que

consideraron un atentado a los derechos universitarios de la minoría cultural y lingüística húngara de Transilvania.

En fechas más recientes, ante la negativa rumana para permitir el paso de tropas soviéticas por el territorio nacional, se ha podido ver la forma en que han tratado de resucitarse las fricciones entre la mayoría rumana y la minoría húngara y cómo se ha amenazado veladamente con amputar una porción del actual territorio rumano, en caso de que el régimen del país no se muestre más complaciente en relación con las demandas de su vecino.

### *Protección de minorías lingüísticas en Finlandia*

Frente a casos como los ya señalados en que las minorías lingüísticas no logran que se reconozcan sus derechos u obtienen un reconocimiento parcial o sectorial de los mismos, hay que colocar aquellos otros en los que dichos grupos minoritarios obtienen un reconocimiento de sus derechos o logran preservar sus idiomas aun sin apoyo estatal. Entre esos casos se cuentan el de Finlandia (en donde las minorías lingüísticas tienen derechos reconocidos) y el del yidish (idioma de minorías que logró subsistir en Europa a pesar de una total falta de apoyo gubernativo).

Finlandia tiene dos lenguas nacionales: el finés y el sueco. La ley sobre las lenguas establece el carácter oficial de ambas, el cual está consagrado por la Constitución. Sin que disfruten del mismo tipo de reconocimiento, se hablan en Finlandia —como lenguas de minorías— el lapón y el ruso.

El finés es la lengua mayoritaria, pues es hablado por un 92 por ciento de la población; el sueco es hablado por menos del ocho por ciento, y quienes hablan otros idiomas no llegan a constituir el uno por ciento. Además, casi la mitad de los suecoparlantes y todos los lapones adultos saben el finés. Por otra parte, cerca del ocho por ciento de la población habla no sólo finés (su lengua principal) sino también sueco.

El sueco y el lapón tienden a localizarse geográficamente: en la costa meridional del Golfo de Finlandia, en la occidental del de Botnia y en las islas Aland, el sueco; en el norte del país (en Laponia), el lapón. El finés, en cambio, se encuentra ampliamente difundido por todo el país.

Fuera de cualquier consideración de hecho, jurídicamente, los distritos gubernativos son declarados fineses, suecos o bilingües. La declaración —hecha cada diez años— se basa en el criterio de que es



bilingüe una comuna en la que uno de los idiomas oficiales es hablado —al menos— por diez por ciento de los pobladores y que es finesa o sueca, en caso de que el número de pobladores que habla respectivamente el finés o el sueco constituya más del noventa por ciento de la población.

En términos dinámicos: primero, una comuna bilingüe se convierte en monolingüe si la lengua minoritaria abarca menos del ocho por ciento; segundo, una monolingüe no es declarada bilingüe sino cuando la lengua minoritaria llega a abarcar más del doce por ciento de la población. Estos criterios se aplican a los resultados numéricos que se obtienen de los censos.

El criterio proporcionado por estos porcentos les ha llegado a parecer inadecuado a los suecoparlantes, que han venido luchando porque el criterio clasificatorio lo proporcione el número absoluto y no el relativo de hablantes, especialmente, cuando se trata de grandes poblaciones como Turku (Åbo) Helsinki (Helsingfors), Vaasa (Vaasa), y luchan porque el límite sea de 5 000 habitantes.

Los argumentos para lo anterior han sido, todos, de carácter sociopolítico, y tienen indudable interés: la suma de las minorías suecoparlantes de estas ciudades supera al total de habitantes de la mayoría de los otros poblados y comunidades rurales finlandesas y son, las tres, centros administrativos de provincias en las que vive la mayoría suecoparlante. El debate ha puesto de manifiesto que si bien ha habido acuerdo en cuanto al fin (mantener esas ciudades bilingües), ha habido desacuerdo con respecto al medio de conseguirlo.

En general, la actitud gubernativa hacia el bilingüismo (tal como se manifiesta en el discurso del presidente Kekkonen, de 17 de mayo de 1962) es favorable a éste, en cuanto “la diversidad desarrolla la riqueza”. Los paradigmas de la Unión Soviética y de Estados Unidos de América, ofrecidos por el señor Kekkonen, dejan en duda sobre si se piensa en esa diversidad como algo valioso de por sí, o si se la considera como la base de una futura síntesis.

Los orígenes de la actual situación lingüística en Finlandia se encuentran en el pasado. Hasta la conquista rusa, en 1809, el finés fue lengua minoritaria, carente de importancia dentro del reino sueco; en 1863, bajo presión finesa, Alejandro II dio un edicto para su reconocimiento paritario con el sueco. El movimiento nacionalista finlandés lo estableció y lo difundió en el país.

Sin embargo, el predominio —de hecho, si no de derecho— del finés sobre el sueco, no es mero producto de un designio voluntarista de la nación; es, también, resultado de los diferentes desarrollos (demográficos y económicos) de los dos grupos de hablantes. En efecto,

si en términos absolutos el número de suecoparlantes no decrece, su proporción en el total sí disminuye. Las causas de esto están: en su mayor migración laboral hacia Suecia; en sus tasas menores de natalidad (conectadas con su mayor urbanización), y en el hecho de que los hijos de los matrimonios mixtos resulten fenoparlantes, en buena parte por la presión social que sobre ellos ejercen los medios en que predomina el finés.

Los suecoparlantes, son minoritarios sociológica (o estadística) pero no políticamente —pues su lengua tiene reconocimiento paritario con el finés— y constituyen un grupo particularmente significativo en Finlandia. Ahí, para la defensa de sus derechos, han constituido un órgano parlamentario —su *Folketing*— al que todo suecoparlante mayor de edad elige un representante. Los suecoparlantes son ciudadanos fineses de pleno derecho; en sus relaciones con la administración pública pueden usar y usan, el sueco, y pueden exigir que se les responda y notifique en su propio idioma.

En el aspecto cultural, los suecoparlantes de Finlandia se encuentran igualmente protegidos: una comuna debe establecer una escuela primaria si hay 27 niños en edad escolar, y una para la minoría lingüística, si hay 17. En la escuela primaria, el sueco —opcional hasta ahora—, tiende a volverse obligatorio como segunda lengua.

En las islas Åland (relativamente autónomas) el sueco es el único idioma oficial, y el gobierno finés —así subsidie sus escuelas— no tiene derecho a enseñar finés sin consentimiento de los habitantes de esas islas.

Las instituciones superiores de docencia y cultura de todo el país, también reflejan el bilingüismo de Finlandia (Suomi, en finés). En la Universidad de Helsinki, veintidós cátedras se dictan en sueco, y los estudiantes suecoparlantes usan su propio idioma en cursos y seminarios. En Turku (Åbo), la Academia (universidad) es suecoparlante. En la cuarta década, el intento de “nacionalizar” (reducir al finés) la Universidad de Helsinki produjo la máxima fricción lingüística en el país.

Frente a la situación del sueco, la del lapón es diferente. Todos los lapones adultos hablan finés, y se considera que su lengua “no es de cultura en el mismo sentido que el sueco”. Sin embargo, la legislación declara que “todos los niños lapones, si es posible y necesario, deben instruirse en su lengua materna, y que los profesores de las escuelas laponas deben hablar ese idioma”.

Hay textos en lapón editados por el gobierno finlandés, y se están haciendo esfuerzos para preservar y promover la cultura lapona, en el grado en que esto es compatible con una creciente industrialización.

Karl Nickul, secretario de la Sociedad para la Promoción de la Cultura Lapona, nos recuerda que el lapón está emparentado lingüísticamente con el finés (más que el estoniano y menos que el húngaro); que tal y como el sueco, pariente del alemán, tiene préstamos de éste, el lapón los tiene de su pariente finés; que los lapones constituyen menos del 0.06 por ciento de la población finesa; que los lapones de Finlandia no son tan numerosos como los noruegos; que viven muy dispersos; que aunque aparentemente sigan siendo nómadas, su nomadismo es restringido, pues tienen moradas de verano y de invierno, y las mujeres y los niños no acompañan a los hombres en sus correrías, así como que tienen ya ocupaciones muy diversificadas (49.0002).

Nickul señala —también— que el individualismo lapón está siendo sustituido por el cooperativismo y, en relación con los problemas socio-lingüísticos, muestra que el problema tropieza con una dificultad considerable, pues existen por lo menos tres dialectos que son ininteligibles entre sí. Por su parte, Paavo Ravi —miembro de la Academia de Finlandia— señala que por lo menos son cinco los lapones escritos necesarios para satisfacer “las justas demandas” de sus usuarios, pero que el Lapón Ruija es el hablado más ampliamente, el más inteligible por la mayoría; aquel en que valdría la pena publicar una literatura importante.

Aun con esas dificultades, la lengua vuelve a encontrar apoyo —aquí— en ciertos caracteres sociales, y “la cultura lapona está apoyada, en forma creciente, por una clase educada, lapona, que está en ascenso y tiene mayor visión”. Para ella, “mucho de lo que los extranjeros han considerado característico de los lapones deberá eliminarse, pero lo lapón y los lapones deberán enriquecer más conscientemente la civilización nórdica” (58.0003).

Son esos lapones los que forman la mayoría de esa Sociedad Promotora del Lapón, que publica un periódico en su propio idioma. Son ellos, también, los que mantienen un contacto continuo y estrecho con los lapones que constituyen minorías lingüísticas en Noruega y Suecia.

*Exaltación de un idioma vernáculo sin apoyo político:  
el yidish en Europa*

El yidish es una lengua de fusión. Empezó a constituirse hacia el siglo XI, en la cuenca renana. Ahí, los judíos vivieron suficientemente cerca de los no-judíos para conocer sus idiomas; pero, al

aprenderlos, llevaron a ellos hábitos de sus hablas pre-germánicas, y actitudes contrarias a las matizaciones cristológicas del alemán. A más del alemán, intervinieron en la mezcla las lenguas romances y el hebreo.

El yidish tuvo que enfrentar, desde el principio, dos debilidades de carácter sociolingüístico: una, externa al grupo de sus hablantes, en cuanto éstos no tenían intervención en la maquinaria estatal y no podían utilizarla para respaldar el uso del idioma; otra interna, en cuanto el yidish, dentro de las mismas comunidades judías, hubo de enfrentar la competencia del hebreo, que ocupaba lugar de preferencia como lengua religiosa.

Pero, el yidish tuvo su propia fuerza, más de origen cultural que político: surgió como lengua de alfabetizados (de quienes habían aprendido a leer y escribir, primero, en hebreo, y después, en las lenguas románicas y teutónicas) y, por ello, no sólo sirvió de vehículo a tradiciones orales sino que lo fue del entretenimiento, la educación, y la adoctrinación religiosa de carácter literario.

Hacia el siglo XIX, el yidish se vinculó con la Ilustración; fue así como favoreció la educación de las masas y el nacionalismo (principalmente) y, al hacerlo, ganó gran número de adeptos. En ese siglo, al tiempo que los judíos de Europa Oriental se vinculaban con los grandes movimientos europeos de su tiempo, cambiaban también muchas de sus actitudes en relación tanto con la sociedad como con la lengua.

A los de habla yidish los alcanzaron, así: los efectos de la liberación de los siervos en Rusia, y la revitalización de la vida judía en Europa Oriental. Les afectaron —también— la urbanización y la industrialización, así como las ideologías, antirreligiosas, reformistas, nacionalistas y proletarias.

En 1897, el censo registró gran proporción de hablantes del yidish. La secularización, a su vez, hizo que éstos se definieran más en términos lingüístico-culturales que en términos religiosos. El nacionalismo, por su parte, habría de plantear el problema de definir cómo había de considerarse al yidish en términos nacionales. El dilema no consistía en determinar si era o no nacional sino si se le debía considerar como la lengua nacional o como *una de las* lenguas nacionales judías, únicamente. Se temía lo primero, porque eso podía representar el desplazamiento del hebreo, al que muchos deseaban conservar el sitio.

La exaltación del yidish —en el contexto europeo de elevación y dignificación de las lenguas vernáculas—, contrasta con el proceso seguido por éstas. En el caso del yidish —en efecto— no hubo que adoctrinar ni a un campesinado ni a un proletariado urbano que

fueran portadores de la lengua pero que, simultáneamente, fuesen más o menos iletrados, porque la gran mayoría de los hablantes del yidish ya estaba alfabetizada. Conforme indica Fishman:

Las distinciones usuales entre etnicidad y religión; entre la “pequeña” tradición y la “gran” tradición; entre la lengua vernácula y el lenguaje superpuesto, y entre la tradición comunal (eticidad) y la tradición transmitida (nacionalismo), en el caso judío no se mantiene tan bien como entre los otros pueblos del este de Europa (20.0011).

Fishman considera que la dignificación de las lenguas vernáculas requirió de una lucha entre élites contendientes; pero que, en cambio, esto no se produjo en el caso judío. A nosotros nos parece que, en ese ambiente (de falta de acceso a la maquinaria estatal) la misma lucha se produjo, pero que se manifestó de un modo atenuado o procedió en forma encubierta, como una oposición o como una competencia entre los dirigentes religiosos (que eran partidarios del hebreo) y quienes aspiraban a ser dirigentes seculares (partidarios del yidish).

La falta de poder coercitivo externo, y el hecho de que sus hablantes emigraran en masa, hicieron que el yidish no tuviese, en Europa, una base demográfica suficientemente extensa, y un respaldo político suficientemente efectivo. De nuevo conforme a las observaciones de Fishman:

Su creatividad innegable, al nivel de la “alta” cultura nacional hubo de descansar sobre una población que era demasiado pequeña, que estaba muy dislocada, que estaba poco sazónada ideológica y culturalmente, y que estaba muy expuesta a influencias contrarias, procedentes de poblaciones altamente industrializadas, prestigiosas, desetnificadas, coterritoriales (20.0011).

A partir de 1914, el yidish logró mejorar social, cultural y legalmente, en Europa. Bajo la influencia de los Tratados de Trianón y de Versalles, y de la Revolución Rusa, llegó a ser considerado —aunque sólo haya sido por breve lapso— idioma nacional de un grupo étnico.

A partir de ese momento, hubo educación, publicaciones y tribunales que emplearon el yidish en los documentos públicos (con inclusión del papel moneda); aparecieron inscripciones en yidish, y el idioma obtuvo el apoyo gubernativo.

En la época estaliniana de Rusia, el yidish se benefició con el lema “nacional en la forma, socialista en el contenido”; pero, veinticinco años después, fue eliminado de la vida rusa, en un proceso que muchos han considerado como asimilable al “genocidio”. Algo parecido

ocurrió en Polonia, en el Báltico, en Rumania, en donde los derechos judíos fueron abrogados —también— en la tercera década.

Durante la Segunda Guerra, los nazis aniquilaron a seis millones de judíos que, en su mayoría, hablaban yidish. Después de la guerra, los gobiernos volvieron a patrocinar escuelas, publicaciones y grupos de teatro; pero, la población de habla yidish había llegado a ser poco numerosa; a estar esparcida; a ser poco productiva; a carecer de verdadera irradiación.

Tras miles de años de crecimiento y desarrollo —concluye Fishman en esta parte— el yidish se encuentra hoy sin tierra medular europea como aquella en la que nació y se nutrió (20.0019).

El propio sociolingüista ha estudiado y registrado cómo el yidish ha recuperado algo de lo perdido; cómo se ha purificado, en muchos sentidos, dentro de las nuevas condiciones socioculturales en que se le emplea en tierra americana; pero a nosotros nos interesaba recoger —sobre todo— sus observaciones, para mostrar cómo el éxito temporal de una lengua minoritaria no tiene que depender siempre del apoyo político, estatal.

*Los kurdos. ¿Conjunto de grupos minoritarios de diversos Estados o Estado del futuro?*

En cierto modo como los lapones, que constituyen minorías en Noruega, Suecia y Finlandia, los kurdos aparecen como un conjunto de colectividades humanas que forman, actualmente, grupos minoritarios en diversos Estados ya constituidos, pero parecen proyectarse hacia el futuro, como un Estado potencial.

En efecto, es en Mesooriente en donde existe un territorio habitado por un pueblo del grupo ario —de entre los más antiguos entre los que pueblan esa región del mundo— al que se conoce como “los kurdos”. La región que habitan recibe, en forma correspondiente, el nombre de Kurdistán. Este cubre parte de la Unión Soviética, de Siria, de Turquía, de Iraq y de Irán.

Arios de origen, los kurdos absorbieron —con todo— en la Antigüedad, a gran número de medos. Convertidos al Islam, bajo el reinado de Saladino —uno de ellos— combatieron a Occidente. En la Edad Media, tuvieron que luchar unos al lado de Persia y otros al lado del Imperio Otomano, y en esas pugnas se reflejó el cisma religioso entre los sunitas y los shiitas. Los sunitas kurdos auxiliaron eficazmente al

sultán, y fueron recompensados por él; los shiitas kurdos brindaron su ayuda al shah y de él recibieron su recompensa. En ambos casos, se trató del reconocimiento de su independencia, sus tradiciones y sus costumbres.

Así, una parte considerable de los kurdos tuvo, hasta el siglo XIX, su propio principado, vasallo del sultán de Constantinopla. Pero, al desintegrarse el Imperio Otomano, se rebelaron los kurdos, protestando contra una situación a la que habían llegado tras dos o tres siglos de deterioro, en que el antiguo principado había llegado a convertirse —en la realidad— en mera provincia.

A principios del siglo XX, se estableció el primer partido nacionalista kurdo, y, al final de la Primera Guerra, los aliados “jugaron con la idea de crear un Estado kurdo autónomo, dentro de Turquía”. Así, en el Tratado de Sèvres, se incluyó —a este respecto— una cláusula que no llegó a cumplirse.

Casi inmediatamente después, hubo fricciones entre Gran Bretaña y Turquía sobre la anexión del *vilayet* o gubernatura de Mosul a Iraq. Una comisión designada para explorar la situación, en días muy próximos a la firma del Tratado de Lausana, fijó el deseo kurdo de anexión a Iraq; pero “de hecho, el sentimiento no era favorable ni a Turquía ni a Iraq”. Una segunda comisión, enviada a Mosul, encontró que los kurdos deseaban “que se nombrasen funcionarios de su raza, para la administración, y que se emplease el kurdo como idioma oficial de la justicia y de la instrucción en las escuelas”.

En los últimos años, ha habido diversas sublevaciones kurdas contra el gobierno de Bagdad. En 1958, la república de Kassem empezó a mostrarse favorable a los kurdos, pero, progresivamente, dejó de serlo. A la caída de la República de Mahabad, Barzani, jefe del ejército nacional kurdo se negó a someterse al gobierno y tuvo que exiliarse, buscando refugio en la Unión Soviética. En 1961, el gobierno, al tratar de someter a los kurdos, llegó hasta el empleo de armas pesadas, pero fracasó en el intento. Al abrirse las negociaciones de paz, éstas tampoco tuvieron éxito, en parte porque el partido Baas —en el poder—, se opuso a que se hicieran concesiones a los kurdos, y en parte porque Barzani se mostró intransigente e hizo peticiones que se consideraron como excesivas. En 1963, los kurdos amenazaron los yacimientos petrolíferos de Mosul, y fue tal la represión gubernativa que al gobierno se le acusó del genocidio del pueblo kurdo. En 1966, Barzani tuvo que señalarle al gobierno que no estaba cumpliendo las promesas que les había hecho a los kurdos, a pesar de que ellos estaban contribuyendo, en forma muy eficaz, a que se restableciera el orden en Iraq.

En Siria, las represiones gubernativas en contra de los kurdos han sido, en algún momento, de parecida intensidad. Una acusación —de 1967— habla de un plan gubernativo para crear un “cinturón árabe” en torno de los kurdos. Por medio de este cinturón, se desalojaría a los kurdos, trasladándolos a tierras desérticas y haciendo que en los sitios que ellos dejaran, se fueran a establecer familias árabes y beduinas.

Los acontecimientos no han sido tan llamativos en Turquía y en Irán como lo fueron en Iraq y en Siria, pero sigue siendo notable la situación minoritaria de los kurdos en esos países.

Aunque los kurdos dicen ser ocho millones, parece que, en realidad, llegan sólo a tres o cuatro millones. Unas fuentes hablan de entre dos o tres millones de kurdos en Turquía, uno y medio en Irán, uno y cuarto en Iraq, doscientos cincuenta mil en Siria y cien mil en la Unión Soviética; otra fuente habla de millón y medio en Turquía, más de un millón en Irán, de cientos de miles en Siria, de decenas de millar en Armenia y Azerbaiyán, y de que en Iraq constituyen un 15 por ciento de la población total.

Los kurdos siguen siendo —en buena parte— pastores nómadas. Turquía declaró a los de su territorio “turcos montañeses”, pero, también, les proporcionó trabajo y les ayudó a establecerse como agricultores. En otros sitios, ya desde hacía algunos años, se venían observando ciertas tendencias favorables al establecimiento agrícola y urbano (en diversas áreas), al desarrollo de un proletariado entre quienes trabajaban en la industria petrolera (en el área de Mosul), y al de una clase media urbana (en Sulamainya).

Los kurdos tienen conciencia de sí mismos gracias a que han conservado su lengua y sus costumbres y a que —como indica el Boletín de la Comisión Internacional de Juristas— “han hecho surgir de sí poetas, historiadores y dirigentes”. Esto, unido a la necesidad de resistir las represiones gubernativas, ha afirmado su propia personalidad.

Así, por ejemplo, la actitud reivindicadora de los kurdos en Turquía ha sido la contrapartida de la prohibición del gobierno turco que impide se enseñe el kurdo en las escuelas y se editen libros en kurdo (habiéndose llegado, en este sentido, a castigar con cárcel a los editores). Asimismo, hay prohibiciones a la importación de publicaciones y discos en kurdo.

Aunque en Iraq se le reconoce al kurdo una situación paritaria con respecto al árabe, sólo se le emplea en cien de las doscientas escuelas del Kurdistán iraqués. Por otro lado, en todas las bibliotecas de Iraq no hay sino 141 libros en kurdo.

Dada su situación minoritaria, no debe extrañar que sobre los



kurdos haya ejercido atracción especial el comunismo, el cual se ha preocupado siempre por el problema de las minorías. En Mesooriente —conforme asienta Lacqueur— se observa, en forma correlativa, una participación considerable de la minoría kurda (y de otras minorías) en los partidos comunistas. Así, “los partidos sirios y libaneses fueron fundados por armenios, judíos y griegos”. Sin embargo, como el mismo apunta, “en 1956, la situación cambió con la migración judía a Israel, y con la de los armenios a la Armenia soviética, pues quienes permanecieron en los países de origen, como miembros de una minoría, no pudieron mantenerse en actividad en una atmósfera de extremo nacionalismo que, a veces, llegaba a la xenofobia” (37.0221).

El propio Lacqueur afirma que —por lo menos en principio— no hay por qué considerar a las revueltas kurdas como testimonio de un sentimiento consciente y activo de unidad y nacionalismo kurdo o del deseo de las tribus de formar un Estado. En muchas ocasiones, las acciones kurdas han fracasado por las pugnas internas entre diversas tribus. Y el sentimiento en contra del gobierno ha procedido —con frecuencia— de una antipatía kurda hacia el sedentarismo. Han influido, también, tanto los deseos de preservar o eliminar los restos feudales como la ingerencia o abstención eclesiástica en la política. La diferenciación interna kurda también depende de que mientras algunas tribus quieren incluir en los grupos dirigentes a las clases que tradicionalmente los han jefaturado en el pasado, otras se oponen a ello.

Los kurdos han provocado una polémica, dentro del comunismo, pues mientras muchos kurdos nacionalistas piensan que cada pueblo debe tener su propio partido comunista, hay comunistas (iraquíes) que han señalado que esto no haría sino debilitar al comunismo en su lucha contra el imperialismo. Los kurdos responden a esto diciendo que la lucha antimperialista es sólo una precondition para luchar más tarde por su unidad y autodeterminación nacional.

Algunas de estas diferencias se evidencian a uno y otro lado de las fronteras: de un lado, se favorece la autonomía dentro del Estado persa; de otro, se lucha por una federación iraquesa; de una parte, el clero está a la cabeza de los movimientos kurdos; del otro, se excluye al clero tanto de la jefatura como de la lucha kurda (en general).

En Iraq, las concesiones que el gobierno está dispuesto a hacerles a los kurdos llegan hasta la concesión de la autonomía administrativa. Las demandas de los kurdos —por su parte— llegan hasta pedir que se forme una federación dentro del Estado iraqués, o incluso que se les otorgue independencia total en el manejo de los asuntos internacionales.

En relación con el problema kurdo, la Unión Soviética nunca ha

querido aparecer como potencia kurda en la política de Medio Oriente, y ha llamado la atención de los armenios que hostilizaban a los kurdos, “por dejar que las animosidades nacionales interfirieran en su política kurda”. Sin embargo, la Unión Soviética ha respaldado fuertemente muchos esfuerzos del tipo de los que realizó la República de Mahabad, en la que no hubo interferencia o participación de agentes soviéticos, pero sí fuertes simpatías pro-soviéticas. La república, por otro lado, se cimentaba en una alianza de la *intelligentsia* urbana y de las tribus más radicales, en tanto quedaba fuera el proletariado urbano del área de Mosul.

Como puede verse, la situación sociocultural y lingüística de las minorías kurdas en Mesooriente contrasta agudamente con la situación sociocultural y lingüística de una minoría como la de habla yidish en Europa. En un caso, el alfabetismo generalizado, la cultura urbana, etcétera, propiciaron el mantenimiento y la exaltación del idioma correspondiente, aun sin ayuda del Estado; en el otro caso, el analfabetismo muy extendido, la falta de sedentarismo, el mismo repudio de las formas estatales, impiden que la misma comunidad lingüística se convierta en el elemento de amalgamación que podría llegar a ser decisivo para el progreso de los kurdos en Mesooriente.

### *Las minorías lingüísticas en las regiones autónomas de Yugoslavia*

En Yugoslavia hay dos regiones autónomas: la Voyvódina y el Kosmet o Kosovo-Metohija que han tenido, dentro del país, una evolución histórica y unas particularidades políticas propias de cada una de ellas, diferentes de las del resto del país. Ellas obtuvieron su estatuto autonómico a partir de la Segunda Guerra Mundial y la lucha de liberación nacional, en 1941-1945, y sus minorías lingüísticas han obtenido también —dentro de ellas— creciente protección a partir de esa época.

Las dos regiones autónomas yugoslavas difieren entre sí, étnica, lingüística, económica, política, social y culturalmente, pero la federación yugoslava ha considerado útil someterlas jurídicamente, a una estructuración similar: darles una forma particular de vinculación dentro de ciertas unidades federadas y con el resto de la federación.

### *La Voyvódina y sus minorías*

La actual composición étnico-lingüística de la población, en la

Voyvódina, se explica por su historia: es la historia de un territorio de paso, en el que las poblaciones sólo podían arraigar durante cortos periodos antes de ser desplazadas por otros pobladores, aunque nunca desaparecían sin dejar alguna huella de su paso.

A los agatires y a los ilirios siguieron los dacios, los tracios y los celtas. Tras los dominadores romanos, llegaron los invasores hunos y ávaros. Las tribus eslavas se establecieron —después— en esta parte de la Panonia, así como en la península balcánica y los hunos, tras dominarlos, constituyeron ahí un Estado.

El empuje turco hizo que muchos servios huyeran a Hungría en el siglo XV, particularmente después de que los turcos dominaron la Voyvódina. Pero, el repliegue turco tras su derrota a las puertas de Viena, y el avance austriaco en Servia, hizo emigrar a los servios hacia Hungría bajo la dirección del patriarca Arsenije Carnojević.

A partir de 1680, la población de la Voyvódina muestra una mayoría servia. El Imperio tuvo que reconocer este hecho, y la contribución servia en soldados, tuvo como contrapartida el reconocimiento de una cierta autonomía religiosa y nacional que se contrajo en cuanto disminuyeron las necesidades dinásticas de contingentes para el ejército.

En 1848, durante las revoluciones, los Habsburgo se mostraron más dispuestos a satisfacer los deseos autonomistas servios, porque deseaban contar con la alianza servia en la lucha contra los magiares. Al ser derrotados éstos por los rusos, en 1849, la Voyvódina servia se constituyó como una entidad bajo la corona austriaca.

En 1918, tras el desmembramiento imperial, la Asamblea Nacional proclamó la unión de la Voyvódina a Servia, pero, al constituirse el reino de Yugoslavia, los derechos autonómicos de la Voyvódina quedaron sin satisfacer.

Durante la ocupación nazi, la Voyvódina fue desmembrada entre la Hungría de Horthy, la Croacia de Pavleviç, y un Bánato gobernado directamente por Alemania. Pero, en 1942, se formó el Comité Regional de Liberación Nacional de la Voyvódina que, con su lucha y con su triunfo obtuvo la autonomía para la región.

La Voyvódina es un territorio fértil que no comenzó a desarrollarse sino hasta el siglo XVIII debido al atraso de Hungría, de la que formaba parte, y debido a su carácter de zona de tránsito más que de establecimiento de las poblaciones. La máquina de vapor llegó tarde; la electricidad no favoreció una industrialización efectiva, la agricultura extensiva, insuficientemente productiva, provocó migraciones que dejaron sin mano de obra el campo que la necesitaba en época de trabajo, y frenó, también, la industrialización. Asimismo la mecanización agrícola fue tardía.

Cuando la Voyvódina logró plena autonomía, en el marco de la nueva Yugoslavia, se concibió el estatuto autonómico como un “derecho propio, y no transferido o delegado”, y como inenajenable, “nacido de ciertas relaciones objetivas nacionales, culturales y políticas”. A la autonomía ha llegado a considerársele, como un “acto de soberanía de la república socialista y como acto de voluntad y sanción de los derechos de la población en las unidades autónomas”.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la Voyvódina era una de las regiones más avanzadas de Yugoslavia, con una renta nacional per cápita superior en 16 % a la media del resto del país; con una población que tenía a la agricultura como su ocupación predominante; de la que un 70 % habitaba en las aldeas y dentro de la que había pronunciadas diferencias entre las clases de grandes terratenientes frente a campesinos sin tierra; de industriales y banqueros frente a pobres habitantes de las ciudades.

Con la liberación se introdujo la reforma agraria y se colonizó la Voyvódina con campesinos pobres de otras regiones de Yugoslavia. El cambio de estructuras, la necesidad de adaptación de los colonos al nuevo ambiente, la dificultad para sacar a esos campesinos de sus ritmos lentos, de sus técnicas anticuadas, de sus rutinas inveteradas, produjo un receso que se acentuó debido al hecho de que la Voyvódina no tiene recursos extractivos o energéticos importantes y a que, por ello, no se pudo incorporar a los designios federales de constitución de una industria básica.

Una vez que estuvo constituida en Yugoslavia la estructura industrial básica, se pudo invertir en el impulso agrícola y en el de la industria de transformación de diversas regiones del país y, más particularmente, de la Voyvódina. Así se crearon fábricas de abonos, de maquinaria agrícola, de alimentos, de generadores, de motores eléctricos, y se invirtió en la socialización agrícola, en la irrigación y el avenamiento. Todo esto, a su vez, permitió que la Voyvódina se colocara en uno de los primeros lugares en Yugoslavia, en materia económica, asistencial, social y cultural, y que haya podido hacer frente a sus obligaciones no sólo frente a su población mayoritaria sino frente a sus minorías.

Como resultado del bruceo demográfico antiguo y moderno, y de la moderna colonización de la Voyvódina, hay en ella un 23.8 % de húngaros, un 3.9 % de eslovacos, un 3.1 % de rumanos, un 1.3 % de rutenos. Los derechos de estas minorías nacionales de la Voyvódina —como los del resto de Yugoslavia— han sido garantizados en forma más detallada que para el resto de la federación.

Así, las decisiones regionales importantes y los documentos de carácter general se deben publicar —en la Voyvódina— en servocroa-

ta, y traducirse a los idiomas minoritarios. La decisión sobre qué es lo que hay que traducir y a qué idiomas es a los que se debe de traducir se toma sobre la base de considerar la importancia que tiene un documento y el número de usuarios del idioma al que hay que traducirlo.

En el terreno político-administrativo y judicial, se garantiza el uso de los idiomas de las minorías en los procedimientos que se siguen ante los órganos regionales. En el campo de autogestión de las empresas, las minorías nacionales están representadas en los órganos de diversos niveles y sectores económicos y culturales, en proporción con el número de sus miembros. En el ámbito educativo, en la Voivódina se facilita la formación de docentes para la primaria así como la constitución de una red de escuelas con enseñanza bilingüe en los territorios en los que se hablan tanto el servocroata como los idiomas minoritarios. En el ambiente cultural, las minorías nacionales de la Voivódina tienen instituciones culturales y educativas en su idioma, periódicos y programas de radio y de televisión que usan los idiomas minoritarios en proporción con el número de sus usuarios dentro del total de la población regional.

## SITUACIONES DE MULTILINGÜISMO EN AMBIENTES MICROSOCIALES

### *Persistencia dialectal y cambio lingüístico a nivel local en Noruega*

A los cambios lingüísticos se les suele clasificar en una de dos categorías, según que se relacionen con situaciones de dentro de la sociedad global o con situaciones que afecten las relaciones entre sociedades. Se habla, así, de situaciones intrasocietarias y de situaciones intersocietarias. John J. Gumperz, de la Universidad de California, se ha ocupado principalmente del cambio lingüístico que se produce dentro de las sociedades, a nivel local.

El propio Gumperz considera que las variantes lingüísticas de las comunidades son —por lo general— o “dialectales” (en el sentido habitual del término “dialecto” como variante lingüística de distribución geográfica) o “superpuestas” (en un sentido que apunta hacia la constitución de una dialectología social y que ha hecho que Hammerstrom introduzca el término “sociolecto”). Gumperz indica que son las segundas las que reflejan las múltiples y variadas actividades en que se ocupa cada individuo en su rutina diaria y —podría agregarse— que revelan los agrupamientos de los que forma parte o con los que se relaciona.

En el nivel local de los poblados más o menos chicos, la persistencia y el cambio lingüísticos así como las líneas lingüísticas de fractura tienen que ver —más— que nada— con los fenómenos de superposición. En el caso de los grandes poblados y de las ciudades hay que hablar —en cambio— de una geografía dialectal más o menos definida que permite identificar zonas de habla distinta dentro de los límites de la misma población.

Los estudios concretos de Gumperz se refieren —tanto como aquellos que realizaron algunos sociólogos de Bergen, con quienes él tra-

bajó— a Hemnesberget, un establecimiento comercial noruego de unos mil trescientos habitantes.

En Hemnesberget, si bien los habitantes reconocen al boksmål como lengua literaria y religiosa, también es cierto que se enorgullecen por usar como medio de comunicación su propio dialecto. Ese orgullo localista no es de extrañar en Noruega, ya que no sólo en pequeñas poblaciones como Hemnesberget sino en ciudades como Bergen —segunda del país— se puede oír cómo los niños —por ejemplo—, niegan su carácter noruego, para pregonar en cambio, su condición de nativos de Bergen que hablan el idioma de Bergen.

Los habitantes de Hemnesberget se muestran orgullosos de su herencia local, y ese orgullo suyo lo simbolizan en el empleo que hacen de su dialecto. Conforme a la interpretación que nos ofrece Gumperz, “usar el boksmål sería —para ellos— como comportarse con rudeza y ‘darse dono’ ” (23.0032).

Gumperz —al tratar de enmarcar las observaciones derivadas de su investigación— descubre que, en tanto que contamos con una geografía lingüística, cuando queremos hacer estudios de la variación entre diversos dialectos, carecemos —en cambio— de métodos apropiados para estudiar las variaciones lingüísticas superpuestas.

Esas variaciones lingüísticas superpuestas dependen —en buena parte— de que el individuo pertenece a diversos agrupamientos sociales y de que —en su vida diaria— está en contacto con otros muchos agrupamientos sociales diversos. Pero, como señala acertadamente el autor, si bien es válida la hipótesis de Bernstein en el sentido de que las actitudes frente al lenguaje y con respecto a las lenguas varían de acuerdo con los subgrupos a los que pertenece el individuo, todavía no se ha llegado a determinar cuáles son los subgrupos o agrupamientos que pueden resultar de importancia para los estudios correspondientes.

Al hacer un primer examen de la situación, Gumperz, desecha la posibilidad de que las clases constituyan —en este tipo de estudios— agrupamientos sociales significativos. En efecto, indica que no es fácil establecer una distinción entre, diversas clases, particularmente cuando los estudios que se hacen se realizan dentro de una comunidad y —en forma concreta— en una pequeñísima población. En cambio, le parece útil, el concepto de “red de relaciones sociales” sugerido por Barnes. Redes como éstas las hay de diversos tipos: las hay abiertas y cerradas y, en lo que se refiere a estos estudios sociolingüísticos, le parece a Gumperz que la red de mayor interés es la constituida por los vínculos amistosos.

Al estudiar Hemnesberget, Hom, el sociólogo noruego, puso de

manifiesto que existían en ese poblado diversos grupos ocupacionales, y pudo descubrir varias de las redes sociales del mismo. Más tarde, relacionó unos fenómenos con otros y se creyó autorizado a establecer —por ejemplo— que un primer grupo ocupacional formaba exclusivamente redes sociales cerradas, mientras que los otros las formaban abiertas.

Gumperz apoyó sus estudios sociolingüísticos en los hallazgos sociológicos de Hom, pero introdujo —además— una distinción entre dos tipos posibles de interacción social: la transaccional y la personal. La primera —según la define— tiene que ver con ciertas finalidades limitadas (como la compra de mercancías o el cambio de un cheque) mientras que la otra —más amplia y más rica— es la que surge entre quienes son amigos, entre quienes tienen la misma edad; cuando se está en familia y, en general, en todas aquellas ocasiones en que la tensión social se relaja. Como es fácil comprender, se trata, en cierto modo, de dos tipos de relación, paralelos de aquellos otros en los que o se pone en juego el puro “yo social” o entra en juego el “yo personal”.

Los hallazgos preliminares de Gumperz indican que los agrupamientos tienden a usar el dialecto de Hemnesberget cuando hablan de deportes o cuando chismorrear: que, en cambio, cuando el tema es más abstracto, o cuanto tienen que referirse a realidades que se encuentran allende el ámbito local, los agrupamientos —particularmente los que constituyen redes abiertas de relaciones— recurren al *boksmål*.

Como ocurre siempre —en estos casos— se producen los que se conocen como desplazamientos lingüísticos y éstos —en el caso concreto— se reflejan en los cambios tanto de vocabulario como de estructura lingüística. Esos cambios arrastran, tras de sí, las pronunciaciones, sufijaciones e inflexiones propias del boksmål.

Por otra parte, Gumperz observó que, en tanto que en el nivel consciente, muchos de los aldeanos favorecían el uso generalizado del dialecto en todas las ocasiones, cuando estaban descuidados se desplazaban inconscientemente hacia las formas extrañas al dialecto. También indica que, en cuanto se les hacía observar esto, prometían enmendarse (pues consideraban haber cometido una falta) pero que, un poco más tarde, reincidían en los usos que repudiaban conscientemente.

Todo esto muestra algunos de los aspectos que presenta la polarización compleja de los usos sociolingüísticos del lenguaje, incluso en un ámbito microsocioal como es el de los pequeños poblados.



*Persistencia dialectal y cambio lingüístico  
en un islote germánico del Friul*

N. Denison, de la Escuela Londinense de Economía, considera que una tarea importante de la sociolingüística consiste en la identificación y descripción funcional de los registros lingüísticos y en el establecimiento de aquellas categorías situacionales en las que cada uno de ellos opera. Piensa —también— que mientras esta tarea es difícil de realizar en las comunidades monoglóticas (debido a que registro y situación social se definen mutuamente) la misma se facilita en las comunidades multilingües, pues el desplazamiento lingüístico que acompaña a los cambios de tópico, a los cambios de ambiente, etcétera, es más notable.

El estudio que Denison presentó al Décimo Congreso Internacional de Lingüística reunido en Bucarest en 1967, se refirió a la comunidad trilingüe de Sauris, en el Friul, al que se puede considerar como un islote lingüístico en el que se habla un dialecto austro-bávaro muy alejado del alemán estándar, y en el que también se usan una variante carniana del friulano (que es el idioma comercial de la región) y el italiano, que es la lengua nacional.

Según lo registrado por Denison, en Sauris los adultos hablan —casi todos— los tres idiomas, y sólo hay casos excepcionales —de mujeres— que no hablan sino alemán. La extensión creciente de la educación a las zonas rurales de la región ha favorecido el que los niños aprendan —prácticamente todos— sólo el italiano, y que lo hagan en todas sus modalidades (activa y pasiva, oral y escrita).

Según el mismo Denison, el italiano es el lenguaje eclesiástico, el de la escuela, el de los párvulos y el del asilo. La mayoría de los padres hablan entre sí en alemán, pero les hablan a los niños en italiano; con ello, los niños sólo están expuestos pasivamente al alemán, que llegan a entender sin llegar a hablarlo. El italiano también sirve para conversar con los extraños, cuando se piensa que no hablan friulano o que prefieren el uso de la lengua nacional; es, también, el idioma que emplean unos con otros los saurianos ante esos mismos extraños. En todo caso, si no emplean el italiano, usan, en esas ocasiones, el friulano, pero nunca el alemán. El italiano se usa en las canciones italianas, pero, cuando éstas se traducen, hay —en ellas— cambios de tópico. El italiano es —además— el único idioma que no sólo se habla sino también se escribe.

Mientras el italiano se utiliza en ocasiones formales, el friulano marca el discurso informal, especialmente cuando conversan los varones adultos que recibieron su instrucción en Ampezzo. Sin embargo, cuando un grupo de ellos descubren en el curso de una conversación

que todos los que conversan son saurianos, cambian conscientemente del friulano a su dialecto alemán para —un poco después, en el curso de la conversación— volver a caer, de nuevo, en forma inconsciente, en el uso del friulano.

En friulano se juega a las cartas, se charla en la cantina ante el dueño y su familia o ante extraños que no hablan el dialecto; pero, en cuanto éstos se retiran y el tiempo pasa, la conversación se desplaza hacia el dialecto alemán de Sauris, hasta que entra algún otro extraño y se restablece la situación anterior.

El dialecto alemán es normal en la conversación no institucionalizada entre adultos, y para hablar de ciertos tópicos técnicos y políticos, pero cede su sitio —entre los jóvenes— cuando se narran experiencias emocionales o pasionales que ellos cuentan, generalmente, en italiano.

De acuerdo con Denison, en situaciones como la que él ha estudiado en Sauris, conviene determinar hasta qué grado está institucionalizada cada situación; cuál es el grado de espontaneidad del discurso que en ella se produce; cuáles las disponibilidades lingüísticas habituales de locutor, interlocutor y escuchas; cuáles sus posiciones relativas de sexo, edad y *status*; cuál el tópico del que se habla; cuál el idioma del contexto, y cuál el estatuto grupal de los participantes (como por ejemplo, la pertenencia al grupo de los instruidos en Ampezzo), así como el ambiente (hogareño o extra-hogareño, por ejemplo) en el que se produce.

En Bucarest, al discutirse la comunicación de Denison, a pregunta de Enkvist sobre la fluidez o cristalización de la situación sociolingüística en Sauris, el autor contestó que ésta era fluida, y que es de esperar que cambiará en el futuro; que la de hoy —incluso— difiere de la de ayer, pues en el siglo XIX el alemán era, todavía, lengua eclesiástica, y en 1880, el sacerdote Pietro Plozzer intentó introducir en Sauris la enseñanza en lengua alemana. En el presente, la situación se desplaza en favor del friulano y del italiano.

Por otra parte —conforme indicó Denison— en comunidades tan pequeñas como Sauris es difícil discernir la estratificación social y, en ellas, las diferencias que en realidad cuentan son las que se establecen entre quienes son del lugar y quienes no lo son, y sus correlatos lingüísticos.

### *Importancia del multilingüismo lugareño, para la cohesión social en Filipinas*

La desvinculación entre el hogar y la escuela —característica de los

países subdesarrollados— depende, en parte, del uso de idioma distinto en cada uno de estos dos ambientes sociales diferentes. En Filipinas —de acuerdo con Pedro T. Orata— esto se debe a que casi la mitad de los padres no han tenido instrucción escolar y a que el inglés —que es el idioma que se emplea en las escuelas— no se habla en los hogares porque, con esto, se establece una gran diferencia entre los alumnos que hablan inglés y reciben una educación moderna, y los adultos que hablan dialectos filipinos y tienen una educación únicamente tradicional (de la que a veces forman parte algunas supersticiones muy arraigadas).

La Convención Constitucional Filipina, al tratar de resolver este problema, hizo que la asamblea nacional propusiera que se adoptara una lengua nacional común y que ésta se basara en uno de los idiomas nativos existentes. Así fue como, en 1937, se creó el Instituto de Lengua Nacional; éste, a su vez, recomendó que se adoptara el tagalog como lengua nacional. Esa decisión le parece criticable a Orata pues en Filipinas éste “es menos hablado y leído que el inglés y es —además— idioma extranjero para el setenta por ciento de los filipinos”.

Convencidos de que por este medio no se podía vincular al hogar con la escuela, varios maestros filipinos se propusieron emplear las lenguas vernáculas para la enseñanza. Fue así como, en el norte de Ilocos, durante la ocupación japonesa, Guiang intentó usarlas para enseñar, pues consideraba útil que los niños conocieran dos idiomas: su idioma vernáculo y el inglés. Por su parte, un inspector de la provincia de Iloilo, el maestro Aguilar, pensó que el bilingüismo de los escolares era deseable, pero que debía iniciarse en el tercer año de su instrucción.

El propio maestro Aguilar realizó una serie de estudios en los que utilizó la técnica, bien conocida, de los experimentos pedagógicos, que consiste en constituir un grupo experimental y otro de contraste o “control”. Así, encontró que, en los dos primeros grados, el uso de la lengua vernácula como lengua de instrucción era más eficaz que el empleo del inglés, y que quienes aprendían en su idioma vernáculo adelantaban más en la lectura, la aritmética y los estudios generales. Por otra parte, observó que, a partir del tercer grado, el grupo experimental —que había sido instruido en lengua vernácula— no sólo mostraba su adelanto en estos sectores sino que incluso lograba igualar al grupo contrastante, en cuanto a conocimiento del inglés, después de que durante seis meses se había empleado esa lengua para su instrucción.

Estos resultados se pueden parangonar: por una parte, con la experiencia galesa de aprendizaje del inglés como lengua extranjera y, por

otra, con la experiencia bengalí de adelanto en la lectura del inglés, tras el considerable avance logrado en la lectura de la propia lengua bengalí.

A más de eso, los maestros filipinos observaron que quienes habían estudiado valiéndose de la lengua vernácula mostraban mayores deseos de leer y de escribir, e infirieron que esto se debía a que esa apetencia se reforzaba con el empleo que hacían del idioma propio en el hogar. Cuando interrogaron a los padres, éstos dijeron que sus hijos estaban mostrando más deseos de asistir a clase ahora que estudiaban en el idioma vernáculo que cuando lo hacían en inglés; que con su interés por leer y escribir había aumentado el que tenían en transmitir a sus padres lo aprendido, y que ahora les mostraban mayor respeto. Esto último probablemente se haya debido a que habían dejado de considerar como despreciable la lengua que hablaban ellos. De acuerdo con esas mismas apreciaciones de los padres, los niños eran ahora más hábiles para desempeñar los trabajos domésticos; tenían mejores hábitos higiénicos y transmitían informes, daban las noticias y narraban historias de modo más eficaz.

Pero, los mejores resultados se recogieron cuando se estrecharon las relaciones entre los diversos elementos de la comunidad; cuando los maestros no se contentaron ya con enseñar a leer, escribir y contar sino que se dedicaron a visitar los hogares de sus alumnos y a enseñar ahí a los adultos horticultura, apicultura, cría de cerdos, dietética, puericultura, cuidado de los ancianos, mejoramiento de las instalaciones domésticas y agrícolas; cuando los mismos maestros condujeron a sus alumnos en sus visitas a centros-clave de la vida comunitaria y —después de discutir lo observado— los estimularon para que comunicaran a sus padres sus observaciones y apreciaciones, lo cual fue posible gracias al uso común del idioma vernáculo.

“Entonces —dice Orata— los niños y adultos, al usar el mismo idioma, empezaron a trabajar juntos para mejorar su nivel de vida, y los profesores pudieron actuar como guías suyos, empleando también la lengua nativa” (51.0036).

La experiencia filipina muestra que si bien al nivel de las sociedades globales resulta a veces indispensable contar con una lengua nacional (e incluso con una de amplia circulación internacional), a nivel lugareño una lengua común (de preferencia la vernácula) puede ser vínculo importantísimo, conexión básica entre el hogar y la escuela y —por ello— debe considerársele como factor fundamental de la cohesión social.

## CONSIDERACIONES FINALES

El mundo de hoy es una realidad polarizada: en tanto se diversifica por uno de sus extremos, se empeña en unificarse —y lo consigue en forma creciente— por el otro.

En épocas pasadas también hubo diversidad y también hubo unidad, pero una y otra eran menos amplias y, a diferencia de lo que hoy ocurre, había menos conciencia de la una y menos voluntad de alcanzar la otra.

A los hombres amenazaba desconectarlos la diversidad de sus lenguas; pero, por encima de esa diversidad, los unía una koiné u otro medio parecido, y solían valorar las lenguas por su instrumentalidad inmediata más que por cualquier otra consideración.

El romanticismo hizo que los hombres rebasaran lo puramente pragmático y que descubrieran en sus varias lenguas unos valores estéticos que antes o habían dejado pasar inadvertidos o habían dejado preteridos. Salían así del dominio estrecho de la economía y penetraban en el amplio del desinterés. Cada lengua seguía valiendo como implemento para la comunicación y seguía resultando tanto más útil cuanto más difundida, pero —ahora— el valor de cada una se hacía depender también de la belleza (de una belleza que la sensibilidad de cada sociedad y de cada individuo descubría en una y no en las otras).

El descubrimiento de esa belleza se hizo, originalmente, desde una atalaya subjetiva porque se consideraba que la lengua más bella era la propia; pero, más tarde, hubo quienes salieron al encuentro de lo objetivo y, de éstos, algunos reconocieron, que no siempre era la lengua propia la más bella, o que cuando la propia era más bella, su belleza no dependía de su carácter de materna.

La humanidad descubriría, después, ya en el ámbito de la caridad (en la tercera de las dimensiones del espacio definido por Caso), que la posesión o falta de posesión de un idioma era un instrumento de dominio para unos y un punto vulnerable a la dominación para otros. A partir de entonces se reivindicaría el derecho al uso de la propia

lengua, porque se creería que así se aseguraba: 1) el que todos los miembros de un grupo estarían libres de una explotación y una humillación inducidas por la vía lingüística, y 2) el que los mejores de entre ellos podrían expresarse con autenticidad y en forma creadora.

El mundo —en tanto— se empequeñecía al aparecer nuevos medios de transporte y modernos vehículos de comunicación, y —con ello— se hacía más patente el rezago entre la poca “densidad social” de las relaciones y el apretamiento de la red física de comunicación. Eso planteaba, en nuevos términos, la necesidad de que existiera una lengua común, que comunicara a los hombres sin establecer situaciones de desigualdad entre ellos; que no sirviera de diferenciadora entre quienes la tenían como idioma vernáculo y quienes la adoptaban como instrumento lingüístico.

La posibilidad de construir una lengua, la habían explorado los teóricos. Ahora salía al paso de esa necesidad práctica. Se podía y se debía construir una lengua que, sin ser medio expresivo de ninguno, fuera medio comunicativo para muchos, y así surgieron las primeras lenguas artificiales de vocación mundial.

Los primeros constructores de esas lenguas —apremiados— recurrieron a burdos expedientes que, si bien satisfacían la demanda desmañadamente, no lograban ocultar su torpeza; la falta de una belleza que los humanos —casi sin sentirlo— habían llegado a descubrir y admirar en sus lenguas naturales.

En el proceso, se delineó una necesidad triple: la de contar con lenguas que: 1) fueran económicas; 2) se sujetaran a un canon estético; y, 3) vincularan a los hombres sin lesionar su dignidad.

Hoy todavía estamos lejos de esa meta (económica, artística, caritativa) y la realidad social, manifiesta en las situaciones de multilingüismo que se esquematizan, revela las tensiones que —al aumentar o disminuir— acercan o alejan a los pueblos e individuos de uno u otro de los polos de la valoración sociolingüística.

Se revelan esas tensiones en los países renacientes que se proponen reconquistar, con su lengua, la cultura que les dio prestigio en el pasado (y que hoy peligró), al tiempo que tratan —por el otro extremo— de penetrar en una modernidad que se desarrolló dentro de moldes idiomáticos distintos y que hoy valoran en términos de civilización.

Se revelan en ámbitos socioculturales extensos, en los que el nacionalismo lucha en dos frentes: contra el apego a la estrechez lugareña y contra la amplitud regional (en la que repta, a veces, disimuladamente, el anhelo de predominio). Por su lado, el regionalismo busca constituir ahí un baluarte en el que resistir, con éxito, los embates de

los imperialismos y —para ello— se vale de la comunidad, del parentesco o de la alianza lingüísticos.

Esas tensiones se revelan en las minorías que o: 1) intentan conservar su lengua en cuanto autenticadora cultural, frente al predominio de una mayoría de habla distinta; o que, 2) la rechazan porque la consideran un estorbo en la búsqueda de la igualdad jurídica y económica respecto de la mayoría, en el Estado que las integra.

Se revelan en el deseo que unos Estados federales muestran, en cuanto tratan de preservar la unidad nacional por encima de las diferencias lingüísticas, y en la necesidad que otros tienen en cuanto a hacer de esas diferencias el criterio básico de una división político-administrativa sin la que la unión no sobreviviría.

Se revelan en el hecho de que en amplias áreas aparentemente unificadas emergen diferenciaciones lingüísticas antes insospechadas y se hace de diferencias pequeñas motivo de contienda, en tanto en otras, originalmente diversas, se tienden puentes entre comunidades lingüísticas muy diferentes y se intenta instrumentar lingüísticamente, por uno u otro medio, una unificación superadora de las diversidades originales.

Se revelan esas tensiones: 1) en los ambientes internacionales y en los intranacionales; 2) en los regionales y en los intrarregionales, y 3) en los lugareños y en los familiares, en una escala que va de lo macro a lo microsociológico y con una variedad de niveles y de modalidades que produce vértigo.

Una mirada a ese panorama convulso permite fijar dos centros de atención: 1) el reconocimiento de que el hombre de hoy no puede ser monolingüe; y, 2) el de que conviene que no sólo use lenguas naturales.

El hombre de hoy debe convertirse en multilingüe, porque de no hacerlo, se limitaría espiritualmente y contribuiría al desmembramiento humano. Tiene que reconocer que es deseable que se constituyan lenguas semi-naturales, semi-artificiales; que se construyan éstas a partir de parentescos lingüísticos (latino *sine flexione*), de alianzas lingüísticas (balcánico común) y por extrapolaciones reconstructivas y anticipatorias del desarrollo de los diversos idiomas que se hablen en una región, para vincular mejor a los habitantes de ésta. Tiene que hacerlo porque las alternativas son: o la imposición de una lengua natural de propensión imperialista o el empleo de una lengua artificial que carezca de ataduras sicosociales y que no anhele alcanzar una forma estéticamente valedera.

Es tiempo de reconocer que, en las condiciones actuales, para cada grupo humano no hay lengua única que satisfaga todas las necesidades; que cada grupo tiene que recurrir a la propia y a una o varias de

las naturales, y ha de complementar una y otras con una o con varias de las que él construya (con base en su conocimiento lingüístico, socio y psicológico) para cumplir cometidos específicos que las otras no pueden desempeñar con eficacia, con elegancia y con justicia, ya sea por su propia estructura lingüística o por su funcionamiento social.

Nuestra presentación de algunas de las situaciones de multilingüismo en el mundo muestran, en su diversidad, las varias formas en que se lesionan o se protegen los derechos humanos en el ámbito lingüístico. Pero, revelan también —en muchas variantes— cuáles son los derechos que hay que respetar y cuáles los deberes que hay que cumplir, en todas partes.

En particular, nuestro largo discurso apunta cuáles son —también— los derechos y los deberes sociolingüísticos que el México de hoy debe respetar y cumplir.

Para nuestra investigación concreta, este marco empírico parece tan lejano como el teórico (*Sociolingüística, una introducción a su estudio*. México, 1970) porque no indica cuál puede ser el remedio para nuestro mal particular. Aún así, es útil, porque revela los puntos vulnerables en los que tenemos que fijar nuestra atención (*Sociolingüística doctrinaria*. México, 1971) y aquellos en los que debemos ejercitar nuestra acción.



## BIBLIOGRAFIA

1. Anouar Abdel Malek. *Esquisse d'une Typologie des Formations Nationales des Trois Continents*. Publicaciones del Sexto Congreso Mundial de Sociología, reunido en Evian, Francia, en 1966.
2. Pierre Alexandre. "Les Problèmes Linguistiques Africains vus de Paris", pp. 53-60. En Spencer, John (Ed.): *Language in Africa*.
3. Sutan Tadir Alisjahbana. "Desarrollo de una Lengua Nacional en Indonesia", pp. 98-106. En UNESCO: *Empleo de las lenguas vernáculas en la enseñanza*.
4. A. F. Amonoo. "Problems of Ghanaian Lingue Franche", pp. 78-85. Vide Spencer (Ed.): *Opus cit.*
5. Basil Bernstein. "A Sociolinguistic Approach to Social Learning", pp. 144-168. En Julius Gold (Ed.): *Penguin Survey of the Social Sciences*. Penguin Books, 1965.
6. S. Brauner. "Ethnische Struktur und Linguistische Situation in der Region Ségou. Zur Entwicklung des Bambara als nationale Sprache in der Republik Mali", pp. 571-576. En *Actes du Xème Congrès International des Linguistes*. Bucarest, 28 Août-2 Septembre, 1967. Editions de l'Académie de la République Socialiste de Roumanie. Bucarest, 1969, 773 pp.
7. W. Bright and A. K. Ramanujan. "Sociolinguistic Variation and Language Change", pp. 1107-1112. En *Proceedings of the Ninth International Congress of Linguists*. Cambridge, Mass., August 27-31, 1962. Edited by Horace G. Lunt. Mouton and Co., London, The Hague-Paris, 1964, 1174 pp.
8. L. F. Brosnahan. "Some Historical Cases of Language Imposition", pp. 7-24. Vide Spencer (Ed.): *Opus cit.*
9. A. Capell. *Studies in Sociolinguistics*. Mouton and Co. The Hague, 1966, 167 pp.
10. Marcel Cohen. *Pour une Sociologie du Langage*. Alban Michel. Paris, 1956, 167 pp.
11. CSA. Conseil Scientifique pour l'Afrique. Scientific Council for Africa. *Colloque sur le Multilinguisme. Deuxième Reunion du Comité Interafricain de Linguistique; Symposium on Multilingualism. Second Meeting of the Inter-African Committee on Linguistics*. Brazzaville, pp. 16-21, VII, 1962. CCTA. Publié sous l'égide de la Commission de Cooperation Technique en Afrique. Published under the sponsorship of the Committee for Technical Cooperation in Africa.
12. R. G. A. de Bray. *Guide to the Slavonic Languages*. J. M. Dent and Sons Ltd. London. E.P. Mutton and Co., Inc., New York, 1951, xxvi + 797 pp.
13. Enrique Ricardo del Valle. *Lunfardología*. Editorial Freeland, Buenos Aires, 1966, 260 pp.

14. N. Denison. "Sociolinguistics and Plurilingualism", pp. 551-559. En *Actes du Xème Congrès International des Linguistes*. Bucarest, 28 Août-2 Septembre 1967. I. Editions de l'Académie de la République Socialiste de Roumanie. Bucarest, 1969, 773 pp.
15. M. Djounousov. *Sur l'Expérience de l'Etude du Progrès Economique et Cultural des Peuples des Républiques Soviétiques d'Asie*. Informe al Congreso Internacional de Sociólogos. Institut de Philosophie de l'Académie des Sciences de l'URSS. Association Sociologique de l'URSS. Moscou, 1966, 24 pp.
16. K.J. Dickens. "Un Ensayo de Unificación de los Dialectos Akan de Costa de Oro", pp. 119-128. En UNESCO: *Empleo de las lenguas vernáculas en la enseñanza*.
17. C. Daicoviciu. *Dacia Libera și Dacia Romana*. Universitatea din București. Editura Didactica și Pedagogica. București, 1964, 75 pp.
18. W. D. Elcock. *The Romance Languages*. Faber and Faber Limited. 24 Russel Square. London, 1960, 573 pp.
19. Joshua A. Fishman. *The National Consequences of Bilingualism. A Language Problem of the New Nations*. VI World Sociological Congress. Evian, 1966, 18 pp.
20. Joshua A. Fishman. *Yiddish in America: Socio-linguistic Description and Analysis*. Published by Indiana University. Bloomington. Mouton and Co., The Hague. The Netherlands, 1965, vii+94 pp.
21. Janosi, Gabor. *Educación y cultura de las nacionalidades en Yugoslavia*. Mđunarodna Politica. Beograd. 1965, pp. 56. Traducido de Provetu i Kultura Nrodnosti i Jugoslaviji por Franc Kranjč.
22. Vladimir I. Georgiev. *Lingvistica Balcanica si Limba Romana*. Editura Didactica și Pedagogica. București, 1968, 23 pp.
23. John H. Gumperz. "On the Ethnology of Linguistic Change", pp. 27-49. En *Sociolinguistics*. Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference. Edited by William Bright. Mouton and Co. The Hague, Paris, 324 pp.
24. Einar Haugen. *Language Conflict and Language Planning. The Case of Modern Norwegian*. Harvard University Press. Cambridge. Mass., 1966, 393 pp.
25. M. F. A. Helsinki. "Protection of Minority Rights in Finland." *Finnish Features*. No. 4/65.
26. M. F. A. Helsinki. "Aspects of the Language Problem in Finland." *Finnish Features*. No. 49/62.
27. F. O. Hertz. *Nationality in History and Politics*. A Psychology and Sociology of National Sentiment and Nationalism. Routledge and Kegan Paul. London, 1957, 417 pp.
28. Iorgu Iordan. *Lexicul Limbii Române* Editura Didactica și Pedagogica. București, 1964, 41 pp.
29. R. Jakobson, G. Devoto, E. Petrovici, O. Ajmánova. B. Malmberg. G. Uscațescu, F. Sadeanu y M. Iliescu. *Temas lingüísticos de nuestro tiempo*. Notas introductorias y traducción por O. Uribe Villegas. Instituto Mexicano de Cultura. México, 1969, 156 pp.
30. Gerald Kelley. "The Status of Hindi as a Lingua Franca", pp. 299-304. En *Sociolinguistics*. Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference, 1964. Edited by William Bright. Published under the auspices of the Center for Research in Languages and Linguistics. University of California. Los Angeles. Mouton and Co. The Hague. Paris, 1966, 324 pp.

31. J. M. Kirschbaum. *L'udovit Štur and his Place in the Slavic World*. Slavistica No. 32. Published by the Slovak Institute. Winnipeg and Cleveland, 1958, 34 pp.
32. J. M. Kirschbaum. *Pavel Josef Šafárik and his Contribution to Slavik Studies*. Slavistica No. 43. Published by the Slovak Institute. Cleveland and Winnipeg, 1962, 51 pp.
33. J. M. Kirschbaum. *Ján Kollár. Slovak Poet of Pan Slavism*. Slavistica No. 56. Published by the Slovak Institute. Winnipeg and Toronto. 1966, 48 pp.
34. Heinz Kloss. "Notes Concerning a Language-Nation Typology", pp. 69-85. En J. A. Fishman, C. A. Ferguson and J. Das Gupta: *Language Problems of Developing Nations*. John Wiley and Sons, Inc., N.Y., 1968, 521 pp.
35. Hans Kohn. *Historia del nacionalismo*. Traducción de Samuel Cosío Villegas. 1ª edición en español, 1949. Fondo de Cultura Económica. México, 634 pp.
36. Hans Krader. *Peoples of Central Asia*. Uralic and Altai Series. Published by Indiana University. Bloomington. Mouton and Co., The Hague. Netherlands. 1966. Second edition, xvi + 322 pp.
37. Walter Z. Laqueur. *Communism and Nationalism in the Middle East*. Frederick A. Praeger. New York, 1956, xi + 362 pp.
38. M. Langereau. *La situación lingüística en Tirol del Sur*. Apéndice al estudio de Passerin d'Entrèves sobre el Valle del Aosta, presentado al Sexto Congreso Mundial de Sociología.
39. J. A. Laponce. *The Protection of Minorities*. University of California. Publications in Political Science. Vol. 9. University of California Press. Berkeley and Los Angeles, 1960.
40. Daniel Latifi. "Le Fédéralisme en Inde." *Revue de Droit Contemporain*. 5ème Année-No. 2. Decembre 1958, pp. 19-42.
41. R. B. Le Page. *The National Language Question*. Linguistic Problems of Newly Independent States. Institute of Race Relations. University Press. London. Publicado por primera vez en 1964. Reimpreso en 1966, 81 pp.
42. Judith Listowell. "Transkei: a State Apart." *The Listener*. London. July 8, 1965, pp. 42 y 43.
43. Judith Listowell. "The Case of a Minority." *The Listener*. London, November 4, 1965, pp. 692-693.
44. W. F. Mackey. *Le Bilinguisme Phénomène Mondial-Bilingualism as a World Problem*. Harvest House. Montreal, 1967, pp. 62-67. Traducción al francés por Odile Colomagne.
45. W. K. Matthews. *Taras Ševčenko, the Man and the Symbol*. Slavistica. No. 41. Second Edition. Ukraniensis Libera Academia Scientiarum. Winnipeg. Canada, 1961, 24 pp.
46. Kurt B. Mayer. *International Migration. Cultural Tensions and Foreign Relations: The Case of Switzerland*. Publicaciones del Sexto Congreso Mundial de Sociología, reunido en Evian, en 1966, 20 pp.
47. R. L. Mehtan. "The Future of English in India." *The March of India*, a bi-monthly. Ed. by S. Man Mohan. Vol. 1, No. 2, pp. 23-27.
48. Albert Mousset. *The World of the Slavs*. Published under the auspices of the London Institute of World Affairs. Stevens and Sons Limited, London, 1950 (revised by the author and translated from the French by Margaret Laveneu), ix + 204 pp.
49. Balakrishna N. Nair. *The Dynamic Brahmin*. A study of the brahmin's personality in Indian Culture with special reference to South India. Popular Book

- Depot. Lamington Road. Bombay 7. First Impression: 12th November 1959. 21st Kartika 1881.
50. Karl Nickul. "The Lapps-The People of Lapland." *Finnish Features*. 33/62.
  51. Pedro T. Orata. "La Experiencia de Iloilo en la Enseñanza por Medio de las Lenguas Vernáculas", pp. 128-136. En UNESCO. *Opus cit.*
  52. Stefan Pascu. *Formarea Natiunii Române*. Editura Didactica și Pedagogica. București, 1967, 55 pp.
  53. Alexandre Passerin d'Entrèves. *La Vallée d'Aosta. Minorité Francophone de l'Etat Italian*. Communication. Sixième Congrès Mondial de Sociologie. Evian, 4-11, Sept. 1966, 29 pp.
  54. Pešakovic Milentje. *Regiones autónomas de Yugoslavia*. Estudios. Medunarodna Politica. Beograd, 1964. No. 5, 56 pp., 3 mapas.
  55. Alfredo Poviña: *La integración regional y el municipio*, Córdoba, Argentina, 1969, pp. 156. Los problemas sociolingüísticos argentinos se tratan en el Capítulo II: "El Regionalismo Argentino y sus Indicadores Lingüísticos", pp. 39-53.
  56. Jaim Rabin. *Renacimiento del hebreo*. Israel de Hoy, núm. 5. Publicado por "Crónicas", P.O.B. 92. Jerusalem. Septiembre de 1968, 19 pp.
  57. Ion Ratu. "The Case of a Minority." Letters to the Editor. *The Listener*. London. November 11, 1965, 764 pp.
  58. Paavo Ravila. "The Riddle of the Lapps." *Finnish Features* 12/61.
  59. A. W. Read. "The Splitting and Coalescing of Widespread Languages", pp. 1129-1134. En *Proceedings of the Ninth International Congress of Linguists*. Cambridge, Mass. August 27-31, 1962. Edited by Horace G. Lunt. Mouton and Co. The Hague, 1964, 1174 pp.
  60. *Reform of the Chinese Written Language*. Foreign Languages Press. Peking, 1958, 70 pp.
  61. J. P. Rona. "The Social and Cultural Status of Guarani in Paraguay", pp. 277-293. En *Sociolinguistics*. Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference. William Bright, editor. Mouton and Co. The Hague, 1966.
  62. Gracias a la amabilidad del Excelentísimo Señor Dudley McCarty, Embajador de Australia en México, y del segundo secretario, señor Keith Baker hemos podido precisar que la información que se nos suministró proviene de: Frederick David McCarty, "Aborígenes: Languages", "Aborígenes: Silent Communications", pp. 21-28, 28-29. *The Australian Encyclopaedia* The Grolier Society of Australia. Sidney, 1965.  
El autor de estos artículos es diplomado en antropología por la Universidad de Sidney, y ha sido curador de antropología del Museo Australiano de Sidney, así como Presidente de la Sociedad Real de Nueva Gales del Sur, en 1956.
  63. Dankwart Rustow. "Language Modernization and Nationhood. An Attempt at Typology", pp. 87-106, en J. A. Fishman, Ch. A. Ferguson and J. Das Gupta (Eds.) *Language Problems of Developing Nations*. John Wiley and Sons, Inc. N.Y., 1968, 521 pp.
  64. Théodore Ruysen. *La Société Internationale*. Bibliothèque de Philosophie Contemporaine. Fondée par Félix Alcan. Presses Universitaires de France. Particularmente, debe verse: "Une Question Subsidiare: la Langue Internationale", pp. 187-190.
  65. E. Sapir, L. Bloomfield, F. Boas, J. L. Gering and G. Ph. Krapp. "Memorandum on the Problem of an International Auxiliary Language." *The Romanic Review*, pp. 244-255.

66. Satow's *Guide to Diplomatic Practice*. Fourth Edition. Edited by sir Neville Bland. Longmans. Printed in the University Press, Glasgow, 1961. First published, 1917. Véase, particularmente, "The Language of Diplomatic Intercourse, and Forms of Documents", pp. 57-77.
67. Aurelian Sauvageot. "La Experiencia Ugro-finesa", pp. 137-144. En UNESCO: *Empleo de las lenguas vernáculas en la enseñanza*.
68. P. G. Shah. *An English-Guajarati Glossary of Scientific Terms in Nagari Script* Gujarat Research Society. Bombay, 1949, liii + 197 pp.

## वैज्ञानिक शब्दसंग्रह

संयोजक :

पोपटलाल गोविंदलाल शाह

अेम. अ. बो., अेमसुकी.

'विज्ञानविचार' 'विज्ञानविनोद' वगैरेना लेखक

- September, 1949. Introduction by sir H. V. Divatia, President Guajarat Research Society. Introduction (Gujarati) Dewan Bahdhur Krishnalal M. Jhaveri, President Forbes Gujarati Sabhe. Prefaces (English and Gujarati) by P.G. Shah. Abbreviations and Bibliography liii. Part. I. Scientific Terminology, pp. 1-128. Part II. Terms of International Importance (Prefatory Remarks in English and Gujarati) liii + 197 pp.
69. John Spencer (Ed.) *Language in Africa*. Papers of the Leverhulme Conference on Universities and Language Problems of Tropical Africa held at University College. Ibadan. Cambridge at the University Press, 1963, vii + 166 pp.
70. John Spencer. "Language and Independence." *Vide supra* Spencer (Ed.) *Opus cit.*, pp. 25-39.
71. A. Tabouret-Keller. "Sociological Factors of Language Maintenance and Language Shift: A Methodological Approach based on European and African Examples", pp. 107-118. En J. A. Fishman, Ch. A. Ferguson and J. Das Gupta: *Language Problems of Developing Nations (opus cit.)*.
72. Carlo Tagliavini. *Paralele Ipotetice și Reale între Limba Româna și dialectele italiene*. Editions Didactiques et Pédagogiques. Bucarest, 1968, 53 pp.
73. Ceiwon H. Thomas. "The Welsh Language." Offprint from the *Journal of the Faculty of Arts*. Volume III. No. 2, 1966. Printed at the Malta University Press, 1966, pp. 73-101.
74. Hildegard, Thompson. "El uso de lenguas indígenas en el desarrollo de los indios americanos en los Estados Unidos." En *América indígena*. v. 25; No. 2; abril, 1965. México. Instituto Indigenista Interamericano, 1965, pp. 229-37.
75. Kamori Traore. "La révolution linguistique en Afrique Occidentale", pp. 373-4. *Resumés des Communications*. Abstracts of Papers. Xème Congrès International des Linguistes. Xth International Congress of Linguists. Bucarest, 28 août-2 septembre, 1967. Bucharest, August 28-September 2, 1967, 440 pp.

76. Albert Verdoort. *Influences de Structures Ethniques et Linguistiques des Pays Membres des Nations Unies sur la Rédaction de la Déclaration Universelle des Droits de l'Homme*. Sixième Congrès Mondial de Sociologie. Evian, 4-11 septembre, 1966, 17 pp.
77. Dadrian Vahakhan. *The Development of the Soviet Posture on Nationalities* (a reappraisal of the roles of Lenin and Stalin). Comunicación presentada a la sección sobre "Tensiones Raciales y Culturales" del Sexto Congreso Mundial de Sociología. Evian. Francia. Sept. 4-11, 1966.
78. Pierre L. van den Berghe. "Language and 'Nationalism' in South Africa", pp. 215-224. En J. A. Fishman, Ch. A. Ferguson y J. Das Gupta (Eds.) *Language Problems of Developing Nations. Opus cit.*
79. UNESCO. *Empleo de las lenguas vernáculas en la enseñanza*. Monografías sobre Educación Fundamental, VIII. París, 1954, 162 pp.
80. Uriel Weinreich. *Languages in Contact. Findings and Problems*. With a Preface by André Martinet. Fifth printing. Mouton and Co., The Hague, 1967, pp. 148. Véase particularmente el capítulo 4, "The Socio-Cultural Setting of Language Contact", pp. 83-110.
81. C. W. Wedgwood. "El Problema del 'Pidgin' en el Territorio en Fideicomiso de Nueva Guinea", pp. 107-119. En UNESCO: *Empleo de las lenguas vernáculas en la enseñanza*.
82. W. D. Whitney. *Sanskrit Grammar*. Including both the Classical Language and the Older Dialects of Veda and Brahmana. Cambridge, Massachusetts. Harvard University Press. London. Geoffrey Cumberlege. Oxford University Press, 1950. 7th issue (1950) of the second edition (1889). El prólogo de la primera edición está fechado en julio de 1869 en Gotha; el de la segunda, en septiembre de 1888, en New Haven, xxvi+551 pp.
83. Ahmed Zaki. "La Renovación de la Lengua Árabe", pp. 89-98. En UNESCO: *Empleo de las lenguas vernáculas en la enseñanza*.
84. Oscar Uribe Villegas. *Sociolingüística: Una introducción a su estudio*. Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1970.



## INDICE

Prólogo . . . . .	7
Referencias bibliográficas . . . . .	10
Introducción . . . . .	11
Países y lenguas renacientes . . . . .	38
La diversidad de las naciones nuevas . . . . .	38
El problema sociolingüístico en la India	
Generalidades. La diversidad como componente socio- lingüístico en la India. El problema lingüístico. El pluri- lingüismo, factor federalizante. El peligro de la federali- zación regida por el lingüismo. El control social por me- dio del lenguaje. El hindí como lingua franca. Problemas prácticos de difusión del hindí. Aspectos más profundos de la situación sociolingüística. El idioma del coloniza- dor en el tránsito hacia la plena independencia. La ter- minología científica en la India. La India entre el tradi- cionalismo y la modernización . . . . .	39
Aspectos de la situación sociolingüística en Israel	
Anhelos políticos y condiciones histórico-sociales que posibilitaron el renacimiento del hebreo. Influencias del yidish en el hebreo de Israel . . . . .	59
La renovación de la lengua árabe . . . . .	63
La simplificación de la escritura y los obstáculos sociales para la reforma lingüística china . . . . .	67
El rumano, afirmación lingüística de unidad nacional y de soberanía estatal . . . . .	72
Las polarizaciones del mundo eslavo moderno y contemporáneo	79
Nacionalismo, supra e infranacionalismo en el mundo eslavo	79
Polarización sociopolítica de los eslavos . . . . .	79
Polarización sociolingüística entre los eslavos . . . . .	82
Convergencias y divergencias sociopolíticas y sociolingüísticas entre los eslavos . . . . .	88



Las grandes figuras del despertar eslavo Ševčenko, patriota y literato ucraniano. Šafárik, estudioso y profeta del eslavismo. Kollár, el poeta del eslavismo. L'udovit Štúr, constructor eslovaco . . . . .	. 91
Las nacionalidades y las lenguas en los estados federales . . . . .	. 103
La Unión Soviética: su política hacia las nacionalidades y las lenguas nacionales La política nacional lingüística soviética vista desde dentro. Contribución de las nacionalidades a la construcción soviética . . . . .	. 103
La República Federativa de Yugoslavia y su política lingüística De la prohibición al permiso y al estímulo para el empleo de las lenguas nacionales en Yugoslavia. Los derechos lingüísticos de las minorías en Yugoslavia . . . . .	. 109
El delicado equilibrio sociolingüístico de la confederación Helvética. . . . .	. 114
Independencia y política sociolingüística en los nuevos estados . . . . .	. 118
Los nuevos Estados nacionales de vocación unitaria Malasia: reflejo lingüístico de una coyuntura. Ghana: importancia política de una lengua franca. Diversidad dialectal e intentos de unificación en el ámbito lingüístico akan. Algunos aspectos de la situación sociolingüística en Asia Central . . . . .	. 121
Países nuevos y nuevas lenguas . . . . .	. 133
Los idiomas fino-ugrios: de lenguas vernáculos a lenguas de cultura . . . . .	. 133
Lenguas locales, regionales y mundiales en Nueva Guinea . . . . .	. 135
El bahasa indonesia: de lengua franca a lengua nacional . . . . .	. 138
La revolución lingüística africana . . . . .	. 141
La situación lingüística en Africa Oriental . . . . .	. 143
Estados nacionales de migración europea superpuestos a un fondo extraño . . . . .	. 146
Argentina: los sustratos indígenas y la influencia de los inmigrantes recientes Una nación hispanoparlante, con sustratos indígenas. La influencia de los inmigrantes y la difusión de las modificaciones lingüísticas a través de los estratos sociales . . . . .	. 146

Sudáfrica: un Estado superpuesto a un “fondo extraño”, que relega a los aborígenes . . . . .	. 152
Las lenguas de las colonias internas en los países de migración europea . . . . .	. 155
Las lenguas indígenas en Estados Unidos de América. Las variedades de la comunicación entre los aborígenes de Australia. . . . .	. 155
Situación sociolingüística de las minorías . . . . .	. 160
Las minorías lingüísticas en el marco de las minorías sociopolíticas . . . . .	. 160
Obstáculos sociopolíticos al reconocimiento de las minorías lingüísticas	
Las reivindicaciones lingüísticas de los galeses en Gran Bretaña. Preservación de las lenguas minoritarias como medio de afirmar la autonomía política en Italia. Los francoparlantes del Valle del Aosta. Los germanoparlantes del Tirol del Sur. Un problema sociolingüístico en nivel universitario; los húngaros de Transilvania. Protección de minorías lingüísticas en Finlandia. Exaltación de un idioma vernáculo sin apoyo político: el yidish en Europa. Los kurdos. ¿Conjunto de grupos minoritarios de diversos Estados, o Estado del futuro? Las minorías lingüísticas en las regiones autónomas de Yugoslavia. La Voyvódina y su minorías . . . . .	. 164
Situaciones del multilingüismo en ambientes microsociales . . . . .	. 193
Persistencia dialectal y cambio lingüístico en el nivel local, en Noruega . . . . .	. 193
Persistencia dialectal y cambio lingüístico en un islote germánico del Friul . . . . .	. 196
Importancia del multilingüismo lugareño para la cohesión social en Filipinas . . . . .	. 197
Consideraciones finales . . . . .	. 200
Bibliografía . . . . .	. 204



Siendo director general de Publicaciones  
Jorge Gurría Lacroix  
se terminó la impresión de  
*Situaciones de multilingüismo en el mundo*  
el día 7 de abril de 1972  
La tipografía se hizo con Baskerville  
11:12 y 9:10 en la MT72 Composer  
Se tiraron 2 000 ejemplares





**U N A M**

**FECHA DE DEVOLUCION**

El lector se obliga a devolver este libro antes  
del vencimiento de préstamo señalado por el  
último sello.



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE  
MÉXICO

**P121  
U74**



**UNAM**

**23729**

**INST. INV. SOCIALES**

P121  
U74

Ds. 23729



**IIS**

Situaciones de multilinguismo en el mundo

Trilce Villegas

car

121  
74

UNA